Nicolás Márquez

PERÓN

El fetiche de las masas

Biografía de un dictador
Prólogo Rosendo Fraga

Grupo Unión

Perón: El Fetiche de las Masas
Biografía del dictador Juan Domingo Perón

Nicolás Márquez

Unión Editorial

http://www.prensarepublicana.com

Índice

Prólogo

Introducción

Capítulo 1: El autodidacta
- Una familia a destiempo
- El solitario Juancito
- El acomplejado del Colegio Militar
- Sentando cabeza

Capítulo 2: Perón y los años 30´
- La primera conspiración
- La primera Revolución
- Ni década ni infame

Capítulo 3: Juan el Infame
- Del plagio al espionaje
- Del espionaje transatlántico al fascismo italiano
- Roma a Mendoza

Capítulo 4: Perón y el GOU
- ¿Yo?: argentino
- ¿Una logia nazi?
- Del contubernio a la acción
- El Golpe de 1943
- El golpe dentro del golpe
- Las definiciones ideológicas
- Farrell al gobierno: ¿Perón al poder?
- El Poli-funcionario
- La Secretaría de Trabajo
- El terremoto peronista
- La mujer del pueblo
- Extraña pareja

Ecos de la guerra
El anti-nazi tardío

Capítulo 5: Peregrinar al estrellato
El mantra Braden o Perón
17 de octubre de 1945. Muerte y resurrección de San Perón
El mito fundacional
Segundas Nupcias
La campaña electoral
Voto a voto

Capítulo 6: 1946/1949. Hegemonía y euforia
El primer elenco
El primer confinado
El Partido Peronista
El aluvión
La Corte Peronista
La Patria Sindical
La Argentina en éxtasis
La sociedad conyugal
La trotamundos
La Fundación paraestatal
¡Siga el baile, siga el baile!
Medalla por buena conducta
El espectador privilegiado
La Constitución de Perón
Al enemigo ni justicia

Capítulo 7: San Perón
Juan Perón hasta en la sopa
El Goebbels de Perón
Los únicos privilegiados: ¿son los niños?
Adoctrinando al empleado del mes

Capítulo 8: Primer quinquenio, ¿punto de inflexión?
Un “genio” desocupado
El deporte como sonajero popular

La quimera de la salvación externa

Capítulo 9: La única verdad es la realidad
La realidad peronista de 1950
La realidad de Eva

Capítulo 10: El peronismo nuclear
Crónicas del embaucador embaucado

Capítulo 11: En busca de la reelección
Palos y zanahorias
¡La vida por Perón!
La Vice que no fue
Las primeras rebeliones
Las elecciones de 1951

Capítulo 12: Los últimos días de “la Eva”
De analfabeta funcional a literata magistral
20:25, hora en que Eva Perón, jefa espiritual de la nación pasó a la inmortalidad
La lucha por el botín

Capítulo 13: 1952-1955. La segunda dictadura de Perón
La duda y la fatiga
La U invertida
¿Libertador o sirviente?
Complaciendo al capital
Del ABC: ni J
El primer incendio
Una barbarie anunciada
La agresión gratuita
Pegar donde duele y cuando duele
Vicepresidente exprés
El “cipayo” Juan Perón
¿Y entonces cuál fue la década infame?
Las nenas de Perón
Nuestro Dios en la Tierra

Yacimientos Petrolíferos Fundidos
El retorno de la guerra Santa
La Procesión
La excomunión de San Perón
El país emputecido
La más grande hoguera
El día después
Una carta radical
Demócrata por un instante
Vuelta a la “normalidad”

Capítulo 14: La Revolución Libertadora
Con la máxima brutalidad
La fiesta de los “enemigos”
El gran escape

Capítulo 15: Revolución y después
¿Un gigante de cartón?
Es too much!
La verdadera causa del derrumbe

Capítulo 16: Tres reflexiones finales
¿Puede Perón encuadrarse ideológicamente?
¿Fue Perón una valla contra el comunismo?
¿Cuál fue el legado de Perón entonces?

Prólogo

Nicolás Márquez es un escritor e investigador de la historia que, a lo largo de su obra, se ha caracterizado por ser capaz de desafiar lo "políticamente correcto", es decir esas afirmaciones generales que se han impuesto, pero cuya veracidad no es tal. En este sentido, Márquez ha sido capaz de ir contra la corriente dominante.

Para ello ha utilizado como herramienta la investigación histórica, a la cual recurre con minuciosidad y veracidad.

No es un autor neutral; más bien se trata de un fiscal que argumenta, fundamenta e interpela desde posiciones sólidas.

Con esta actitud, ha sabido revisar y refutar las interpretaciones impuestas como verdades indiscutibles respecto a la violencia política que vivió la Argentina en los años setenta.

En este nuevo trabajo aborda una personalidad central en la política argentina: Juan Domingo Perón.

Puede decirse que Márquez busca "desmitificarlo", en la misma línea que Juan José Sebreli hizo en un libro reciente respecto a Eva Perón, Carlos Gardel, el Che Guevara y Maradona.

Perón puede ser considerado el "mito" político central de la República Argentina. Su vigencia se proyecta no sólo hasta nuestros días, sino que posiblemente también por algunos años o incluso décadas más.

Por esta razón, la tarea que emprende el autor de "desmitificar" su figura, no sólo tiene interés histórico, sino que resulta útil para entender el presente.

Sin diagnóstico correcto no puede haber solución del problema, aunque lo primero es condición necesaria y no suficiente de lo segundo. Es que sin entender a Perón, es difícil comprender las ambigüedades, complejidades y contradicciones que tiene la Argentina como país y como

sociedad.

El efecto de Perón sobre la cultura política argentina ha sido decisivo, incluso fuera del PJ, ya que se ha extendido a las demás fuerzas políticas, ya sean de centro, de izquierda o de derecha.

Entender la cultura política que generó el Peronismo requiere conocer y comprender a Perón y es en este punto que el aporte de Márquez resulta valioso y esclarecedor.

Se trata de una biografía política pero a la vez personal. Se basa en la historia, pero no desdeña el uso de otras disciplinas -como la psicología- en el intento de comprender al personaje.

Si en 2015 un peronista fuera electo Presidente de la Nación, entre 1989 y 2019 el Peronismo gobernará 28 años de un período de 3 décadas. Solo en los dos años del gobierno de la Alianza habría estado fuera de la Casa de Gobierno, aunque manteniéndose en el poder en el Congreso, los gobiernos provinciales y municipales y el mundo sindical. Es lo que en teoría política se llama un “partido hegemónico”.

Hay fenómenos de la política argentina contemporánea que no se entienden sin bucear en la historia y la personalidad de Perón. Más de una vez, ya a comienzos de lo años setenta, Perón dijo “Peronistas somos todos”. En la última elección legislativa, en la provincia de Buenos Aires el 86% votó por listas encabezadas por candidatos afiliados al PJ (Massa, Insaurralde, Narváez y Venegas). La paradoja es que cada vez hay menos peronistas, pero cada vez sacan más votos.

El pragmatismo del Peronismo fue derivando en cinismo y esto se ha terminado incorporando a la cultura política argentina.

La biografía de Perón escrita por Márquez tiene también la virtud de mostrar cómo el Peronismo, como fenómeno político, fue en su origen más una combinación y articulación de circunstancias que jugaron a favor de Perón -y que supo utilizarlas-, antes que un proceso inevitable incubado por la sociedad argentina.

Manifestaciones contemporáneas del Peronismo, como en mi opinión son tanto el Menemismo como el Kirchnerismo, sólo pueden ser comprendidos a partir de entender y conocer a Perón en su realidad histórica

y no en su mitificación.

Este libro no niega que Perón haya sido un líder político central en la vida política Argentina, pero plantea y señala que de ello han derivado varios de los problemas centrales que siguen dominando la política argentina y que impiden un desarrollo pleno del país.

Rosendo Fraga
Director del Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría

Introducción

Más allá del concepto genérico que nos dice que Juan Domingo Perón fue cultor de “la justicia social”, de la “soberanía política” o la “independencia económica” (méritos imprecisos que de manera difusa le rescata la historiografía de supermercado) es poco y nada lo que el grueso de las nuevas generaciones de políticos, comunicadores, militantes e interesados en el asunto suelen saber sobre su compleja obra y su enrevesada persona. A pesar de ello, Perón hoy es insistentemente homenajeado como “estadista esclarecido” en variopintos sectores ideológicos, sea que esta encomia haya estado inspirada en la buena fe del sincero seguidor o en el mero oportunismo de quien pretenda hacer de su ascendente figura un uso proselitista para provecho personal.

Y si a la adhesión que, tanto sea por genuina convicción como por mera especulación electoral despierta Perón en vastos sectores de la sociedad le sumamos el hecho de que los políticos no peronistas hace tiempo han dejado de cuestionar su figura (procurando así evitar enemistarse con la mitad de la masa electoral), nos encontramos luego que con esta simbiosis consistente en la adulación de sus afectos por un lado y el silencio cómplice de sus detractores por el otro, Perón va quedando sin mayores contrastes como “un grande” ante la desatenta y complaciente opinión pública contemporánea.

La biografía que aquí ofrecemos no pretende ser exhaustiva, dado que el presente trabajo culmina con la fuga de Perón al Paraguay en 1955. Consideramos que sobre el “Perón de los años ´70” hay recuerdos frescos y además se ha escrito mucho en los tiempos recientes. Pretendemos entonces estudiar y revisar aquí al Perón histórico, aquel caudillo que gobernó muchos años a un país rico con el poder absoluto y que por ende fue el más auténtico y el más fiel a sí mismo a la vez que fue la etapa más importante de su historia, aunque paradójicamente la más desnaturalizada y la que hoy menos se conoce.

Nos proponemos entonces trazar aquí una radiografía minuciosa de

quien ha sido el líder más popular de la Argentina, pero que a la vez fue sindicado por sus detractores como el principal responsable de la decadencia de un país que, antes de su aparición en la escena política, era la sexta potencia mundial.

Capítulo 1: El autodidacta

Una familia a destiempo

Nacido como “hijo natural” e inscripto oficialmente el 8 de octubre de 1895 en la localidad bonaerense de Lobos[1], Juan Domingo Perón fue el segundo hijo de la pareja constituida por Mario Tomás Perón (empleado público y arrendatario) y una campesina llamada Juana Sosa Toledo, descendiente de indígenas (mezcla de tehuelche y quechua). Ambos se habrían conocido con motivo y ocasión de que Juana trabajaría precisamente como sirvienta[2] en la casa del médico y dirigente conservador Tomás Liberato Perón, este último padre del futuro novio de la criada y por ende abuelo en ciernes del protagonista de esta obra.

¿Qué ocurrió entonces? Todo indica que Mario Tomás, el intrascendente hijo del médico y dueño de casa, se enlazó con la criada y de esta relación[3] surgió primeramente el embarazo de Mario Avelino (que nació en 1891) y después vendría por fin el segundo hijo, Juan Domingo. Sin embargo, la fecha ya mencionada de nacimiento de este último (8 de octubre de 1895) constituyó tan sólo la historia oficial de entonces, puesto que en realidad el verdadero nacimiento de Juan Perón ocurrió dos años antes, en 1893. Inscripto y bautizado en primera instancia como Juan Sosa -porque el padre demoraba en reconocerlo-[4] el apellido Perón le fue anexado con posterioridad, cuando su progenitor al fin accedió aceptarlo formalmente: “Mi nacimiento fue tomado con calma. Mi padre decidió anotarme dos años más tarde (…) Ante la pregunta del secretario del Registro Civil de Lobos, no dudó en responder que había nacido en la víspera. Y así fue anotado mi nacimiento aquel 8 de octubre de 1895, como acontecido el día inmediatamente anterior. Pero, en realidad yo ya tenía dos años para esa fecha, que fue verdaderamente un 7 de octubre de 1893 (…) Mi alumbramiento había acaecido en Roque Pérez, Partido de Saladillo”[5] detalla el propio Juan Domingo Perón.

No sólo el nacimiento de Juan Perón fue registrado con posterioridad

(con su hermano mayor pasó lo mismo) sino que la relación de sus padres también fue oficializada tardíamente, puesto que estos cohabitaron irregularmente varios años hasta que se casaron en la ciudad de Buenos Aires. En efecto, Mario Tomás Perón se allanó a casarse con Juana Sosa el 25 de septiembre de 1901 por instigación de su madre Dominga Dutey (esposa del doctor Tomás Liberato y abuela de los niños) quien le exigió a su descarriado hijo que regularizara su situación y se pusiera a vivir de acuerdo con la Religión Católica. O sea que la pareja contrajo enlace cuando el primogénito Avelino Mario contaba con diez años y el menor Juan Domingo con seis.

En resumidas cuentas, este intrincado laberinto familiar en cuanto a fechas, nacimientos, regularizaciones, Sacramentos e inscripciones es resumido con provocativo tono por Roberto Aizcorbe en su clásico libro El Mito Peronista: “el casquivano Mario Tomás, como los antiguos señores feudales, se había cobrado el ´derecho de pernada´, manteniendo a sus hijos en la casa paterna, pero sin que el vecindario conociera su verdadero origen. Así los chicos se criaron dentro de las habitaciones reservadas a la servidumbre, sin contacto con la vida oficial de la mansión”[6].

Como hemos adelantado, andando los años estos vínculos afectivos y filiales se fueron “blanqueando” religiosa o administrativamente y con ello la familia Perón podía definitivamente presentarse en sociedad sin padecer mayores desprolijidades “reglamentarias” conforme los usos y costumbres de una época en donde el concepto tradicional de familia era un valor apreciado y enaltecido en una floreciente Argentina que, al comenzar el Siglo XX ambicionaba consolidarse y posicionarse entre las primeras potencias del mundo.

El solitario Juancito

Los primeros años del pequeño Juancito transcurrieron en el marco de una infancia tranquila en Lobos, región agreste y pueblerina en la que el niño aprendió a montar caballo y familiarizarse con determinada idiosincrasia de la peonada rural. El propio Perón se autodefinió así: “Soy hijo de un espíritu campesino, casi rural, y de una joven natural de Lobos, Juanita Sosa, con sangre india y parientes de origen santiagueño”[7]. Narra el biógrafo José Ignacio García Hamilton que en el pueblo, el impúber Juancito “intuía que su

madre era menospreciada por ser india, por ser madre soltera y por ser más humilde que su padre”[8], situación que le generaba al niño un profundo conflicto interior, máxime porque si bien su padre era de una clase social superior, no dejaba de ser un individuo con escasos logros personales y es por ello que el reconocido biógrafo estadounidense Joseph Page enfatiza que “El único distinguido del árbol familiar fue el abuelo de Juan Domingo, Tomás Perón. Como médico, sirvió en el Senado, fue Presidente del Consejo Nacional de Higiene, estuvo incorporado al ejército durante la guerra con el Paraguay, ejerció la docencia y viajó al exterior”[9]. Quizás por esta razón Juan Perón desde su vida pública hablará mucho de su abuelo pero muy poco de sus padres, por quienes presumiblemente sentiría vergüenza: “La vida de mi abuelo, Liberato Tomás de Perón, estaba sembrada de honores: fue senador nacional (mitrista) por la provincia de Buenos Aires; había participado en la batalla de Pavón. Presidente del Departamento Nacional de Higiene, que él mismo había creado; y Practicante Mayor del Ejército en la Guerra del Paraguay. También desempeñó varias misiones en el extranjero, especialmente en Francia, donde vivió varios años”[10] recordará el orgulloso nieto quien nunca escatimaba en exagerar los logros de su abuelo.

Siendo Juan Domingo muy pequeño, su padre Mario Tomás en busca de mejores posibilidades laborales, mudó de las tierras bonaerenses a la lejana Provincia de Santa Cruz (a la ciudad de Río Gallegos) donde fue contratado para administrar unas estancias y una vez afincado allí, hizo trasladar consigo al resto de la familia (su mujer Juana con los dos niños), quienes se mudaron para instalarse definitivamente en el sur y recomenzar una nueva vida.

En aquel lejano lugar, el niño Juancito aprendió parte de las formas rústicas de los peones de la estancia y de los indígenas de la región, con quienes tenía facilidad para vincularse y mimetizarse: “Mi vida en la Patagonia gravitó para siempre. El primer regalo de mi padre fue una carabina 22. Hasta los nueve años me crié con los indios y cazando guanacos. Estas impresiones me signaron para toda la vida (…) Cada vez que necesité al indio aquel de la niñez, lo tuve”[11] rememorará Juan Perón.

Escapando del frío y siempre procurando mejores posibilidades de vida, tiempo después Mario Tomás Perón viajó nuevamente con su familia, esta vez hacia el norte, instalándose en la Provincia de Chubut a fin de iniciar un emprendimiento personal como pequeño estanciero. Es poco lo que el

pequeño Juan Domingo pasó allí, puesto que de inmediato fue enviado a Buenos Aires a casa de unos familiares de su abuela, para que el niño acudiese a la escuela primaria[12]. Allí Juancito vivirá una infancia descariñada y sólo se reencontrará con sus padres durante las vacaciones. Agrega García Hamilton que "Al regresar de la Patagonia Juan Domingo sintió que en casa de su abuela y en su medio social, no sólo lo subestimaban por su madre india, por el padre tarambana e insignificante, sino también por haber venido de los campos del lejano sur, con una educación insuficiente y modales rurales. En la escuela notaba que se menospreciaba a los alumnos que provenían de familias italianas, como era su caso, y sufrió algunas humillaciones que lo llenaron de resentimiento"[13]. Como alumno no era destacado pero tampoco un aplazado: "Aunque jamás me reprobaron en ninguna materia, no puedo decir que fui un alumno brillante, sino más bien un uomo qualunque"[14] recordará Juan Perón.

Todo indica que ni su padre ni su madre fueron figuras determinantes en la formación de Juancito y como fuera dicho, él siempre trató de mencionar a su abuelo, que por su condición de médico y Senador conservador era percibido como una figura más presentable que la de sus intrascendentes progenitores. Respecto a su padre, Juan Perón rara vez lo mencionará. En cuanto a su madre, si bien ésta nunca fue alguien de influencia suprema, él la captó como la figura fuerte de la pareja: "Veíamos en ella al jefe de la casa, pero también al médico, al consejero y al amigo de todos los que tenían alguna necesidad…No teníamos secretos con ella, y cuando fumábamos a escondidas, no nos cuidábamos de su presencia"[15] señalará. Con respecto a la relación de Juan Domingo con su hermano mayor Mario Avelino, estos siempre se llevaron bien pero nunca mantuvieron un vínculo de confidencia: "Mi hermano Mario, era un héroe para mí. Tal vez esa incapacidad mutua para demostrar nuestro afecto, nos privó de una relación más estrecha"[16] lamentará.

Con una infancia solitaria y sin influencias fuertes que lo referenciaran, fue el espíritu autodidacta la principal directriz e inspiración para Juan Domingo, tal como él lo ha reconocido: "A los diez años yo no pensaba como un niño sino casi como un hombre. En Buenos Aires me manejé solo y las faldas de mi madre o de mi abuela no me atraían como a otros chicos de mi edad. Pretendía ser un hombre y procedía como tal. Es lógico que, a más de 2000 kilómetros de mi casa tenía muchas oportunidades

de probarme”[17]. En declaraciones recogidas por quien fuera luego su virtual biógrafo oficial (Enrique Pavón Pereyra) Juan Perón detallará aspectos de su niñez escolar: “yo me jactaba de defenderme como un hombre, tratando de manejarme independientemente frente a los actos que representaban en ese momento mi obligación cotidiana y mi único motivo de preocupación que era la escuela. Esta temprana madurez sería refugio para muchos de mis compañeros y escondite para mis debilidades. Ellos creían ver la sociedad reflejada en mi persona y en realidad sólo se trataba de una máscara que ocultaba una profunda necesidad de afecto, resultado de la temprana separación de mi hogar paterno”[18].

Entrando en la adolescencia, Juan Perón fue aconsejado por su padre a estudiar medicina, idea con la cual se sintió entusiasmado puesto que veía con buenos ojos seguir la herencia de su renombrado abuelo, pero a la postre prevaleció en él la motivación por iniciar la carrera militar. Sin embargo, su condición de hijo natural resultaba un antecedente poco recomendable para ingresar en las señeras filas de la oficialidad castrense. Este inconveniente personal perturbó en mucho al aspirante quien “Pasó varios meses atormentado por esta perspectiva, lleno de impotencia y resentimiento”[19] según señalará García Hamilton, hasta que su solícita abuela paterna (doña Dominga) se le aparecería sorpresivamente con una partida de nacimiento adulterada que supo conseguir por medio de contactos en la administración pública y en la cual se consignaba que Juan Domingo Perón había nacido como hijo legítimo. Este oportuno fraude administrativo acabó con los obstáculos y le permitió al joven aspirante limpiar sus inadecuados orígenes habilitándolo al fin para poder anhelar integrar la prestigiosa oficialidad del Ejército argentino.

El acomplejado del Colegio Militar

Con “los papeles en orden”, el joven rindió y aprobó el examen de ingreso al Colegio Militar, cuyo uniforme de cadete vestiría por primera vez el 1 de marzo de 1911: “Mi abuela Dominga, quién tanto había hecho para que yo obtuviese la beca de ingreso, me acompañó ese primer día de incorporación y con un beso, dejó a su nieto con el orgullo de creer que se iba a formar para la patria, y en un ambiente que de otra manera nos hubiese sido adverso y hostil por lo inaccesible. Nosotros decididamente no pertenecíamos

a la clase social que frecuentaba el Colegio Militar. Yo era un bicho raro y tuve la suerte de que con el tiempo, lo seguí siendo”[20] ironiza Juan Perón.

A pesar de la dura y disciplinada vida castrense, el joven Perón se acomodó con facilidad a los hábitos cuarteleros: “Al toque diario había que levantarse y teníamos cinco minutos para lavarnos las manos y la cara, luego formación para recibir los ´buenos días´ y se pasaba revista al uniforme. En eso también me destaqué, a mí me es fácil hasta hoy reconocerme en las fotografías con uniforme, el mío era el que invariablemente no tenía arrugas”[21] rememora.

Las privaciones horarias de los primeros tiempos sólo le permitían a Perón tener salidas una vez al mes, las cuales él aprovechaba para visitar a su abuela. Pero cuando gozaba de vacaciones prolongadas, viajaba a Chubut a visitar a sus padres. En una de estas últimas instancias, Perón vivirá una desagradable escena de la cual jamás se olvidará. Junto con su amigo Alberto Robert salió a cabalgar, pero Juan Perón sufrió un accidente al caerse del equino y tuvo que regresar más temprano a la estancia. Su padre había viajado para atender tareas laborales y cuando ambos jóvenes entraron a la casa, encontraron a su madre Juana enredada en la cama con un peón mucho menor que ella, llamado Marcelino[22]. El impactante episodio sorprendió a Perón en presencia de su amigo, lo cual intensificó la humillante vivencia. Desde entonces, rara vez en toda su vida pública Perón se referirá a su madre y prácticamente no hay registros de que en alguna ocasión la haya vuelto a ver (ni siquiera fue a su velorio)[23]: el vínculo quedaría deteriorado para siempre.

Perón se graduó como Subteniente en diciembre de 1913. En este comienzo de su carrera castrense tampoco descolló: egresó como número 27 del arma de Infantería (que fue la que escogió) y número 43 de mérito general. Sin embargo, él ya advertía acerca de la imperiosa necesidad de formarse académicamente: “A los 18 años mi padre me regaló dos libros. Me acababa de recibir de subteniente. Fueron las cartas de Lord Chesterfield a su hijo Felipe y, Varones Ilustres, de Plutarco, en la edición Garnier. Creo que son los dos libros que más me han influenciado”[24] señalará.

Al parecer, hasta en la hora de preferir sus libros, Perón se verá condicionado por su atareada historia familiar puesto que sobre `Las cartas de Lord Chesterfield a su hijo´ él mismo subrayará que “El libro está escrito por

un padre a su hijo natural, a quien educa a través de un epistolario único e inimitable, que armoniza lo útil con lo ameno"[25]. ¿Acaso el texto lo identificaba con su propia biografía? Comoquiera que sea, Perón ya era consciente de la importancia de adquirir el hábito de la lectura: "hay dos tipos de militares jóvenes. Los que se quedan en el casino, jugando al billar, a las cartas, o charlando simplemente, y los que están inquietos por la vida y el mundo. Yo era de estos últimos. Estos dos libros me indujeron la necesidad de instruirme"[26].

Por entonces la escuela de infantería estaba poblada por una idiosincrasia de clases más populares o de hijos de inmigrantes, mientras que la de caballería, portadora de una tradición aristocrática, era integrada por jóvenes de clase alta o por apellidos patricios. No sabemos hasta qué punto este tipo de líneas divisorias lo habrán resentido a Perón contra la "oligarquía" de la que siempre desconfió, pero es evidente que su origen familiar era un irresuelto asunto interior que siempre lo perturbaba: "Una de las cosas más lindas que tuvo la vida del ejército fue la camaradería, que no era otra cosa que la siembra de buenos amigos. Esto también me costó bastante. Yo no tenía un apellido para blandir"[27] lamentará. Tan intensos parecían ser sus complejos de inferioridad que lo afectarán hasta en el modo de vincularse con las mujeres: "Yo tenía 25 años y era un joven oficial que llevaba con orgullo el uniforme de la patria. Era un aspirante sin suerte para conquistar el corazón de mi inquietante prima Mecha. Sólo confesé esos sentimientos de frustración a Raquel Perón, que era mi otra prima, gran amiga y confidente durante esos años. A ella le expresé con dolor: ´presiento que Mecha me rechaza debido a mi brumoso origen. Pues no veo otro motivo ´"[28].

A pesar de sus traumas e inseguridades personales, Juan Perón siempre encontraba las herramientas para sobreponerse: "Las exageraciones sobre la importancia de su abuelo o las mentiras sobre cualquier otro tema le resultaban útiles, funcionales a su objetivo de superar una dura niñez, una adolescencia triste y la pertenencia a una familia con dificultades"[29] observa García Hamilton. Al mismo tiempo, con su estilo histriónico, verborrágico y carismático Perón logrará ganarse la simpatía de varios de sus compañeros, aunque también es verdad que ya se había hecho fama de fabulador en torno a sus grandilocuentes relatos. Tanto es así que cuando en 1916 tuvo la primera oportunidad de votar por un Presidente de la Nación (en

el contexto del estreno de la Ley Sáenz Peña[30]), Perón alegó haberlo hecho por Hipólito Yrigoyen, el caudillo radical que se consagró ganador: “es tan mentiroso que nunca sabremos por quien votó”[31] disparó una voz desconfiada.

Durante sus primeros años como oficial del Ejército, Perón sirvió en un regimiento asentado en los puertos fluviales de Paraná: “Permanecí tres años en el Regimiento 12 de Infantería de Línea en Paraná, lo cual me permitió no sólo amoldar mi temperamento a la vida militar sino que también contribuyó para que yo reconociese in situ los sufrimientos y carencias que soportaban las gentes del lugar, tan grandes e inconmovibles como su particular capacidad de afecto”[32] recuerda.

Sus calificaciones comenzaban a ser más que aceptables y Perón se destacaba fundamentalmente en los deportes, que siempre lo apasionaron.

En 1929 fue transferido a la Escuela de Suboficiales en Campo de Mayo. Esta última experiencia le proporcionó a Perón la posibilidad de obrar como instructor de los aspirantes e incursionar como líder y docente de sectores con menor enseñanza y de origen humilde. Comenzó entonces a vislumbrarse en él una suerte de actitud paternalista para con los suboficiales y así lo recordará un alumno suyo, Carlos V. Alóe[33] (quien posteriormente se convertiría en Gobernador bonaerense y en uno de sus acólitos más serviles): “Perón tenía un gran magnetismo y realmente se preocupaba por sus hombres (…) Si alguno no podía salir el domingo por falta de dinero, él le prestaba lo necesario (…) era un verdadero padre para nosotros”[34]. Según refiere Roberto Aizcorbe, “para compensar la soledad en que lo dejaban sus camaradas, Perón buscaba inmediatamente hacerse popular entre los suboficiales a los que enseñaba a boxear, y a los que instruía con algo más que entusiasmo profesional”[35]. Indudablemente Perón con su gran capacidad comunicacional ya sabía ganarse la simpatía del sector subalterno y él mismo le cuenta a su biógrafo el modo en el cual intentaba elevar la autoestima de la suboficialidad: “Yo comencé a recordarle expresamente esto en cada franco: ´Sé que cuando salen a divertirse, ustedes dudan entre la posibilidad de ir a una confitería o a un bodegón porque en las confiterías hay señores con galera, guantes patito y polainas, entonces ustedes se sienten inferiores y eligen el bodegón. Yo les pido sin embargo, que vayan a la confitería orgullosos, porque ese uniforme que llevan les da dignidad, porque es el uniforme de la patria´”[36].

Aparejadamente, en esos años de pedagogo en la Escuela de Suboficiales Perón comenzó a incursionar en el mundo literario (toda su vida le gustó escribir y publicar trabajos con pretensiones académicas) y se permitió redactar un manual con gráficos que contenían ejercicios para soldados[37], en cuyos capítulos brindaba consejos muy elementales para suboficiales tales como "instrucciones para lavarse las manos". Perón siempre se pensó a sí mismo como un hombre de envergadura intelectual y se jactaba de ser un educador: "en el fondo soy antes que nada un maestro"[38] le confió al periodista Esteban Peicovich.

El polifacético Juan Perón también supo por entonces incentivar e innovar en materia de deportes introduciendo en la vida militar el básquet y otras disciplinas recreativas que hasta entonces eran extrañas al ejército.

En suma, Perón era un hombre inquieto, lúcido, hacía méritos suficientes y sus calificaciones eran promisorias: "Es robusto, de buena presencia y correcta actitud militar. Animado y resuelto, trasmite su fibra militar a la tropa a la que instruye. Vive intensamente su profesión y está siempre dispuesto a hacer más. Sobresaliente instructor y muy buen conductor de tropas"[39] anotó su jefe de batallón en el legajo.

Sentando cabeza

En 1926 Perón alcanzaba la edad de 33 años y fue enviado a la Escuela Superior de Guerra, dónde pasó tres años intensivos haciendo distintos cursos mientras disfrutaba de una vida de soltero a la que él advertía que debía darle un corte: "buscaba distracción junto a tres camaradas con los que más afinidad tenía, con quienes habíamos alquilado un pequeño departamento céntrico que por supuesto no era sala de lectura. Nuestra soltería llegaba a su fin. Un poco por voluntad propia, pero otro poco porque hay que reconocer que estaba mal visto en el ejército que un oficial mayor de treinta años no hubiese ´sentado cabeza´ habiendo conseguido pareja estable"[40] rememora.

Fue entonces cuando Perón conoció a "Potota", mujer 12 años menor que él cuyo nombre de pila era María Aurelia Tizón: "En septiembre de 1926, en una recepción para oficiales realizada por el Regimiento de Palermo, conocí a Potota. Era una chica de barrio, hija de un fotógrafo. Era amable,

tierna y muy callada. Cuando mis compañeros la conocieron me dijeron que había conseguido a la persona adecuada para soportar mi temperamento. ´Vas a tener la oportunidad de hablar siempre vos´, comentaban entre risas. Aurelia Tizón fue mi primera mujer, sumisa y heroica con su compañero y con tan poca experiencia en la vida que se adaptó con facilidad a mis caprichos”[41].

La joven María Aurelia era maestra y tenía inclinaciones artísticas, gustaba de pintar óleos y se sabe que tocaba la guitarra con habilidad. A Juan Perón le había “llegado la hora” y la flamante pareja contrajo enlace en la Iglesia castrense Nuestra Señora de Luján el 5 de enero de 1929.

Dos meses antes de la boda, Mario Tomás, el padre de Juan Domingo, moría de manera natural, a los 64 años.

Capítulo 2: Perón y los años 30´

La primera conspiración

Corría 1930 y en medio de la Gran Depresión[42] mundial la Argentina era presidida por el radical Hipólito Yrigoyen, quien estaba ejerciendo su segunda presidencia[43] en un momento de especial descrédito gubernamental. El anciano mandatario gestionaba con una notoria lentitud e ineptitud personal a la hora de responder a los reclamos políticos y sociales. Pasaban los meses del año y aún no se había llevado a cabo ninguna sesión ordinaria en el Congreso. Las provincias opositoras eran intervenidas, y el país padecía a un gobierno paralizado.

Que Yrigoyen había perdido mucho consenso popular lo confirma el hecho de que en 1928 había ganado las elecciones por una diferencia de 300 mil votos en su favor, pero dos años después, en las parlamentarias de 1930 había logrado imponerse pero por apenas 10 mil sufragios. El deterioro era tan evidente que hasta sus propios partidarios comenzaron a quitarle apoyo sumándose al descontento popular y con ello potenciando la debilidad gubernamental: “Una de las pobres respuestas que el radicalismo había encontrado, contraproducente y peligrosa, fue la de promover el fraude electoral en las Provincias de San Juan, Mendoza y Córdoba, y responder con más violencia a la violencia de la oposición”[44] señala el historiador Claudio Chaves.

Fue en esta etapa de deterioro yrigoyenista cuando el entonces Capitán Perón ya se había graduado en la Escuela Superior de Guerra y el 26 de enero de 1929 obtuvo un destino en el Estado Mayor General del Ejército. Si bien él se adjudicaba haber votado por Yrigoyen en 1916 y la familia de su esposa Potota era de procedencia radical, su propensión al “fragote[45]” y la componenda lo harían actuar en franca contradicción con lo que hasta ese momento habían sido sus presuntas preferencias electorales.

Por entonces, varias líneas militaristas eran las que complotaban y conspiraban contra la continuidad del Presidente Yrigoyen en el poder. Por un lado estaba el Gral. José Félix Uriburu (de extracción nacionalista) y por

otro el Gral. Agustín P. Justo (conservador). A Perón se lo ubicaba enrolado dentro de esta última facción. No obstante, por medio de contactos, en junio de ese año fue invitado por el Mayor Ángel Solari a una reunión privada con el General Uriburu: "Esa noche, el general José Félix Uriburu habló sobre las cuestiones concernientes a un movimiento armado que debía prepararse juiciosamente y producirse cuando se contara con el ochenta por ciento de los oficiales como mínimo. Todos aceptamos"[46] recuerda Perón, quien se sintió encantado con el encuentro al punto de calificar a Uriburu como "un perfecto caballero y un hombre de bien"[47].

La primera Revolución

Fue en ese convulsionado escenario cuando un 6 de septiembre de 1930 el General José Félix Uriburu desfilaba acompañado por sólo tres escuadrones de caballería y 600 cadetes, en un marco de júbilo popular que colmó la Plaza de Mayo con el fin de deponer al gobierno de Hipólito Yrigoyen, quien no vaciló en renunciar. Parecía un efecto "boomerang", pues Yrigoyen había participado en sus años mozos de varias conspiraciones e intentonas fallidas de golpes de Estado y ahora era precisamente él quien iba a ser el primer Presidente depuesto por uno de ellos.

El de 1930 ni siquiera puede ser considerado un golpe anti-radical: relevantes hombres de la UCR como el ex Presidente Marcelo Torcuato de Alvear, el ex Vicepresidente Enrique Mosca, el ex Gobernador de Buenos Aires José Camilo Crotto, o los legisladores Melo y Gallo (cabezas de lista de diputados de la UCR) reivindicaron la sublevación militar. El propio ex Presidente Alvear (antecesor inmediato de Yrigoyen en la presidencia) desde París arremetía con lenguaje socarrón: "Tenía que ser así. Yrigoyen con una absoluta ignorancia de toda práctica de gobierno democrático, parece que se hubiese complacido en menoscabar las instituciones. Gobernar no es payar. Para él no existía ni la opinión pública, ni los cargos, ni los hombres. Humilló a sus ministros y desvalorizó las más altas investiduras. Quien siembra vientos cosecha tempestades"[48]**.**

Tras la noticia de la destitución de Yrigoyen, en la Argentina se vivió un clima de júbilo popular. El historiador radical Félix Luna narra que "La ciudad entera acompañó a los cadetes del Colegio Militar desde San Martín hasta Plaza de Mayo, entre apretadas filas de hombres, mujeres, ancianos y

niños que los vitoreaban y arrojaban flores a su paso”[49]. Destituir al Presidente radical resultó un trámite tan sencillo, que según la observación del pensador Vicente Massot “El derrocamiento de Hipólito Yrigoyen se pareció más a un desfile militar que a cualquier otra cosa”[50]. De inmediato, la Corte Suprema de Justicia aceptó formalmente la dimisión del Presidente radical y reconoció al nuevo gobierno provisional.

Al día siguiente de producido el derrocamiento (el 7 de septiembre), el diario La Nación en su editorial comentaba “nunca en la Argentina un gobernante quiso mostrarse y se mostró más prepotente, mas omnisciente, ni llegó a dejar mayor constancia de su incapacidad de actuar, respetar y ser respetable”. En edición posterior (8 de septiembre) el editorial del mismo diario agregaba: “la manifestación incontenible de un pueblo que, como ya lo dijimos ayer, fue llevado a un extremo que él hubiese deseado evitar, pero que se hizo inevitable porque vivía bajo una prepotencia como régimen o sistema de gobierno que importaba la subversión total de la democracia y del régimen jurídico constitucional”.

¿Cuál fue el rol concreto de Perón en el primer golpe de Estado de la historia Argentina del Siglo XX? Al parecer bastante discreto: “el capitán Perón tuvo una participación marginal en el desarrollo de los acontecimientos”[51] anotó Joseph Page. Lo que sí es cierto es que Perón no sólo confesó su adhesión y celebración por el derrocamiento de Yrigoyen sino que también le detalló a Tomás Eloy Martínez lo siguiente: “Yo estaba en la escuela superior de guerra en ese entonces, en 1930 se produce un movimiento general en el ejército, en el ejército nadie escapó a esa revolución y todos estábamos más o menos comprometidos (…) yo en ese entonces era capitán (…) no era difícil entrar, yo fui partícipe en la medida en que fueron los demás, sin ninguna decisión personal y siguiendo el movimiento que se estaba realizando (…) yo no creo que a Yrigoyen lo voltearon, Yrigoyen cayó, era un gobierno popular, era un gobierno realmente representativo, pero totalmente inoperante frente a los grandes problemas que se presentaron, en ese momento yo creo que estaba todo el mundo contra el gobierno”[52]. Y en otro testimonio suyo recogido por su biógrafo personal Perón agregó más datos: “Aquel espíritu triunfalista se vio reflejado en el fervor popular y en el tácito reconocimiento a la actitud de las fuerzas armadas ejemplificando con una anécdota que experimenté en aquel instante en pleno bullicio del 6 de septiembre y que motivará algunas

reflexiones políticas personales posteriores: a las puertas de la casa de gobierno, un civil se me acercó y entregándome en mano un trozo de mármol, restos del busto del ex Presidente (Yrigoyen) y que hacía instantes había sido arrojado de desde una de las ventanas de la casa Rosada, diciéndome: ´tome capitán, guárdelo de recuerdo para que nunca más un peludo[53] entre donde no le corresponde´. Yo lo guardé y aún lo tengo entre mis cosas"[54].

Haya sido un protagonista relevante o un simple actor de reparto, lo confirmadamente cierto es que Perón participó de la revolución mostrándose exultante y calificó el golpe como "un milagro" añadiendo que "Ese milagro lo realizó el pueblo de Buenos Aires, que en forma de avalancha humana se desbordó en las calles al grito de ´viva la revolución´"[55]. Razones no le faltaban a Perón para tamaña alegría personal: al día siguiente del golpe contra Yrigoyen fue beneficiado con el cargo de Secretario Privado del nuevo Ministro de Guerra[56].

Ni década ni infame

El Gral. Uriburu se constituyó así en el primer Presidente de facto de la Argentina contemporánea. Si bien gobernó un lapso breve (un año y medio), en ese período supo instalar un gabinete conformado por notables (entre ellos Horacio Beccar Varela como Ministro de Agricultura, Matías Sánchez Sorondo como Ministro del Interior o Adolfo Boy como Ministro de Relaciones Exteriores) y le bastó con sólo esos meses para reacomodar con bastante éxito el desastre administrativo que había dejado su antecesor: al fin de su gobierno el déficit era tan sólo de 131 millones, significativa mejoría respecto de los 356 millones dejado por Yrigoyen[57] al momento de renunciar.

A pesar que durante la gestión de Uriburu existieron algunas pretensiones corporativistas en materia económica, afortunadamente no llegaron a aplicarse por falta de consenso político y por ende el de Uriburu acabó siendo un gobierno de orden y de transición. Al poco tiempo, el Presidente de facto llamó a elecciones reanudándose así los comicios y la actividad política, consagrándose Presidente el candidato conservador Agustín P. Justo (que paradojalmente había sido ex Ministro radical durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear), quien gobernó el país entre 1932 y 1938 restaurando una tradición de administraciones conservadoras que se

prolongará hasta junio de 1943.

A pesar de esta normalización institucional, es sabido que las jornadas electorales de los años ‘30 no gozaron de la transparencia debida: el fraude fue una práctica constante en esos tiempos y sus detractores la bautizaron como la “década infame”. Sin embargo, el apodo que signa dicho lapso resulta a todas luces injusto. Por empezar, se le llama “década” al período que va desde septiembre de 1930 hasta la revolución del 4 de junio de 1943 (que excede los diez años). Y en cuanto a la presunta infamia cabe preguntarse: ¿“Infame” comparado con qué y con quién? Va de suyo que es erróneo juzgar los aconteceres históricos con la moral y el contexto de hoy, aplicando una tabla de valores actuales a la comprensión de hechos pasados, cuando esa tabla no existía y es por ello que tenemos que situarnos en el ambiente entonces vigente.

Vayamos a cuentas. En octubre de 1929, en los Estados Unidos 11 hombres del establishment se suicidaban y otros tantos se arrojaban desde los rascacielos al ver pulverizadas sus fortunas, estrenándose así una depresión sin precedentes que duraría diez años. En 1931 hubo 5996 quiebras. En 1932 se habían esfumado 74 mil millones de dólares, 5 mil bancos cerraban, 86 mil empresas se derrumbaban, el precio del trigo se envilecía. En 1933 la desocupación trepó al 25%. Ya en 1934, el 27% de la población urbana estadounidense no poseía ingreso alguno[58].

A la empobrecida Latinoamérica no le iba mejor: la región padecía grotescas dictaduras como la de Getulio Vargas en Brasil, la del Gral. Juan Vicente Gómez en Venezuela y la del Gral. Carlos Ibáñez en Chile. México dejaba atrás dos décadas de guerra civil instalándose el hegemónico PRI (Partido Revolucionario Institucional). Rafael Trujillo manejaba a su antojo República Dominicana. Paraguay y Bolivia se debatían en guerra (1932-35) y lo mismo hicieron Perú y Ecuador (1941-42) a la vez que el grueso de Centroamérica tambaleaba al compás de prolongadas sucesiones de guerras civiles.

En Europa, Italia se hallaba bajo el mando de Benito Mussolini, Alemania bajo el poderío hitleriano, España padecía la cruenta guerra civil estallada en 1936, Rusia sufría el sanguinario despotismo iniciado por Lenin y continuado por Josep Stalin, y a todo esto se le sumó la gestación de la Segunda Guerra Mundial que estalló en 1939 dejando un saldo inédito de

víctimas y miseria con unos 55 millones de muertos.

En todo ese trágico período mundial la Argentina fue tierra de paz. No tuvo guerras, la libertad de prensa no era cuestionada, el Congreso funcionó a pleno y la independencia del Poder Judicial nunca se puso en tela de juicio. La Gran depresión económica fue superada rápidamente y si bien el mundo entero vivía embriagado por la moda de las ideas estatistas, la Argentina fue influida por ese mal en proporciones muchísimo menores no sólo a las del resto de las naciones promedio, sino incluso respecto de los países de tradición liberal históricamente tomados como parangón, tales como Canadá y Australia[59] quienes a la sazón sí emprendieron planes crediticios y de fomento estatal, que en el caso local ni se pensaron ni se necesitaron.

En 1939 el PBI real de la Argentina era un 15% superior al de 1929 (en ese transcurso el PBI de EE.UU. sólo creció un 4%). En 1934 la producción industrial equivalía a la agropecuaria; finalizando la década lograba duplicarla. En febrero de 1936 la reconocida publicación londinense The Economist decía que aunque Argentina no tuviese carbón ni hierro ya era el país más industrializado de Sudamérica junto con Brasil[60].

El mito que sobre los años ´30 se tejió respecto de la Argentina como un país “agrícola y colonial” oculta el hecho que el pasaje de la economía agropecuaria a la industrial se produjo entre los años 1935-1946 y que durante los gobiernos conservadores de Agustín P. Justo (1932-38), Roberto Ortiz (1938-42) y Ramón Castillo (1942-43) el desarrollo industrial alcanzó picos magníficos: en 1935 la cantidad de establecimientos industriales era de 39.063 (ocupando a 440.582 obreros) según el primer censo industrial y ya en 1946 llegaron a ser 86.449 (ocupando a 938.387 obreros). El porcentaje de aumento de la población obrera en ese lapso fue del 75,4%[61], agregando que entre 1937 y 1946 el crecimiento industrial aumentó el 62%, cifras estas jamás superadas ni siquiera igualadas en las décadas siguientes.

En 1939 la producción de Argentina era equivalente a la de toda Sudamérica junta, teniendo el 14,2% de la población y el 15.3% de la superficie total del continente. No había desempleo, el analfabetismo era de los más bajos del mundo, miles de europeos que escapaban del colectivismo y la miseria eran recibidos a diario con los brazos abiertos. Las desigualdades sociales (que existían) eran sensiblemente menores a las del resto de Latinoamérica. Entre 1930 y 1943 la inflación fue virtualmente nula y el

crecimiento del salario real entre 1935 y 1943 tuvo un promedio del 5% anual[62]. Hasta un filo-peronista y enemigo acérrimo de los conservadores como lo fue Arturo Jauretche reconoció que “A Perón no se le debe la industrialización, como creen algunos, porque ésta comenzó a expandirse durante el gobierno de Castillo. Tampoco fue el encargado de traer peones rurales a las fábricas. Lo único que hizo Perón fue capitalizar esa masa”[63].

Lamentamos coincidir con lo asegurado por el afamado divulgador populista: en 1939 el sector industrial argentino era un 35% mayor al de 1930, representaba el 22,5% de la producción total y había equiparado en importancia a las actividades agropecuarias. Los asalariados industriales que en 1940 eran 796,7 mil, en 1943 pasaron a ser 1.025.5[64]. Como consecuencia de ello las importaciones cayeron de 34 a 22 en toda la década y no precisamente porque se haya aplicado una política proteccionista sino justamente por lo contrario: el nivel arancelario que en 1932 era de 37 puntos fue bajando hasta llegar a 22 en 1939[65]. Si bien la industria de exportación tuvo sus épocas de bajas con motivo de la guerra (en 1939 era del 2,9%), en 1943 ya se había recuperado y ascendía a 19,4%.

En 1937 (dos años antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial), el PBI per cápita de Italia no alcanzaba al 50% de Argentina, y el de Japón no llegaba al tercio. En Buenos Aires fluían a borbotones opulentas construcciones, palacios e imponentes edificios (los estadios Luna Park, La Bombonera, El Monumental y la apoteótica calle Corrientes emergía junto con la construcción de teatros como el Opera, el Astral y numerosísimos cines y predios artísticos). La movida cultural crecía a pasos agigantados. Se filmaban decenas de películas por año (desde 1937 Argentina ocupó el primer lugar en la producción hispanoparlante) en crecimiento constante: en 1936 se estrenaron 15 largometrajes; en 1937, 28; en 1938, 40; en 1939, 50; en 1941, 47 y en 1942 (último año de los gobiernos conservadores) se llegó a 56 filmes. Todo esto no sólo era un logro cuantitativo sino cualitativo porque las producciones eran de un nivel extraordinario: “la Década Infame tuvo una peculiaridad: permitió una libertad prácticamente total de expresión no sólo en el cine, sino también en la prensa y en los libros”[66] reconoció el emblemático crítico de cine Domingo Di Núbila[67] a la par que la industria editorial Argentina se convertía en la primera de habla hispana.

La movilidad social ascendente estaba a la orden del día y así lo demuestran numerosos datos anteriores al estallido de la Segunda Guerra

Mundial (colocados por hora-trabajo de mayor a menor en ránking mundial), los cuales daban cuenta de que en lo concerniente al poder adquisitivo, los obreros no calificados tenían el siguiente acceso: con el pago de una hora de trabajo en Estados Unidos se adquiría 3,40 Kg. de pan; en Argentina 3 Kg., en Inglaterra 2,40Kg y en Francia 2.27. Carne por hora de trabajo en Argentina 1,50Kg, en EE.UU. 0.95, en Inglaterra 0.63 y en Alemania 0.41. Café en EE.UU. 1.18 Kg, en Argentina 0.50 Kg, en Francia 0.27, en Bélgica 0.27, en Inglaterra 0.23. Manteca: EE.UU. 0.72 Kg, en Argentina 0.50, Inglaterra 0.36. Para comprar una camisa se debía trabajar en EE.UU. 3.26 horas, en Inglaterra 4.30, en Argentina 5 y en Bélgica 5.49[68] promedio. No por capricho ni masoquismo la Argentina era confirmadamente el país predilecto del grueso de los inmigrantes del mundo que buscaban un lugar mejor para vivir.

La expresión “Década Infame” para sindicar a los años ´30 es recurrentemente repetida a modo de acusación peyorativa por todo emisario subordinado al catecismo progresista o a todo alegre adherente al léxico políticamente correcto, aunque probablemente sus calificadores ignoren que dicha etiqueta fue puesta por José Luis Torres, escritor y columnista del periódico Cabildo, órgano de prensa del nacionalismo católico de la época, que atacaba al orden vigente entre otras cosas por considerarlo liberal y progresista y por sobre todo, por endilgarle un esquivo sentido del patriotismo.

Vale decir que esa etiqueta fue una forma de correr “por derecha” a los gobiernos conservadores de los años 30´s, acusados por esos sectores de llevar adelante políticas de “entreguismo” a causa de la firma de acuerdos bilaterales con Gran Bretaña. Tal el caso del denominado “Pacto Roca-Runcinman” (suscripto en 1933), que más allá de críticas atendibles en un contexto tan difícil para colocar productos exportables, no sólo no perjudicó a la Argentina sino que fue motivo de que el líder del Partido Laborista inglés Clemente Attle y varios de los principales diarios londinenses encabezados por el Daily Express acusaran a las autoridades británicas de haber caído “en la trampa argentina”[69], tras firmar un acuerdo en el cual nuestro país se aseguraba una cuota de exportación no menor a 390.000 toneladas de carne enfriada.

Va de suyo que en un mundo tan doliente y convulsionado, la Argentina a pesar de sus muchos logros, no era ajena a los problemas sociales

en boga ni tampoco fue totalmente impermeable a las ideas dirigistas que primaron por entonces en el mundo entero (la creación de instituciones como el Banco Central o la Junta Nacional de Granos fueron las medidas intervencionistas más significativas de aquel período). Sin embargo, durante la etapa conservadora fue un mérito de estas gestiones que las citadas tendencias negativas no llegaran a influir lo suficiente ni se aplicaran como en otros lares, dato que explica en gran parte el éxito político y económico de Argentina en esta etapa.

Fue por entonces también cuando se creó la Confederación General del Trabajo, se incorporó el "sábado inglés" (Ley 11640), se legisló sobre "horas de cierre y apertura" (Ley 11837), se otorgaron indemnizaciones y vacaciones a empleados de comercio (ley 11729) y se sancionaron diversas leyes sociales o jubilatorias y en suma, desde 1903 a 1943 se promulgaron más de cincuenta leyes sobre trabajo y previsión social[70]. Nosotros, por motivos filosóficos no somos propensos a celebrar esta legislación que estamos detallando, puesto que creemos que la mejora en la calidad de vida del trabajador se logra aumentando la inversión privada y no la cantidad de leyes pretendidamente favorables al asalariado. Consideramos que estas medidas son bienintencionadas pero infructuosas, puesto que reportan un beneficio más aparente que real, dado que en el mediano y largo plazo las mismas desalientan la inversión y disminuyen la tasa de capitalización y con ello el valor real de los salarios, pero esto es materia para discutir en otro libro. Simplemente aquí exponemos y enunciamos estas leyes a fin de dar cuenta que ya desde principios del Siglo XX en la Argentina (y en el mundo entero) existía una atmósfera y una acción consistente en dar cobertura social o estatal a diferentes estamentos de la sociedad y lo que sí queremos dejar demostrado, es que desde el punto de vista de la llamada "política social" en el orden local tanto bajo gobiernos conservadores como radicales se había avanzado consistentemente aunque en proporciones moderadas, motivo por el cual la estabilidad monetaria siempre estuvo vigente, el equilibrio fiscal no fue afectado, se respetó y protegió el derecho de propiedad y se le brindó suma importancia a las inversiones nacionales y extranjeras.

Vale decir, dentro de la hegemónica moda estatista que se vivía en el mundo entero (keynesianismo, nacionalismo y comunismo) los gobiernos de Argentina si bien no escaparon a algunas medidas intervencionistas, a rasgos generales supieron tener la lucidez de mantenerse alejados de esas influencias

conservando la tradición libre-empresista y republicana de la llamada Generación del 80.[71] Además, se tendió a preservar como regla general la división de poderes, dato confirmado no sólo por la probada imparcialidad judicial existente sino por el hecho de que los partidos políticos tenían representación parlamentaria y difundían con libertad sus doctrinas y publicaciones respectivas.

La repudiable práctica del fraude electoral (argucia que también habían practicado los radicales a la vez que intervenían provincias opositoras) estigmatizó para siempre ese período. No pretendemos minimizar o justificar esas trampas electorales, pero en verdad, se constituyeron en un mero pecado venial comparado con las atrocidades que ocurrían en el resto del mundo.

Si aceptamos como válido que los años treinta fueron "infames", y con la misma rigurosa vara juzgáramos a las décadas subsiguientes, se tornaría imposible encontrar palabras que pudieran calificar a estas últimas. Hasta un pensador de origen marxista como Juan José Sebreli señala que "Las descripciones lúgubres sobre la crisis del treinta que hicieron J. A. Ramos o Hernández Arregui se ajustaban, en realidad, al último año de Yrigoyen, cuando estalló el crack de 1929…y el tango ´Yira yira´, considerado como un reflejo de la ´década infame´, fue estrenado en 1929 durante el gobierno de Yrigoyen. En la creación de la leyenda de la ´década infame´ se recurrió a argumentos tales como atribuir el suicidio de algunos políticos y escritores en esos años a la angustia producida por la decadencia del país. En realidad Lisandro de la Torre se mató por deudas, Alfonsina Storni y Horacio Quiroga por estar enfermos de cáncer, y Leopoldo Lugones por razones sentimentales y familiares"[72].

La Argentina se apreciaba tan promisoria, que el mismísimo premio Nobel de economía Collin Clark pronosticó en 1942 que "La Argentina tendrá en 1960 el cuarto producto bruto per cápita más alto del mundo". Pero Clark vaticinaba tan venturoso futuro suponiendo que la Argentina seguiría por la senda en curso y nunca imaginó el rumbo que se comenzaría a gestar a partir de junio del año siguiente.

Capítulo 3: Juan el Infame

Del plagio al espionaje

Contemporizando con las administraciones gubernamentales que surgieron a partir de 1930, Juan Perón tuvo durante esos años de hegemonía conservadora una vida signada por los ascensos y logros personales al calor de su posición oficialista. El historiador peronista Claudio Chaves, en su controvertida obra "*El Perón Liberal*" (que demuestra la adhesión de Perón a los gobiernos que encarnaron la denominada "década infame") sostiene que para Perón, "esa década fue esencial; y a su gusto, quizás, no tan infame. Su trayectoria y carrera militar en lo fundamental se construyó por esos años; su cercanía a Justo y a los oficiales justistas, sumado a su talento natural, le permitió ir ocupando espacios respetables y de reconocida importancia" agregando que "sus amigos o sus maestros como a él le gustaba decir se hallaban, por aquella década, en el sector liberal, entre los amigos del General Justo"[73].

Sea su condición de "infame" por adhesión coyuntural o por su irrefrenable propensión al oportunismo, lo cierto es que si Perón no hubiese sido complaciente con el orden vigente no hubiese obtenido tantas facilidades profesionales en el Ejército: el 31 de diciembre de 1931 ascendió a Mayor y junto con sus ya mencionadas actividades docentes en la Escuela Superior de Guerra (en donde pulió su oratoria y capacidad de improvisación) obró como ayudante del Jefe de Estado Mayor y ayudante del Ministro de Guerra. Fue en esta obediente etapa cuando se ganó la aprobación para publicar sus primeros libros sobre historia militar[74], los cuales si bien nunca fueron de apreciable nivel académico, reforzaban su currículum personal. Según Page, "la prosa de Perón no era ni original ni profunda. Tomaba mucho de otros autores (generalmente extranjeros) y se abstenía de imponer su propio intelecto por encima de este material"[75]. Incluso, esta tendencia suya a copiar y transcribir fragmentos de terceros lo puso en apuros cuando fue denunciado por plagio y un Tribunal Militar de honor le ordenó que pidiera sus excusas[76]. Fue entonces cuando al copión de marras no le quedó más

remedio que justificar su fraude alegando que se “olvidó de mencionar la fuente” debido a “una explicable falta de minuciosidad de mi parte al revisar posteriormente los originales”[77]. No sería ésta la única acusación de plagio que pesaría sobre su persona. Según el antropólogo y filólogo Julián Cáceres Freyre[78], el diccionario sobre Toponimia Patagónica de Etimología Araucana que Perón publicara en 1935 fue plagiado de un trabajo del presbítero Domingo Milanesio y de otro del teniente coronel Federico Barbará. Acusación que ratificaría luego el reconocido investigador Rodolfo Casamiquela[79] quien aseguró que “Perón hizo su diccionario por medio del sistema de las tijeras y el engrudo” detallando que “el texto es una mera transcripción de otros, con repetición de todos los errores”[80].

Estos desenmascaramientos no amilanaron a Perón en su adicción al pirateo de fuentes, dado que esta fue una praxis que lo acompañó toda su vida. Especialmente en sus discursos, en los que solía mencionar frases de pensadores célebres que al omitir citar la verdadera autoría de las mismas, sus desinformados fanáticos se las atribuían con inocente admiración.

En 1936, el gobierno conservador le asignó a su ocasional acólito Juan Perón otra nueva responsabilidad y un nuevo logro personal. Con motivo de las relaciones ásperas que el país estaba llevando con Chile por las históricas desavenencias limítrofes[81], fue nombrado como Agregado Militar en la Embajada Argentina en Santiago, y allí se afincó a vivir junto con *Potota*. El jefe de Perón en la Agregaduría era el Mayor Eduardo Lonardi, con quien tendría trato frecuente.

Por entonces, Perón gozaba de una buena remuneración tanto sea por las franquicias diplomáticas como por las ventajas del tipo de cambio, y se paseaba en Chile gozosamente en su auto bordó Packard modelo 37. Lo curioso es que a pesar de sus buenos ingresos, el acomodado militar no tenía servidumbre en su hogar, hábito casi obligado en la oficialidad de entonces: “Prefiero molestarme yo mismo ayudando a Potota antes que tener ´negras´ metidas en casa”[82] le explicó secamente Perón a Lonardi.

Pero esta acomodada vida en el país trasandino le duró poco: fue expulsado por el gobierno de Chile en un momento especialmente sensible tras ser acusado de estar realizando espionaje sobre asuntos militares chilenos[83]. Vale decir, que ante la hipótesis de conflicto de Argentina con Chile, Perón habría estado intentando recabar información secreta sobre la

capacidad militar del país anfitrión. Esta acusación que Perón nunca reconoció del todo nos resulta plausible puesto que entre mayo de 1936 y febrero de 1937 en su calidad de Agregado Militar, envió a Buenos Aires ocho informes confidenciales sobre la situación armamentística de Chile. Incluso, el historiador chileno Joaquín Fernández señala que "una de las labores que Perón hizo como Agregado Militar fue desarrollar una especie de servicio de inteligencia que consiguiera información sobre planes militares chilenos"[84], revelación que tiene visos reales, puesto que Perón (ya consagrado como Coronel y ascendido en Chile) había formado una célula de espionaje con dos colaboradores[85]. Si bien Juan Perón nunca reveló claramente cuál fue su rol en Chile, tácitamente lo confesó: "en honor a la verdad debemos decir que esta actividad de agregado militar en el exterior lleva implícita una tarea básica de trabajo de inteligencia"[86].

Al ser descubierto Perón en éstas andanzas por las autoridades chilenas, en el escándalo también fue salpicado y arrastrado Eduardo Lonardi, puesto que política y militarmente era él el responsable de las desprolijas peripecias de Perón. Marta Lonardi, su hija, recuerda que "el disgusto enfermó seriamente a mi padre, que perdió 20 kilos de peso por una grave úlcera estomacal. Sufrió arresto y salvó su carrera militar por su brillante foja de servicios"[87]. Esta fue la primera situación de conflicto personal entre Lonardi y Perón, pero las vueltas de la vida ya los volverán a enfrentar con un protagonismo muchísimo mayor pero 17 años después, en septiembre de 1955.

Del espionaje transatlántico al fascismo italiano

En medio de las acusaciones y expulsiones, Perón fue enviado de regreso al país con un grave problema más: tras diez años de matrimonio, su mujer *Potota* moría víctima del cáncer uterino, dejando a su marido en estado de viudez el 10 de septiembre de 1938. Perón recuerda el triste hecho dejando traslucir que su difunta esposa no fue una mujer feliz ni realizada a su lado: "Mi querida Potota había padecido en silencio y durante mucho tiempo un terrible mal, cuando falleció y ante el hecho irremediable ante mí, comprendí de golpe muchas cosas y me sentí culpable de la mayoría de ellas. Sus largos silencios cuando estábamos juntos, su mirada triste casi permanente, su soledad, su comprensión, su segundo plano resignado"[88] reflexionará con

nostalgia**.**

En medio de la desazón personal y los tropiezos profesionales, el flamante Coronel (había sido ascendido estando en Chile) en su regreso al país mantuvo unos meses de *impasse* y bajo perfil, siendo destinado a tareas menores y dedicándose al deporte, hasta que por medio de otro contacto suyo con el oficialismo logró retomar posiciones consiguiendo una excelente vacante militar en el exterior, bien acorde con las simpatías ideológicas que él estaba empezando a insinuar: “El destino era Italia, no por imposición, me lo dieron a elegir entre varios países y yo elegí Italia” recuerda Perón[89].

Su legajo indica que entre el 1 de julio de 1939 y el 31 de mayo de 1940 Perón sirvió a unidades alpinas del ejército italiano. Luego, desde julio de 1940 hasta su regreso al país en diciembre de ese año, sirvió de Agregado Militar a la Embajada Argentina en Italia[90]. Fue durante esta última estada en Roma cuando Perón escuchó ante una multitud al Duce Benito Mussolini en Piazza Venezia declarar a Italia aliada de Alemania en la guerra, espectáculo de masas que encandiló en mucho al ascendente militar argentino.

Perón estaba maravillado con el mussolinismo y recuerda aquellas vivencias en Italia de este modo: “Para mí, ese experimento tenía un gran valor histórico. De alguna manera estando allí, uno se sentía intuitivamente en el futuro (…) Era un grupo de gente maravillosa imbuidos de un alto espíritu de soldado, propio de aquellos que se sienten triunfadores. Muchas de las canciones militares terminaron en boca de toda la población, lo que muestra el alto fervor popular de los acontecimientos y la auténtica extracción nacionalista de los cuadros del ejército. Yo aprendí muchas de ellas, participé de aquel calor inmenso que reserva la Patria para quienes se sienten partícipes del mismo destino. A menudo cantábamos una que decía así:

Sull cappello che noi portiamo

ce una lunga penna nera

che a noi serve di bandiera

su pei monti a guerreggiar. Oi la- la…

Cuando entrábamos en algún pueblo cantándola, la gente nos

acompañaba con su voz y vivaba al Duce… ¿Habría otra cosa más popular?...”[91]**.**

No fueron pocas ni aisladas las veces que Perón reconoció lo hechizado que volvió con el fascismo italiano: “Me ubiqué en Italia entonces. Y allí estaba sucediendo una cosa: se estaba haciendo un experimento. No entro a juzgar los medios que podrían ser defectuosos (…) Era una tercera posición entre el socialismo soviético y el imperialismo yanqui. Para mí ese experimento tenía un gran valor histórico. De alguna manera uno ya estaba intuitivamente metido en el futuro, estaba viendo qué consecuencias tendría ese proceso. De modo que, una vez instalado allí empecé a preocuparme por estudiar el problema del socialismo nacional (…) Se estaban desarrollando unos cursos magníficos; seis meses de ciencia pura en Turín y seis meses de ciencia aplicada en Milán. A los que asistí regularmente. Allí me aclararon cosas en materia de economía, política, porque ellos estaban haciendo una vivisección del sistema capitalista”[92].

No se registra que Perón haya conocido a Mussolini más que de lejos, aunque aquel con su frondosa inventiva se ufanara luego de haberlo tratado de manera personalizada: “Tuve oportunidad de estar frente a frente, y conversar con el Duce. Fue en Milán, y no sabía que podía atenderme tan rápido, ya que había transcurrido poco tiempo desde el pedido de audiencia. Verlo así, por primera vez, me impresionó sobre manera. Él estaba de militar, pulcro y cortés, tenía toda la imagen de un semidiós de la mitología romana. Yo se lo dije y le afirmé que me sentía emocionado y confundido, para no andar aclarando que en realidad también me temblaban las piernas. Él levantó la vista y me miró a la cara diciendo: ´Cada día más seguro estoy que como esta situación política se mantenga así, seremos muchos los que vamos a contribuir a extender la mitología´”[93].

Pero más allá de las habituales exageraciones en las que incurría Juan Perón fraguando reuniones inexistentes, lo que sí es cierto es que su pasaje por la Italia Fascista lo marcó en muchos aspectos: según Page, “la organización y la movilización del pueblo alemán y del pueblo italiano, bajo Hitler y Mussolini, lo fascinaron” añadiendo que “la estadía de Perón en Europa probablemente dejó su influencia en, por lo menos, otros dos aspectos. La utilización por parte de Mussolini del espectáculo de masas como arma política seguramente lo impresionó. Sus contactos en Italia y, quizás en Alemania, lo expusieron al virulento anticomunismo que aportaba

mucho del empuje intelectual y emocional a los movimientos fascista y nazi”[94].

Efectivamente, Perón, quien siempre fue refractario a reconocer influencias y referencias, se sinceró ante su biógrafo espetando la siguiente confesión: “Reconozco que me deslumbré con la personalidad de Mussolini”[95]. Tan es así que al regresar de su misión en Italia a fin de 1940 llegó con todo el entusiasmo y el afán de predicar el ideal de su ídolo: “Llegué a Buenos Aires con una terrible ansiedad por compartir con mis camaradas las nuevas ideas y teorías que en el campo social se estaban poniendo en marcha en Italia, bajo la dirección de la portentosa figura de Mussolini. Sin perder un solo día comencé a dar una serie de conferencias profesionales, pero siempre en círculos relativamente cerrados y sin sacar los pies del plato – como solemos hacer los militares – que todo lo hacemos en secreto, pero un secreto que suele ser a voces”[96] detalló.

De Roma a Mendoza

Sin embargo, más allá del “fascismo” que Perón dice haber predicado a su regreso, en verdad en esa época es poco lo que pudo haber influido entre sus pares, puesto que de inmediato fue destinado a ejercer funciones a la provincia de Mendoza como instructor de una escuela de montaña del ejército. Allí conocería y entablaría amistad con el General Edelmiro J. Farrell y el Teniente Coronel Domingo A. Mercante, dos personajes clave en los años siguientes de la vida política de Perón.

Allí en Mendoza, Perón “daba clases de montañismo y se lo veía al aire libre, al pie de la cordillera, abrigado con un largo capote militar, cubierta la cabeza con un pasamontañas y usando antiparras, estudiando mapas e ilustrando a sus oficiales”[97] anota García Hamilton. En efecto, en la Provincia andina supo disfrutar mucho del paisaje, de la vida agreste y puso en práctica parte de su antecedente montañista en Italia: “Yo volqué en esas jornadas mi vieja experiencia alpina, y obtuve frutos nada despreciables”[98] recordaba.

A pesar de que Perón llevaba una intensa vida social, de tener buena presencia y estar viudo a los casi cincuenta años de edad, en Mendoza él prefirió desistir de cualquier vínculo afectivo convencional y se dedicó a

frecuentar prostitutas en los cabarets mendocinos *Tibidado* y *Follies*[99], y tan sólo mantuvo una relación estable con una menor de 17 años: la niña se llamaba María Cecilia Yurbal, apodada por el propio Perón como "*Piraña*", por su forma de morder.

La estadía de Perón en la provincia andina se prolongó hasta 1942, año en el cual nuevamente fue trasladado a Buenos Aires para cumplimentar otras funciones castrenses, pero siempre bajo el mando de su jefe y confidente, el general Edelmiro Farrell.

Perón no regresó sólo a la Capital Federal de la Argentina, sino acompañado de "*Piraña*", la niña a quien alojó en su departamento llevando a cabo desde entonces una extraña vida marital.

Capítulo 4: Perón y el GOU

¿Yo?: argentino

Como fuera dicho, luego del breve gobierno de Uriburu los comicios se normalizaron y tras el gobierno conservador de Agustín P. Justo, en los comicios de 1937 resultó ganadora la fórmula oficialista compuesta por Roberto Ortíz-Ramón Castillo, sin que las sospechas de fraude que caracterizaban al sistema vigente se despejasen.

Al asumir Ortíz el clima interno en la Argentina se hallaba dividido y convulsionado. El contexto internacional se preparaba para lo que luego sería la Segunda Guerra Mundial y a la sazón no pocos oficiales del ejército argentinos simpatizaban con el espíritu del Ejército Alemán, siendo que además muchos de estos habían sido formados por oficiales germanos o italianos. En las calles de Buenos Aires agentes alemanes se movían con relativa comodidad e incluso había publicaciones y diarios (se supone que financiados por la Embajada alemana) que promovían la causa del Eje. Más aún, un año antes de la guerra (en 1938) comenzó a funcionar con intensa actividad callejera una polémica pandilla de tinte nacionalsocialista capitaneada por un activista periférico llamado Juan Queraltó denominada Alianza Libertadora Nacionalista (que años después se convertiría en el grupo de choque del peronismo) la cual efectuaba actos de propaganda, pegatinas y atentados, cuyo mensaje contenía consignas anticapitalistas y antimarxistas como la siguiente: “frente a la brutal explotación del capitalismo judío – y llamamos judío aún al que sin serlo, procede como tal- levantamos el estandarte de las justas reivindicaciones obreras, pero también, frente a la demagogia desenfrenada del marxismo que corrompe las conciencias proletarias, ponemos de relieve las condiciones fundamentales e imperiosas del nacionalismo: Fe, Lealtad y Disciplina. No permitiremos la tiranía del capital ni la rebelión que el marxismo inculca al obrero (…) Somos pues, los verdaderos soldados de la nueva justicia social”[100] anotaba Queraltó desde uno de sus órganos de prensa, poniendo de manifiesto un discurso bien propio de la llamada “tercera posición” que años después copiara y popularizara el propio Juan Perón en sus conocidas barricadas (aunque éste último morigerara el léxico antisemita de sus antecesores).

A este clima vigente de la Argentina de fin de los años ´30 debe sumarse la mención de que durante el mes de abril (también de 1938) se llevó adelante en Buenos Aires el acto nacionalsocialista más grande que se haya desarrollado fuera de Alemania, con más de 15 mil simpatizantes locales que colmaron el emblemático estadio Luna Park[101]. Eran más de 70 mil los argentinos afiliados al Partido Nacional Socialista Alemán.

Sin embargo, estas manifestaciones populares a favor del hitlerismo no implicaban en absoluto que el gobierno conservador simpatizara con estas expresiones sino todo lo contrario. El Presidente Ortíz era un ex dirigente radical anti-Yrigoyenista devenido a las filas conservadoras[102] quien siempre mantuvo aceptables posiciones republicanas e incluso en su pretensión por terminar con el desacreditado sistema fraudulento (del que él fue beneficiario) llegó a intervenir la provincia de Catamarca (por haber mantenido comicios viciados) y también la Provincia de Buenos Aires, en la cual no sólo había sospechas de fraude sino que lo que en verdad se buscaba era limitar el poder del gobernador y emblemático caudillo Manuel Fresco, acusado de tener simpatías fascistas por parte del propio Presidente.

Sin embargo, estos intentos cívicos le duraron poco a Ortíz puesto que no pudo ejercer su presidencia mucho tiempo más debido a una feroz diabetes que lo forzó a renunciar a su cargo en julio de 1940, sucediéndole entonces el Vice-Presidente Ramón Castillo. A este último le tocó asumir en un contexto internacional bastante más complicado que a su antecesor, puesto que hasta ese momento Argentina mantenía (al igual que los Estados Unidos) una postura de neutralidad en la Segunda Guerra Mundial. Pero tras el ataque de Japón a la base naval norteamericana en Pearl Harbor (Hawaii), Estados Unidos tuvo que entrar en guerra y le exigió a la Argentina (y a todo el hemisferio americano)[103] el cese de la imparcialidad y la toma de partido a favor de los Aliados[104]. Pero la postura firme de la Argentina tendiente a mantener la neutralidad despertó la ira de los funcionarios norteamericanos, quienes exigían una inmediata ruptura diplomática con las potencias del Eje.

Al igual que lo había hecho el Presidente Ortíz, la gestión de Ramón Castillo mantuvo en lo interno una política de animadversión para con los nazi-fascistas locales (se decretó la disolución del Partido Nacionalsocialista Alemán de Argentina a la vez que se expulsó a dos espías de la Gestapo[105] que merodeaban en el país) y en 1941 se creó un organismo especial bajo el nombre Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, destinada a

indagar sobre las actividades “ilícitas” de organizaciones con tendencia nazi-fascista[106]. Pero éstas y otras medidas gubernamentales de hostilidad al nacionalsocialismo seguían siendo consideradas insuficientes para Estados Unidos, que amenazaba a la Argentina con aplicar severas sanciones comerciales si no terminaba por se alinearse categóricamente.

En efecto, la política de neutralidad no tendría por represalia para la Argentina un mero “disconformismo” diplomático por parte de los Estados Unidos sino que las consecuencias irían mucho más allá. Por ejemplo: el Brasil (quien solícitamente le declaró la guerra al Eje en tiempo y forma) fue recompensado y comenzó a recibir por parte de los EE.UU. no sólo una ayuda masiva en armas sino que más adelante sería un país beneficiario del Plan Marshall.

La ayuda armamentística al Brasil, se constituyó en un dato que alarmó en mucho al gobierno argentino, habidas cuentas de las históricas rivalidades existentes entre ambos países. Luego, ante el crecimiento armamentístico del país vecino la Argentina intentó equiparar la situación al pretender comprarle armas a Alemania, pero las contingencias de la guerra hicieron que este último país no pudiera ni estuviera en condiciones de brindar tal provisión bélica. Pero más allá de esta fallida comercialización, el sólo hecho de que la Argentina pretendiera comprarle armas al Tercer Reich fue considerado por los Estados Unidos como una conducta hostil y lamentable del gobierno de Argentina y aquí vale aclarar una cosa: si bien la conducta del gobierno argentino consistente en querer comprarle armamentos a la potencia capitaneada por Adolf Hitler podría haber sido imprudente, no menor es el dato de que en 1941 la Argentina estuvo gestionando un empréstito de 21 millones de dólares justamente a los Estados Unidos destinado al reequipamiento militar, crédito que fue suspendido por decisión unilateral del país del norte tras la invasión japonesa a Pearl Harbor, ante lo cual la Argentina se vio forzada y obligada a buscar otros proveedores de envergadura (en este caso Alemania) tras la negativa padecida en primera instancia por el mismo país que ahora ponía el grito en el cielo.

Vale reseñar que esta independencia de criterio en la política internacional llevada a cabo por parte del gobierno argentino pone de manifiesto no sólo una política de neutralidad en el marco de un gobierno que intentaba manejarse con autonomía respecto a las presiones foráneas, sino que además refleja la ambivalencia social que se estaba viviendo, puesto que

parte de la ciudadanía estaba dividida en torno a la Segunda Guerra Mundial y no era para nada claro afirmar que de un lado estaban los “buenos” y del otro los “malos”: en definitiva los aliados (es decir los “demócratas”) eran encabezados nada menos que por la criminal figura del dictador ruso Josep Stalin, responsable de millones de crímenes que superaron con creces a los que luego le fueron adjudicados al mismísimo Führer[107].

Finalmente, vale decir que en rigor de verdad la neutralidad de Argentina era una neutralidad relativa, puesto que durante toda la guerra se le vendió carne y trigo (en excelentes precios y pagaderos recién para cuando terminara la guerra) a Inglaterra a fin de que alimentara a sus tropas que peleaban en el frente contra el Eje. Por ende, se puede decir que los gobiernos conservadores, durante la segunda guerra mundial fueron “militarmente” neutrales pero también es verdad que no fueron ni política ni económicamente neutrales, sino que tomaron inequívoco partido en favor de los que a la postre terminaron triunfando.

¿Una logia nazi?

El clima de las Fuerzas Armadas Argentinas respecto a la Segunda Guerra Mundial se dividía en posturas heterogéneas. Estaban quienes simpatizaban con los Aliados (con alto consenso en la Marina), otros en favor del Eje (mayoritariamente en el Ejército) y existía una tercera parcialidad que era propensa de la neutralidad a secas.

En su seno, había además un activo sector disconforme con el orden vigente que estaba complotando con la pretensión de derrocar al Presidente Castillo e instaurar un gobierno militar de inspiración nacionalista. Motivada por estas últimas ambiciones nació una logia llamada GOU (Grupo de Oficiales Unidos[108]) integrada por Perón y otros militares, en cuyas reuniones iniciales participaban además tres civiles, entre ellos el eminente profesor Jordán Bruno Genta[109].

¿Cuándo nació esta misteriosa logia?. El historiador estadounidense Robert Potash (autor de numerosos libros sobre el particular), le asigna fecha exacta a la creación del grupo: “Se constituyó formalmente en GOU el 10 de marzo de 1943” (aunque sus miembros ya se venían reuniendo desde meses antes) agregando que “parece bastante evidente que la idea de la logia partió de Perón”[110]. Según Potash, de entre los miembros de este pequeño grupo

inicial[111] “dos se destacaban sobre el resto: el coronel Juan Perón y el teniente coronel Enrique P. González o ´Gonzalito´ como solía llamársele. Ambos eran oficiales del Estado Mayor General y diplomados en la Escuela Superior de Guerra, y los dos habían realizado cursos de instrucción en el extranjero, Perón en Italia con las tropas de montaña y González en la Escuela de Estado Mayor Alemana”[112].

El protagonismo real de Perón en los primeros tiempos de esta logia ha sido motivo de polémica a pesar de que él siempre se ufanó de ser la encarnadura misma del GOU: “Yo participé de las reuniones antes y después de mi viaje a Italia, siendo éste el que me permitió afianzar ciertas ideas que con el tiempo fueron los fundamentos del grupo. Por ello una vez me atreví a declarar: ´el GOU soy yo´”[113]. Sin embargo, otras investigaciones sostienen que estas presunciones son muy exageradas, puesto que si bien nadie niega que Perón haya sido un miembro influyente, estuvo muy lejos de ser el “alma mater” de la logia y así lo sostiene por ejemplo el trabajo escrito por Gontrán de Güemes, quien alega que el protagonismo real de Perón en la logia fue muy posterior a su fundación dado que en los inicios del GOU “había un motor de buenas intenciones que no funcionó más adelante, cuando otro grupo de militares copó la dirección del movimiento y procedió a reorganizar sus filas. Entre éstos se encontraba Perón. Y este desgraciado oficial no dio nunca el más mínimo paso sin que su provecho personal hubiera sido debidamente consultado”[114].

¿Cuál era la doctrina del GOU? Según el propio Perón, “se halla plasmada dentro de los documentos que se hacían circular por medios de difusión, pero en forma restringida, y que estaban redactados por nosotros mismos. Dentro de estos, se ensayó un ataque frontal de grueso calibre, como la masonería, el judaísmo, y a los frentes populares democráticos. Donde se proyectaban las perspectivas del pentagrama político mundial pactado por las potencias vencedoras”[115]. Este tipo de confesiones trajo algunos problemas en los autores e historiadores que con los años estudiaron al GOU, porque si la doctrina del GOU estaba plasmada en sus documentos, entonces habría que determinar cuáles de los documentos eran oficialmente del GOU y cuáles no. Por ejemplo, uno de los textos más discutidos en cuanto a su autenticidad se dio en torno a una declaración obrante el 3 de mayo de 1943: “Alemania está haciendo un esfuerzo titánico para unificar el continente europeo. La nación más grande y mejor preparada para regir los destinos del continente en

formación, en Europa será Alemania…Con el fin de dar el primer paso hacia el camino arduo y difícil que nos conducirá a una grande y poderosa Argentina, debemos obtener el poder, los civiles deben ser eliminados del gobierno y darles la única misión que les corresponde: trabajo y obediencia… Tenemos que armarnos sobreponiéndonos a todas las dificultades y luchando contra todos los obstáculos interiores y exteriores. La lucha de Hitler en la paz y en la guerra nos servirá de guía…Así será en la Argentina. Nuestro gobierno será una dictadura inflexible aunque haya que hacer algunas concesiones para que pueda afianzarse sólidamente.

Siguiendo el ejemplo de Alemania, por medio de la radio, la prensa controlada, el cine, los libros, la iglesia y la educación del pueblo, se podrá inculcar a este, el espíritu favorable para que marche por la senda heroica que tendrá que recorrer”[116]**.**

Vale aclarar lo siguiente: el texto transcripto en el párrafo anterior, de inequívoca inspiración nacionalsocialista, no generaba en los años ´40 el escozor o el cuestionamiento que podría despertar una proclama similar en el Siglo XXI. También es justo agregar que no son pocos los autores que sostienen que tal declaración no necesariamente pertenecía oficialmente al GOU sino que en todo caso fue escrita por una fracción de la mencionada logia (entre los que sostienen esta tesis se encuentra Robert Potash). Comoquiera que sea, las simpatías existentes en el GOU por el Eje eran bien conocidas y ello ha sido confesado sin eufemismo alguno por el propio Perón: “hay que reconocer que sentíamos una real admiración, yo particularmente y como ya dije, por el Duce, pero otros del grupo se inclinaban más por el proceso alemán”[117].

De nuestra parte, creemos que sería una simplificación decir a secas que era una “logia nazi”, puesto que más allá de simpatías o de especulaciones geopolíticas que arrastrarían a los miembros del grupo a sentir adhesión por el Eje, de lo que en gran parte se trataba era de una simpatía de tipo profesional potenciada por un sentimiento anti-británico y anti-norteamericano que campeaba en los sectores nacionalistas del mundo castrense, pero ello no implicaba necesariamente conformidad ideológica uniforme y sin cortapisas para con la propuesta hitleriana. Creemos entonces que es Félix Luna quien acierta bien al caracterizar ideológicamente el espíritu del GOU: “la logia castrense que sería la base operativa de Perón, eran pronazis; pero no nazis. La distinción puede parecer sutil pero tiene su

importancia”[118] a lo que nosotros agregamos que por sobre todo, en la logia existía un pro-germanismo antes que un pro-nazismo en sentido estricto.

Del contubernio a la acción

Uno de los principales problemas que afrontaba el GOU en sus planes conspirativos, es que la mayoría de sus miembros eran militares administrativistas, es decir sin mando de tropa. Sin embargo, el 17 de noviembre de 1942 el Gral. Pedro Ramírez[119] (que también integraría el GOU) fue nombrado ingenuamente por el Presidente Castillo como Ministro de Guerra y ello facilitó en mucho las futuras aspiraciones de la logia, puesto que el flamante Ministro empezó a conspirar desde adentro promoviendo nombramientos y ascensos castrenses de elementos afines al GOU en diferentes estamentos de la estructura estatal y militar, ganando así espacios e influencias políticas de consideración buscando acorralar al propio Castillo.

El 11 de enero de 1943 otra noticia alegraba a los conspiradores: el Gral. Agustín P. Justo, quien se iba a presentar como candidato a Presidente del oficialismo en las elecciones venideras y claramente representaba el continuismo conservador en la contienda, murió sorpresivamente de una hemorragia cerebral, dejando un vacío de poder y liderazgo virtualmente irreparable en el espectro oficialista. Paralelamente, había sucumbido el liderazgo radical, puesto que el año anterior había muerto Marcelo Torcuato de Alvear.

Indudablemente se generaba una vacancia de referentes y ello despejaba el horizonte de lo que fuera el GOU y sus aliados, quienes no sólo ganaban espacios en la estructura política por medio del Ministerio de Guerra sino que a estas alturas ya coqueteaban con sectores civiles diversos a fin de ganar voluntades también en otros ambientes (mantenían conversaciones conspirativas fundamentalmente con grupos del radicalismo).

En tanto, tras la repentina ausencia del Gral. Justo, el Presidente Castillo y todo el espectro conservador (a la sazón representado por el Partido Demócrata Nacional) que se había quedado sin candidato se aprestó a designar como aspirante presidencial a Robustiano Patrón Costas (“un hombre inteligente y capaz; nada tonto”[120] según lo definió Perón), que era

un caudillo de la aristocracia salteña y ex Gobernador de su Provincia, cuyo señorial perfil encajaba perfectamente bien con el espíritu del orden vigente. Pero esta candidatura cayó mal en varios sectores del ejército, puesto que Patrón Costas era partidario de romper lanzas con el Eje disgustando en mucho a los sectores neutralistas de las filas castrenses (y ni hablar a los germanófilos), lo cual contribuyó para disparar la impaciencia de los conjurados.

Mientras todas estas movidas se iban dando, el hombre clave del GOU infiltrado en el gobierno (el Ministro de Guerra Ramírez) proseguía complotando contra su propio Presidente. Cuando Castillo advirtió estas sospechosas y desleales maniobras provenientes de su mismísimo colaborador, sin más lo expulsó con un Decreto el 3 de junio. Esto precipitó a las cosas y sin perder tiempo los miembros de la logia y otros conjurados se reunieron horas después para coordinar el golpe, que sin más trámites decidieron dar el día siguiente. Señala Potash que "Los esfuerzos destinados a improvisar una revolución en unas pocas horas culminaron en la reunión de oficiales celebrada en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo", agregando una nota de color no menor: "Fue notoria la ausencia del coronel Juan Perón. Aunque se le había pedido explícitamente que asistiera a la reunión, no fue posible encontrar en ninguna parte a Perón esa noche, o durante la mayor parte del día siguiente, hasta que fue evidente que la revolución había triunfado"[121].

El Golpe de 1943

En la madrugada del 4 de junio el Gral. Arturo Rawson[122] marchó con una columna de 10 mil efectivos. Fue este quien encabezó el alzamiento no sólo por su jerarquía de General (la mayor parte de los elementos del GOU eran coroneles) sino porque era uno de los muy pocos oficiales complotados que tenía tropa a su cargo y además era más antiguo que Ramírez, el otro General de peso entre los golpistas[123]. El único episodio violento de la asonada se dio al pasar sus tropas frente a la Escuela de Mecánica de la Armada, en donde se produjo un confuso tiroteo en el que hubo que lamentar 30 muertos: "La columna rebelde avanzó por la avenida General Paz hasta Libertador, allí tuve un gran y único encontronazo en la escuela de Mecánica de la Armada"[124] mintió Perón, adjudicándose un

protagonismo inexistente, puesto que él no sólo no estuvo presente en ese combate sino que su ausencia en el grueso de la movilización fue notoria y comentada.

El Presidente Castillo, al advertir que ningún regimiento ubicado en la Capital Federal tenía intenciones de defenderlo renunció a la presidencia, que asumió el propio Rawson con total facilidad. De inmediato, la Corte Suprema de Justicia reconoció la legitimidad del nuevo gobierno y el Congreso Nacional fue disuelto. Las elecciones convocadas para septiembre fueron dejadas sin efecto y se le suprimió el adjetivo "provisional" al título oficial del flamante régimen de facto con lo cual, quedaba claro que la lucha "contra el fraude" fue un pretexto que le permitió al GOU y sus aliados cosechar consensos, pero una vez tomado el poder, no vacilaron en tratar de eternizarse dejando las pretendidas "elecciones limpias" para una indefinida posteridad.

En puridad y tal como lo confiesa Perón, las motivaciones que impulsaron a él y al GOU al golpe fueron que "La elite consideraba que ya había pasado la época difícil de la crisis internacional y, consecuentemente, la intervención estatal en la economía, tenía que concluir para volver a la política liberal. De esta forma, la Argentina se reinsertaría como un engranaje más dentro de esa gran rueda maestra llamada capitalismo internacional" agregando además que también influyó en la sublevación la política exterior: "Sin embargo el tema principal que iba a gravitar en la realidad argentina era de origen externo y estaba referida a la actitud que tomaría nuestro país, ya en la etapa de posguerra. Es decir, nuestra posición internacional respecto de las dos naciones cuyos intereses predominaban en nuestra economía: Inglaterra y Estados Unidos"[125]. Vale decir que según Perón, la tendencia hacia el liberalismo en el orden interno y el alineamiento con los Aliados en el orden externo promovido por el orden conservador habrían sido las alarmas determinantes que motivaron el alzamiento de junio de 1943.

Uno de los autores que con mayor precisión ha estudiado esta misteriosa etapa de la Argentina ha sido el notable historiador Enrique Díaz Araujo en su libro "*La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina*"[126], quien destaca con acierto que "si el militarismo advino en forma pujante en la Argentina de entonces fue porque muchos andaban golpeando las puertas de los cuarteles"[127]. Afirmación

absolutamente cierta que, en este golpe puntual involucra fundamentalmente a los radicales, quienes festejaron el alzamiento como si hubiese sido un triunfo propio. Incluso, al día siguiente de ocurrido, la UCR publicó un jubiloso comunicado expresando que: “como consecuencia del período de desborde e impudicia impuesto a la República por los gobiernos al margen de la voluntad popular, las Fuerzas Armadas en un gesto de patriótica inspiración, han tomado a su cargo la tarea de reencausar las instituciones”[128]. Perón por su parte recuerda que “los radicales siempre tuvieron la secreta esperanza de que un golpe militar los llevara al gobierno. Precisamente, las gestiones de los dirigentes radicales impulsaron, como una causa más, el levantamiento del 4 de junio, mediante negociaciones efectuadas con el general Ramírez, quien fuera Ministro de Guerra durante el gobierno de Castillo”[129].

¿Cómo se explica que los radicales siempre prestos a blandir banderas cívicas y constitucionalismo escolar apoyaran un alzamiento militar con un barniz ideológico de las características señaladas? Muchos historiadores agregan que el alzamiento del GOU no necesariamente debe reducirse a la interpretación de un “golpe fascista” a secas, sino que hubo apoyo de sectores muy heterogéneos, entre ellos de los radicales, quienes convalidaron el golpe no sólo como una forma de revanchismo contra los conservadores por el golpe que éstos a su vez apoyaron en los años 30 contra el radical Yrigoyen. También porque se temía que ante el apoyo que el Presidente Castillo le brindaba a la candidatura de Patrón Costas, los comicios iban a seguir manteniendo las prácticas fraudulentas de los últimos años y con ello se extendería *sine die* la tradición conservadora.

Pero más allá de los consensos civiles que supieron cosechar los golpistas del ´43, la verdad es que a diferencia del resto de los golpes de Estado que se sucedieron en Argentina (todos cívico-militares) este fue el único estrictamente castrense, es decir casi con ausencia de civiles en la administración gubernamental de jerarquía. Incluso, en su primera etapa de gestión, la única excepción fue el Ministro de Hacienda, dado que el resto de los Ministerios estaban ocupados exclusivamente por miembros de las FF.AA.

Y a todo esto, ¿en dónde estaba Juan Perón? Todo indica que en los momentos decisivos del golpe su rol fue nulo. De nulidad absoluta, tal como lo expuso Potash y tal como lo detalla con irónica narrativa el ya citado

Gontrán de Güemes: “este ubicuo coronel estaba en todos lados, siempre que en ellos no hubiera peligro. A estos lugares solía llegar cuando reinaba la paz. A Perón no lo encontramos, y ni siquiera se menciona su nombre, en los cabildeos nocturnos del 3 de junio en Campo de Mayo. Ni al día siguiente, cerca de la Escuela de Mecánica, cuando la situación era incierta, y sonaban los únicos disparos que se opondrían al movimiento. Perón empieza a asomar su prudente nariz recién después de las 6 de la tarde (…) Si Perón hubiera tenido la más mínima participación en el movimiento del 4 de junio, encontraríamos su nombre ocupando un cargo de relieve en el gran reparto de ellos que sucedió a la primera hora del triunfo”.[130] Coincidentemente con ésta dura acusación, es el propio Perón quien involuntariamente se encargó de emitir un acto fallido poniendo de manifiesto su indecorosa manera de pensar y de actuar en la materia: “Conviene recordar que las revoluciones las inician los idealistas con entusiasmo, con abnegación, desprendimiento y heroísmo, y las aprovechan los egoístas y los nadadores en río revuelto”[131].

El golpe dentro del golpe

El flamante Presidente de facto Gral. Arturo Franklin Rawson duró poco y nada en el poder: sólo dos días, puesto que de inmediato lo reemplazó el Gral. Ramírez, el mismo que había sido Ministro de Castillo. Según explicación posterior de Perón, “Rawson fue Presidente por error” puesto que “se pudo autoproclamar Presidente debido a los titubeos de Ramírez” pero finalmente “lo obligaron a renunciar amenazándole con tirarlo por la ventana de la Casa Rosada sino lo hacía”[132] exageró. Seguidamente Perón nos agrega unas reflexiones poniendo de manifiesto el alto grado de oportunismo que siempre lo caracterizó: “La ambición política de Arturo Rawson nos vino bien. Todos sabemos de sobra que los líderes revolucionarios no deben aparecer en primera fila. Los cabecillas de la primera hora terminan siendo devorados invariablemente por su propia madre que es la revolución misma. Quienes habíamos pensado realmente la revolución, debíamos permanecer en segunda fila, para emerger después, cuando la barca de los acontecimientos políticos capeara definitivamente el temporal”[133]. Pero es Robert Potash quien le agrega un condimento ideológico que pareciera ser el verdadero motivo de la inmediata destitución de Rawson: “En vista de la inequívoca intención del general Rawson de romper relaciones con el Eje (…) Los

miembros del GOU favorables al Eje, dirigidos por el teniente coronel González y el coronel Juan Perón estaban decididos a derrocar a Rawson”[134] y ocupar el Poder Ejecutivo colocando al citado Gral. Pedro Ramírez, que en definitiva era el único militar de alta graduación de confianza con el que contaba la logia**.**

Finalmente, notamos que Ramírez, cuando fuera Ministro del Presidente Castillo conspiraba contra su jefe para derrocarlo y una vez que logró el objetivo, prosiguió conspirando contra el fugaz Presidente Rawson promoviendo su inmediato derrocamiento para, ahora sí, acudir él mismo en su reemplazo. Si bien la imagen del flamante Presidente Ramírez en principio fue bien vista y consensuada, también su figura representaba un enigma político: “A Ramírez sus colegas lo respetaban por la calidad de su pensamiento, su sentido de justicia y su ecuanimidad. Pero para el público en general era hasta cierto punto un desconocido, cuyas opiniones y cualidades políticas constituían un interrogante”[135] anota Robert Potash.

Entre los colaboradores y funcionarios inmediatos que Ramírez nombró, consagró como Ministro de Guerra al mismísimo Gral. Edelmiro Farrell, quien a su vez llevó como principal colaborador a su astuto confidente, el coronel Perón. Algo que a nadie sorprendió, puesto que como Farrell distraía gran parte de su tiempo frecuentando mujeres y acudiendo a peleas de boxeo en el Luna Park, solía delegar en Perón muchas responsabilidades que este último capitalizó para sí al nombrar gente de su confianza en determinadas ubicaciones clave de la burocracia gubernamental.

Cuatro meses después del golpe, el hiperactivo Perón, sin dejar de obrar como asesor de Farrell, dio un paso clave en su incipiente vida pública cuando consiguió ser nombrado como titular del Departamento Nacional de Trabajo el 27 de octubre de 1943, oficina poco relevante que un mes después (el 30 noviembre) el infatigable Perón consiguió a su vez recategorizar y elevar a Secretaría del Trabajo y Previsión Social, desde la cual desplegó una histórica e incesante actividad sobre la que hablaremos más adelante.

Las definiciones ideológicas

Dado los heterogéneos apoyos que de vastos sectores cosechó originariamente el golpe de 1943, el rumbo ideológico del flamante régimen

no era claramente divisado ni advertido. De hecho, el gabinete ministerial de Ramírez desde el punto de vista de la orientación internacional estaba profundamente dividido: Farrell, Mason, Gilbert y Benito Sueyro simpatizaban con el Eje, o por lo menos tenían opiniones neutralistas; y Storni, Santamarina, Galíndez y Anaya proponían relaciones más estrechas con los Aliados[136]. Señala la periodista Silvia Mercado que "El gran logro de la llamada Revolución del 4 de junio es que fue un golpe que tuvo por varios meses a todos igualmente confundidos. Desde los aliadófilos hasta la Iglesia, pasando por los germanófilos, conservadores, nacionalistas y hasta socialistas, cada uno tenía fundadas esperanzas en suponer que sus intereses estaban representados en el golpe contra Castillo. Juan Domingo Perón se movía todavía entre bambalinas, y sin llamar la atención de la opinión pública, pero su influencia ya era conocida entre los bien informados"[137]. Según Potash esta indefinición del gobierno de Ramírez no era tanto una estrategia puntillosamente calculada sino un mero defecto de la personalidad del Presidente de facto en cuestión: "el general Ramírez carecía de ideas firmes, y a menudo reflejaba las opiniones de la última persona con la cual había hablado. El resultado inevitable de ese estado de cosas era la vacilación que caracterizaba su enfoque de los problemas generales del gobierno"[138].

Esta insulsa situación forzó al GOU a emitir una serie de documentos a efectos de ir intentando condicionar u orientar a Ramírez ideológicamente y fue así que una publicación oficial de la logia señaló la tarea a realizar: "obtener la unificación de propósitos, la absoluta unidad de acción, una real y verdadera camaradería de oficiales del ejército y la purificación moral de sus cuadros (…) En el orden político internacional seguimos la orientación de nuestro gobierno; y en el orden político interno, pensamos que no pueden llegar al gobierno del país las fuerzas comunistas o las asociadas con ellas en cualquier forma"[139]. Seguidamente el gobierno impuso un estricto control en las publicaciones gráficas (sobre todo en las referidas a la Segunda Guerra Mundial) y el 26 de julio la oficina de prensa de la presidencia notificó terminantemente: "no se pueden publicar noticias que afecten la dignidad de Benito Mussolini"[140]. Parecía que el gobierno al fin encontraba una definición política visible.

Mientras tanto, Perón hacía uso de su atractiva personalidad para seducir a numerosos hombres de armas a fin de ir ganando afectos y poder propio. El carismático personaje poco a poco comenzó a hacerse más

influyente y el 21 de octubre logró que por el decreto 12.937 se creara por primera vez en la Argentina una oficina pública destinada a manejar la comunicación del gobierno y así controlar tanto a los medios como a los espectáculos públicos, dependencia burocrática que obraría a imagen y semejanza de la *Sottosegretaria per la Stampa e Propaganda* que Perón conoció en la Italia que gobernaba el *Duce*.

En tanto, el Ministro de Guerra Farrell parecía ser no mucho más que un títere de Perón y según Joseph Page "Su posición en el Ministerio de Guerra le daba (a Perón) acceso a las palancas que controlaban el Ejército" siendo que "el dócil Farrell daba libertad a su principal ayudante en éstas y otras funciones de su área. Perón, por su parte, mantenía cuidadosamente la ficción de que el general Farrell era quien mandaba"[141].

La histriónica personalidad de Perón ya había llamado la atención de muchos sectores y según sucinto informe del FBI[142] el activo funcionario exhibía los siguientes rasgos de su personalidad: "Habla con vivacidad y energía, sin cuidar el estilo o las palabras. Algunas veces es violento; pero luego se calma y se ríe estenteróneamente. Da la impresión de poseer un permanente sentido del humor, hace sentir a los demás que no se toma las cosas seriamente. Improvisa. Dice, sin prolegómenos, todo lo que quiere decir…No hace alarde de su poder físico pero lo exhibe. Se saca la chaqueta y se pasea con su camisa caqui reglamentaria, mostrando el revólver en el cinto. Golpea la mesa y no titubea, cuando se refiere a otros jefes u oficiales o cuando declara que va a arreglar una situación, en decir que lo hará ´a golpes ´. Pero todo esto lo hace riéndose. Si se encabrita en una discusión el enojo sólo le dura un segundo"[143].

Los sectores opositores comenzaban a ver con preocupación el giro del gobierno y no vacilaban en disparar acusaciones que sostenían que el golpe de junio de 1943 había sido financiado e inspirado por la Alemania nazi, tal como lo indica el informe que el recordado Embajador norteamericano en Argentina Spuille Braden le brindó a su Secretario de Estado: "Los fascistas argentinos permanecieron a la sombra mientras la victoria de la Alemania nazi parecía posible ya que tal victoria automáticamente los ubicaba en el poder sin riesgo ni esfuerzo. Por ello tan pronto como una derrota alemana pareció segura, tanto ellos como sus consejeros alemanes nazis se dieron cuenta de que debían preservar el país como base para vencer la guerra ideológica que seguiría al terminar el

conflicto armado en Europa y así asegurar la sobrevivencia del fascismo”[144]. Como vemos, en medio de la paranoia que generaba la cruenta Guerra mundial que se vivía, lo que muchos observadores suponían era que la jugada local consistiría en extender el nacionalsocialismo en América latina con base en Argentina y asimismo, descomprimir la presión bélica que a la sazón estaba atosigando a las potencias del Eje en Europa.

La Buenos Aires de entonces vivía pendiente de las resultas de la Segunda Guerra Mundial y los temores respecto a la tendencia nazifacsista que podía tener la dictadura vigente eran alimentados por el propio Perón, quien tras enterarse el 12 de septiembre de 1943 que tropas de las SS habían rescatado a su admirado Mussolini de una fortaleza de montaña donde lo tenían prisionero, el coronel ofreció un brindis para celebrar la hazaña[145]. Pero no fueron este tipo de gestos lo que más preocupaba a los opositores, sino determinadas políticas de Estado acontecidas en octubre de ese año, como cuando el mismo gobierno nombró como Ministro del Interior al Gral. Luis Perlinger (también sindicado como nacionalsocialista) cuyo pensamiento podría resumirse en un comunicado suyo emitido a los interventores provinciales: “No interesan, por ahora, los partidos políticos. Todos los habitantes deben ser orientados y conducidos de la misma forma, con la sola excepción de aquellos que intenten perturbar la acción del gobierno. A esos se los tratará como enemigos de la patria. El comunista y los comunizantes son enemigos de la patria”[146]. Al unísono con este nombramiento se mencionó como Ministro de Justicia e Instrucción Pública a Gustavo Adolfo Martínez Zuviría (conocido por su célebre pseudónimo como Hugo Wast), un brillante escritor y pensador que llevaba a cuestas la acusación de sus detractores de haber escrito novelas enmarcadas en una tendencia antisemita[147].

Pero más allá de prejuicios ministeriales, los temores de la oposición respecto al fantasma totalitario del régimen tenían además otros fundamentos de mayor peso. El 31 de diciembre se decretó la disolución de los partidos políticos, se prohibió la circulación de determinadas publicaciones judías (lo que valió la queja del Presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt) y se agudizó el control sobre los medios de comunicación. Este afán controlador dio lugar incluso a directivas inofensivas pero absurdas, puesto que el Ministerio de Educación había creado una comisión purificadora del lenguaje la cual prohibió la difusión de tangos en cuyas letras se empleara el

“voceo” y el lunfardo, medida que desnaturalizó en mucho el espíritu arrabalero propio de la bohemia tanguera al cambiar “Qué vachaché” por el “Qué hemos de hacerle” y “El Ciruja” por “El Recolector”[148], modificación que afectaba a los cantantes que tenían no pocas dificultades para encontrar las rimas apropiadas a la hora de interpretar las canciones.

Mientras estas tendencias del régimen alarmaban a los opositores, el Coronel Perón se hacía el distraído a fin de no pagar costo político por las medidas adoptadas y dedicaba su tiempo a operar y hacer lobby para que su paródico “jefe” Farrell ascendiera y ocupara cuanto antes la Vice Presidencia de la Nación, que había quedado vacante tras la muerte de su titular (el Contraalmirante Sabá H. Sueyro) en el mes de julio. Tras este vacío, finalmente Perón logró el ascenso de Farrell a la Vicepresidencia lo cual por añadidura implicó un ascenso del propio Perón, quien cada vez ocupaba más espacios y preponderancias en el seno de la dictadura.

Pero no sólo Perón ganaba terreno en los ámbitos castrenses, sino que el diligente coronel se dedicaba también a tejer contactos con dirigentes de los partidos políticos tradicionales, siendo frecuentes sus vínculos con un sector compuesto por determinados elementos con pretensiones académicas de tinte populista que pululaban en el radicalismo y que respondían a la afamada sigla FORJA[149], cofradía de discutible vuelo intelectual pero muy influyente en los partidarios del populismo patriotero.

Farrell al gobierno: ¿Perón al poder?

La Segunda Guerra Mundial marchaba a todo vapor y mientras los Aliados avanzaban posiciones, el Presidente de facto Ramírez, muy a su pesar intuía que tenía que acercarse a quienes se advertía que tenían chances serias de ganar. Se vio obligado entonces a suspender relaciones Diplomáticas con Alemania y Japón, lo cual despertó la ira de los sectores más intransigentes del gobierno que simpatizaban con el Eje, quienes reaccionaron con toda virulencia contra el zigzagueante Presidente e incluso se produjo un importante flujo de renuncias de funcionarios de peso en señal de protesta.

Ante el debilitamiento presidencial, Perón aprovechó el descontento existente fogoneando e incentivando a los nacionalistas más furiosos del

gobierno para que conspiren justamente contra Ramírez, quien al sentirse amenazado o cercado por los sectores más duros redobló la apuesta y decretó la destitución de su Vice Presidente Farrell, a quien consideraba el conspirador más cercano en el escalafón (y por añadidura también destituía a Perón que era su estrecho colaborador). Esto generó un cimbronazo en el seno del GOU[150] y le permitió a Perón juntar los consensos pro-Eje suficientes como para exigirle a Ramírez su remoción, quien ante la falta de respaldo no tuvo más remedio que abdicar emitiendo una polémica nota de renuncia: "Al pueblo de la República; Como he dejado de merecer la confianza de los jefes y oficiales de las guarniciones de la Capital Federal, Campo de Mayo, Palomar y La Plata, según me lo acaban de manifestar personalmente dichos jefes, y como no deseo comprometer la suerte del país, cedo ante la imposición de la fuerza y presento la renuncia al cargo de Presidente de la Nación. Pedro P. Ramírez, general de división, Buenos Aires, febrero 24 de 1944"[151], carta que luego Ramírez fue obligado a reescribir quitándole la desprolija expresión "cedo ante la imposición de la fuerza" que, aunque fuera cierta, sonaba inelegante y fue reemplazada por "delego el cargo que desempeño en la persona del excelentísimo Señor Vicepresidente". Y así se hizo.

Ante este nuevo golpe interno, Farrell se consagró Presidente formal y según aseveraron muchos, Perón se consagró como Presidente real. Es decir, a partir de entonces el desteñido Gral. Farrell sería quien ejercería protocolarmente el Poder Ejecutivo, mientras que el omnipresente Perón (que ya manejaba con resonancia la Secretaría de Trabajo y Previsión e influía sobre Farrell en el Ejecutivo) fue rápidamente designado Ministro de Guerra (el 26 de febrero de 1944) y desde esta relevante cartera pudo consolidar su dominio sobre el cuerpo de oficiales mediante la manipulación de los destinos, ascensos y retiros, aislando a sus enemigos y recompensando a sus obsecuentes. Señala Potash que el Ministro Perón "Poseía dotes extraordinarias para atraer a los oficiales, y especialmente a los de jerarquía inferior. Estos últimos que a menudo experimentaban un sentimiento de inseguridad profesional, se sentían conformados por las expresiones de cordialidad e interés de Perón; Como tenían conciencia de que su comprensión del mundo de la política era limitada, les maravillaba la agudeza política de Perón y aceptaban sus análisis por su valor aparente"[152].

El enorme protagonismo que Perón tenía en la dictadura de Farrell en

modo alguno significó que no tuviera rivales internos de peso: su demagogia proletaria, sus irrefrenables ansias de figuración y su total falta de escrúpulos habían irritado en mucho a los nacionalistas más íntegros.

El Poli-funcionario

La estructura de gobierno del flamante dictador Farrell había quedado constituida por dos hombres fuertes: el Gral. Luis Perlinger que se desempeñaba como Ministro del Interior (y que según desmesurada calificación de la CIA era "un sujeto de antiguas y profundas ideas nazis") y el propio Juan Perón, el hábil manipulador que nunca terminaba de redondear definiciones de fondo. Conforme Robert Potash, el Ministro Perlinger "continuaba siendo la principal esperanza de los ultranacionalistas, tanto civiles como militares, para quienes Perón aparecía ahora como un traidor a su causa"[153]. En efecto, la puja se dirimía entre los sectores ideológicamente más puros o fieles al espíritu inicial de la revolución de junio del ´43 y el de aquel liderado por Perón y su colaborador Domingo Mercante, caracterizado por la demagogia obrerista y las formas populacheras. Según la obra de Norberto Galasso, no sin exagerar los rótulos sostiene que en el sector liderado por Perlinger preponderaba "la posición nacionalista de derecha –más específicamente pro nazi- y no llamaría la atención que para estos oficiales tanto Perón como Mercante fueran una especie de agentes comunistas, dada su estrecha vinculación con el mundo de los trabajadores"[154].

Luego, por encima de Perlinger y Perón (que disputaban poder entre sí) estaba el deslucido Farrell, quien era visto por la opinión pública como un individuo desprovisto de personalidad que se hallaba preso de los internismos y que según un cable la Embajada norteamericana (emitido el mes de abril de 1944): "Farrell tiene miedo de que los nacionalistas o Perlinger traten de matarlo. Teme a Perón pero no puede arreglárselas sin él. Ha descubierto que ser Presidente le quita tiempo para las actividades que él más disfruta: ir a los clubes nocturnos y las peleas"[155].

La disputa entre ambos (Perlinger y Perón) se dirimió fundamentalmente en la lucha que protagonizaron por alcanzar la Vice Presidencia, cargo que finalmente ganó Perón (fue nombrado como tal el 7 de junio de 1944) a expensas de su competidor, quien tras verse derrotado

políticamente renunció al ejercicio de su Ministerio. De esta manera Perón se consagraba en una suerte de funcionario "todo terreno" al ejercer al unísono tres cargos de gran preponderancia: "Un año después tenía bajo mi férula los cargos de ministro de Guerra, Secretario de Trabajo y Previsión y vicepresidente de la Nación. Cada vez más el apellido Perón se asociaba a la palabra poder y reconozco que en esto mucho hizo el destino pero también el constante trabajo personal"[156] señala orgullosamente Perón, quien con este tríptico pasó a controlar o influir sobre el Poder Ejecutivo (como Vice Presidente), disponía sobre las masas sindicales (como Secretario de Trabajo) y también se montaba por sobre las Fuerzas Armadas (como Ministro de Guerra).

En tan sólo un año (desde junio de 1943 a junio de 1944) habían rodado las cabezas de tres Presidentes (Castillo, Rawson y Ramírez) y el único caudillo que seguía ganando y consolidando posiciones no era otro que Perón. Tanto era el poder que Perón había acumulado con su triple función, que los opositores se burlaban del rol decorativo de Farrell al bromear con que no usaba cubiertos en la mesa: "porque es un Presidente que no corta ni pincha".

Que Perón era el hombre fuerte del régimen militar era un dato no sólo visible en Argentina sino fuera de ella: "Farrell estaba completamente dominado por Perón"[157] sentenció a la sazón un tajante cable de la Embajada Norteamericana.

La Secretaría de Trabajo

Perón advertía entonces que para que la dictadura del GOU no fuese una más entre las tantas, había que popularizarla. El gobierno militar no lograba gozar de la debida aceptación social y en reunión castrense entre los altos mandos, Perón manifestó esta preocupación y brindó su visión al respecto: "El GOU es una institución eminentemente castrense, que no va a entrar nunca en la mente de los civiles, por más propaganda que gastemos en él. Tenemos que elegir un hombre de los nuestros y enfocar sobre él los reflectores. El trabajo siguiente es hacerlo simpático. Eso es muy fácil, basta que aparezca respaldando todas las disposiciones que repercuten favorablemente en lo popular"[158]. No hay dudas de que Perón estaba promocionándose a sí mismo al ofrecer como solución la promoción de un

“líder simpático” que represente al gobierno. Toda esta pretensión era perfectamente compatible con la gran obsesión o pasión que Perón siempre tuvo sobre la conducción política. Justamente él mismo solía decir metafóricamente que “para hacer guiso de liebre lo primero que hay que tener es liebre”. En buen romance: para conducir hay que tener conducidos y él ofrecía “sacrificarse” como conductor.

De las tres funciones que Perón conducía (Vice Presidente, Ministro y Secretario de Estado), la que más réditos le dio fue paradojalmente la de menor jerarquía: la Secretaría de Trabajo y Previsión. Desde este lugar, el polifacético Coronel apuntaba a conquistar la adhesión de las masas obreras o asalariadas, las cuales si bien desde los tiempos de los conservadores ya gozaban de un estándar de vida superior al del resto de los trabajadores de Latinoamérica y del grueso de los europeos, no faltaron quienes sostenían que el obrerismo seguía todavía siendo destratado o relegado de ciertos aspectos de la vida económica o política por las aristocracias tradicionales que habían gobernado la Argentina con cierta connotación estamental por lo menos hasta 1943, acusación que probablemente tuviera algunos aspectos atendibles.

¿Qué llevó a Perón a advertir o dilucidar el potencial político que a la sazón portaban las masas obreras? Muchos dicen que esta fue una genialidad estratégica suya: “Perón encontró el negocio en la Secretaría de Trabajo y Previsión, que era prácticamente un partido con filiales y comités en todo el país, sostenido por el Estado”[159] sostuvo el legendario Diputado peronista Eduardo Colom, mientras que otros en cambio alegan que Perón aceptó este modesto puesto (que inicialmente fue el Departamento de Trabajo) dado que durante los primeros meses de la dictadura del GOU no le habían ofrecido nada más atractivo.

Comoquiera que sea, Perón manejó esta dependencia administrativa con inusual talento proselitista, tomando como parámetro y referencia al fascismo italiano tal como él se lo reconoció al periodista Esteban Peicovich en 1965: “Hace 22 años yo vine a Europa. Aquí me di cuenta de lo que se venía. Me fue fácil verlo: muchos de los argentinos que viajaban en esa época sólo venían a ver la torre inclinada de Pisa. En Torino yo era un tano más en los cursos escolásticos. Me desasnaron en muchos aspectos. Allí me enseñaron a darme cuenta de problemas esenciales. Por ejemplo, el sindicalismo”[160] y en otro reportaje refiriéndose a la influencia nazi-

fascista de su política de “integración” de la clase trabajadora alegó “El fascismo italiano llevó a las organizaciones populares a una participación efectiva en la vida nacional, de la cual había estado apartado siempre el pueblo. Hasta la ascensión de Mussolini al poder, la nación iba por un lado y el trabajador por otro, y éste último no tenía ninguna participación en aquella. (…) Empecé a descubrir que la evolución nos conduciría, si no a las corporaciones o gremios –pues no era posible retroceder hasta la Edad Media -, a una fórmula en la cual el pueblo tuviera participación activa y no fuera un convidado de piedra de la comunidad. Al descubrir esto, pensé que en Alemania ocurría exactamente el mismo fenómeno. Pensé que tal vez debería ser la forma política del futuro, es decir la democracia popular, la verdadera democracia social”[161]

¿Y cómo era la labor proselitista de Perón en la Secretaría de Trabajo?. Él mismo explicó los alcances de su operatoria: “Desde allí pulsé la masa. Comencé a conversar con los hombres, a ver cómo pensaban, cómo sentían, que querían, qué impresión tenían del gobierno, cómo interpretaban ellos el momento argentino, cuáles eran sus aspiraciones y cuáles eran las quejas del pasado (…) Algunos, cuando yo pronuncié los primeros discursos en la secretaría de Trabajo y Previsión, dijeron: ´Este es comunista´. Y yo les hablaba un poco de comunismo. ¿Por qué?. Porque si yo les hubiera hablado otro idioma, en el primer discurso me hubieran tirado el primer naranjazo… Porque ellos eran hombres que llegaban con cuarenta años de marxismo y como dirigentes comunistas (…) lo que yo quería era agradarles un poco a ellos (…) los dirigentes comunistas me traían a la gente para hacerme ver a mí que estaban respaldados por una masa. Yo los recibía y les hacía creer que creía eso. Pero lo que yo quería era sacarles la masa y dejarlos sin masa (…) Mi tarea era persuadir. Durante casi dos años estuve persuadiendo, y como iba resolviendo parte de los problemas que me planteaba la gente que yo iba recibiendo, la gente fue creyendo no solamente por lo que yo decía, sino también por lo que hacía (…) La masa inorgánica comenzó a tomar unidad y a ser conducible. Es indudable que para eso tiene gran importancia que el que conduce sepa utilizar lo que tiene a mano para hacerlo (…)”[162]. No hay dudas de que el caudillo además de astucia tenía esa gran energía infatigable propia de los hacedores: “¿Venían a verme 300 obreros? Hablaba con los 300. ¿Venían a verme 20? Hablaba con los 20. ¿Qué venían 3 solamente? Pues decía ´que pasen los tres´ y les hablaba. Así nació la etapa carismática”[163] reconoce Perón. Incluso, en concordancia con lo expuesto

otras de las pocas veces en que Perón habló con relativa claridad de aspectos de su estrategia política lo hizo el 25 de agosto de 1944, en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires siendo coronel y Secretario de Trabajo, ámbito en el que el orador intentó congraciarse con los sectores patronales explicándoles su estrategia de alianza de clases: “si yo fuera dueño de una fábrica, no me costaría ganarme el afecto de mis obreros con una obra solidaria realizada con inteligencia. Muchas veces ello se logra con el médico que va a la casa de un obrero que tiene un hijo enfermo, con un pequeño regalo en un día particular, el patrón que pasa y palmea amablemente a sus hombres y les habla de cuando en cuando, así como nosotros lo hacemos con nuestros soldados”[164], agregando y enseñando el mecanismo psicológico que había que usar para ganarse la simpatía del subordinado o del empleado a manipular: “Para que los obreros sean más eficaces, han de ser manejados con el corazón. El hombre es más sensible al comando cuando el comando va hacia el corazón, que cuando va hacia la cabeza. También los obreros pueden ser dirigidos así, sólo es necesario que los hombres que tienen obreros a sus órdenes lleguen hasta ellos por esas vías, para dominarlos, para hacerlos verdaderos colaboradores”[165].

Si bien Perón en sus discursos siempre ensalzaba con proverbial demagogia a las masas, en realidad desconfiaba de ellas y las veía como un simple instrumento político que había que controlar a su merced y así lo anotó él mismo en su famoso libro *Conducción Política:* “Cuando una masa no tiene sentido de la conducción y uno la deja de la mano no es capaz de seguir sola, y se producen los grandes cataclismos políticos (…) Porque la acción jamás está impulsada ni por las masas ni por el pueblo, sino por los dirigentes que son los que conducen. La masa va adonde la conducen sus dirigentes, y si no, se desborda y ¡Dios me libre! (…) El que conduce una masa, una población, un sector de ella o una colectividad organizada, debe hacerla marchar en la dirección que quiere. De esa manera la conducción se facilita extraordinariamente. Uno no lleva la masa: la masa va sola por reacción adonde uno quiere que vaya (…) Una masa generalmente no tiene valor intrínseco sino en el poder de reacción como masa misma. Su poder, su verdadero poder de reacción y de acción está en los dirigentes que la encuadran”[166].

¿Y en dónde aprendió Perón estos conceptos sobre la conducción de las masas?, otra vez tenemos que volver al fascismo: “Manejar hombres es

una técnica, la técnica de la conducción. Una técnica, un arte, de precisión militar. A mí me lo enseñaron en Italia, allá por los años 40´: aquella gente sí que sabía mandar”[167] le confesó al uruguayo Eduardo Galeano (reportaje concedido en 1966).

Con este desenfrenado apetito político y el itálico bagaje doctrinal, el 9 de junio de 1944 Perón lanzó una serie de medidas presumiblemente favorables a los trabajadores al hacer aprobar una serie de estatutos que reglamentaban vacaciones, planes de vivienda, políticas de previsión social y otros privilegios, los cuales no fueron una concesión graciosa sino un beneficio a los gremios adictos al poder central. Es decir, que los gremios que tenían pretensiones independientes no gozaban de favores ni de reconocimiento político alguno y entonces estaban condenados a la marginalidad o a la desaparición.

Mientras en julio se promulgaba la “Ley de Asociaciones profesionales”, la cual beneficiaba justamente a los gremios que se sometían al riguroso control del gobierno, al mismo tiempo se decretaba la clausura de la “CGT N2” (independiente del régimen), bajo la excusa de que estaba “infiltrada de comunistas”. Incluso, cuando Perón tenía dificultades con algún representante gremial díscolo, fomentaba a algún referente de segunda línea, le daba el apoyo, el reconocimiento y le armaba un gremio paralelo dejando al “desobediente” desmantelado y debilitado. Tal cual lo ocurrido por ejemplo en la industria textil o mejor aún, en el gremio de la industria frigorífica de la carne, cuando en el afán de quitarle poder al insumiso líder gremial José Peter, Perón fomentó y usó a un tal Cipriano Reyes, activista formidable que más tarde alcanzaría una relevante y desdichada fama nacional.

Vale señalar que parte del éxito que Perón cosechó desde la Secretaría de Trabajo se debió a que contó con la activa colaboración de un talentoso hombre de su confianza como lo fue el teniente coronel Domingo Mercante, hombre de fluidos contactos con el ambiente gremial dado que había sido dirigente sindical de la Unión Ferroviaria. Señala la historiadora Eliana de Arrascaeta que “Perón es muy hábil políticamente, pero es imposible pensar el accionar de la política social en la Secretaría sin un hombre avezado desde el punto de vista sindical y con fuertes contactos como lo fue Domingo Mercante. El que armaba las reuniones con los gremios y sindicatos es Mercante y luego aparecía Perón a último momento”[168].

Durante el transcurso de tiempo en que Perón capitaneó la Secretaría, lo que se hizo fue materializar leyes o ideas sobre las que se había discutido mucho en los parlamentos anteriores a la dictadura vigente (sobre todo mediante proyectos legislativos promovidos por el bloque parlamentario del partido socialista), pero que nunca se habían logrado poner en marcha con la energía suficiente. Nos referimos a todas aquellas medidas relativas a lo que a partir de ahora serían los primeros aguinaldos, la noción de salario mínimo vital y móvil, aumentos salariales mediante decretos y determinadas coberturas ante accidentes laborales. En 1944 se firmaron en todo el país 127 convenios con intervención de las asociaciones patronales y 421 con intervención de sindicatos obreros[169]. Con estas y otras reformas Perón comenzó a ser considerado un ídolo en gran parte de las masas populares. La verdad es que gran parte de estas leyes sociales existían (quizás de manera adormecida o atemperada) desde antes de su advenimiento, pero fue Perón quien logró darles un vigoroso impulso: "Cuando me hice cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, un abogado me preguntó: ´¿Cuál cree usted, coronel, que es la ley obrera más necesaria?´. Y yo le respondí: ´Una que haga cumplir la mitad de las que existen´"[170] ironizó.

Vale señalar que la experiencia histórica (ratificada en todo el mundo con inacabables ejemplos) demostró y confirmó rotundamente que la verdadera mejora en la calidad de vida de las clases trabajadoras se genera en base a la inversión privada, el aumento de la tasa de capitalización, la baja de impuestos y la desregulación de los mercados[171]. Pero desde una perspectiva de corto plazo y con las arcas llenas como las que tenía el régimen de la época, estas medidas inmediatas, efectistas, voluntaristas y sólo tendientes a generar un bienestar coyuntural o transitorio, contribuyeron en mucho para que Perón se ganase la definitiva simpatía de los sectores favorecidos con un paquete de medidas que, bienintencionadas o no, allanaron definitivamente el camino a Perón en su vertiginoso peregrinar al estrellato.

El terremoto peronista

Probablemente el hito que con mayor fuerza consagró a Perón como líder y guía de las muchedumbres y que definitivamente marcó un punto de inflexión en su creciente popularidad, lo constituyó el desafortunado

terremoto acontecido en la Provincia de San Juan, el 15 de enero de 1944, movimiento sísmico que en sólo 25 segundos dejó un saldo de más de 10 mil víctimas.

De inmediato de producida la tragedia, Perón desde la Secretaría de Trabajo montó una enérgica operatoria dirigida a la acción social a fin de paliar las secuelas del cataclismo, cuyo momento más publicitado lo constituyó un acto de beneficencia llevado a cabo en el estadio Luna Park el 22 de enero por la noche en el marco de un evento de gala. Fue exactamente esa noche y en ese convite en el cual Perón conocería a una persona que modificaría su vida (y la de muchos argentinos) para siempre: Eva Duarte.

Desde que Perón había enviudado, su vida íntima había sido poco clara y se sabía de su sórdido vínculo con la menor de edad a la que ya hicimos mención. Pero en la famosa noche de enero en el Luna Park, en medio de los números artísticos y de las muchas personalidades que abarrotaron el auditorio, el coronel Aníbal F. Imbert a pedido de la actriz Eva Duarte le habría presentado a Perón y ella no se apartó de él en toda la fiesta. Otra versión esbozada por la actriz Niní Marshall, sostiene que “Eva Duarte fue ubicada pasando la fila 10, como le correspondía a una actriz poco relevante, y que esperó a que la primera actriz Libertad Lamarque subiera al escenario a cantar, para ocupar la silla que dejó vacía al lado de Perón, buscando sin ningún tipo de disimulo su atención”[172].

Comoquiera que sea, a partir de este primer contacto Perón se pavoneó del brazo de su nueva adquisición por todo el estadio, violentando todos los protocolos y los usos de la época. Es que no era una imagen precisamente afecta al decoro de un alto funcionario andar a los arrumacos con una “mina” que se lo acababa de “levantar” a él en un evento oficial promovido para ayudar víctimas de un sismo.

La mujer del pueblo

En verdad, poco se ha difundido sobre las andanzas de Eva antes de conocer a Perón, puesto que el mito sobre su persona se constituye fundamentalmente porque sus feligreses se encargaron siempre de contar su vida a partir de 1944 (año del emblemático encuentro en el Luna Park), ignorando y omitiendo los costados poco presentables que la susodicha

llevaba a cuestas en su escabroso prontuario personal.

Eva era la hija menor de Juana Ibarguren, quien como madre soltera tuvo cinco hijos, todos reconocidos por un caudillo conservador de Junín llamado Juan Duarte (quien operaba a las órdenes del gobernador Marcelino Ugarte): Blanca (1908), Elisa (1910), Juan Ramón (1914), Erminda (1916) y la iconográfica María Eva (el 7 de mayo 1919). De sus hermanas, una de ellas resultó maestra y otra empleada de correos, en tanto que el hermano Juan era un tarambana de inteligencia limitada e instrucción menos que mínima, que trataba sin recursos de imitar a los "niños bien"[173] de la época.

Originariamente se llamó Eva María Ibarguren[174] (luego cambiaría su nombre por el de María Eva Duarte de Perón) y fue en la citada localidad de Junín donde transitó junto a sus hermanos una infancia pueblerina en donde los sentimientos de desarraigo y marginación que padeció configurarían rasgos de su identidad marcando su futuro derrotero artístico y político. En efecto, era común en las comunidades rurales de entonces que el rico del pueblo tuviera una segunda familia de corte "ilegítima" (tal como se la denominaba) y este era el caso de Eva, puesto que su padre era un terrateniente y en sentido contrario, su madre, que atendía sexualmente a Juan Duarte en la clandestinidad, era de clase baja e hija de una puestera y un carrero.

Con un padre ausente y una madre mal afamada que la tuvo como consecuencia de una relación adulterina, la muchacha no habría encontrado en su entorno afectivo o familiar una forma adecuada de identidad ni instancias aceptables para relacionarse en sociedad. Incluso, no son pocos quienes alegan que Eva no podía identificarse con una clase social determinada, puesto que se hallaba tironeada por su doble pertenencia. Más aún, una escena de su infancia la habría marcado psicológicamente para siempre y se dio cuando Juan Duarte, su padre, murió y al asistir ella al velorio, sufrió el desprecio y destrato por parte de las hijas legítimas del difunto. Este dato quedó muy enraizado en el odio irreflexivo que Eva luego destilaría contra la "oligarquía", a pesar de que luego ella incurriera en la insalvable contradicción consistente en vestir joyas, atuendos y lujos costosísimos, a los cuales justamente podían tener acceso sólo quienes pertenecían a la selecta "oligarquía" tan denostada por Eva en cuanta ocasión tuviera lugar.

Una de las desmitificaciones biográficas más interesantes sobre Eva la escribió el citado sociólogo de extracción marxista Juan José Sebreli, quien sobre ella arroja reflexiones dignas de destaque al señalar que la vocación artística de la susodicha fue “una determinación subjetiva y, a la vez, un hecho social: eran escasas las posibilidades en esos años para una mujer pobre que quisiera lograr su independencia. El teatro, la radio y el cine brindaban una oportunidad única a algunas, pocas, mujeres que tuvieran ciertas dotes y la suficiente osadía”[175] añadiendo que “El actor en los tiempos antiguos era un paria; en los tiempos modernos, muchos parias se hacen actores. Algunos a quienes la sociedad niega, condenándolos a no ser, eligen el no ser de la apariencia: la representación. Evita no quería representar en la vida real el papel que las normas sociales le tenían destinado; el espectáculo le permitía representar roles de fantasía”[176].

Dueña de una voluntad y un arrojo fuera de lo común, a la edad de 15 años partió sola a Buenos Aires a probar suerte artística sin tener mayores contactos que la referenciaran, contratiempo al que se le agregaba su falta de talento. Según la observación de Joseph Page “ni era gran belleza ni tenía dotes vocales excepcionales” y si bien durante los años ´30 ella se había convertido en una mujer ambiciosa e inquieta: “su falta de pulimiento todavía se traslucía en su lenguaje y comportamiento”[177].

No sólo no era buena actriz, sino que tenía mala dicción, no sabía cantar, tampoco bailar y aunque contaba con ciertas dotes fotogénicas, sus rasgos no se ajustaban a los cánones de belleza entonces vigentes. Sus carencias artísticas siempre fueron visibles: su colaborador Muñoz Azpiri confirmó que era necesario disimular sus defectos de dicción con telones musicales. Para la escritora Gloria Alcorta[178], Eva era “una voz guaranga que hacía de emperatriz con tono tanguero”[179]. Su peluquero de entonces, Julio Alcaraz la recordaría así: “Conocí a Evita en Pampa films, donde peiné a las actrices durante veinte años. Cuando se filmó ´la carga de los valientes´, vino con una foto de Bette Davis y me dijo que quería estar así, como ella. Era altanera y no quise discutirle; pero la peiné como me dio la gana. Pretender un peinado de 1940 para un vestuario de 1876 no tenía sentido”[180].

Otra dificultad que tuvo Eva fue su falta de instrucción, la cual saltaba a la vista en su letra, que era la propia de una damisela semi-analfabeta: “Las dedicatorias en sus retratos oficiales estaban escritas por otra persona y las

raras firmas auténticas de Evita son un garrapateo de moscas”[181] señala Félix Luna.

A pesar de estas y otras desventajas, su voluntarismo y su capacidad para congraciarse con los hombres (mayormente productores del espectáculo que a cambio de sus gentilezas le brindaban una participación mediática) le permitió no sólo figurar en algunas fotos de revistas, sino salir en las tapas en algunas ocasiones. Además de su relación amorosa con el cantante de tangos Agustín Magaldi, su romance con el galán radial Pablo Racioppi y su misterioso vínculo con quien fue su protectora Pierina Dealessi[182], el resto de sus aventuras se cuentan a borbotones. Su ocasional amante Juan José Míguez (otro compañero en el cine) indiscretamente recordaba: “No te calentás con ella ni en una isla desierta”[183]. En el período de actriz, Eva supo frecuentar además a varios empresarios teatrales como José Franco, Rafael Firtuoso o Pablo Sueiro. También visitó al empresario cinematográfico Olegario Ferrando, al empresario industrial Roberto Llauró, al empresario papelero Guillermo Vasena, al empresario jabonero Raimundo López (quien auspiciaba su empresa en un programa radial de ella)[184], al exitoso actor Pedro Quartucci y al playboy chileno Emilio Kartulovich[185] entre otras de sus adquisiciones[186]. Todo indica que con este trajinado historial efectivamente Eva merecía ser apodada como “la mujer del pueblo”.

Eva no tenía un perfil actoral preciso y su porte era la indefinición: sus imágenes oscilaban entre la mujer recatada o sumisa y la mujer fatal o “come-hombres”. Sin embargo, esta ambigüedad, entre la joven tierna y la vampiresa de las fotos de su período de actriz, estaban anticipando las contradicciones insolubles de su etapa política, entre la señora de las ceremonias oficiales, la compañera Evita de las barricadas y la mujer fatal demonizada por sus enemigos. Pero no solamente en sus fotos se anticipaban rasgos de su futuro, puesto que la única vez que protagonizó una película (titulada “La Pródiga”)[187], Eva representó el papel de una mujer de pasado turbio que para redimirse se dedicaba a concretar obras de caridad: casi una profecía auto-cumplida.

Volviendo a aquella calurosa noche en el Luna Park, Eva Duarte sabía dónde apuntaba. En 1944 las cazadoras de fortuna no eran como las “botineras”[188] de los tiempos actuales, sino que a la sazón eran los uniformes castrenses (símbolo de poder y status de la época) lo que seducía a las aventureras sedientas de ascenso. Hasta entonces, la ambiciosa Eva

Duarte no había sido más que una intrascendente actriz postergada que a duras penas había participado en papeles menores de tinte radiofónico o en algún filme de poca monta. Las revistas de chismes, de vez en cuando la mencionaban en alguna gacetilla colateral atribuyéndole un romance con un rico industrial. Pero fue justamente a partir de enero de 1944 cuando "la carrera artística de Evita avanzó a paso frenético, sin duda impelida por su asociación con Perón"[189] señala Page. Afirmación absolutamente cierta, puesto que desde que sedujo a Perón, Eva no sólo continuó con la serie "Heroínas de la historia" (en la que venía trabajando) sino que al mismo tiempo comenzó a participar en tres emisiones semanales de programas de propaganda que eran auspiciados, precisamente, por la Secretaría de Trabajo y Previsión capitaneada por su nuevo financista y amante. Estos programas radiales en los que a partir de ahora participaría Eva titulados "Hacia un futuro mejor", llenaban las ondas etéreas con loas a la dictadura y a los oficiales del Ejército que la conducían.

Mujer inculta, de modales rústicos, desprovista de talento artístico y con lenguaje procaz, tenía a la vez una personalidad avasallante, astuta, arrebatada y contaba con violentas ansias de superación y revanchismo para con un mundo que hasta el momento no le había reconocido los méritos que ella suponía tener.

Extraña pareja

¿Qué generó tan instantánea atracción mutua? Difícil saberlo. Una hipótesis al respecto es anotada por Roberto Aizcorbe, quien sostiene que el hecho de que "Perón haya buscado inconscientemente rodearse durante su vida pública, de mujeres que la sociedad por lo común despreciaba" se debía a la identificación de "la imagen que él mismo debió tener de su propia madre"[190]. Otras especulaciones sostienen que lo que pudo haber influido en la unión del vínculo, es justamente la simbiosis de dos sentimientos negativos que ambos compartían: la actriz odiaba el recuerdo de su padre muerto, con una familia legítima en Chivilcoy y otra paralela en los Toldos. Mientras que el coronel, por su parte sentía animadversión por su madre, a quien encontrara en Chubut acostada sexualmente con el joven peón[191]. Al mismo tiempo, en ambos se daba la coincidencia de tener un padre de clase alta y una madre de clase baja, similitud que también pudo haber sido una de

las causas de identificación recíproca. Otro interesante enfoque sobre esta vinculación nos lo brinda Alejandro Horowicz en su clásico ensayo “Los cuatro peronismos”, dónde esboza una suerte de teoría edípica al referir que Eva al no ser reconocida por su padre biológico y sentirse desamparada en cuanto a su propia identidad, se siente contenida al sí ser reconocida por el coronel-padre que es Perón y que es quien la reafirma como tal: “El coronel la fija, se vuelve su referencia obligada, indispensable, de su propia identidad. Su relación con todos los otros está mediada por él: él es el eslabón central de una relación radial, y casarse con la mediación es como casarse con el padre (Perón tenía 49 años, Evita 24): es decir, incestuoso y conveniente, deseado y terrible”[192].

Comoquiera que sea, lo cierto es que la compañera del hombre fuerte de la dictadura militar no pasaba inadvertida en el mundo en el que se manejaba y Perón siempre operó su relación bordeando la provocación, en tanto que ella se comportaba y pavoneaba sin inhibiciones y con escaso sentido de la ubicación: “Muchos de sus camaradas de armas se quedaban estupefactos y creían que Perón estaba dando mal ejemplo al ejército”[193] señala Page. El estilo orillero de Eva signado por la desfachatez y la ausencia de buen gusto generaba escándalo y repulsa en el seno de una sociedad tradicional que todavía conservaba el apego a las buenas maneras. No obstante, Perón no sólo exhibía a su amante en cualquier convite sino que desoía todo cuidado y protocolo: “no era admisible que llevase una mujer de dudosa reputación a sus habitaciones en Campo de Mayo”[194] subraya Potash.

El romance tomaba fuerza pero aún faltaba resolver algunos obstáculos: Perón no vivía solo sino con *Piraña*, la menor que se había traído desde Mendoza. Cierta noche Perón llegó a su departamento y encontró a Eva instalada, con ropa en los armarios y artículos de tocador en el cuarto de baño: -“¿Y Piraña?” preguntó sorprendido el coronel, -“la fleté para Mendoza”[195] respondió su resuelta amante, pasando desde entonces a ocupar ella su lugar definitivo y exclusivo.

Ecos de la guerra

Transcurría 1944 y la Segunda Guerra Mundial se encontraba en su última etapa. Y si a Perón sus oponentes lo estigmatizaban como “nazi-

fascista", él no hacía muchos esfuerzos para que dicha mácula se disipe. Numerosos oficiales nazis se refugiaron en la Argentina con todo el respaldo gubernamental y Perón justificaba esta política de puertas abiertas con "motivos humanitarios", aunque su presunto impulso humanitario no lo llevara jamás a condenar los campos de concentración que le denunciaban al hitlerismo: "Una infamia, indigna de los vencedores"[196] fue la enojada calificación con la que el carismático coronel se refirió al enjuiciamiento de los jerarcas nacionalsocialistas en el llamado Juicio de Nüremberg[197].

En vísperas de la caída del Eje, la dictadura militar le dio refugio a los capitales alemanes, que pasaron de 300 millones de pesos en 1933 a 30 mil millones en 1944 (equivalente a 540 millones de dólares). En 1945 ya funcionaban 900 empresas alemanas y en 1947 el Comité Internacional para el estudio de Cuestiones Europeas informó que en Argentina había 90.000 alemanes que participaron en actividades nazis durante la guerra. No era para menos: antes de terminar la guerra Perón facilitó al agregado militar en la Embajada Alemana (von Leers) ocho mil pasaportes y mil cien cédulas de identidad selladas por las autoridades argentinas pero sin foto y sin impresiones digitales[198].

Cabe destacar que detallamos y arrojamos estos datos no necesariamente como crítica (hasta las potencias vencedoras acogieron personalidades del nacionalsocialismo alemán para fines propios) sino como descripción objetiva que pone de manifiesto la inexistencia del Perón "progresista" que han querido edificar con posterioridad muchos de sus hagiógrafos. Tampoco pretendemos incurrir en el reduccionismo a-histórico de sindicar a Perón como un "nazi criollo". Si bien argumentos y elementos como para emparentar a Perón con el fascismo abundan por todos los rincones (empezando por sus propias confesiones), en cambio no existe material suficiente que nos permita acusarlo de nacionalsocialista ni tampoco se lo reconoce como un antisemita connotado excepto por algunas declaraciones suyas en las cuales supo divagar sobre imaginativas conspiraciones dirigidas por la "sinarquía internacional manejada desde las Naciones Unidas."[199] Además, al ser consultado por la cuestión judía se refirió de manera más que despectiva: "Recuerdo ahora que uno de los alemanes que fueron a la Argentina después de la derrota me hablaba del problema de los hebreos, y yo le dije: ¿Cómo se figura usted que yo voy a meterme en esa maraña del problema judío cuando usted sabe muy bien que

Hitler, con sus cien millones de habitantes, no pudo resolverlo, y qué voy a hacer yo con quince o veinte millones de argentinos? Si aquí viven los judíos, matarlos no podemos; ni expulsarlos tampoco. No queda otra solución que ponerlos a trabajar dentro de la comunidad, incorporándolos a la nacionalidad argentina, asimilándolos, impidiéndoles que formen organizaciones sionistas separadas. Y así fue como llegamos a formar la OIA (Organización Israelita argentina)[200], que tomó en sus manos el gobierno de la colectividad incorporada a la nacionalidad argentina. Teníamos ya un Embajador nuestro en Israel, Manyell. Poco a poco los judíos y los nacionalistas se tranquilizaron, porque cuando usted lo mete en el negocio, el judío entra en él; es, por encima de todo negociante"[201] señaló.

Pero más allá de desdeñosas declaraciones como las citadas, lo confirmadamente cierto es que la población judía durante la Argentina peronista no fue molestada y aunque con una tardanza de 15 meses desde su creación, Perón terminó reconociendo el Estado de Israel en 1949 y también fue durante su larga hegemonía gubernamental cuando se crearon Nueva Sión y el Instituto Judío Argentino de Cultura e Información y la Cámara de Comercio Argentino-Israelí. También fue en 1949 cuando llegó el primer Embajador de Israel a la Argentina y fue en 1951 cuando Golda Meir[202] visitó Buenos Aires y se abrazó con Eva Perón.

Si bien libros como los escritos por el periodista Uki Goñi (autor de La Autentica Odessa: La Fuga Nazi a la Argentina de Perón)[203] se empecinaron desmedidamente en sindicar a Perón como una suerte de "agente hitlerista", también en los años 70´ la DAIA publicó un laudatorio libro prologado por su presidente Nehemías Reznisky titulado "Perón y el Pueblo Judío"[204], en el que se elogiaba la política peronista para con la comunidad judía local. Al respecto decía el Conde Luchino Visconti que el nacionalsocialismo había sido una tragedia y que el fascismo italiano su comedia; si consideramos esta sentencia como válida entonces cabría deducir que el peronismo no podría haber sido más que una caricatura de la comedia mussoliniana y aunque durante el régimen de Perón no faltó el crimen político, sin embargo "careció de la grandeza wagneriana de la maldad"[205], fina afirmación anotada por Juan José Sebreli en uno de los libros más críticos que se hayan escrito sobre el asunto.

La realidad es que más allá de las evidentes simpatías y vínculos germanófilos que Perón cosechó con el Tercer Reich, en la política práctica

nunca hostilizó ni molestó a la comunidad judía. En cambio, a quienes sí persiguió y atacó con saña fue a los católicos, pero eso es algo que veremos en detalle mucho más adelante.

El anti-nazi tardío

Los coqueteos iniciales de la dictadura Argentina con el nacionalsocialismo alemán se iban desvaneciendo a medida que la derrota del Eje se tornaba irreversible, a lo que cabía sumarle determinadas sanciones económicas que Washington preparaba para la Argentina con motivo de su ambivalente postura. Estos factores externos obraron de estímulo tardío para que con burlesca impuntualidad la dictadura de Farrell y Perón le declarara la guerra a Alemania y al Japón el 27 de marzo de 1945.

Alemania ya estaba destrozada, según información oficial Adolf Hitler se suicidaba el 30 de abril y horas después el Tercer Reich presentó formalmente su rendición. Perón argumentó posteriormente la declaración de guerra al Eje abrevando en sus habituales sofismas: “nuestras política neutralista tenía una tradición de 50 años” y “transcurridos los primeros hechos de la guerra mundial, nos dimos cuenta de que la política argentina, en nuestro caso, debía ser revisada, porque no podíamos resistir la presión del continente, manteniendo una neutralidad que nos podía llevar mucho más allá de lo sospechable. Fue así que se decidió participar en esta guerra”[206]. Mintió Perón al argumentar que esta revisión se efectuó una vez “transcurridos los primeros hechos de la guerra mundial” (tal como transcribimos) sino justamente al revés, Argentina cambió su tradición transcurridos “los últimos hechos” de la guerra, es decir horas antes de que culmine.

De más está decir que esta declaración de guerra al Eje despertó la ira de los nacionalistas, quienes veían en Perón a un verdadero traidor que había desnaturalizado por completo el espíritu de la revolución juniana de 1943. El mismísimo Padre Julio Meinvielle (de destacadísima influencia en el nacionalismo católico) desde la revista *Nuestro Tiempo* lamentó el hecho disparando: “este gobierno había derrocado a un hombre como Castillo que paradójicamente había mantenido la neutralidad”[207].

Capítulo 5: Peregrinar al estrellato

El mantra Braden o Perón

Con el extemporáneo gesto consistente en declararle la guerra a un país ya derrotado y extenuado, al mes siguiente los Estados Unidos aceptó reanudar relaciones diplomáticas con la Argentina, en tanto que tras la rendición alemana las calles de Buenos Aires y otras ciudades del país fueron testigos durante todo mayo de 1945 de un clima de euforia y festejos que concluyeron en actos de inequívoca oposición al gobierno local.

La política mundial estaba en un evidente punto de inflexión y el 6 de junio el dictador Farrell tuvo que anunciar que en breve habría elecciones presidenciales y la CGT comenzó a hacer sonar muy fuerte el nombre de Juan Perón como candidato representativo.

Por entonces, aparece en escena un personaje que Perón supo explotar a todo propósito para sus fines políticos y electorales: Spruille Braden, hombre conocedor de la realidad Latinoamericana que hablaba un perfecto castellano, quien acababa de ser nombrado Embajador de los Estados Unidos ante la Argentina. Profundamente antifascista, anticomunista y promotor del libre mercado, el nuevo enviado intentaba fomentar la inversión de capitales norteamericanos en el país.

El primer nexo directo y personalizado que Braden tuvo con el dictador Farrell se dio justamente en una velada de recibimiento y agasajo que la dictadura local le brindó a las flamantes autoridades diplomáticas norteamericanas, en donde Farrell se desvivió por ser un anfitrión extremadamente atento: “daba pena verlo auto-empequeñerse” cablegrafió Braden a Washington, añadiendo que la conversación mantenida “se limitó a su reiterada invitación a que nos termináramos una botella de un scothc particularmente bueno que posee”[208]. A los dos meses de ejercer su cargo, Braden emitió a Washington una de las primeras impresiones que él tenía sobre la situación Argentina en general y sobre Perón en particular: “Perón como el líder más importante de la escena argentina es la encarnación del presente control militar fascista, pero él es solamente un individuo, mientras

que el movimiento consiste en muchos que fueron nutridos por los nazis y a cambio de ello les ofrecían a éstos el fundamento para la esperanza de construir ´la victoria de posguerra´”[209].

Durante su corta estada en Buenos Aires, Braden supo convertirse en un personaje de copetín. El desinhibido embajador frecuentaba reuniones opositoras como si fuese un dirigente más, exhibiendo sin mayores protocolos diplomáticos un estilo pendenciero y provocador para con la dictadura, lo cual le valió ganar rápidamente la simpatía de los sectores disidentes al régimen. Pero este proselitismo le duró muy poco, puesto que en agosto de 1945 fue nombrado como Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos y tuvo que regresar a los Estados Unidos. Si bien ante esto Perón aparentaba librarse de un enemigo, la verdad es que Braden le servía en mucho al caudillo argentino puesto que lo usaba para demonizar y acusar a sus detractores de ser agentes o sirvientes del “imperialismo extranjero” y al mismo tiempo resaltar el sentimiento nacionalista en varios ambientes que Perón capitalizó inteligentemente para sí mismo

Como el norteamericano Braden seguiría ocupándose de América Latina (aunque desde otro rol y desde el exterior), Perón aprovechó su nombre hasta el hartazgo para siempre emparentarlo con la oposición, fabricando así una suerte de dicotomía simplona pero útil, tendiente a dividir las aguas demagógicamente entre “Braden o Perón”, tal la consigna de campaña que supo ofrecer por entonces: “si no hubiera existido…habría debido inventarlo”[210] confesó Perón respecto Braden. Es cierto que no lo inventó, pero lo agigantó y exageró hasta el absurdo.

En verdad, el papel de Braden como Embajador fue muchísimo más modesto de lo que la fantasiosa propaganda peronista le quiso atribuir y explotar no sin éxito publicitario. Spruille Braden fue tan sólo Embajador en Argentina durante cuatro meses (entre mayo y septiembre de 1945) y sin embargo Perón mantuvo el taquillero slogan siempre vigente e incluso hasta mucho después de su huida en 1955.

El lema “Braden o Perón” no fue más que un ingenioso truco de marketing. Cuando Perón demonizó a los Estados Unidos en 1946, fue consagrado Presidente. Y cuando en 1955 tuvo las mejores relaciones con ese país, fue derrocado. Dato que confirma la función eminentemente propagandística de un aforismo de campaña para consumo masivo del vulgo

pero que nunca se correspondió con la política real.

17 de octubre de 1945: Muerte y resurrección de San Perón

El clima político y social se tornaba efervescente puesto que en los círculos opositores se vivía una atmósfera de euforia ante la derrota del Eje, lo cual animó a los dirigentes de los demás partidos políticos (radicales, conservadores y socialistas por igual) a presionar a las autoridades de facto para que otorguen el poder a la Corte Suprema de Justicia a fin de que el Poder Judicial administre la transición hacia elecciones democráticas y limpias. Persiguiendo este objetivo, el 19 de septiembre se llevó a cabo una histórica manifestación callejera titulada "*La Marcha de la Constitución y la Libertad*" que se inició en la Plaza del Congreso, en la cual se congregó cerca de medio millón de opositores que desde allí circularon hasta Plaza Francia.

El lema de los manifestantes consistente en pedir el traspaso del gobierno a la Corte Suprema de Justicia fue considerado por muchos observadores como un craso error político: "si como consigna de lucha lo de ´el gobierno a la Corte´ no era mala, como táctica política era pésima. Tratar de imponer esa solución era utópico. Ni el Ejército podía aceptar esa vergonzosa confesión de su fracaso ni la oposición disponía de poder para implantarla"[211] anotó Félix Luna.

Si bien la dictadura intentó minimizar los alcances de la nutrida concurrencia en cuestión, sin dudas el gentío constituyó un llamado de atención para el régimen, que reaccionó declarando el Estado de sitio, encarcelando masivamente opositores y recrudeciendo la censura a la prensa. Días después, se produjeron en las universidades múltiples rebeliones estudiantiles que clamaban libertad y predicaban consignas contra Farrell y Perón, quienes de inmediato ordenaron una represión brutal (en la misma murió un niño de 10 años[212]) acompañada con arrestos generalizados que superaron los 1500 alumnos detenidos[213], episodios que consolidaron el clima de tensión y división existente.

En tanto, en el seno del gobierno, el indefinido dictador Farrell debía lidiar entre las rencillas e internismos que se presentaban entre el coronel Perón y el coronel Eduardo Ávalos[214], otro hombre fuerte del régimen de gran predicamento entre la oficialidad de Campo de Mayo, que le disputaba a

Perón poder e influencia política así como también encono ideológico, puesto que Ávalos no le perdonaba a Perón haber convencido a Farrell de declararle la guerra al Eje.

Ávalos contaba con alto consenso dentro de las filas del Ejército (que en definitiva era la estructura institucional que gobernaba el país), pero Perón contaba con el aval de numerosos sectores sindicales que lo respaldaban con motivo de la política condescendiente que él venía desplegando desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Durante los últimos tiempos, Ávalos se había movido con astucia en el seno del gobierno y había logrado presionar lo suficiente a Farrell para que se deshiciera de Perón. En medio de la tensión, finalmente Perón fue forzado a renunciar intempestivamente el 9 de octubre de 1945 a todos sus cargos.

El coronel caído en desgracia, hábilmente le pidió a Farrell que le diera la oportunidad de dirigir unas palabras de despedida por radio (que Farrell ingenuamente le concedió). Perón convocó al día siguiente a los dirigentes sindicales adictos, montó una escenografía con parlantes en la entrada de la Secretaría de Trabajo, puso en duda que los beneficios sociales prosiguieran en su ausencia y entre otras de sus trapisondas, como "última medida en funciones" anunció un decreto mediante el cual se aumentaban los sueldos y salarios a la vez que se implantaba el salario móvil, vital y básico[215]. Pero ocurre que para que este beneficio tuviera validez legal debía ser firmado luego por Farrell, de modo que Perón se despidió de su cargo anunciando la buena noticia salarial a su gente y encajándole el engorro al dictador. Esta picardía final de Perón colmó la paciencia de sus enemigos, que lograron convencer a Farrell de solicitar su inmediata detención.

Sin embargo, Perón se trasladó rápida y secretamente a una casa situada en una isla del Tigre, cuyo propietario era un connotado agente alemán llamado Ludwig Freude (sindicado como el representante de los capitales nacionalsocialistas en la Argentina), que era un hombre de su más estrecha confianza. Pero finalmente, el mismo régimen al que Perón había servido y pertenecido desde su inicio con tanto protagonismo y ascendencia, el 12 de octubre lo detuvo allí en el Tigre siendo arrestado en su refugio y trasladado a la cárcel de la Isla Martín García.

Es evidente que en esta puja Ávalos logró influir en Farrell a expensas de Perón, tanto es así que mientras este último estaba detenido, Farrell

nombró a Ávalos como Ministro de guerra[216], cargo que justamente ocupaba Perón antes de su destitución y posterior encarcelamiento. Sostiene Potash que a partir de este nuevo nombramiento: “El general Ávalos, que asumió el cargo de ministro de Guerra el 10 de octubre, se convirtió en la figura dominante del nuevo orden; pero ni su temperamento ni su experiencia anterior lo habían preparado para este papel”[217], algo que luego veremos confirmado por las vacilaciones y errores políticos que cometería durante su breve rol ministerial.

En definitiva, la detención efectuada a fin de neutralizar definitivamente la figura e influencia de Perón en el gobierno fue una maniobra torpe por parte de Ávalos y sus acólitos, porque a partir de entonces una ebullición se generó entre varios sindicalistas leales a Perón, quienes comenzaron a movilizar su gente por las calles clamando por su libertad. En tanto, desde el encierro en la isla y desorientado por la situación, muchos investigadores sostienen que Perón creía estar ante el final de su carrera, al menos así lo pone de manifiesto él mismo al escribirle una carta a Eva, la cual más allá de ser encabezada con una vulgar cursilería como “mi tesoro adorado”, deja advertir a un Perón afectivo que le promete a su pretendida que ni bien él obtuviera la libertad ambos vivirán juntos en el marco de una vida despolitizada: “Hoy sé cuánto te quiero y que no puedo vivir sin vos. Esta inmensa soledad está llena de tu recuerdo. Hoy he escrito a Farrell pidiéndole que me acelere el retiro, en cuanto salgo nos casamos y nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos” anotó.

El tono de la carta confirmaría que Perón estuvo a punto de “tirar la toalla”[218] y no estaba en su estrategia ni en sus planes redoblar la apuesta. Sin embargo, otros observadores sostienen que Perón sospechaba que la carta sería leída y es por eso que él le imprimió un tono pacifista y cariñoso. Más aún, no faltaron quienes sostuvieron que todo esto se trató de un perfectísimo plan diseñado y calculado estratégicamente por Perón salido a la perfección, alegando que Perón habría forzado ex profeso a Farrell y a sus enemigos a echarlo del gobierno y encarcelarlo para promover luego una suerte de “operativo clamor” entre sus fieles y finalmente retornar al poder fortalecido. Sin descartar que Perón haya incurrido en alguna de sus habituales especulaciones, Juan José Sebreli brinda una explicación menos complicada de lo ocurrido a la que adherimos: “La historia no es, como pretenden los ideólogos del bonapartismo, el producto de la acción extraordinaria del Gran

Hombre, el hombre del destino, el superhombre, el genio individual, la personalidad creadora, el salvador supremo. Por el contrario, muy frecuentemente los conductores de pueblos son personajes insignificantes. La biografía de Perón lo muestra como un pequeño burgués diletante, de vida sedentaria y mediocre hasta los cincuenta años, de ideas simples y estereotipadas y de gustos vulgares, box, cine de cowboys, televisión y pocas lecturas"[219]. No descartamos que Perón haya calculado por entonces algunos movimientos, pero sin dudas fueron los hechos concomitantes y la historia por su propio peso la que lo fue arrastrando a jugar los distintos papeles protagónicos que él ocupó y ejerció.

Efectivamente, con Perón neutralizado y encarcelado, del otro lado del riachuelo bandas sindicalistas en franca rebeldía paralizaron los transportes y provocaron el cierre de fábricas exhortando y obligando a los obreros a engrosar el alcance de una movilización que clamaba la libertad del coronel. Para elevar la presión, en el seno de la CGT un sector propuso llamar a huelga general para el día 18 de octubre si la situación no se solucionaba. Vale aclarar que no toda la CGT compartía simpatía hacia Perón[220] sino que eran numerosísimos los gremios[221] que desconfiaban de él (de hecho sobre 40 votos la postura huelguista de la CGT ganó 21 contra 19), tal el caso de la Unión Obrera Local, que denunció la prepotencia de la convocatoria comunicando formalmente que "Bandas armadas del pistolero peroniano, que responden al execrable sujeto Cipriano Reyes han atacado a mansalva a obreros del frigorífico Wilson, del que resultaron numerosas víctimas"[222]. Autores como Gambini señalan que el ajustado margen de votos por el que la CGT logró proclamar la huelga para el 18 de octubre no impulsó tal medida de fuerza para liberar a Perón sino para que se garantizasen sus demandas gremiales[223], independientemente de la suerte del coronel caído en desgracia.

Hasta donde la construcción de los hechos pudo demostrar, Perón -detenido en la isla- desconocía por completo la movilización en su favor que en las calles de Buenos Aires estaban promoviendo determinados líderes sindicales afectos a su persona, la cual era facilitada y auxiliada por la Policía (que le era leal)[224] que liberó las calles y facilitó los puentes para agilizar el paso de los manifestantes. El dirigente metalúrgico Ángel Perelman, otro de los artífices de la movilización recuerda que los policías "Nos miraban, ya sea con una actitud confusa o con una vaga simpatía. La situación se aclaró

de repente cuando vimos, a eso de las 15 horas, atravesar a toda velocidad, cruzando enfrente de nuestro taxi, a un camión de correos cargado de vigilantes que gritaban ante nuestra sorpresa. ¡Viva Perón!”[225].

Una vez anoticiado Perón de las auspiciosas novedades (no sólo de la movilización popular en ciernes sino de que la CGT planificaba una huelga general prevista para el 18 de octubre), simulando una supuesta dolencia pulmonar en connivencia con su médico personal (el capitán Miguel Ángel Mazza quien le diagnosticó falsamente “pleuresía”), el 16 de octubre el detenido solicitó “por recomendación médica” ser trasladado bajo custodia al Hospital Militar. Cuenta Perón que “Mazza me propuso falsear las radiografías que él tenía y que mostraban una dolencia aguda de ´hemidiafragma derecho´, de probable origen tumoral, y a continuación, elevarlas a la superioridad aconsejando mi traslado al Hospital Militar para la atención prescripta y porque la salud del enfermo en un clima tan húmedo como el de la isla era contraproducente”[226]. Farrell cayó nuevamente en la trampa y la petición de traslado del preso fue candorosamente concedida.

En medio de las manifestaciones callejeras, al enterarse de que Perón se hallaba ahora en el Hospital Militar sus prosélitos se apersonaron en las inmediaciones reclamando la presencia de su líder quien en ningún momento amagó a salir del establecimiento médico: “Durante los días más difíciles de octubre del ´45 Perón estaba todo cagado, y el 17 no se animaba a salir del hospital por temor a que lo liquidaran”[227] recuerda el inclemente Cipriano Reyes, quien fuera uno de los principales promotores y organizadores sindicales de la movilización.

Mientras tanto, el delegado político de Perón para negociar su situación con Farrell fue justamente el coronel Domingo Mercante[228] -cuya posición en las tratativas se iba fortaleciendo a medida que la muchedumbre proveniente de la zona sur del Gran Buenos Aires marchaba invadiendo la Capital porteña-. La movilización despertaba un intenso desconcierto en Farrell y Ávalos, quienes se sintieron dubitativos en todo momento. Tanto es así que hasta el Partido Comunista le propuso a sendos militares “terminar con la concentración en pocos minutos”[229] lanzando militantes armados del PC sobre las columnas peronistas, siempre que el gobierno garantizara la abstención de la policía y del Ejército en la gresca; pero la propuesta comunista fue rechazada por Farrell, quien temía que se desatase una matanza de proporciones.

¿Cuál era el papel de Eva Duarte en ese trajinado contexto? Mucho menor al que le adjudicaron luego sus hagiógrafos rentados: deambulaba por Buenos Aires con suma preocupación buscando un abogado que redactara un hábeas corpus en favor de su amante[230]. Interesa esta aclaración porque recién a partir de mayo de 1948 el aparato de propaganda de Perón fabricó el artificio incluyendo relatos de la Primera Dama recorriendo los suburbios para organizar el respaldo popular al líder preso, algo que no era cierto, pero que nadie osó discutir y entonces esa leyenda quedó grabada en la mitología urbana[231].

El 17 de octubre, las columnas de Cipriano Reyes y otros contingentes provenientes de Avellaneda, Lanús, Berisso y Ensenada comenzaron al fin a poblar la plaza. Con el correr de las horas un considerable gentío se había aunado en derredor de la Casa Rosada clamando la presencia de Perón. La presión iba en aumento y entrando la tarde, el flamante Ministro de Guerra Ávalos pretendió que Mercante le hablara a la muchedumbre en nombre de Perón a fin de tranquilizarla, pero ello fue imposible. Seguidamente, Ávalos intentó también hablarle al gentío, pero ni bien este tomó el micrófono desde el balcón de la Casa Rosada la multitud lo abucheó estruendosamente. Siendo las ocho de la noche, el desconcertado Ávalos no tuvo más remedio que acudir al Hospital Militar en donde mantuvo una reunión secreta con Perón para negociar su libertad. En la conversación se arribó a un compromiso para que Perón se dirigiera a sus acólitos desde el balcón en mensaje que además sería transmitido por la red nacional de radiodifusión. Perón había ganado definitivamente la pulseada.

Pasadas las 23hs, aparece por fin la figura de Perón en el balcón de la Casa de Gobierno para júbilo de la muchedumbre que fielmente se mantenía aunada desde muy temprano. Primeramente habló Farrell, anunció la formación de un gobierno provisorio conformado por gente leal a Perón y descartó categóricamente la entrega del gobierno a la Corte Suprema de Justicia. Seguidamente le pasó el micrófono al caudillo recién liberado, presentándolo como “el hombre que supo ganar el corazón de todos”[232] (horas antes acababa de encarcelarlo y ahora lo adulaba condicionado por las circunstancias). En medio de la ovación, Perón entre otras cosas dijo: “Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser patriota y la de ser el primer trabajador argentino.

Hoy, a la tarde, el Poder Ejecutivo ha firmado mi solicitud de retiro del servicio activo del Ejército. Con ello he renunciado voluntariamente al más insigne honor a que puede aspirar un soldado: llevar las palmas y laureles de general de la nación. Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón y ponerme con este nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino”[233].

Perón salía fortalecido y convertido en el indiscutido hombre fuerte del régimen.

El mito fundacional

No pocos historiadores sostienen que durante los hechos del 17 de octubre, el anti-peronismo, con su ceguera, cometió el error de no apoyar durante la pulseada de octubre a Ávalos y su gente, pues si éstos últimos hubiesen contado con el respaldo político suficiente habrían podido sostener el cautiverio y el destierro de Perón. Pero el coronel Ávalos quedó muy solo y los opositores contemplaron la pelea denostando indistintamente a Ávalos y a Perón puesto que mientras maldecían al coronel detenido agraviaban al mismo tiempo al Círculo Militar (institución históricamente antiperonista) colocando un cartelón que decía “Se Alquila”. Hostilidades de esta naturaleza generaban en los militares no peronistas la sensación de que la sociedad civil antiperonista los repudiaba tanto a ellos como al caudillo encarcelado de igual manera y sin discernimientos. A la postre, los enemigos militares de Perón advirtieron la conveniencia de no enemistarse del todo con éste, que a fin de cuentas era un “camarada” y quedaron así inmovilizados por la duda y el desamparo. Ese torpe encono civilista consistente en repudiar el uniforme de manera indiscriminada o generalizada hizo resucitar a Perón del encarcelamiento en la isla y salir de allí más que consolidado y con el camino allanado para convertirse en el corto plazo en el dueño de la Argentina, cosa que se pudo haber evitado, si la sociedad civil antiperonista hubiese obrado con mayor lucidez política.

¿Cuán grande fue la convocatoria del 17 de octubre? Tampoco se sabe con exactitud, pero todo indica que fue mucho más modesta que la que fabricó posteriormente la propaganda peronista. ¿Con qué objetivo el peronismo sobredimensionó luego los acontecimientos? Se reescribió el pasado a fin de pretender inventar una fecha fundacional del peronismo a

modo de mito iniciático y así poder romper con la imagen de Perón como un candidato continuista del régimen militar vigente y presentarlo así en las elecciones venideras como la paradojal “alternativa” a un injusto orden vigente del que curiosamente él formaba parte desde su inauguración misma el 4 de junio de 1943.

Que con el tiempo Perón haya logrado inventar su inicio político con “el 17 de octubre” y haya fabricado su candidatura como alguien “transformador” y ajeno al régimen militar fue una de sus tantas e innegables habilidades personales al servicio del timo político e historiográfico, puesto que su condición de candidato y garante de la continuidad de la dictadura militar fue confesada por él mismo años después: “Llegado al salón, el general Ávalos, en presencia del presidente y de todos los jefes, se cuadró a mi frente y me dijo más o menos estas palabras. ´coronel Perón, pensando en la continuidad de la revolución (…) hemos pedido al señor presidente que se tomen las medidas para que usted pueda ser el candidato de la futura presidencia´” a lo que Perón respondió de esta sacrificada manera: “señores, me cargan ustedes con una enorme responsabilidad, pero si ello es el sentir del Ejército, aceptaré una vez más, porque como soldado me debo a la Patria y a la Institución”[234].

Que por entonces el 17 de octubre no tuvo la resonancia ni la movilización que el folklore peronista agigantó con posterioridad lo confirman, entre otras cosas, el hecho de que no se registran tomas fílmicas ni fotográficas que revelen la supuesta grandilocuencia de la convocatoria. El cinematógrafo Leonardo Favio, conocido fundamentalista de Perón confesó que las imágenes que aparecen respecto del 17 de octubre en su filme “Perón, Sinfonía del Sentimiento” (saga suya de cinco documentales plagada de sensiblerías y groseras falsedades destinada al vulgo en la pretensión de exaltar la figura de Perón) provienen de manifestaciones posteriores, puesto que no hay filmación alguna en el Archivo General de la Nación sobre ese santificado día. Una de las muy pocas y pintorescas postales que se han registrado de esa fecha, fue la toma de un puñado de hombres en camisa con los pantalones arremangados refrescando sus pies descalzos en una fuente de la Plaza de Mayo, imagen que fue considerada un escándalo para una sociedad porteña que a la sazón vestía traje y galera hasta para asistir a las canchas de fútbol.

Para los periódicos de la CGT aparecidos la semana siguiente al 17 de

octubre no había sido una jornada especial ya que ni siquiera se publicaron fotos,[235] y los tres diarios tradicionales en sus portadas sólo informaron al día siguiente acerca del cambio de Gabinete dispuesto por Farrell y nada decían de la concentración en Plaza de Mayo. El diario *La Nación* dispuso en su tapa: “Luego de inquieta jornada fue anunciado anoche que se formará un nuevo gabinete”; el diario *La Prensa* tituló: “El presidente de la Nación anunció anoche las renuncias de los ministros de Guerra y Marina” y *Clarín*, con tono sensacionalista encabezó: “Una jornada dramática vivió ayer Buenos Aires”[236].

En rigor, la más certera y oportuna crónica respecto de lo sucedido supo brindarla el 18 de octubre (al día siguiente de los hechos) la revista estadounidense *The Times*, al titular su publicación con una concisa y rotunda frase: “Todo el poder a Perón”.

Segundas Nupcias

Tras su liberación triunfal, Perón cumplió con lo que había escrito desde la isla Martín García, formalizando la relación con Eva Duarte y casándose el 22 de octubre de 1945 por el Registro Civil, cuya acta matrimonial fue confeccionada con inequívoca inspiración peronista: se fraguaron y falsearon un sinfín de datos relevantes tales como ser que a Perón se lo sindicó como “soltero” en vez de “viudo” y a Eva Duarte le quitaron amablemente tres años respecto de su verdadera edad (entre otras adulteraciones). Días después, el 10 de diciembre, los contrayentes se casaron religiosamente en la ciudad de La Plata, en la Iglesia de San Francisco.

En los ambientes peronistas el casamiento cayó bien, puesto que a pesar del pasado turbio de Eva, el coronel Juan Perón accedía a formalizar abiertamente con ella y eso lo mostraba como un hombre desprejuiciado que no trepidaba en hacerse cargo de sus sentimientos o en aceptar por esposa a una mujer que no fuera de alta sociedad ni de reputación impecable: “la decisión de casamiento entre Eva y yo, fue el primer acto revolucionario que produjo el Justicialismo. Un oficial del ejército argentino, casado con una artista, era una gran ofensa para la imagen de la institución, pero si a ello se agrega el hecho de que ese oficial había cobrado una trascendencia insospechada, el cuadro de esa realidad se volvía, para muchos cortos de genio, bochornosa”[237] recordará Perón.

Regularizando su situación familiar, ahora sí Perón estaba en condiciones personales y formales para enfrentar las elecciones presidenciales venideras, cuya fecha la dictadura acababa de fijar para el verano de 1946, concretamente para el domingo 24 de febrero.

La campaña electoral

¿Con qué estructura iba a lanzar Perón su campaña electoral? El peronismo, desde el punto de vista partidario, nació siendo un aparato muy heterogéneo e impreciso (defecto del que nunca logró despojarse) y por entonces eran distintos los segmentos que podían identificarse en la estructura de apoyo político, los cuales -para simplificar- los dividiremos en tres sectores.

Por un lado, Perón contaba con el respaldo de un núcleo reducido pero duro, que era la ya mencionada Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), sector violento y extremo que tras algunas cavilaciones se sumó de lleno a militar en el peronismo: “entre noviembre de 1945 y febrero del siguiente la actividad de difusión y de acción directa la tuvo (a la Alianza Libertadora Nacionalista) en un permanente estado de movilización, quizás proporcionalmente mayor al que podían exhibir los partidos y sectores que proclamaban a Perón”[238] refiere Hernán Capizzano, historiador y riguroso apologista de la ALN.

En segundo lugar, identificamos entre las apoyaturas a Perón a un segmento de adherentes inorgánicos o dispersos tales como lo fueron algunos ex radicales que se habían agrupado bajo la sigla UCRJR (Unión Cívica Radical Junta Renovadora) así como caudillos conservadores y nacionalistas desmarcados que se sumaron tras la candidatura oficialista.

Por último y en tercer término, cabe decir que de todos los apoyos que Perón cosechó, por lejos el mejor organizado fue el flamante Partido Laborista, liderado justamente por Luis Gay y el legendario Cipriano Reyes. El ferroviario Luis Monzalve recuerda al respecto: “En sólo siete días de trabajo, desde el 17 al 23 de octubre, habíamos constituido el Partido Laborista y el día 27 ya teníamos 85 centros laboristas constituidos en el interior del país”[239]. Ciertamente, este último sector fue el que verdaderamente le dio a Perón la estructura territorial necesaria para la

disputa electoral en ciernes

A la oposición no sólo no le era ajena la popularidad de Perón sino que miraba ese consenso con suma preocupación. Temerosa ésta ante el peligro de un inminente triunfo del coronel carismático, todo el espacio disidente se amalgamó en una surtida alianza encabezada por los radicales y secundada por socialistas, Demócrata Progresistas y hasta comunistas. El polifacético armado se llamó “Unión Democrática” (UD) y la fórmula presidencial la encabezaron dos respetables pero parcos referentes de la UCR, que nunca despertaron mayores entusiasmos populares: José Tamborini y Enrique Mosca.

Cabe señalar que los conservadores (representados por el Partido Demócrata Nacional) quedaron muy desdibujados en esta lucha electoral, puesto que si bien al grueso de ellos los animaba un profundo sentimiento antiperonista, el partido no integró la llamada Unión Democrática, dado que mantenían un gran encono para con los radicales[240] a quienes responsabilizaban de la situación imperante, puesto que al fin y al cabo fueron quienes habían apoyado el golpe del GOU en junio de 1943 (frustrando así la citada candidatura conservadora de Robustiano Patrón Costas) y por ende, allanaron el camino para que se gestara la dictadura militar de la cual naciera la temida candidatura de Perón que ahora los mismísimos radicales con desesperación pretendían enfrentar encabezando una forzada coalición en su contra.

Otro asunto que generaba escozor en los conservadores, era que la Unión Democrática estaba integrada por el Partido Comunista, con quienes absolutamente nada los identificaba ideológicamente. Vale reconocer en los conservadores su respetable afán por mantener la integridad de sus postulados, pero ello trajo aparejado también una notable ingenuidad política y una carencia de realismo que los terminó destruyendo electoralmente. Luego, éstos últimos no presentaron candidato presidencial en 1946 y tan sólo ofrecieron cargos legislativos y candidaturas provinciales en sus listas, dando libertad a sus votantes en cuanto a la elección del Poder Ejecutivo Nacional. Finalmente, los conservadores, buenos para gobernar, una vez que perdieron el poder nunca más supieron ni aprendieron a manejarse con astucia desde la militancia opositora.

El lema de campaña de la Unión Democrática no fue muy concreto y

su propuesta no hacía otra cosa que intentar trasladar la fractura de la Segunda Guerra Mundial al plano doméstico: “Por la libertad, contra el nazismo” rezaba su slogan propagandístico, dicotomía que sólo interesaba en los círculos avanzados de la sociedad, pero que le era indiferente al grueso de una población que por entonces estaba gozando de los beneficios que Perón había concedido desde la Secretaría de Trabajo de la dictadura.

Las elecciones no le fueron ajenas a la Iglesia, que sin tomar partido de manera expresa no podía soslayar que el oficialismo le había otorgado la enseñanza Católica en las escuelas públicas. En probable gesto devolutorio, los Obispos emitieron una carta Pastoral recordando que ningún católico podía votar a favor de candidatos que abogaran por la separación de la Iglesia y el Estado y mucho menos por alianzas integradas por el Partido Comunista. Esta exhortación fue tomada como un guiño inequívoco de la Iglesia hacia el continuismo político. Al mismo tiempo, algunas de las argucias que Perón esgrimió para congraciarse con los ambientes Católicos consistieron en resaltar constantemente su condición de tal durante toda la campaña, prometer continuar con la enseñanza religiosa y días antes de los comicios hizo una promocionada exhibición visitando la Basílica de la Virgen de Luján. Era evidente que Perón hacía méritos para venderse como un candidato católico y el 15 de diciembre de 1945 desde los balcones de la sede del partido laborista declaró: “Nuestra política ha salido en gran parte de las Encíclicas papales y nuestra doctrina es la doctrina social cristiana”[241]. Sin embargo, a pesar de esta ufanía, los conocimientos de Perón sobre religión eran muy pobres. El jesuita Hernán Benítez (que lo conocía desde 1943 y además fue el confesor de Eva) decía que sobre asuntos religiosos aquel “sabía tanto como cualquier militar y hasta le diría que menos” en tanto que Bonifacio del Carril (emblemático Canciller durante el gobierno del GOU) señaló que “El catolicismo de Perón fue siempre superficial, el catolicismo de un chofer de taxi que ubica en su coche la imagen de la Virgen de Luján”[242].

Para contrarrestar la fama movilizadora de masas que estaba adquiriendo Perón, la Unión Democrática efectuó una demostración de fuerza en la Plaza del Congreso el 8 de diciembre. La convocatoria fue muy nutrida pero elementos de la Alianza Libertadora Nacionalista irrumpieron violentamente en el acto, generando un intercambio de disparos que derivó en cuatro muertos (dos radicales, un comunista y un socialista). Como vemos, el

clima político durante la parte final de la dictadura era de furia y violencia explícita.

Días después del fatídico acto de la UD, el 10 de diciembre el oficialismo realizó una movilización con una concurrencia de 200 mil personas. Fue allí donde Perón inauguró la palabra “descamisado” al quitarse la chaqueta y arremangarse la camisa, procurando mimetizarse o congraciarse con la estética desaliñada de muchos de sus feligreses.

La lucha electoral era bastante desleal. Perón contaba con todos los resortes del Estado a su favor y la dictadura despidió el año 1945 con un oportuno decreto de aumento salarial, vacaciones y aguinaldos para los trabajadores, con el fin de inclinar la preferencia popular en favor del candidato del régimen. A todo esto debe sumarse los generosos aportes dinerarios brindados a Perón por el representante de los capitales alemanes en la Argentina, el ya nombrado Ludwig Freude. En sentido contrario, la campaña electoral de la Unión Democrática fue financiada por la Sociedad Rural, la Unión Industrial y la Bolsa de Comercio, lo cual constituía indudablemente un buen respaldo, pero totalmente insuficiente si lo comparamos con el apoyo directo que representaba la estructura estatal que además contaba con un activo aparato de censura y represión.

La Unión Democrática efectuó una trajinada gira nacional viajando por todo el país en tren, en un contexto de violencia permanente signado por balas, cascotes y atentados varios que los candidatos opositores y sus delegaciones debían soportar de parte de las bandas oficialistas. La gira se bautizó como el “Tren de la Victoria”. Perón hizo lo propio en un tren llamado “La Descamisada”, el cual él mismo ordenaba detener un kilómetro antes de llegar a cada estación, en precaución ante posibles atentados, que tampoco le eran ajenos a los candidatos del gobierno.

Fiel a su estilo, Perón paraba en cada Provincia ajustando su discurso conforme lo que cada interlocutor quería escuchar. En La Rioja habló del “desarrollo de la agricultura mediante obras de riego” aclarando que “la tierra será entregada a quienes les corresponde, los que la trabajan”. En su visita a Catamarca agregó “ya hemos trazado nuestros planes para la reforma agraria” y en Jujuy prometió “expropiar los latifundios de los Patrón Costa”[243]. Pero una vez pasada y ganada la elección, Perón se olvidó de los “latifundios oligárquicos” y el mismo día que asumió la presidencia nombró como

Ministro de Agricultura a Juan Carlos Picazo Elordy, connotado miembro de la Sociedad Rural Argentina.

En pleno verano y ya en la recta final de la puja electoral, en ocasión de la llegada a la estación de Once del tren en que viajaba la delegación de la Unión Democrática se originó un ataque por parte de fuerzas de choque del oficialismo, ocasionándose un dramático tiroteo en el que hubo que lamentar 9 heridos y 3 muertos[244].

La tensión no cesaba y en los ambientes opositores se empezó a difundir el llamado "Libro Azul", texto impulsado por la Embajada estadounidense que pretendía con fundamentos bastante inconsistentes probar los lazos de Perón con el nacionalsocialismo alemán. Esta maniobra fue usada por el propio Perón (cuyo entorno respondió la acusación publicando un libro titulado "Azul y Blanco") quien con estas recriminaciones siempre estaba en el centro de la escena. Además, él tenía la habilidad de capitalizar los ataques que le endilgaban sus enemigos en su beneficio electoral. Tanto fue así que en febrero de 1946 Perón irónicamente declaró: "le agradezco a Braden los votos que me ha cedido. Si obtengo los dos tercios del electorado, debo un tercio a la propaganda de Braden"[245]. Algo de razón tenía el candidato oficialista, puesto que bajo el insistente lema "Braden o Perón", no perdía ocasión de acusar a sus enemigos de ser títeres del capitalismo trasnacional enfervorizando el sentimiento nacionalista de sus adictos: "Sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista, que con ese acto entregan, sencillamente, su voto al señor Braden. La disyuntiva, en esta hora trascendental, es ésta: o Braden o Perón"[246] espetó el 12 de febrero en una de sus últimos actos de campaña. Ese mismo día pero en la intersección de la avenida de Mayo y 9 de Julio, la UD culminó también su campaña electoral en un multitudinario acto paralelo. Llamativamente, en ninguno de los dos cierres hubo que lamentar víctimas.

En cuanto a los diarios, cubrían los alcances de la campaña y por lejos la publicación más comprometida ideológicamente en sus editoriales fue *La Prensa*, visceralmente antiperonista que cubrió el recibimiento de Perón a la estación de trenes de Retiro el 20 de febrero (tras llegar de su última gira) describiendo a sus seguidores con el siguiente tono: "hicieron funcionar los ventiladores y, para estar más cómodos, muchos se sacaron los sacos y aun los pantalones. Varios llegaron al extremo de quitarse toda la ropa e imitar bailes populares de origen exótico. Todos estos actos fueron recibidos con

aplausos. En los pequeños intervalos que se producían, otros se dedicaban a pronunciar discursos, cuyos conceptos no es posible transcribir”[247].

Voto a Voto

El domingo 24 de febrero fue una jornada de humedad, calor y chaparrones en donde la ciudadanía acudió al fin a votar por los candidatos en pugna. Ese día el diario *La Prensa* describió: “Las elecciones generales de hoy, demoradas injustamente por más de dos años, constituirán la batalla desigual entre los que tuvieron a más de otras ventajas, el monopolio de la palabra real o escrita durante 32 meses, contra los que estuvieron amordazados hasta hace muy poco tiempo”[248], algo que era cierto porque la censura impuesta durante este lapso de tres años fue sinceramente gravitante.

El recuento fue muy lento (recién en abril se conocieron los resultados definitivos) pero la diferencia a favor del candidato de la dictadura fue contundente: 52% para Perón y 42,5% para Tamborini (el resto se lo repartieron fuerzas menores de caudal insignificante). La Unión Democrática sólo ganó en las Provincias de Córdoba, Corrientes, San Juan y San Luis. Trescientos mil votos de ventaja constituyeron la diferencia que el oficialismo sacó por encima de la UD. A los conservadores (que no presentaron candidato presidencial) les fue muy mal: lograron reunir 200.000 votos legislativos en todo el país: apenas el 7,5% del electorado.

Dos días después de la contienda, el 26 de febrero de 1946, relajado y reposando en su quinta en San Vicente tras el intensísimo trajín de la campaña, el todavía coronel Perón le escribió una carta al caudillo uruguayo Luis Alberto Herrera, en la cual anotó: “Hay que realizar el sueño de Bolívar. Debemos formar los Estados Unidos de Sud América (…) Nuestro proyecto hubo de ser realizado por el fascismo y el nazismo. De triunfar, Europa hoy no estaría hambrienta e imposibilitada de rehacer su economía. Evitaremos sus errores. No perseguiremos a ninguna religión. No tendremos rigores crueles comprensibles allá en el calor de la lucha. Buena es la fuerza para liquidar a la oposición, pero malo es abusar de ella”[249]. ¿Acaso un vaticinio de lo que él pretendía que fuera su futuro gobierno?

Capítulo 6: 1946-1949. Hegemonía y euforia

El primer elenco

Perón vivía momentos de gloria. Acababa de legitimarse como Presidente en elecciones consideradas limpias y con un evidente respaldo popular. Semanas antes de asumir, en los primeros días de abril el todavía coronel Perón se dirigió a los militantes del partido laborista incurriendo en otra de sus insinceridades: “Mi función presidencial ha de durar, si Dios quiere, exactamente seis años del período constitucional. No aspiro permanecer un día más, y tan pronto como termine el mandato me retiraré y no influiré políticamente en el desarrollo del nuevo gobierno”[250].

Preparando una asunción pomposa, Perón le pidió al dictador Farrell que le otorgara de facto el título de General del Ejército [251], del cual se había ufanado de “renunciar” en su discurso del 17 de octubre. De inmediato el obediente Farrell le concedió el ilegal ascenso[252] por Decreto.

El estrenado General Perón eligió la fecha para asumir la presidencia: justamente el 4 de junio, a fin de conmemorar y homenajear el tercer aniversario del último golpe militar.

Ese 4 de junio de 1946, un exultante Perón juró en el Congreso y marchó con su esposa a la Casa de Gobierno para recibir el mando de manos del dictador saliente. Al salir al balcón, la primera medida que el mandatario tomó anticipaba el tono festivo de lo que serían sus primeros años en el poder al declarar un feriado para el día siguiente: “mañana, como el 17 de octubre, será feriado, para que esta noche los descamisados puedan celebrarlo dignamente”[253].

Una de las características que siempre le han sido criticadas a Perón fue la de rodearse de funcionarios de muy bajo vuelo intelectual, laderos sumisos y aplaudidores obsecuentes con muy escasa iniciativa personal. A pesar de ello, en su primera etapa gubernamental sí contó con algunos referentes que tenían cierto peso o autonomía y algún nivel de instrucción no sobresaliente pero relativamente aceptable. Dentro de estos últimos nombró como Ministro de Relaciones Exteriores al abogado Juan Bramuglia (aunque

era detestado por Eva), José Figuerola fue nombrado en el Ministerio de Asuntos Técnicos, el gremialista Angel Borlenghi como Ministro del Interior (hombre que durante años mantuvo muchísimo poder manejando el aparato de espionaje y represión); Miguel Miranda fue designado como Ministro de Economía (admirado y considerado textualmente por Perón como “un mago de las finanzas”) y en cambio, el resto de los Ministros del régimen no eran más que actores de reparto al igual que los Gobernadores. Ninguno se destacaba, a excepción del coronel Domingo Mercante que había sido elegido Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y tuvo un papel preponderante durante cierto tiempo, hasta caer en desgracia por posterior decisión de Perón (quien no toleraba sombras cerca suyo).

Un poco más abajo en el escalafón administrativo, Perón se rodeó de ciertos secretarios personales bastante polémicos, tal el caso de Rodolfo Freude (hijo del agente nacionalsocialista que le había financiado parte de la campaña y proveído su casa en Tigre) y Juan Duarte, el incorregible hermano de Eva a quien había que darle un trabajo bien rentado para que financiara sus borracheras nocturnas, su adicción a la cocaína, su desboque con la ruleta y sus gastos prostibularios.

A la hora de la repartija de cargos el matrimonio presidencial no escatimó en hacer uso y abuso del nepotismo: además del cargo inventado al citado Juan Duarte, Eva acomodó a sus tres cuñados: Alfredo Arrieta (casado con su hermana Elisa) fue puesto como Senador por la Provincia de Buenos Aires, Justo Álvarez Rodríguez (enlazado con Blanca Duarte) fue nombrado miembro de la Suprema Corte de Justicia y el tercero, Orlando Bertolini (casado con Erminda) fue beneficiado con el cargo de Director de Aduanas del Puerto de Buenos Aires. Por la familia Perón en cambio, de muy pocos integrantes, premió a Mario (único hermano del Presidente) a quien el propio Juan Perón con su frondosa fantasía le atribuyó luego “logros fabulosos en el campo de la zoología”, [254]con el exótico nombramiento de “Director del Jardín Zoológico de Buenos Aires”.

¿Cómo estaba compuesto el Congreso de la Nación? En el Senado (se elegían dos senadores por Provincia) no había opositores al régimen, porque si bien en Corrientes habían ganado los conservadores (uno por el Partido Liberal y otro por el Partido Autonomista), el gobierno se negó a prestarles juramento puesto que se intervino la Provincia con argumentos políticos[255]. En la Cámara Baja el asunto era menos monótono. La

oposición contaba con 49 Diputados (de los cuales 44 eran de la UCR) y el peronismo contaba con un soberbio bloque de 109 Legisladores. De este total del oficialismo, 64 provenían del Partido Laborista, 22 venían de la JR, 19 de otras extracciones y 4 eran peronistas dispersos. Esta disgregación parlamentaria en el oficialismo es la que Perón quería unificar y homogeneizar bajo su mando definitivo. Para tal fin ordenó la disolución de todos los partidos políticos que participaron de su campaña y los cooptó en un partido nuevo que se llamó originariamente "Partido Único de la Revolución".

Los partidos, acatando esta directiva unificadora, obedientemente se auto-disolvieron, con excepción del Partido Laborista capitaneado por el insumiso Cipriano Reyes, quien quería conservar su espacio y desautorizó la nueva sigla por medio de un impertinente comunicado que argumentaba su negativa "para no aparecer integrando esa comparsa de serviles que sólo aspiran a satisfacer sus apetitos personales"[256]. Pero a la postre fueron pocos los laboristas que se mantuvieron fieles a Reyes y seducidos por las dádivas que ofrecía el poder central no tardaron en aceptar las órdenes del nuevo patriarca.

Finalmente, Perón le dio un giro más a su tuerca partidaria en un gesto personalista único en la historia de la política moderna: el líder cambió nuevamente el nombre de "su" partido y sin más lo rebautizó como "Partido Peronista". Esta maniobra tan vanidosa desnudaba una mentira más de Juan Perón, puesto que el 5 de septiembre de 1945 él había manifestado lo siguiente: "Yo he de confesar lo que siempre he dicho: no soy peronista, y no lo soy porque no creo que el problema argentino pertenezca a un hombre y pueda resolverlo un hombre, porque ello sería negar lo que nosotros entendemos por democracia"[257].

El primer confinado

Ante tanta prepotencia partidaria: ¿qué hizo el insumiso Cipriano Reyes?[258] Confiando en su peso propio, osó negarse a disolver el Partido Laborista y entonces Perón intentó ablandarlo o neutralizarlo ofreciéndole la presidencia de la Cámara de Diputados, pero Reyes respondió impertinentemente: "Yo no sirvo para tocar la campanilla"[259].

Perón solía citar un proverbio –supuestamente- chino que rezaba: “Cuando una espiga sobresalga en un campo de trigo, córtala”. Fue así que ordenó acabar con el problemático personaje el 4 de julio de 1947. Mientras Reyes iba en un taxi de La Plata hacia Buenos Aires, un auto oficialista se le puso a la par y descargó una ráfaga de metralletas. El chofer del automóvil murió asesinado instantáneamente pero Reyes se salvó de milagro (al igual que el custodio que lo acompañaba), aunque padeció heridas muy graves en la cabeza.

Tras el atentado, Reyes que era Diputado y un evidente hueso difícil de roer, lejos de amilanarse se fue al Congreso de la Nación irrumpiendo en medio de la sesión con el cuello y la cabeza vendada brindando una escena tragicómica al denunciar a viva voz al régimen del intento de asesinato generando un sonoro bullicio en el seno del recinto.

Esta exhibición de Reyes confirmaba que el indócil dirigente no se había acobardado tras semejante agresión, motivo por el cual Perón decidió tomar el toro por las astas expulsándolo primero del Congreso y posteriormente secuestrándolo por la policía peronista junto con once colaboradores suyos del laborismo, quienes desde entonces padecieron las cárceles del régimen y la tortura permanente con dramáticas sesiones de “shock eléctrico”[260], cuyos truculentos detalles el mismísimo Cipriano redactaba desde la cárcel[261].

Años después, Perón se refirió a su víctima en estos términos: “Cipriano podría haber sido una figura señera en el Justicialismo, pero no se anotó, prefirió jugarse la individual y perdió tiempo, esfuerzo y vida (…) terminó siendo un difunto en vida”[262]. El emblemático Diputado peronista Eduardo Colom reconoció que “La verdad es que Perón lo mantuvo preso porque le tenía miedo. Cipriano había jurado matarlo y le sobraban agallas como para hacerlo”[263].

Reyes recién salió en libertad en septiembre 1955, tras la caída de Perón.

El Partido Peronista

Designar a su partido político con su propio nombre era una extravagancia inédita que no se había visto siquiera en los dictadores más

presumidos y egocéntricos, motivo por el cual Perón justificó la desfachatada decisión alegando que sus insistentes seguidores “lo presionaron” para ponerle tan original denominación al partido, y entonces él, siempre presto a satisfacer los deseos de sus queridos descamisados, contrariando “su propia voluntad” no tuvo otro remedio que acceder: “yo no me puedo negar a que llamen Partido Peronista a nuestras fuerzas, y en ese sentido he autorizado a la junta que actualmente está empeñada en organizarlas en el campo nacional, como así también a las juntas provinciales y locales, para que se autorice esa designación”[264] señaló con democrática generosidad.

Sin ruborizarse, Perón preparó seguidamente un acto en el cual se auto-consagró como “El Primer Afiliado” del partido al que él le puso su mismo nombre, en un encendido acto que culminó con todo el auditorio cantando idolátricamente a su persona: antesala de lo que luego sería la conocida canción partidaria “Los muchachos peronistas”, cuyo verso más celebrado reza: “Perón, Perón, qué grande sos! Mi general! Cuánto valés! Perón, Perón, gran conductor, sos el primer trabajador”[265]. Vulgar panegírico que luego debían cantar delante de él sus ministros, diputados, asesores, jerarcas, maestros, empleados públicos, dirigentes, afiliados, alumnos y un inacabable etcétera.

Con un personalismo jamás visto en la historia Argentina, Perón dotó a su partido de una rígida estructura vertical cuya organización estaba diseñada con el más estricto lenguaje castrense puesto que se conformaba de: Comando Supremo, Comando Superior y Unidades Básicas: “el comando subordinado sólo debe servir la idea del comando superior y ser un colaborador leal de esa idea. Para ello necesita tener una gran supeditación intelectual. Subordinar todo su yo a las necesidades que han de servirse. El da su opinión y aun cuando discrepe con el superior, una vez rechazada ésta, debe olvidarla y cumplir la de su jefe”[266] dictó Perón. Esta mentalidad, que resulta indispensable para una organización militar, es descabellada para una organización partidaria pretendidamente democrática. Sin embargo, Perón trasladó una cosa a la otra sin intervalos al punto tal que el Contralmirante Alberto Teisaire (que más tarde fuera Vicepresidente de la Nación además de Presidente del Partido Peronista) recuerda: “A mí me creían presidente del partido, pero no lo fui. Presidente del partido era Perón. La dirección nuestra era un poco decorativa: no podíamos hacer nada sin una orden que estuviera escrita y planificada”[267].

Desde el ministro sin jerarquía hasta el legislador turiferario, pasando por el gobernador obediente y el afiliado aplaudidor, todos eran parte de una monolítica y servil estructura que no se movía sin el visto bueno del mandamás. Vale resaltar que parte de esta sumisión institucionalizada obedecía a la amenaza que padecían todos los funcionarios con cargos electivos que tenían la obligación de entregar, al momento de candidatearse en las listas, una renuncia en blanco al partido de gobierno. Con posterioridad a 1950 este mecanismo extorsivo se fue perfeccionando y además de la renuncia anticipada, debían entregar una carta llena de críticas a Perón a fin de ser exhibida en caso de que se necesitara forzar una dimisión[268] y así lo confesaron y detallaron con posterioridad numerosos dirigentes peronistas, tal el caso de la mismísima Delia Parodi (Presidenta del Consejo Superior del Partido Peronista y Diputada Nacional), quien señaló que tras la elección de 1951 se "debieron firmar y extender cartas dirigidas a familiares y amigos conteniendo expresiones que importaban una verdadera deslealtad partidaria (…) esta exigencia la hizo la señora de Perón"[269].

Este controlado verticalismo facilitó el problema de las candidaturas, puesto que en el Partido Peronista estaban vedadas las elecciones internas y sólo eran candidatos quienes Perón decidía por medio del Ministro Román Subiza, que era la persona encargada de digitar las candidaturas conforme la obsecuencia partidaria y las informaciones provenientes de sus solícitos delatores, cuyas alcahueterías se compilaban en abultadas carpetas en su despacho: "Todas las presidencias del bloque y de las Cámaras fueron elegidas por mandato presidencial; más que el Presidente en principio, por Eva Perón en su hora, y después por Perón"[270] señaló Eduardo Colom, jefe de bloque de la bancada de Diputados del Partido Peronista, quien confesó que "Para Perón es un mérito la obsecuencia: el hombre que cumplía sus directivas, sigue adelante"[271].

En suma, Perón era el jefe del Estado y también el jefe del Partido. Pero en rigor de verdad, Perón no era el jefe de ambas cosas sino el jefe de una misma cosa, puesto que la identificación o unificación del Partido y del Estado se fue tornando casi completa. Detalla Félix Luna que "muchos de los locales partidarios fueron cedidos por la administración pública, y los empleados eran pagados por el Estado (…) La movilidad y el transporte solían correr por cuenta del ministerio respectivo. Muebles, máquinas de escribir, carteles y hasta gastos postales eran pagados por el erario. No hubo

cuotas de afiliados, y los afiliados mismos fueron, en un porcentaje significativo, empleados públicos o de las empresas estatales que debían exhibir el carné que demostrara su adhesión al partido oficial"[272]. Esta mimetización señalada por Luna tan sólo fue una modesta e incipiente aproximación de la grosera fusión que se viviría después. Un ejemplo entre tantísimos otros, fue que en 1950 en la Provincia de la Rioja la legislatura sancionó la ley de presupuesto 1419, la cual incluyó una partida para financiar al partido de gobierno[273].

A esto se le agregaba la filiación y el adoctrinamiento compulsivo y obligatorio a los empleados públicos, lo cual era algo que el propio Perón se encargó de imponer con suma preocupación desde siempre y así se lo hizo saber a sus gobernadores en reunión plenaria: "todavía en la administración pública hay muchas personas que están fuera de su orientación, diríamos así, ideológica; en consecuencia son saboteadores conscientes de la función pública (…) Este proceso es necesario llevarlo a cabo en toda la administración pública, de manera que no quede un solo funcionario ni un solo empleado que no comparta total y absolutamente nuestra manera de pensar y de sentir en lo que se refiere al orden institucional, administrativo y de gobierno, dentro de todas las funciones que los gobiernos nacional, provinciales y territoriales se ejercen en todo el territorio de la República"[274].

Las vacantes que se iban generando en el empleo público eran cubiertas con "personal identificado con el movimiento triunfante" y "para cada designación se necesitaría la recomendación de una personalidad del oficialismo" siendo "la ficha partidaria condición previa para los nombramientos"[275]. Quien osaba no afiliarse al partido oficial no la pasaba nada bien: se expulsó así 1250 docentes universitarios[276] (el setenta por ciento del total) acusados de no adherir al régimen y por ley 13.031 todos los profesores y autoridades académicas debían ser nombrados por Juan Perón. Los estudiantes comenzaron a llamar "Flor de ceibo" a los profesores improvisados, aludiendo a la marca de productos de primera necesidad que vendía el gobierno para aliviar el creciente costo de vida: como aquellas mercaderías, estos profesores eran baratos y de fácil reposición[277].

El peronismo siempre minimizó la importancia de estas razias académicas arguyendo como contrapartida que se logró triplicar la matrícula universitaria entre 1946 y 1955 (dato que es cierto), pero nada dicen acerca

de que la cifra de graduados en 1955 era la misma que la de 1946, lo cual confirmaba que el Estado financió a borbotones alumnos sin vocación ni compromiso alguno con el estudio, en un irresponsable derroche consistente en cargarle al erario público la triplicación de un gasto para obtener a la postre exactamente el mismo resultado que un decenio atrás.

El partido Peronista acabó siendo parte del Estado mismo y contaba con un desopilante "Estatuto Orgánico del Partido Peronista" cuyo articulado no tiene desperdicio: "Artículo 74: El mejor método para aprender a mandar ha sido siempre aprender a obedecer. Artículo 77: Son tareas permanentes: a) inculcar y sostener que hay sólo dos figuras cumbres en el peronismo; el General Perón y Eva Perón" y fomentando la delación el Artículo 78 rezaba: "Cada peronista ha de constituirse en vigía permanente del peronismo. En el lugar que se encuentre, donde viva o trabaje deberá conducirse enérgicamente de acuerdo a las siguientes normas: a) ha de denunciar de inmediato a la autoridad partidaria o policial más cercana, cualquier intento que él conozca, tendiente a alterar el orden, o perturbar la tranquilidad pública (…) Hará detener por la policía a las personas que distribuyan panfletos incitando al complot o al desorden e informar luego a la autoridad partidaria"[278].

Ya en octubre de 1948 Perón ordenó en una circular a sus Ministros lo siguiente: "recuerdo a los señores ministros la obligación en que se encuentran en sanear las oficinas a su cargo eliminando de las mismas a los empleados ineptos y a los que voluntaria o involuntariamente realicen una obra contraria a la revolución"[279]. Pero no sólo los Ministros cumplieron esta directiva al pie de la letra sino también los gobernadores, a quienes Perón les ordenó que al empleado provincial no peronista "Se lo deja cesante o se lo exonera por la simple causa de ser un hombre que no comparte las ideas del gobierno; eso es suficiente"[280] sentenció. En consecuencia se emitió una directiva administrativa consistente en "individualizar sistemáticamente a quienes en las oficinas, sea personal de la administración o público asistente, pretendan conmover desórdenes en mérito a críticas sobre el servicio o hacer comentarios llamados de crítica constructiva o de cualquier otro tipo" exhortando a "denunciar de inmediato a la superioridad o a las autoridades"[281]. Poco a poco se fue viviendo en una atmósfera de autocensura verbal y en las dependencias públicas los empleados oscilaban entre la obsecuencia y el hermetismo, según estos fueran adictos o "contreras" condenadamente silenciosos en un clima signado por la

hegemonía ideológica: “para un ciudadano argentino ser peronista debe ser un orgullo. Debemos grabar estos sentimientos y nuestras ideas en los niños, en los jóvenes, en las mujeres, en los hombres, y en todos los elementos que actúan dentro de nuestro país”[282] sentenció Perón en 1950.

Fuera de las dependencias estatales, cada manzana de barrio tenía un “guardián” designado por el Partido Peronista quien debía elevar regularmente un informe sobre la situación ideológica de los vecinos de su jurisdicción. Hasta en los aspectos más insignificantes y triviales de la vida cotidiana se fue condicionando y hegemonizando a la población de una manera tan envolvente, que a la postre en el seno de las propias casas particulares cada familia no peronista que se animaba a hablar de política lo hacía en voz baja para no alertar vecinos, visitas, empleadas domésticas o simples transeúntes que pudieran llegar a escuchar algún comentario disconforme respecto del régimen.

El aluvión

Los Diputados asumieron en el mes de abril de 1946, es decir dos meses antes de que asumiera formalmente Perón a la presidencia y durante las últimas semanas del gobierno de Farrell, a fin de preparar escalonadamente la transición.

La presidencia de la Cámara baja fue confiada a Ricardo Guardo y la de Senadores (que eran todos peronistas) la presidió Diego Molinari, motivo por el cual lo que ocurría en Diputados era mucho más entretenido que la monotonía de la Cámara Alta.

En su discurso inaugural como Presidente de la Cámara de Diputados, Guardo no reparó en elogiar a Perón y resaltó: “Soy hombre de un movimiento revolucionario y en todo solidario con mi jefe”[283], confesada subordinación que enardeció a los legisladores opositores y fue el radical Ernesto Sanmartino quien respondió con relativa exageración: “El espectáculo que ofrece esta mayoría sumisa, entonando el Himno Nacional cuando debería cantar la Giovinezza, es digno de la antigua cámara corporativa italiana, que realizaba sesiones bajo la bota del Duce, o del parlamento alemán, que obedecía al látigo de Hitler”[284].

La inferioridad numérica del bloque de la oposición respecto de la

bancada oficialista (49 Diputados opositores contra 109 Partido Peronista) era inversamente proporcional a la superioridad intelectual de aquellos sobre estos. Esta notable diferenciación envalentonó a los opositores, quienes en los primeros tiempos llevaron a cabo discursos cargados de ironías y conceptos técnicos a los cuales el grueso de los legisladores oficialistas no podía seguirles el ritmo en los debates. Un informe de la Embajada norteamericana señaló que "de tanto en tanto los votos contados en la primera rueda eran favorables a la oposición porque los diputados peronistas no entendían cómo debían votar. Los líderes tenían que pedir una segunda votación y hacer todos los esfuerzos para que el mensaje correcto llegara a todos"[285].

Perón no ignoraba las limitaciones intelectivas de los suyos, tanto es así que el jurista Mario Oderigo recuerda: "Una vez Perón nos invitó a los camaristas de todos los fueros para pedirnos ayuda a fin de reformar los códigos, o revisarlos. ´Ustedes comprenden –nos dijo textualmente- que yo no les puedo confiar esta tarea a esos animales que tengo en el Congreso"[286]. Probablemente una de las excepciones en el oficialismo era John William Cook, personaje de polémica trayectoria pero de inteligencia brillante, quien recuerda "Cuando nos sentamos en el Congreso la mayoría de nuestros diputados parecía vivir un sueño. No sabían bien de qué se trataba"[287].

Lo cierto es que el rudimentario nivel intelectual de los Diputados peronistas agigantaba el ego de los integrantes de los bloques opositores, quienes envalentonados incurrían en provocaciones verbales tales como las del citado Diputado radical Ernesto Sanmartino, quien tras acusar a la mayoría peronista de conocer "como Panurgo, las cuarenta formas del hurto", señalar que "la humildad de la Junta de gobierno de 1810 jamás extendió los agasajos a las esposas de sus miembros" y destacar que "un presidente de la república no puede hablar como jefe de una tribu al compás de tambores de guerra, para despertar el odio o la adhesión de las turbas ululantes"[288], se refirió al bloque oficialista calificándolo como un "aluvión zoológico": exceso verbal por el cual fue suspendido tres días.

Obviamente no ganaban las sesiones los que tenían mejores argumentos sino los que tenían más votos, pero al menos la oposición se desquitaba brindando rotundas palizas argumentativas. Eran épocas en donde las anécdotas fluían a borbotones, tal la ocasión en la cual el citado Diputado

peronista Eduardo Colom (un badulaque que se hacía pasar por abogado) intentó durante toda una jornada provocar y agraviar a Sanmartino, quien finalmente le respondió tajantemente: “Por favor, Diputado, no se empeñe en convertirme en su contradictor. Yo no vine aquí a combatir el analfabetismo”[289].

Este clima de cierta mofa y apabullante fundamentación se dio durante los primeros tiempos, porque progresivamente el debate se iría silenciando a medida que el gobierno avanzaba en su política censuradora y represiva. Las provocaciones discursivas de Sanmartino nunca cesaron y tras padecer varios intentos de asesinato, el verborrágico legislador fue expulsado del Congreso y tuvo que escapar al exilio en Uruguay. Igual suerte correrían luego diputados y dirigentes de todos los sectores que osaran no callarse ante la censura del régimen. Uno de los primeros Diputados en huir del país fue el conservador Solano Lima, quien escapó en 1947 al Uruguay. El Diputado radical Agustín Rodríguez Araya, tras cometer la temeridad de comparar al gobierno con “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, fue expulsado de la Cámara y tuvo que escapar a Montevideo tras ser herido de un balazo en el hombro. Este último recordará que paradojalmente pudo escapar del país gracias a la piedad que le tuvo el Diputado peronista Visca quien “preocupado por mi suerte, sugirió alterar el orden de los discursos, de modo que yo hablaría antes que Frondizi, y así tendría tiempo de huir antes de que la votación me quitara la inmunidad parlamentaria”[290]. El Diputado Atilio Cattáneo también fue perseguido y expulsado de la Cámara tras manifestar que “compraría al Presidente Perón la quinta de San Vicente en el mismo precio en que fuera valuada en la declaración de bienes”. Otro dirigente emblemático que tuvo que fugarse fue el conservador Antonio Santamarina, quien luego de ser liberado tras padecer seis meses de cárcel, volvió a ser perseguido por el gobierno pudiendo largarse clandestinamente en un avión que alquilaron sus hijos: “Salimos de Morón con tormenta y en Colonia aterrizamos sobre el barro. Mis hijos no pudieron conseguir un automóvil que me llevara hasta la carretera y se aparecieron con un caballo”[291].

Otros Diputados opositores que padecieron el exilio por denunciar hechos de corrupción fueron Silvano Santander, Miguel Zabala Ortíz y Mauricio Yadarola. Sin embargo, estos son los que llevaron la mejor parte, porque otros diputados o dirigentes opositores fueron encarcelados, torturados o asesinados, tal como iremos viendo.

La Corte Peronista

Mientras el Congreso era domesticado mediante tiros, encarcelamientos y persecuciones, Perón terminó de secuestrar lo que quedaba del sistema republicano removiendo a los integrantes de la Corte Suprema de Justicia, algo que él mismo ya había insinuado hacer en su discurso inaugural como Presidente ante el Congreso Nacional al sentenciar: "Pongo el espíritu de la Justicia por encima del poder judicial. La justicia, además de independiente, debe ser eficaz. Y no puede ser eficaz si sus conceptos no marchan a compás del sentimiento público"[292].

Para liquidar a la Corte Suprema, el dictador Perón utilizó el insólito argumento de que había obrado con "mal desempeño" por haber convalidado los golpes de Estado de 1930 (del que Perón participó) y lo que es más cínico, se les imputó a sus miembros el haber "consentido el golpe de 1943", del cual Perón fue no sólo protagonista sino funcionario en calidad de Ministro de Guerra, Secretario de Estado y Vice-Presidente al unísono.

El 30 de abril de 1947 cada uno de los jueces "acusados" fue encontrado culpable de los cargos impuestos y desde entonces se aplicaron similares trampas en las Cortes de los gobiernos provinciales. El único magistrado de la Corte Suprema de Justicia de la Nación que no fue removido por Perón fue el Dr. Tomás Casares, puesto que este era oficialista y había sido nombrado en dicho cargo durante la dictadura del GOU. O sea que el único magistrado que sí poseía un nombramiento viciado fue el único no molestado.

Desde entonces, el máximo organismo judicial de Argentina fue desnaturalizado totalmente pasando a ser lisa y llanamente una corte suprema pero de sirvientes.

La Patria Sindical

Otro aspecto particular de la primera etapa del régimen de Perón fue la proliferación de huelgas. Los trabajadores, sintiéndose amparados al calor del dictador, desafiaban constantemente a sus empleadores con reclamos contantes y sonantes de cualquier envergadura. Más que una actividad

sindical, los paros se parecían a eventos festivos o partidarios: así fue como en 1945 hubo 47 huelgas en la Capital Federal, y en 1946 ya trepaban a 142[293]. Casi ninguno de los movimientos gremiales de esta época tuvo un sentido de enfrentamiento directo con el gobierno[294] sino contra "la patronal", a la cual se le exigían beneficios permanentes.

Andando el tiempo, ante el desborde de vagancia y días no laborables que se habían acumulado, el propio gobierno tuvo que ponerle coto a tal engolosinamiento y en 1949 rectificó el jolgorio prohibiendo las huelgas en la nueva Constitución Nacional que fuera reformada por el propio régimen, lo cual constituyó otra de las tantas contradicciones del peronismo: el gobierno que decía ser de los trabajadores prohibía el derecho a huelga de los trabajadores que sí contemplaba la anterior Constitución "oligarca" de 1853.

En los primeros tiempos, los líderes sindicales recibieron de Perón todo el respaldo a sus reclamos y ellos podían a la vez congraciarse con los afiliados de sus respectivas estructuras exhibiendo resultados concretos, pero a cambio los gremios debían entregar su independencia y pasar a ser un apéndice del Poder Ejecutivo. El propio Perón les enseñaba que "Sindicalismo y justicialismo realizan actividades complementarias, los liga ya una trabazón que nadie podrá quebrar, y por eso mismo el Estado pone sus recursos crediticios al servicio de los sindicatos"[295]. Poco a poco los gremios dejaron de obrar como una organización intermedia de la sociedad para ser fagocitada por el Estado (o el partido de gobierno) y funcionar como una prolongación de éste.

Contrariamente a lo que debe regir en un sistema de libertad de asociación, se les exigió a los gremios que para poder funcionar como tales debían ser reconocidos por el Ministerio de Trabajo y, naturalmente, los que no eran adictos no obtenían la pertinente personería gremial[296]. Luego, los afiliados de los gremios que pretendían independencia se veían obligados a abandonar estas estructuras por inocuas y mudar a los gremios aprobados, los cuales eran reconocidos justamente por la autoridad en la medida en que éstos juramentaran adhesión a Perón. Al mismo tiempo, el Ministerio sólo podía aprobar a un sindicato por actividad (con ello se evitaba el disenso) con lo cual la cantidad de sindicatos "desobedientes" que todavía pululaban fueron intervenidos o desarticulados[297] en una marcha inexorable a la extinción. El Diputado peronista Eduardo Colom con el tiempo reconoció que "Los sindicatos no eligieron libremente en época de Perón, y menos la

Confederación General del Trabajo, que Perón manejaba”[298].

Si bien la propaganda peronista siempre sostuvo que Perón le dio participación política a los sindicatos, la realidad es que Perón despolitizó a los obreros y al sindicalismo. Mientras que antes los sindicatos tenían una vida de intensa democracia interna, competencia y permanente interacción, lo que Perón hizo fue burocratizar una estructura que actuaba sin iniciativa y siempre a expensas de lo que él les decía o autorizaba. De hecho, Perón se manifestó en contra de la vida política en los sindicatos en un discurso el 9 de octubre de 1946: “critico y seguiré criticando a los que quieren introducir la política dentro de los sindicatos. Porque la política es para los comités políticos. Cuando entra en un sindicato, comienza a producir recelos, luego discusiones y finalmente, antagonismos entre los compañeros, que terminan luchando entre sí”[299].

La confusión entre sindicato y Estado era tal, que la mismísima sede de la CGT (que nucleaba a los sindicatos reconocidos del país) se mudó a un predio de Buenos Aires donado por el Estado (situado en la calle Azopardo e Independencia) y a partir de 1947 se le ampliaron prerrogativas delegándole a la CGT la facultad de intervenir en los gremios cuando éstos no se subordinaban al gobierno y así promover la propia CGT el retiro de la personería gremial como si fuese un organismo público.

En 1950 la CGT modificó su estatuto legalizando la persecución ideológica a través de la siguiente enmienda: “Encomendar a las organizaciones afines a los trabajadores en general la eliminación de los elementos comunistas, francos o encubiertos, y de todos aquellos que se solidaricen con su acción, eliminándolos de los puestos de dirección e impidiendo que puedan ejercer su perniciosa influencia en los medios obreros”[300]. Ninguna duda cabe que el comunismo ejerce una perniciosa influencia tanto en el mundo sindical como en cualquier otro, pero ¿era ésta la manera de combatirlo entonces? Con la represión legalizada en manos de la CGT la dictadura no pagaba el costo político de tan antipática medida consistente en darle palos a los gremios descarriados y fomentó así una suerte de gangsterismo sindical, en el cual entre ellos mismos se prohibían a los garrotazos mientras el régimen sobrevolaba controlando que nada se salga de su cauce más de lo debido y/o permitido.

Finalmente, no quedó ni un solo sindicato que no fuera adicto al

régimen.

La Argentina en éxtasis

En el breve lapso de transición y transmisión del mando entre el dictador Farrell y el dictador Perón, aquel le adelantó y facilitó a su sucesor algunas importantes medidas de gobierno a fin de allanarle el camino para su futura gestión. Este continuismo está muy bien documentado en el libro "Juan Domingo Perón, dictador profesional" escrito por Yolanda J. Vacca de Uzal[301], el cual transcribe detalladamente las principales leyes emitidas en los tiempos de la dictadura Farrell que Perón hizo luego ratificar cuando le tocó a él ser Presidente. Pero el mentado continuismo entre el régimen de facto y el de Perón se vio reflejado fundamentalmente en el campo de la economía, cuando poco antes de entregar el mando, el dictador Farrell por pedido de Perón estatizó el Banco Central y luego por decreto creó el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) el cual fue un organismo estatista de tinte confiscatorio que venía a reemplazar aquello que se conoció como la Junta Nacional de Granos[302] creada por los conservadores en los años ´30.

Esta última era una institución gubernamental fundada en el principio de subsidiaridad; es decir, que el productor agropecuario tenía entera libertad de colocar sus productos en el mercado local o extranjero por cuenta propia y en caso de no poder hacerlo, venderlo voluntariamente a la Junta a menor costo para salvar su mercancía, empero todo esto era una operatoria opcional del agricultor en un clima de libertad comercial. En cambio el IAPI peronista obraba de manera monopolizadora, coercitiva y socializante, dejando al productor sin alternativa y a merced del precio que el Estado arbitrariamente le fijaba sin posibilidad de escapatoria (apenas le abonaba por la mercadería el 20% del valor de mercado) y el Estado a su vez vendía el producto que le había arrebatado a precio vil al campesino colocándolo en el mercado internacional al precio real obteniendo ganancias fabulosas. Es decir, se exprimía al campo para transferir ganancias al servicio de la burocracia gubernamental.

Con legítima indignación ante tamaña injusticia, no un pensador liberal sino un nacionalista de fuste como Julio Irazusta efectuaba el siguiente parangón: "Después de lo que se había declamado durante un siglo contra la

opresión española, se volvía a lo que el jesuita Vizcardo y Guzmán llamó su vicio esencial: o sea que se nos obligaba a vender nuestros productos al precio más bajo, y a comprar los que importábamos al más alto. Pero había entre las dos épocas, al cabo de siglo y medio de vida independiente, notables diferencias. A saber, que el extorsionista, en tiempos de la colonia, había sido un gobierno imperial que nos dominaba desde afuera, mientras que en los nuestros era el que nosotros mismos nos habíamos dado en libérrimas elecciones: y que la desproporción entre lo que cobrábamos y lo que pagábamos era ahora nuestro perjuicio más brutal que antes”[303].

Las relaciones entre los productores rurales y Perón fueron tensas desde el principio, a pesar de que originalmente había nombrado como Ministro de Agricultura a Picazo Elordy, miembro de la Sociedad Rural. Este último cuenta que durante el año en que él comandó el Ministerio (entre 1946-47) llevó a Perón al predio de la tradicional institución a la que pertenecía en un incipiente clima de desconfianza mutua: “Creyó que con su uniforme de general iba a contrarrestar el clima y se engalanó. Entró endurecido y le pedí que saludara con una mano y una sonrisa. Me hizo caso y recogimos los primeros aplausos. Minutos después llegó su esposa en medio de un silencio sepulcral. La tensión iba en aumento, hasta que José Alfredo Martínez de Hoz comenzó a hablar y su tono mesurado tranquilizó a Perón. Después me tocó a mí, pero acorté el discurso para no alargar el sufrimiento inútilmente. Al retirarnos, una multitud nos esperaba en la calle coreando el nombre de Perón y éste, aliviado me dijo: ´Aquí me siento mejor, estoy entre los míos´”[304] recordó Picazo.

El IAPI y otras medidas confiscatorias obraron de antesala para que el Estado peronista recaudara una considerable fortuna diaria y bajo la tutela económica de Miguel Miranda[305] lanzara con bombos y platillos un programa económico y político conocido como “Plan Quinquenal”, el cual fue paradojalmente presentado por Perón en el discurso inaugural como si se estuviera iniciando un programa en favor del libre mercado. Como era justamente Perón quien decía con insistencia que “mejor que decir es hacer”, exponemos un breve fragmento de este discurso no como referencia de su programa (que fue netamente estatista) sino para poner de manifiesto su permanente propensión a la ambigüedad discursiva y al uso de la mentira como herramienta cotidiana: “Señores, nos han acusado de utilizar la economía dirigida. Eso presupone maldad o ignorancia. Nosotros estamos

respetando la ley de la oferta y la demanda; actuamos con precios económicos y no con precios políticos. Nuestras transacciones en lo interno y en lo externo obedecen a los precios fijados en el comercio internacional. La iniciativa privada, bienvenida; pero para producir, no para especular”[306].

Lo cierto es que el Plan Quinquenal no fue otra cosa que un programa ultra-dirigista financiado por cuatro fuentes concretas: 1) El extraordinario contexto internacional de posguerra que demandaba alimentos a borbotones. 2) Las reservas monetarias acumuladas en la era conservadora. 3) El robo de divisas con que se exprimía al campo. 4) La emisión de moneda sin respaldo.

Estos generosos recursos secuestrados y usufructuados por el Estado peronista dieron pie para estrenar una ola festiva de anuncios y medidas chauvinistas dentro de las cuales se estatizaron inicialmente ciertas compañías de teléfonos,[307] la Corporación de Transportes pasó a ser manejada por el Ministerio del Interior[308] y se creó además Aerolíneas Argentinas (unificando así a tres compañías aéreas estatales que cumplían hasta el momento distintas funciones en el país[309]).

Otra de las medidas más rememoradas de aquellos años de festividad fue la ley de alquileres, la cual congelaba los precios (a pesar de la inflación), prolongaba por decreto el plazo de los contratos e impedía los desalojos. Esto, naturalmente generaba algarabía en los inquilinos, quienes se reían en las narices de los propietarios. Lo mismo pasaba con los arrendatarios del campo, cuyo precio de locación era cada vez más irrisorio o simbólico al no actualizarse conforme el alza de precios.

Respecto a la familia militar, Perón intentó congraciarse primero con los suboficiales al otorgarles un elegante uniforme que incluía cuello abierto, el cual permitía lucir corbata en consonancia con la oficialidad. Esto levantaba la autoestima de aquellos y la modificación de los uniformes daba una sensación de igualitarismo visual que pretendía arrancar las simpatías del sector subalterno. Respecto a los oficiales, Perón les permitía mediante el IAPI comprar fastuosos automóviles importados exentos de impuestos y con excelentes beneficios en los precios, lo cual era una manera de comprarles o compensarles el descontento ideológico que muchos podrían tener para con el gobierno al darles privilegios materiales que se prestaban para la chanza: muchos oficiales compraban los autos a precios irrisorios y de inmediato los vendían a terceros con el correspondiente sobreprecio.

Otro punto del que Perón se sentía muy orgulloso, lo constituyó la fuerte inversión estatal destinada a la flota aérea y mercante, que tuvo un notable crecimiento en los primeros tiempos: en 1947 la flota mercante tenía medio millón de toneladas y seis años después superaba el millón. Esto constituía claramente un triunfo que Perón no vacilaba en exhibir y exagerar: "hoy la Argentina ocupa el tercer lugar en el mundo como país naviero"[310], un desvarío porque en realidad era la undécima flota mercante del mundo, pero no obstante los aparentes progresos estaban a la vista y este logro le dio pie a Perón a bautizar un transatlántico como "General Perón", un barco de factoría como "Juan Perón", un transatlántico "Evita", otro transatlántico como "Eva Perón", una draga "Eva Perón" y un buque tanque "Eva Perón"[311]. La originalidad en cuanto a la colocación de nombres no era precisamente el lado fuerte del gobierno.

Por entonces casi no había empresa relevante que no se salvara de una expropiación, intervención o estatización inminente y así todas las grandes compañías fueron incorporadas a la Dirección Nacional de Energía. Se creó la Dirección Nacional de Gas del Estado, Combustibles Sólidos y Minerales, Centrales Eléctricas y Combustibles Vegetales y Derivados. Sin embargo, llamaba la atención que por su función supuestamente "estratégica" la CADE (Compañía Argentina de Electricidad) jamás fuera estatizada ni molestada. Privilegio que luego se comprende si tomamos nota de que la misma estaba provista de capitales alemanes que financiaron la campaña electoral de Perón en 1946.

Otro ítem que creció a pasos agigantados fue el empleo estatal, algo que por entonces fue tomado con gracia: en 1942 los empleados del Estado eran ciento sesenta y dos mil, pero en 1947 eran cuatrocientos mil[312]. Por ahora, todos parecían estar contentos.

El obrerismo tenía muchos motivos para estar viviendo en un clima tan amable y distendido puesto que en el primer quinquenio (tomando como base el año del golpe del GOU), habían mejorado considerablemente los ingresos de los sectores asalariados. Desde 1943 al ´48 el salario del trabajador industrial había crecido un 27% y la mano de obra no calificada un 37%. Esto derivó además que entre 1946/52 el consumo haya tenido un aumento del 3,5% anual[313]. En 1944 los afiliados al Instituto Nacional de Previsión Social eran setecientos mil, en 1947 ascendían a casi dos millones[314]. Los afiliados a la CGT que en 1946 no llegaban a 450 mil, en

1951 eran más de 2.300.000[315]. Además de las compulsivas mejoras salariales, se construyeron barrios para sectores carenciados en el Gran Buenos Aires y zonas de la Capital[316] así como también complejos turísticos populares en Chapadmalal y Río Tercero entre muchas otras edificaciones (entre 1946 y 1955 se hicieron un total de 75 mil obras públicas según le exageró Perón a Esteban Peicovich[317]). El propio Perón decía haber inaugurado cinco mil escuelas en su primer plan quinquenal y una de las más enérgicas acciones sociales en materia de salud fue llevada a cabo en las zonas rurales con resultados exitosos, tal como lo fue el plan de la lucha contra el llamado Mal de Chagas, puesto que en 1946 se registraron 300 mil contagios de paludismo por año y en 1949 sólo se registraron 137.

El exitismo que se respiraba era tan grandilocuente, que el 6 de julio de 1947 Perón hizo montar un aparato de difusión apoteósico conformado por 1165 radios que transmitirían su mensaje, de las cuales había 400 emisoras comprometidas en Estados Unidos y 100 en Francia. Se había ordenado que el discurso preparado por el dictador fuera portada de todos los diarios nacionales y materia explicativa en todos los colegios al día siguiente. Un reluciente Perón con uniforme de gala pretendía darle un mensaje no ya a sus descamisados sino al planeta entero: “ciudadanos del mundo” comenzó discurseando sin modestia alguna, y seguidamente lanzó un impreciso discurso que pareció sugerir que Argentina iba a desarrollar un plan de ayuda mundial igual o superior al del Plan Marshall, destacando que el país iba a “contribuir con sus esfuerzos a superar las dificultades de los desposeídos” y que estaba dispuesta “a materializar su ayuda” agregando que “nuestros recursos se suman a los planes mundiales de ayuda para permitir la rehabilitación moral y espiritual de Europa”. Tras terminar con su presuntuoso altruismo, Perón guiñó un ojo a sus aplaudidores inmediatos y disparó: “¡Le puse la tapa al Papa!”[318].

Estas declaraciones “mundiales” tuvieron un notable impacto mediático en la Argentina pero semanas después todo quedó en la nada. Sin embargo, algo del espíritu de esta declamada generosidad trasnacional quedó flotando en algunas reuniones continentales, puesto que a fines de 1947 en la Conferencia de Naciones Unidas en la Habana, la delegación argentina que presidía el Senador Molinari ofreció “ayudar al Plan Marshall” con un generoso desembolso en dinero o en especie de 5000 millones de dólares. Nadie tomó muy en serio la oferta Argentina, y por supuesto, el país oferente

tampoco la concretó jamás.

Del sinfín de medidas que Perón decretó en sus primeros tiempos, por lejos las más ruidosa y patriotera fue la estatización de ferrocarriles ingleses (por cuya relevancia le hemos dedicado un capítulo aparte más adelante), cuya concesión vencía al poco tiempo. Estas últimas nacionalizaciones fueron presentadas con euforia independentista y todo el mundo festejaba tal adquisición como si se hubiese ganado una guerra, en tanto que el régimen con sus calculada propaganda alimentaba las pasiones localistas desafiando "al imperialismo internacional" por nuestros aparentes "logros soberanos".

El país vivía un carnaval de anuncios bulliciosos y fiel a su desparpajo, Perón viajó en ferrocarril estatal[319] el 9 de julio de 1947 a la Provincia de Tucumán para declarar y decretar teatralmente la "Independencia Económica del País".

La sociedad conyugal

Los usos y horarios de vida del Jefe de Estado eran austeros y ponían de manifiesto su mentalidad militar. Madrugaba a las 5 de la mañana y a las 6.30 hs. ya estaba en la Casa de Gobierno. Al mediodía volvía a la residencia para almorzar con Eva. El almuerzo era sobrio (un pedazo de carne con alguna verdura) y luego Perón dormía la siesta. Al levantarse retornaba a sus tareas gubernamentales hasta las ocho de la noche.

Dentro de sus vicios, Perón siempre fumó bastante y se lo recuerda como un bebedor moderado. De Eva, tampoco se rememora que fuese afecta a la bebida, pero varias fuentes alegan que tuvo pasajes de fumadora compulsiva.

Cuando terminaba el día, Perón regresaba a su residencia nuevamente, cenaba sobriamente y se acostaba temprano. Eva solía acostarse tarde puesto que se la recuerda militando en el Ministerio de Trabajo o en su Fundación hasta altas horas de la noche.

Más allá de que todo indicaba que ambos se querían y mantenían una vida de afecto, la alianza entre ellos era fundamentalmente política y la pareja no tenía un vínculo pasional en términos de intimidad o erotismo. Un conocedor del matrimonio como Arturo Jauretche manifestó que tanto él

como ella eran “asexuados”, dato confirmado luego por el indiscreto confesor de Eva, el Padre Benítez[320]. Ricardo Guardo, buen conocedor de la vida privada de la pareja presidencial recuerda lo siguiente: “En la vida cotidiana, Perón era cariñoso con Evita, pero ella era reticente con él, más bien fría. Lo maltrataba verbalmente con frecuencia, y siempre para sacar ventaja para su posición”[321]. Ninguna duda cabe que el carácter de Eva era vengativo e irascible y así la caracterizaba incluso su marido: “Evita había demostrado su muñeca política en la acción directa contra quienes se oponían a sus proyectos. Digámoslo así: gracias a que estuve yo para moderar su ímpetu que, a pesar de todo, en muchas ocasiones me superó”[322].

Perón era un hombre de costumbres frugales, comidas aburridas y cuidaba su figura con habitual práctica de deportes, los cuales no abandonaba por más que pasara el tiempo. Estos hábitos modestos contrastaban con los gustos de su mujer, cuyo ascenso al poder le permitía coleccionar obsesivamente joyas costosas que gustaba exhibir junto con sus vestimentas de Christian Dior, las cuales ostentaba de manera arrogante tanto en ambientes exclusivos (verbigracia el teatro Colón) como en lugares populares. Por entonces Eva era temida en las casas de joyas y alhajas más distinguidas, puesto que arrasaba, pero las cuentas generalmente no eran saldadas, motivo por el cual cuando estos elegantes comercios advertían que Eva asistiría escondían las joyas costosas y sólo dejaban a la vista las de menor valor: “Pero, Ricciardi, aquí no hay nada, esto es una ferretería”[323] reprendió Eva con angurria.

La indumentaria de Eva era tan presuntuosa y onerosa que muchas veces incomodaba a los altos dirigentes de su propio partido. Fue entonces cuando Guardo, presidente de la Cámara de Diputados se animó a pedirle que no fuera al recinto con atuendos tan dispendiosos a lo que ella respondió: “Vea, a mí me quieren ver linda. A los pobres no les gusta tener una protectora vieja o mal entrazada”[324].

Pero por ropaje opulento que la “protectora de los humildes” exhibiera, no lograba pulir ni simular sus gestos ordinarios y cuando se hacía presente en círculos elegantes no tardaba en desentonar o hacerse notar con alguna de sus congénitas vulgaridades. Anota Josep Page que “al igual que el vino que sabe como las uvas que le dieron origen, Evita seguía comportándose como lo había hecho en los años formativos sin poder desembarazarse de su pasado cultural desafortunado”[325]. Estas visibles

groserías de la mujer más importante de la Argentina preocupaban mucho a su esposo, tanto es así que este la hizo aleccionar por un aristócrata ruso y también le puso a su disposición a un tropel de asesores que intentaron educarla en su oratoria y la ayudaron a disimular con relativo éxito su falta de estilo. Durante los primeros meses de 1947 Eva pronunció unos veinte discursos políticos en los cuales ya se podían advertir algunos avances, puesto que si bien su voz prosiguió siendo chillona, sus ademanes orilleros y su acento plebeyo, ella ganaba en experiencia y ductilidad en aquello que terminó siendo su gran especialidad: la arenga populachera.

¿Cómo era la sociedad política entre Perón y Eva?. Según Josep Page "Perón podía manipularla hasta cierto punto y se beneficiaba con la forma en que ella lo promocionaba. Ella, por su parte, acumulaba poder político y no tenía escrúpulos en hacer uso de él, muchas veces caprichosamente. En todas las instancias, sin embargo, era un poder que él delegaba en ella o que él no quería ejercer"[326].

Los discursos públicos de Eva siempre le fueron funcionales a Perón, puesto que eran cargados de repetitivas loas a su marido y despiadados epítetos para con los opositores, a la vez que lograban ganar fervorosamente la adhesión de sus acólitos: "para la mujer, ser peronista es, ante todo, fidelidad a Perón, subordinación a Perón y confianza ciega en Perón"[327] disparaba ella con enfermiza devoción, mientras canónicamente agregaba "El cristianismo será verdad cuando reine el amor entre los hombres y entre los pueblos, pero el amor llegará solamente cuando los hombres y los pueblos sean justicialistas"[328] (27 de enero de 1947). Anota Sebreli que "La actriz fracasada en los escenarios alcanzó su única actuación valiosa en el balcón ante la multitud, la pasión desbordada disimulaba las fallas de su dicción y la pobreza de los textos. El atractivo estaba en la voz áspera, enronquecida, que modulaba súbitos arrebatos de ira, momentos melodramáticos en que se excedía y apelaba a los gritos, sollozos entrecortados, vacilaciones que de pronto adquirían un ritmo salvaje de una fascinación lancinante. La teatralidad de sus gestos, la mano extendida con la palma hacia abajo o el puño cerrado, acentuaba una intensidad donde lo sublime bordeaba lo ridículo"[329]. A lo que cabe agregar que la simpleza de las piezas oratorias de Eva ponían de manifiesto sin disimulos el nivel instrucción de la gente a la cual iban dedicadas sus sentencias, en las cuales no se buscaba en absoluto promover la elevación intelectual o espiritual del interlocutor sino la simple

adhesión emocional: “Aquí no necesitamos muchas inteligencias, sino muchos corazones, porque el justicialismo se aprende más con el corazón que con la inteligencia”[330] les enseñaba sacerdotalmente.

Desde un enfoque contrario, sus partidarios siempre le reconocieron y elogiaron a Eva su hiperactividad a la hora de responder cartas de acólitos y satisfacer peticiones que le llegaban constantemente. Este enérgico espíritu dadivoso prima facie podría ser visto como un actuar simpático, pero no dejaba der ser otra cosa que una denigrante operatoria paternalista de tinte tercermundista financiada con plata ajena, en donde por ejemplo niños mendicantes pedían a su protectora pelotas de fútbol, y las niñas muñecas que eran enviadas a todo el país junto con un enorme ruido proselitista: en la Navidad de 1947 se distribuyeron 5 millones de juguetes.

Por orden de su esposo Eva instaló una oficina personal en la Dirección de Correos y Telecomunicaciones a fin de ocuparse de tareas del gobierno y presidió además la creación del “Partido Peronista Femenino”, el cual tenía por finalidad exclusiva y excluyente adular a su marido tal como ella misma lo confesó sin eufemismos: “El principio fundamental del Partido Peronista femenino debe ser la unidad en torno a la doctrina de Perón. Toda ambición atenta contra el pueblo, es decir contra Perón”[331]. Este último apéndice partidario era una suerte de matriarcado con ribetes bizarros, dado que las mujeres de los gobernadores a su vez presidían los partidos peronistas femeninos provinciales y en las ciudades y pueblos cada delegada vestía con rodete al igual que Eva y estas capitanejas periféricas debían encima aprender a emular los gestos e imitar la oratoria de su jefa. En rigor de verdad la rama femenina partidaria no era otra cosa que una dependencia del Estado: la sede se instaló en oficinas del Ministerio de Transporte; los muebles los proveyó la Cámara de Diputados; el Ministerio de Salud instaló consultorios; la Subsecretaría de Informaciones aportó cámaras para filmar y la municipalidad de Buenos Aires amobló la sala de espectáculos y entregó casas para inaugurar las primeras unidades básicas de la rama[332].

En suma, Eva le aportaba a Perón un notable ascendiente para con las masas y según la ideologizada pluma del ya citado Alejandro Horowicz: “Evita ejecutó una división del trabajo político con Perón. Al asumir el rol de plebeya radicalizada, su discurso antioligárquico alcanzó el techo de la ambigüedad. En un costado, expresaba el odio de clase bajo su expresión más elemental: una suerte de inconsciente colectivo que verbalizara el

resentimiento de décadas de sometimiento y degradación; en el otro, constituía una válvula de seguridad: un integrante del gobierno legitimando en sus discursos el rencor acumulado, sin vía instrumental, sin eliminar las causas del rencor; dibujaba una suerte de descarga catártica, de higienización colectiva, de gritería tranquilizante. Su discurso cumplía un papel funcional preciso: impedir el surgimiento de una corriente interna plebeya de abajo hacia arriba"[333]. Traducido del trotskismo al criollo, lo que Horowicz nos quiere decir con su insistente visión de la "lucha de clases" es que Eva Perón fue una herramienta para consumo de "la gilada": conclusión no muy alejada de la verdad, al margen de que nosotros estemos en las antípodas ideológicas de Horowicz.

Comoquiera que fuere, lo cierto es que esta exitosa sinergia matrimonial entre el dictador y su esposa acabó redondeando en Perón el arquetipo ancestral del "padre represivo" que sentenciaba que era lo que estaba bien y que no, y en ella el de la madre "empática y dadivosa". Repartiéndose ambos alternativamente el rol de autoridad por un lado y de la "sensibilidad" por el otro. Con esta dualidad la pareja logró un efectivo ascendiente muy bien aceptado por los espíritus más simples de la sociedad. Al mismo tiempo, como Perón tenía un itinerario convencionalmente aburguesado (militar, profesor y funcionario público), para alimentar el mito épico de su "revolución" resultaba necesaria la figura emergente de una desclasada como Eva y al respecto Alejandro Horowicz sugiere que la fascinación que ella despertaba en el universo peronista obedecía en gran parte a su vida personal y al cursus honorum casi novelesco que la primera dama tuvo que transitar: "Hija irreconocida de un matrimonio indocumentado, niña sometida al murmullo moralizante de un pueblo de provincia, adolescente sin destino, partiquina, actriz sin cartel, personaje radial, amante del coronel, esposa del general, compañera del presidente, abanderada de los humildes y bandera de combate constituyen los peldaños de una carrera poco habitual y muy deseada" concluyendo que "A escala gigantesca, la historia de la Cenicienta rubia pareciera repetirse"[334].

Vale decir que Eva, con su pasado de hija ilegítima y actriz suburbana devenida en reina de facto, alimentaba las fascinaciones populares de ascenso y reivindicación aportándole a Perón el fetiche propagandístico de la plebeya aplazada que acababa llegando a lo alto en la escala social para desde allí obrar de justiciera y redentora, aunque mas no fuera una heroína de folletín.

La trotamundos

Cuando Perón al fin supuso a su esposa más retocada y mejorada en sus modos, consideró que era el momento oportuno para organizarle un aparatoso viaje por Europa, con visos diplomáticos y toda una pompa institucionalizada. Como en las telenovelas centroamericanas, Eva mutaría en tiempo récord de insignificante buscavidas a trotamundos honorífica junto con una comitiva de 15 séquitos, entre los cuales se encontraba el empresario Alberto Dodero, su hermano Juan Duarte, su padre confesor Hernán Benítez y su amiga Lilian Lagormarsino de Guardo.

¿Quién financió el ostentoso viaje?. Es un asunto del que nunca se supo demasiado, aunque se sospecha que además del Estado, una suma importante de la gira la "donó" el agradecido empresario Alberto Dodero. Pero los insistentes rumores sobre la sórdida financiación del oneroso periplo forzaron al gobierno a informar oficialmente que el viaje de Eva fue pagado por ella misma con su "propio peculio". Ante lo cual el semanario Provincias Unidas publicó que esto demostraba "lo mucho que ha peculiado". El semanario fue clausurado al día siguiente y sus propietarios encarcelados.

Con una estruendosa ceremonia de despedida encabezada por Perón y plagada de funcionarios de alto rango, el 6 de junio de 1947 Eva por primera vez en su vida se subía a un avión partiendo con su mencionada comparsa rumbo al Viejo Continente. Tras extenso viaje aletargado por un par de días con escalas, la Primera Dama al fin llegó a Madrid, donde fue recibida por el Generalísimo Francisco Franco y todo un imponente cortejo en probable gesto de agradecimiento por el apoyo crematístico que Perón le había dispensado al caudillo español meses atrás.

Horas después del arribo, en solemne ceremonia Franco condecoró a Eva otorgándole la "Orden de Isabel la Católica", en cuya gala encomiada fue aclamada por una multitud de españoles al grito de "Franco, Perón, un solo corazón". Eva se sentía a gusto y así se lo hizo saber a sus acompañantes: "Estos gallegos son macanudos. Tutean a todo el mundo. Además, aquí no hay políticos, no hay oposición, nadie critica y se respeta al gobierno"[335].

Fueron 18 los días que Eva permaneció en España sin mayores sobresaltos, excepto por algunos disgustos que le ocasionaba su descarriado

hermano, quien salía todas las noches a recorrer prostíbulos y regresaba pasado de copas despertando una pésima impresión con los escándalos nocturnos que protagonizaba en diversos cabarets madrileños. Estas andanzas despertaron la ira de su temperamental hermana quien con boca de letrina le espetó: "¡Una puta más y te volvés a la Argentina de inmediato! ¡Hay que demostrar que somos un pueblo educado y no un pueblo de milongueros y de hijos de puta como vos!"[336]. Fuera de estas desprolijidades familiares, la realidad es que los días en España corrieron con normalidad y desde allí Eva partió a Roma el 26 de junio con el objetivo de entrevistarse con el Papa Pío XII.

En esta segunda etapa de su viaje Eva no la pasó tan bien. Numerosos activistas se congregaron a la Embajada Argentina (donde ella estaba alojada) para manifestar su rechazo al fascismo al grito de: "!No a Perón, No a Mussolini". A esto debe sumársele que cuando al fin Eva se encontró con el Papa, éste le brindó un trato amable pero no con la grandilocuencia que ella lo esperaba: no le dedicó más de 25 minutos y le regaló un simple Rosario, siendo que ella aguardaba de Su Santidad el Marquesado Pontificio y al no conseguirlo, salió desencantada del encuentro: "disfrutó de la visita, pero había sufrido una desilusión"[337] confesó su amiga y compañera de viaje Lilian Guardo.

Seguidamente Eva conoció Lisboa y de allí partió a Paris en donde permaneció cinco días, siempre en el marco de visitas que se suponían oficiales. A continuación se dirigió a descansar al sur de Francia en la Costa Azul. Allí Eva habría mantenido un almuerzo con el legendario armador Aristóteles Onassis, con quien luego mantuvo un encuentro sexual según lo confesó el propio Onassis[338]. En torno a este episodio, muchos alegaron que dados los antecedentes impudorosos que pesaban sobre el pasado de Eva, tal historia pudo haber sido totalmente posible. Otras opiniones en contrario, dicen que Onassis siempre fue un exagerado y alardeaba de tener romances que existían sólo en su imaginación. Comoquiera que fuere, el mito del amorío quedó instalado en los anales de la chismografía peronista.

Finalmente, uno de los contratiempos que Eva padeció en el viaje fue la declinación de la Reina de Inglaterra a recibirla para tomar el té en el Palacio de Buckingham, desplante que forzó a la singular turista a no viajar a Gran Bretaña.

Durante el intenso periplo, Eva se vio acompañada y contenida por la citada confidente Liliana Lagomarsino, quien recordó anécdotas de la excursión que aportaron interesantes datos a la hora de revelar la personalidad de la mujer de Perón: “Estando en Rapallo, donde el empresario naviero *(se refiere a Alberto Dodero)* había alquilado una villa, cayó una vendedora de encaje.

-Señora, ¿a usted no le importa si compro un mantel?

-No, Lilian. Pero, ¿hay otro más?

-sí, hay dos.

-Bueno, elija el mejor para mí y el otro para usted”. Eva era “una mezcla de tigre con paloma”[339] sintetiza Lilian.

Uno de los objetivos fijados por Eva en el viaje fue de índole comercial, puesto que esperaba hacerse de constantes regalos de lujo, meta que logró sin mayores inconvenientes a excepción del Vaticano, de donde regresó con obsequios no acordes con sus expectativas crematísticas tal como lo hemos visto. Tan exitosa fue la acumulación de objetos lujosos obtenidos, que su peluquero Julio Alcaraz (quien también viajó en la comitiva) recuerda lo siguiente: “Me pidió que la acompañara no sólo para peinarla, sino también para que custodiara sus joyas, y me confió una valija de cuero de chancho que le prestó Perón, donde había cien millones de pesos en alhajas. Cuando llegamos a París le enviaron una bolsa con cinco kilogramos de joyas para que eligiera y, como no era tonta, se quedó con lo mejor. Al volver debí hacerme cargo de tres valijas en lugar de una. Todos los vestidos que lucía en el viaje eran de la casa Henriette, salvo algunos que Dodero le regaló en Europa”[340].

Si bien muchos detractores de Eva Perón, conociendo su rústica educación, esperaban de ella papelones y gestos burdos, en verdad fueron pocos los detalles que se le escaparon tales como arroparse en un abrigo de invierno en el Palacio Pardo en pleno verano o algunas demoras en el protocolo, pero lo cierto es que para desdicha de “los contreras”, Eva tuvo un comportamiento prolijo y salió airosa de la gira regresando al país triunfalmente.

Quizás el punto más polémico del circuito haya sido el viaje de cuatro días a Suiza (entre el 4 y el 9 de agosto) que ni figuraba en el plan turístico, ni

existía visita oficial alguna. Ni siquiera se informaron detalles al respecto. Esto alimentó en muchos las especulaciones acerca de las tramitaciones bancarias que Eva habría hecho para depositar lo que más tarde se conocería como “la fortuna de Perón”.

La Fundación paraestatal

Lo primero que se promovió cuando Eva regresó de Europa, fue el voto femenino. Medida indudablemente positiva que políticamente capitalizó en su favor. Sin embargo, dada la desconfianza que Perón tenía sobre esta ley, si bien la misma fue aprobada en 1947, su práctica no se autorizó sino dos elecciones después: entró en vigencia recién en 1951. Paradojalmente, si bien la propaganda peronista siempre enfatizó el “voto femenino” como una de sus principales conquistas “inclusivas”, al mismo tiempo y por ley bonaerense 5109 sancionada en 1946 se le prohibió el voto a los homosexuales, ley que es justo decir tuvo escasa aplicación, puesto que salvo confesión de parte resultaba muy difícil determinar a ciencia cierta quién debía padecer dicho impedimento cívico.

Desde el notable espacio de poder que le brindó su marido, Eva no se resistió a la tentación de cobrarse venganzas personales e hizo intervenir y clausurar la Sociedad de Beneficencia, dado que la citada entidad se había negado a que ella fuera presidenta honoraria de la misma. En efecto, Eva usó todo el aparato del Estado para cobrarse el despecho y el 7 de diciembre de 1946 hizo cerrar la sociedad para armar en su reemplazo su propia fundación de beneficencia, la cual fue su mayor y más resonante armado político-empresarial.

La “Fundación Ayuda Social María Eva Duarte de Perón” comenzó formalmente a funcionar a mediados de 1948. Reivindicada por sus partidarios como una extraordinaria labor de auxilio al servicio de los carenciados, se refuerza tal concepto enumerando un sinfín de obras benéficas, que sin dudas existieron y estaban a la vista de todos. La Fundación efectivamente construyó hogares para huérfanos, establecimientos para madres solteras, comedores escolares, hogares para niños, viviendas populares y hasta hospitales. Las obras en cuanto tales fueron edificadas y funcionaban con beneficiarios concretos, aunque vale agregar que en cada una de estas entidades creadas no escaseaba la propaganda política y el

adoctrinamiento ideológico al servicio de la dictadura. Un ejemplo de esa simbiosis entre el culto a la personalidad y la obra social que se pretendía, fueron los ya mencionados torneos infantiles de fútbol, donde el perfil del rostro de Eva (recortado sobre un escudo de paño), era la insignia que los niños debían lucir en sus camisetas y cada encuentro futbolístico comenzaba con la oración "A Evita le debemos nuestro club, por eso le guardamos gratitud". De manera similar, la Fundación construyó una ciudad infantil de cuatro manzanas, cuya película propagandística filmada en el mismo predio incluía a una nenita que preguntaba: "¿la que me trajo hasta aquí es el hada buena de los niños?, "Sí, fue el hada", le respondían, señalando una sonriente fotografía de la mujer del dictador[341].

También fue un indisimulable dato de la realidad que las "donaciones" que la Fundación recibía no eran otra cosa que verdaderas extorsiones a empresarios y particulares, y todo aquel que se negaba a "colaborar" caía en desgracia o era bravamente perseguido por el régimen, tal como le ocurrió por ejemplo a la fábrica de caramelos "Mu Mu", que tras intentar cobrarle una factura de golosinas a la Fundación fue clausurada. Otro caso emblemático lo padeció el laboratorio Massone. Tras negarse a "donar" analgésicos, fue cerrado, su gerente encarcelado y su propietario huyó a tiempo en lancha a Montevideo[342].

Pero las extorsiones a empresarios en verdad no eran el plato fuerte de la extraordinaria financiación de la Fundación. Más de la mitad de las "donaciones" que ésta recaudaba eran fondos públicos, es decir plata transferida compulsivamente del impuesto de los contribuyentes a la empresa de Eva, lo cual constituía un modo de subvención que de caritativo no tenía nada sino que era coercitivo y desnaturalizaba por completo una funcionalidad impositiva al servicio del proselitismo político de la mujer del dictador. Por ejemplo, en 1949, el régimen decretó que se le transfiriera a la Fundación el 20% de las entradas anuales de la Lotería Nacional al igual que determinados porcentajes obtenidos en las carreras de caballos y en los casinos. De manera similar se impusieron discriminatorias multas e impuestos sancionados ad hoc para arrebatar sucesiones hereditarias o transacciones comerciales de empresarios o familias "enemigas"[343]. Ni siquiera una historiadora obcecadamente peronista como Araceli Bellota se anima a negar la ilegal extorsión recaudatoria: "Comienza esa fundación con el sueldo presidencial de Perón y luego por supuesto con contribuciones

empresarias que los opositores de Eva van a decir que era una coacción, y es muy probable que lo haya hecho así"[344].

Otro dato curioso en el inmoral mecanismo recaudatorio lo constituyeron los jornales obligatoriamente sacados a los afiliados de la CGT, tal como ocurrió por ejemplo el 7 de agosto de 1950 cuando el Comité Confederal dispuso descontar el equivalente a 3 días de trabajo del aguinaldo y transferirlo a la Fundación así como también la cesión obligatoria de los aportes patronales que debían descontar a los obreros el 1 de mayo y el 12 de octubre a la citada entidad. La dictadura disponía del fruto del trabajo ajeno con un nivel de liviandad pocas veces visto, pero que los sectores patronales aceptaban por temor a represalias y los asalariados toleraban porque en definitiva sus sueldos habían sido incrementados significativamente en estos primeros años de gobierno.

Luego, a fines de 1950 por ley 13.982 se dispuso que la Fundación se convirtiera en dispensadora directa de jubilaciones, pensiones, turismo social y otras asistencias con dineros proveídos por el Estado mediante descuentos de jornales. Esa misma ley le otorgaba además a la Fundación (entidad supuestamente privada y no gubernamental) no sólo facultades superiores a las de un Ministerio sino también una sede del tamaño de una manzana regalada con el erario público para construir un edificio en las calles Paseo Colón y Azopardo.

Con tamaño desembolso estatal, queda claro que no fue un mérito de Eva que el activo de la Fundación que en 1949 era de un capital de 122 millones, en 1952 ascendiera a los dos mil millones de pesos[345]. Este extraordinario incremento no fue más que una desbocada capitalización hecha por decreto con plata ajena. La confusión entre la Fundación y el Estado era tal, que Eva actuaba como presidente de la Fundación y el Ministro de Hacienda de Perón hacía de administrador. Más aún, además de la gran sede donada por el Estado, el resto de las oficinas y dependencias de la entidad estaban ubicadas en edificios del gobierno y la Fundación no sólo fue privilegiada con una completa exención impositiva sino que no tenía contabilidad ni contralor alguno y se prestaba para funcionar como una caja negra al servicio de una gigantesca corruptela desprovista de toda supervisión administrativa y muchísimo menos judicial.

Coherente con el estilo personalista-idolátrico del peronismo, la sede

de la Fundación de la “abanderada de los humildes” estaba recargada de estatuas de Eva Perón en cada una de las fastuosas columnas dóricas que la circundaban, brindando un espectáculo auto-laudatorio objetivamente cuestionable para una organización que fungía ser de inspiración filantrópica y desinteresada. Sin embargo, sus beneficiarios no reparaban en ninguno de estos detalles ni tampoco preguntaban de dónde salía el dinero que financiaba sus auxilios y entretenimientos, que Eva capitalizaba inyectando una notable ascendencia y devoción entre sus prosélitos y favorecidos.

¡Siga el baile, siga el baile!

La argentina peronista vivía un clima de “buenas noticias” y beneficios repentinos e inmediatos. Eran tiempos en los que constantemente se brindaban anuncios exitistas y se tomaban medidas artificialmente justicieras sin medir resultados de mediano ni largo plazo. El gobierno se caracterizó en esta etapa por un ejecutivismo irreflexivo, una suerte de “anunciativismo mágico” impregnado de inauguraciones presuntuosas, estatizaciones “independentistas” y proclamas rimbombantes tendientes a “solucionar” los problemas de la gente de manera fácil, veloz y en una atmósfera de celebración permanente. Tanto fue así que con el eufórico clima impuesto, el 29 de noviembre de 1947 (tres meses después de decretar la “Independencia Económica del País”) el imaginativo Juan Perón se dio el lujo de vociferar otro de sus extravagantes vaticinios cientificistas: “como resultado de nuevos estudios que se están realizando, creo que vamos a tener sesenta años sin crisis”[346].

Se promovía el brindis sin pausa y el gobierno incitaba a los argentinos a divertirse por medio de sus artistas populacheros más iconográficos, tal el caso del intemperante Alberto Castillo, quien al grito de candombes carnavalescos como “Siga el baile” o “Por cuatro días locos” no hacía más que representar una “réplica chabacana del tenor Tito Schipa en Vivere, la canción de la alegría fascista”[347] al decir de Juan José Sebreli.

Esta explosión de alegría institucionalizada se fundaba primordialmente en la estatización febril pero también en la compra permanente y voluntarista de maquinarias (“para industrializar el país” según rezaba la propaganda oficial) sin ajustarse a criterios de ningún tipo y así lo puso de manifiesto el propio Perón en su libro “La Fuerza es el derecho de las

Bestias” (publicado en 1956) al confesar su mentalidad dispendiosa y compulsiva: “Se compraron casi veinte mil equipos industriales para reposición e instalación. Un día por teléfono, se compraron sesenta mil camiones. Mil ´tornapull´ llegaron al país. Se acopió gran cantidad de materia prima y se adquirieron todas las maquinarias y elementos necesarios para los trabajos del Primer Plan Quinquenal, especialmente tractores para la mecanización del campo (…) El director del Puerto de Buenos Aires venía todos los días a pedir que paráramos, pues ya no cabían las cosas en las playas y los depósitos. No importa, le decíamos, ponga uno arriba de otros”[348].

Resulta evidente que esta atmósfera pródiga y desprendida no sólo se daba porque Perón se encontró con un país cuyas arcas estaban llenas. También estaban llenas desde antes de 1943 y sin embargo no se vivía con este vértigo publicitario ni con este irrefrenable “decisionismo”. Todo indica que este frenesí puesto en marcha era connatural a la psicología y la formación de Perón, quien veía a la economía no tanto como una ciencia a la que hay que prestarle mucha disciplina y consideración sino como una suerte de esoterismo voluntarista. Incluso Perón se ufanó de tener el siguiente diálogo con su Ministro estrella: “´Pero Miranda, ¡Vea que tenemos que comprar mucho y no hay dinero!´, le dije yo todavía. Él me contestó: ´Y esa es la forma de comprar…sin dinero… con plata compran los tontos…´ Miranda era un genio”[349] repetía Perón respecto de su funcionario predilecto a quien consideraba un hombre con cualidades sobrenaturales: “Su intuición, su tremenda capacidad de síntesis y su certera visión comercial, hicieron ganar a la República en un año más de cincuenta años de la acción de todos sus economistas diletantes y generalizadores de métodos y sistemas rutinarios e intrascendentes (…) Él fue desde entonces el artífice de esa tremenda batalla que se llamó la recuperación nacional (…) lo teníamos a Miguel Miranda que valía más que todo el dinero del mundo. En él estaban puestas todas mis esperanzas. Él me había dicho ´No se aflija, presidente, pagaremos hasta el último centavo, sin un centavo´ efectivamente, así lo hizo”[350], y con similares conceptos Perón señaló en otra ocasión que si necesitaba dinero se lo pediría a Miranda y que entonces “don Miguel daría una patada en el suelo…¡y el dinero aparecería!”[351].

Consciente o inconscientemente Perón parecía sugerir que la creación de riquezas dependía del insistente frotado de una lámpara mágica y no de

una eficiente, constante, esforzada y paciente gestión de empresa. Sin embargo, a veces Perón intentaba darle un barniz "técnico" a su caótico despilfarro brindando prestidigitaciones explicativas que, aunque fueran celebradas por sus desaforados aplaudidores, no dejaban de vulnerar los más elementales principios de la economía: "Cuando las monedas se desvalorizan, los bienes de capital se valorizan en forma inversamente proporcional. Allí precisamente estaba el negocio. Era menester comprar bienes de capital que se valorizarían y desprenderse de las monedas que se desvalorizarían. Fue entonces cuando comenzamos a comprar sin medida. Se trataba de que cuando la desvalorización llegara no nos tomase con un peso en el bolsillo"[352]. Este insólito rebusque dialéctico es imposible de sostener seriamente. Por empezar los bienes de capital "no se valorizan cuando se desvaloriza la moneda", simplemente que al depreciarse el valor de la moneda se necesitan mayor cantidad de monedas iguales para comprar un mismo producto cuyo precio se mantiene inalterable en otras monedas que no son erosionadas por la inflación. Asimismo, cabe agregar que la moneda "no se desvaloriza", sino que el Estado inflacionista "la desvaloriza" el emitir moneda sin respaldo. Es decir que la desvalorización monetaria no es un asunto ajeno a la responsabilidad de un gobierno (como si se tratase de un fenómeno meteorológico o extraterrestre) sino el resultado de una política monetaria irresponsable e insana como la que en este caso llevaban adelante Perón y su "genio" Miranda.

A la postre, tamaño abarrotamiento de maquinarias y productos comprados a la marchanta sin siquiera un mínimo de planificación o criterio ocasionó que el grueso de la mercadería quedase atascada, sin poder ser colocada y generándose un "hurto a gran escala de motores de arranque, dinamos, baterías, distribuidores, bujías etc. Y como tal estado de cosas empeoraba día a día, el dictador llamó a los ministros y les preguntó uno a uno quién estaba en condiciones de hacerse cargo del material. Solamente contestó el ministro del Ejército afirmativamente, y éste encomendó la ingrata tarea al Cuartel Maestre General del Interior (…) Del puerto se trasladaron los vehículos a las instalaciones de la Sociedad Rural en Palermo, de ahí pasaron a la Escuela de tropas mecanizadas en la avenida General Paz y finalmente fueron a parar a un terreno alambrado en Monte Chingolo donde recrudecieron los hurtos y continuó la acción corrosiva a la intemperie"[353] relata el historiador Juan V. Orona.

El Diputado radical Silvano Santander desde su banca describía este mega-despilfarro como “toda esa ferretería inútil que está a la intemperie en los puertos” a la vez que denunciaba que “El IAPI es la cueva de Alí Babá. Allí ha pasado de todo. La escala de las irregularidades y los delitos perpetrados es infinita. Se han hecho compras innecesarias, la mayoría de ellas, sólo teniendo en cuenta las comisiones que se percibían”[354]. Días después de hacer estas denuncias, Santander tuvo que marchar al exilio.

Pero más allá de las voces dispersas que sin acceso a los medios de comunicación se animaban a denunciar los contubernios del régimen, lo cierto es que la mega corrupción de los amigos del Estado era algo tan evidente y escandaloso que hasta Perón la confesó y justificó de manera sutil tiempo después: “La recuperación nacional se había cumplido en todas sus partes mediante el genio de Miguel Miranda (…) Que en ello alguno se haya beneficiado en mayor medida, qué nos importa, nuestro trabajo tendió a beneficiar al país. Esa era nuestra obligación”[355]. Traducido del dialecto peronista al idioma castellano, lo que el dictador nos quiso decir con este axioma es: “robamos pero hacemos”.

Medalla por buena conducta

Un aspecto contradictorio de esta primera etapa gubernamental signada por la orgía estatista y la soflama patriotera lo constituyó el hecho de que Perón, seguramente advirtiendo o anticipándose a algunas flaquezas obrantes de su ruidosa administración, obligó a sus congresistas a aprobar las Actas de Chapultepec[356] (y con ello adherir a la Doctrina Monroe), las cuales si bien ayudaban a normalizar un poco la situación internacional del país (que desde 1943 no gozaba de buena reputación), entraban en contradicción con el discurso peronista, dado que implicaban subordinarse totalmente a una posición pro-norteamericana en la Guerra Fría, siendo que todavía estaban muy frescos los recuerdos del aforismo “Braden o Perón”. Esta medida tan ajena a la “tercera posición” (que Perón nunca se cansaba de pregonar) comenzó a generar una sangría en el oficialismo, puesto que muchos nacionalistas comenzaron a desertar del partido del gobierno: “los nacionalistas más dignos, más responsables, se alejaron de Perón”[357] señaló Carlos Ibarguren (h). Ante este éxodo, Perón intentó calmar a los disconformes señalando que “Alemania está derrotada, y los únicos que

pueden frenar al comunismo son los norteamericanos”[358], pero éstos no atendieron razones, y los sectores más duros generaron no pocos disturbios callejeros acusando al régimen de haber traicionado los postulados de junio de 1943 (la Alianza Libertadora Nacionalista era uno de los grupos más indignados). En represalia a los nacionalistas que lo cuestionaban, Perón ordenó cerrar el diario *Cabildo*[359] y el Canciller Bramuglia tuvo que leer radialmente un discurso pretendiendo calmar los ánimos al garantizar que “La soberanía argentina no ha sido tocada”[360].

En septiembre de 1947, estas actuaciones alineadas con Estados Unidos del régimen “antiimperialista” de Perón fueron confirmadas en la Conferencia de Río de Janeiro, la cual tenía por propósito consolidar el compromiso de cooperación militar entre los países signatarios. Es decir que con esto se avalaba armar un bloque militar hemisférico con Estados Unidos a la cabeza en caso que fuera necesario combatir al flagelo comunista.

Si bien Perón se había jactado al decir: “Estoy harto de conocer falsos líderes, políticos, aventureros de la profesión que encima se creen estadistas pero que en última instancia llevan a la práctica la política que les marca el Departamento de Estado”[361], tras la votación quedó claro que su difundida “tercera posición” pasó a ser definitivamente una de sus tantísimas humoradas ideológicas y así lo vio *The New York Herald Tribune* al anotar en su editorial del mismo día en que las sesiones en Brasil quedaron inauguradas: “Argentina ha obtenido la medalla de buena conducta”[362].

El espectador privilegiado

La realidad que percibían numerosos sectores en el diario vivir es que desde 1943 y hasta casi llegar a los años ´50, se estaba viviendo mejor y ese bienestar se notaba en cosas concretas que la gente sencilla podía tocar y palpar. Este goce se pudo llevar a cabo por factores que ya hemos mencionado -pero vale la pena reiterarlos- y de entre los cuales destacamos fundamentalmente cinco: por un lado, la transferencia de recursos compulsiva que se hizo de un sector a otro (mediante lo que el IAPI le robaba al sector agro-exportador); en segundo lugar, por los aumentos salariales dictaminados por Decreto por el propio Perón; en tercer lugar, por la proliferación de leyes laborales que él copió de la Carta del Lavoro mussolinista y del Código Laboral Alemán (los cuales otorgaban un sinfín de privilegios al asalariado y

un cúmulo de cargas sociales a expensas del empleador); en cuarto lugar, el uso que se hizo de las reservas del Banco Central (que se iban vaciando) y en quinto lugar, la emisión monetaria que aceleraba y financiaba complementariamente el consumo.

Se vivía de festejo en festejo en los sectores populares. Como producto de este alegre contexto de dispendio y jolgorio, los acólitos del régimen estaban encandilados con la creencia y la vivencia de que ellos estaban siendo no sólo legítimos beneficiarios de una plétora de mejoras sino también con la percepción de que ellos mismos eran genuinos partícipes, artífices y protagonistas de una revolución nacional en marcha.

En verdad, tal participación de estos sectores en el transitorio proceso de goce, era emocional pero no operativa. Es decir, que se trataba de una participación declamatoria pero no deliberativa. En efecto, los despotismos plebiscitarios de tipo populista suelen hacer la parodia de actuar "obedeciendo al pueblo" cuando en verdad es éste último un instrumento digitado por el ocasional caudillo carismático. Vicente Massot, en su notable ensayo *El Poder de lo Fáctico* nos dice que "cuanto más simbólica sea la participación de las mayorías, mayor enjundia cobrará la definición del politólogo alemán Rudolf Wasermann que habla de una democracia de espectadores"[363]. Justamente, Perón no surgió del seno de las muchedumbres sino como consecuencia del poder que le dio un golpe militar. Y si bien esa autoridad quedaría luego legitimada por el sufragio, en ningún momento las masas peronistas decidieron un acontecimiento importante sino que siempre fue convocada a los actos para aplaudir hechos ya consumados o que por lo menos iban a ser manejados únicamente por Perón. Esas movilizaciones, según certeras palabras de Sebreli no eran más que "una seudoparticipación, pasividad disfrazada de activismo, obediencia transfigurada en rebelión"[364]. Tanto es así que las manifestaciones que todos los años el gobierno organizaba para celebrar el 17 de octubre y el 1 de mayo eran convocatorias planificadas por el poder central de antemano, y en las que la muchedumbre nunca peticionó, deliberó, ni hizo otra cosa más que tributar y obedecer al dictador en una simbiosis emocional caracterizada por el delirio de unanimidad.

El adulado "pueblo peronista" no era protagonista de nada sino espectador de todo. Eso sí, por entonces se lo podría considerar como un espectador privilegiado: pero espectador al fin.

La Constitución de Perón

Conforme lo ordenaba la Constitución Nacional, el mandato presidencial de Perón terminaba en 1952 sin posibilidades legales de reelección. Este impedimento normativo motivó al dictador a trampear el sistema y el 1 de mayo de 1948 en la inauguración de las sesiones en el Congreso, brindó un kilométrico discurso en el cual dio el "visto bueno" a sus legisladores para reformar la Constitución 1853-60 sobre la cual alegó socarronamente que era "un artículo de museo, votada en tiempos de las carretas"[365], pero acto seguido matizó su embestida "aclarando" la siguiente mentira: "la reelección sería un enorme peligro para el futuro político de la República"[366], afirmación que ni oficialistas ni opositores tomaron en serio.

Dicho y hecho, poco después el Congreso efectuó una votación clamando la necesidad de reformar la Constitución. Pero como el oficialismo no alcanzó las mayorías constitucionales exigidas para consumar la reforma[367] (sobre 152 diputados sólo 96 votaron a favor de la misma y ello no alcanzaba los dos tercios exigidos), de facto se decidió de todos modos convocar a elecciones constituyentes sin mayores demoras. Vale decir: no se cumplía con la actual Constitución pero se pretendía fabricar una nueva con procedimientos también inconstitucionales, para luego tampoco cumplirla. Ni el propio Perón disimulaba su total desconfianza hacia el Estado de derecho y veía a la ley como una herramienta a la cual él no debía ajustarse, sino lo contrario: "Antes lo primero era hacer la ley…y después tratar de hacerla cumplir. Nosotros, desde que estamos en el gobierno, hacemos exactamente lo contrario; primero tratamos de hacer algo, y luego cuando las realizaciones prueban su eficacia, le damos la forma de ley o del decreto"[368] declaró.

Además de no respetar a las mayorías previstas, el Congreso votó una ley llamando a la "reforma" en vez de una "declaración" (tal como lo ordenaba la Constitución en su artículo 30[369]) siendo que toda vez que se declaraba la necesidad de una reforma constitucional en el país, en la misma debían señalarse con precisión cuáles eran los artículos que se pretendían modificar (así se hizo en 1860, 1866 y 1898) pero nada de esto se cumplió ahora. Aquí se entregó sin las mayorías legalmente permitidas un generoso

cheque en blanco para que los constituyentes subordinados al poder central metieran mano en el articulado de manera abusiva e indiscriminada. Como si estas irregularidades fuesen insuficientes, teniendo en cuenta que la Provincia de Corrientes tenía el antecedente de ser antiperonista (fue la única que electoralmente había colocado dos Senadores nacionales a los que se les impidió jurar), se resolvió que no participase en los comicios constituyentes.

Estas y otras ilegalidades llevaron a la oposición a tener que definir si iban a avalar estas tropelías o no, presentándose en las elecciones. Dentro de este clima enrarecido el partido socialista propuso el voto en blanco, idéntica medida adoptó el Partido Demócrata Progresista, los conservadores (Partido Demócrata Nacional) resolvieron no concurrir y finalmente los radicales resolvieron asistir, presentando sus candidatos.

Seguidamente se llamó a elecciones para el 5 de diciembre de 1948, y si bien no puede técnicamente confirmarse que los sufragios fueran fraguados o adulterados, sí fue un fraude la campaña electoral como tal, puesto que la dictadura restringió por completo el acceso de la oposición a los medios de comunicación, reduciendo la campaña de la UCR a una silenciosa participación testimonial. De los 158 convencionales constituyentes que se votaron, 110 fueron peronistas y 48 radicales.

Las sesiones de la Convención se iniciaron en enero de 1949 y se designó presidente de la misma a Domingo Mercante, quien sesionó y presidió sentado en un insólito sillón donado para la ocasión por la Fundación Eva Perón, en cuyo respaldo estaba estampada una fotografía con la cara de Juan Perón. Casi una metáfora del rol paródico y dependiente que cumplían allí tanto Mercante como el resto de los legisladores peronistas de la Convención.

Entre varias de las extravagancias que se aprobaron, los convencionales peronistas se “regalaron a sí mismos” la extensión de su mandato. Es decir, si bien los Diputados de la Nación habían sido elegidos en 1946 y su mandato de cuatro años vencía en 1950, decidieron “extenderlo” de facto hasta 1952. Los radicales no aceptaron tal inmoralidad y a los que se les vencía su mandato en 1950 renunciaron a la deshonesta prolongación[370] dejando un hueco en su bloque, que entonces quedó reducido a menos de la mitad.

La constitución, que fue reformada conforme las apetencias de Perón,

además de permitir la eterna reelección del dictador, se inspiraba en principios colectivistas (eufemísticamente llamado como “derechos sociales”) los cuales relativizaban el derecho de propiedad privada y restringían el grueso las libertades individuales: “El individualismo es amoral. Predispone a la subversión, al egoísmo, al retorno a estados inferiores de la evolución de la especie” sentenció Perón ese año en *La Comunidad Organizada* [371], desconfianza en el hombre autónomo que ratificó dos años después en su otro libro *Conducción Política*: “Algunos dicen: hay que captarse la opinión independiente. Grave error. Eso no se capta nunca, porque está tres días con uno y tres días contra uno (…) Esos son inconducibles; esos son en todas las colectividades los salvajes permitidos por la civilización, que viven aislados y al margen de las inquietudes de los demás. Y si los captamos, son elementos de disociación dentro de la organización política, porque ellos están siempre en contra”[372]. Este y no otro fue el espíritu del articulado de la flamante Constitución, el cual despertó muchas desconfianzas en el mundo civilizado y probablemente el artículo más desconcertante y polémico haya sido el 40[373], cuyo contenido ambiguo y peligrosamente confiscatorio no tardó en retraer las inversiones fomentando el éxodo de muchos depósitos bancarios.

Un dato por demás curioso para una “constitución peronista” fue el hecho de que la misma prohibía el derecho a huelga, medida defendida en el recinto con total desparpajo por el convencional constituyente peronista Hilario Salvo (que además era secretario general del gremio metalúrgico) en cuyos fundamentos puso de manifiesto la “conciencia de clase” del obrerismo peronista: “El sector minoritario pregunta por qué no se da el derecho de huelga. Darlo sería como poner en los reglamentos militares el derecho a la rebelión armada. Como dirigente obrero, digo con toda responsabilidad -y perdóneseme la expresión - que las huelgas se han hecho para los machos: es cuestión de hecho, por tanto no se precisa el derecho.(…) Como dirigente obrero debo exponer por qué razón la causa peronista no quiere el derecho de huelga. Si deseamos que en el futuro ésta Nación sea socialmente justa, deben estar de acuerdo conmigo los señores convencionales en que no podemos después de enunciar ese propósito hablar a renglón seguido del derecho de huelga, que trae la anarquía y que significaría dudar de nuestra responsabilidad y de que en adelante nuestro país será socialmente justo. Consagrar el derecho de huelga es estar en contra del avance de la clase proletaria en el campo de las mejoras sociales”[374].

Finalmente, tras maratónicas sesiones abarrotadas de alabanzas al matrimonio presidencial, el 11 de marzo a las seis de la tarde Domingo Mercante sentado en su sillón estampado con la cara de su patrón exclamó: “quedó sancionada la Constitución de Perón”[375].

El engendro constitucional de 1949 no fue sino otro de los tantos retrocesos institucionales a los que por entonces condenó el régimen a la Argentina y esta normativa era obligada a ser jurada de manera constante y sonante por todos los empleados públicos de cualquier nivel, en todo tipo de establecimientos y en cualquier circunstancia. Llegó un momento en el cual la insistente juramentación que se sobreactuaba en todas las dependencias estatales se prestó para chistes populares, tales como el que contaba la anécdota de un guarda y un motorman de un tranvía que pararon la máquina y bajaron a orinar en la estación Rivadavia y Quirno, y una pasajera preguntó ingenuamente en dónde estaban ambos, y desde el anonimato una voz chillona respondió: “¡Fueron a jurar la Constitución, señora!”[376].

Al enemigo ni justicia

Durante su larga hegemonía, el dictador Perón llevó adelante una innumerable cantidad de medidas represivas tendientes a aplastar la voz de la mitad menos uno de la población. De todas ellas, según Page “la estrategia más efectiva utilizada por Perón para debilitar a sus adversarios políticos fue la de negarles todo medio de comunicación con el electorado (…) La policía hizo abortar todo intento de publicar diarios y panfletos clandestinos. Las restricciones a la realización de actos públicos, uso de altoparlantes y colocación de afiches eran válidas sólo para los partidos de la oposición. Estas varias medidas, combinadas con la ley de desacato, silenciaron el debate político. El control de las ondas de radio por parte de los peronistas privó a los enemigos del régimen de una audiencia nacional”[377]. Efectivamente, el IAPI compró todas las cadenas radiales y nadie escapaba a la omnipresente propaganda en favor del dictador y su esposa. Antonio Devoto, principal accionista de RADES (Red Argentina de Emisoras Splendid) recuerda que “nos extorsionaron para que vendiéramos las radios” y el régimen “nos puso en la disyuntiva de vender o fundirnos”[378]. El propio Perón justificaba su censura denunciando “esa arbitraria invocación de la libertad de expresión, con la que se encubren campañas destinadas a

confundir y desorientar a la opinión pública”[379].

El régimen fue “comprando” mediante testaferros o empresas montadas por el gobierno una a una todas las “broadcasting” existentes: la primera en caer fue Radio Belgrano, seguida de Radio Splendid, Radio Libertad, Radio Mitre, Radio Antártida y así sucesivamente. No quedó una sola radio independiente. En Buenos Aires, los porteños que querían escapar de la agobiante propaganda oficial lo único que podían hacer era escuchar Radio Colonia, que trasmitía desde el Uruguay y por ende estaba a salvo de la censura.

Las cárceles de Perón estaban abarrotadas de presos políticos y llegaban a borbotones denuncias de vejámenes y torturas de los centros de detención. Las persecuciones a disidentes generalmente eran llevadas a cabo por la policía represiva de Perón (creada por la dictadura del GOU con facultades y autonomías especiales[380]), institución que a la sazón fue desnaturalizada puesto que no obró como custodia del orden público sino como brazo armado del partido gobernante: “Nuestra policía debe servir al peronismo, porque servir al peronismo es servir a la Nación. La policía debe ser peronista”[381] concluyó el peligroso Ministro del Interior Angel Borlenghi.

La picana eléctrica era moneda corriente y los torturadores estaban distribuidos en centros de tormento no para extraer de la víctima alguna confesión urgente sino a modo de mero escarmiento ideológico. Este era el cruento destino obligado de los disidentes que “se habían pasado de la raya” y los más connotados “interrogadores” del gobierno eran Cipriano Lombilla, Francisco Amoresano, los hermanos Cardoso, Salomón Wasserman[382] y muchos otros personajes que ganaron esa triste fama y que por cuya actividad la dictadura condecoraba, ascendía y elogiaba con todo entusiasmo y respaldo.

Estos atropellos eran denunciados con poco éxito y ninguna difusión por los diputados opositores en el recinto (la mayor saña con la tortura se aplicaba contra los militantes del partido comunista[383]). Las denuncias eran registradas por la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y cuando éstas alcanzaron legajos que completaron unas cincuenta carpetas macizas, un grupo de tareas del gobierno allanó la sede de la Liga en 1949 arrebatando toda la documentación acumulada.

El bloque oficialista, si bien negaba de plano la existencia de estos vejámenes, fingiendo preocupación creó el 26 de julio de 1949 una "Comisión Bicameral Investigadora de Actividades Anti-argentinas", donde fueron designados los diputados José Emilio Visca como Presidente y Rodolfo Decker como secretario. Desde entonces se conoció al organismo como "Comisión Visca-Decker", la cual comenzó a trabajar, no para investigar las mencionadas denuncias de torturas (que caían en plañidero) sino para intervenir a los diarios que todavía se mantenían independientes y urgía el afán de liquidarlos.

La "Comisión" no perdió demasiado tiempo y ni bien se la puso en marcha el 23 de octubre de 1949 allanó y/o clausuró los diarios La Nación, La Prensa, Clarín, La Hora, La Razón, Noticias Gráficas, United Press, Associated Press, Editorial Argentina y Asociación Noticiosa Argentina[384]. Seguidamente, la represalia vino contra los diarios del interior del país, allanando La Gaceta de Tucumán, La Capital de Rosario y otros medios tradicionales.

En el anhelo de impedir canales de distribución, la dictadura también prohibió a los diarios "enemigos" enviar ejemplares a sus lectores por correo. En octubre de 1948 Perón emitió un decreto disponiendo que los diarios La Nación y Clarín no podían tener más de 16 páginas cada uno, argumentando con esta medida la necesidad de "racionalizar" el papel. En marzo de 1949 se le dio una vuelta de tuerca a la censura y se redujo a 12 las páginas de sendas publicaciones. Progresivamente el régimen le incautaba a los pocos diarios opositores que quedaban las bobinas de papel y éstos tuvieron que restringir sus páginas que originariamente eran 48, hasta bajar finalmente a tan sólo 6 páginas con letra microscópica, cuyos fieles lectores lejos de resignarse compraban y leían rigurosamente con una lupa. El novelista Macedonio Fernández[385] contaba una anécdota personal que devino en chiste, puesto que estando él enfermo antes de morir, una amiga que lo acompañaba en su lecho advirtió un insecto y le pidió un diario para aplastarlo. A lo que Macedonio preguntó:

"- El bicho, ¿es grande?

-¿Para qué quiere saberlo?

-Para darte, según el tamaño, un diario del gobierno o de la oposición"[386].

Como la dictadura no se contentaba con reducir casi a la nada el tamaño de las publicaciones opositoras, finalmente vinieron los cierres y confiscaciones. Ejemplo de ello fue la clausura del diario La Vanguardia (publicación socialista prohibida a partir de 1947). También le tocó su "merecido" al semanario Provincias Unidas por cuestionar el viaje a Europa de Eva (1947). El histórico diario de Bahía Blanca La Nueva Provincia fue prohibido y confiscado en 1950. También se clausuró la revista "Qué…". Se prohibió el diario El Laborista (que publicaba el partido del encarcelado Cipriano Reyes). Fue cerrado el semanario conservador Tribuna Democrática. Se prohibió la publicación demócrata progresista El Hombre Libre. Se confiscaron los talleres gráficos El Norte (de San Nicolás) y Renovación (de La Plata). Se clausuraron además los siguientes medios gráficos: La Verdad (de Quilmes), La Unión (de Lomas de Zamora), El Tiempo (de Concordia), Castellanos (de Rafaela), El diario (de Paraná), La Capital y Tribuna (ambos de Rosario), los Principios y Córdoba (ambos de Córdoba), los Andes (de Mendoza), El Liberal (de Santiago del Estero), La Opinión (de Pergamino), Nueva Era y Tribuna (ambos de Tandil), El Orden (de Nueve de Julio), El Imparcial (de Coronel Suarez), Democracia (de Junín), Veritas (publicación de finanzas) y La Tierra (publicación de la Federación Agraria).

Nada quedaba librado al azar, tanto los grandes diarios porteños como una modesta publicación de pueblo quedaba prohibida si no se ajustaba a los dictados de Perón. Solamente en el año 1950 la dictadura cerró 150 diarios. El 23 de diciembre de ese mismo año por ejemplo, un caso emblemático lo constituyó la clausura en Salta del diario opositor El Intransigente, cuyo propietario, Michel Torino redobló la apuesta imprimiendo clandestinamente y de manera artesanal un folletín titulado "El Boletín Intransigente". El infatigable periodista dormía todos los días en lugares distintos para eludir la represión y finalmente fue detenido el 28 de mayo de 1951 padeciendo 3 años de cárcel. En 1954 la asociación Interamericana de Prensa declaró a Michel Torino como "Héroe de la libertad de prensa" y su Presidente, Lanz Duret vino al país a entregarle el galardón, pero al llegar, la dictadura lo retuvo en el Aeropuerto de Ezeiza impidiéndole salir del predio y lo obligó a regresar a su país. Finalmente, durante los últimos días de 1954 los miembros del Tribunal Supremo de Justicia de Salta que habían osado absolver de culpa y cargo a Torino fueron todos cesanteados y condenados.

El Diputado Visca (presidente de la Comisión represiva) años defendió luego la censura impuesta alegando que “La mayoría eran diaritos provinciales sin ninguna significación, y una revolución como la nuestra no podía detenerse en minucias”. Consultado acerca de cuáles fueron sus motivaciones para cerrar por ejemplo diarios como La Hora y Orientación, Visca respondió “los cerré por comunistas y por olvidarse de la inscripción del Año del Libertador General San Martín en sus primeras ediciones de 1950”. Pero respecto del cierre de los diarios grandes y capitalinos, Visca se desentiende a título personal y agrega: “El cierre de La Prensa no fue cosa mía, sino de otra comisión especial que siguió adelante con el proceso”[387].

La represión a la prensa se tornaba progresivamente más intensa, siendo los dos diarios antiperonistas por excelencia La Nación y La Prensa, pero esta última, que era la publicación más combativa, fue finalmente cerrada, expropiada y su dueño, Alberto Gainza Paz, tuvo que escapar clandestinamente a Montevideo con su hijo de 9 años en lancha por el Río de la Plata en altas horas de una noche tormentosa. Sin más trámites, la dictadura dispuso el 12 de abril de 1951 la siguiente ley que escuetamente decía: “Declárase de utilidad pública y sujetos a expropiación, todos los bienes que constituyen el activo de la sociedad colectiva La Prensa”. Días después el proscriptor Perón indicó ante periodistas extranjeros “el motivo” de haberse expropiado dicho diario explicando la siguiente generalidad: “La Constitución es bien clara: quien perjudica al conjunto perjudica a la Nación, y ésta es el conjunto de su pueblo. Lo que perjudica al pueblo para nosotros es ilegal e inconstitucional”[388].

Si bien La Prensa era el diario más opositor a la dictadura, llama la atención que Perón no haya tomado medidas similares contra el diario La Nación, el cual si bien era blando y moderado, de vez en cuando esbozada alguna crítica. Claudio Escribano cuenta que en 1971 le mandó a preguntar a Perón, vía Jorge Paladino (que era su delegado), cuál era la diferencia que veía entre la Prensa y La Nación y el dictador respondió: “A pesar de ser un diario de la oligarquía, la Nación es un diario con raigambre nacional, en cambio La Prensa representaba los intereses de la plutocracia”[389].

A mediados de mayo de 1950 no quedaban en pie ni siquiera los inocentes programas radiales de preguntas y respuestas. ¿El motivo? Al preguntársele ganador del premio de uno de los concursos qué haría con el premio, el afortunado disparó: “pienso donarlo…a la comisión de ayuda a los

presos políticos del Partido Socialista". Ese fue el último programa.

En 1953, el Secretario de Propaganda Raúl Apold presentó un informe en Casa de Gobierno dando cuenta de los "logros y avances" de su labor: "gracias a las restricciones de papel, se logró reducir no menos del 50% la gravitación de los diarios en el interior del país" agregando que la radio es "el instrumento más efectivo de penetración en los hogares del país" y por ende ya "existían 72 emisoras unificadas en cadena general" y respecto del cine, el eufórico funcionario informó que "la posibilidad de injertar motivos difusores y de propaganda es prácticamente ilimitada"[390]. La dictadura había alcanzado a controlar el contenido y la propaganda de todos los cines del país, la totalidad de las radios y de los 100 diarios que quedaban en pie sólo subsistía el medio "opositor" La Nación, que apenas publicaba seis páginas por día con esporádicas críticas mesuradas y en letra microscópica.

De todos los medios usados por Perón para reprimir a la prensa, sin dudas el más severo fue el decreto–ley 536 dictado durante la dictadura del GOU, el cual perseguía los delitos "contra la seguridad del Estado", cuyo elástico e impreciso artículo 8° prescribía: "Será reprimido con seis meses a tres años de prisión el que por cualquier medio propagase o enviare al exterior o desde el exterior, informaciones tendenciosas o falsas, destinadas a perturbar el orden, la economía o la seguridad del país"[391]. De esta manera, los periodistas tenían dos opciones: se sometían servilmente o caían en desgracia víctimas de la persecución, el encarcelamiento, la marginación o el exilio. Sólo podían ejercer "periodismo" los que aceptaban aplaudir al régimen. En efecto, una de las características que tuvo el ejercicio del periodismo de la época fue que lo corrompieron profundamente, dado que muchos profesionales que dirigían o redactaban en estos órganos no eran peronistas pero las alternativas eran dos: o se entregaban al sistema o se exiliaban. Los que se quedaban en el país tenían que ganarse la vida y entonces se sometían a imposiciones sin cuyo cumplimiento les era imposible trabajar, pero en lo íntimo se despreciaban por la faena que debían cumplir, multiplicando las loas a Perón y su esposa, exagerando la obra del gobierno y vituperando a la oposición. Algunos de ellos acumularon gran amargura y resentimiento tras la reiteración de una actividad que en conciencia sentían como una diaria prostitución de su oficio. No los estamos justificando, puesto que muchos otros, con mayor dignidad e integridad personal mantuvieron en

firme sus ideas padeciendo luego la cárcel, el exilio o la marginación profesional. Téngase en cuenta que del totalitarismo no es sólo responsable el dictador, sino también el cortesano que le sirve, el súbdito que lo aplaude y el indiferente que lo consiente.

Otra de las medidas represivas eficaces de la dictadura consistió en investigar "actividades antiargentinas" en todo tipo de instituciones sospechadas como no adictas al régimen (estén estas identificadas con la izquierda o la derecha). Entre ellas, se intervino la Unión de Jóvenes Patriotas Argentinos, el Automóvil Club Argentino, el Banco Francés del Río de la Plata, la Federación Juvenil Comunista, la Unión de Mujeres Argentinas, la liga Argentina por los Derechos del Hombre, el Banco de Londres y América del Sud, el Banco Polaco, la Agencia de Publicidad Pueyrredón, la Bolsa de valores de Bs.As., la Sociedad Rural Argentina y la Compañía Importadora Papelera Argentina entre otras entidades "sospechosas".

La intelectualidad y los artistas opositores eran perseguidos o desterrados. Un caso grosero que no pasó a mayores por la gran trascendencia del afectado fue el del notable escritor Jorge Luis Borges, expulsado de su cargo de Director de la Biblioteca Municipal Miguel Cané y "promovido" al cargo de "inspector de aves" en uno de los mercados estatales: "Borges (…) Es un escritor, ¿Qué escribe?" preguntaba Perón, "no lo he leído. Qué quiere: en estos 10 años no he podido estar para cuentos. Ni conozco a ningún cuentista. Los cuentos los hago yo"[392] ironizaba un dictador orgulloso de la humillación a la que sometía a los pensadores que no lo aplaudían. Anota Joseph Page que "A la par que Perón cultivaba una imagen de seriedad intelectual, durante toda su vida despreció la intelectualidad y a pesar de tener la plena prueba de la mediocridad de sus acólitos, permitía ser endiosado con una adulación insensata"[393].

Eva Perón también cumplió un importante papel en esta política de censuras, puesto que ella, habiendo fracasado como actriz por visible falta de talento, nunca se alejó del todo del mundo del espectáculo y desde el poder conyugal siguió interviniendo en él, pero en calidad de censora prohibiendo o forzando el exilio a los artistas que no simpatizaban con la dictadura de su esposo o que no se habían llevado bien con ella durante sus tiempos de actriz. Así, Libertad Lamarque, Niní Marshall, Francisco Petrone, Pedrito Quartucci (ex amante de Eva), Arturo García Buhr, Orestes Caviglia y la bailarina María Ruanova escaparon al extranjero. De la censura cinematográfica no se

salvó ni Charles Chaplin: su película, El Gran Dictador, nunca pudo exhibirse durante la era peronista.

En otros rubros del mundo artístico, el folklorista Atahualpa Yupanqui, el escritor Alfredo Varela o el director de orquesta Osvaldo Pugliese fueron encarcelados[394]. La orquesta de este último (mantenido en cautiverio tras ser acusado de comunista), salía a escena con el atril de su director vacío, con un clavel rojo sobre el teclado y con un haz de luz que iluminaba el taburete, en señal de silenciosa protesta.

La oposición no sólo no tenía el menor acceso a la prensa sino que -lo que era más grave- tampoco contaba con margen alguno para aferrarse a la justicia ante los vejámenes que padecía, puesto que ésta no era otra cosa que un sumiso satélite de la dictadura. El Poder Judicial estaba tan groseramente subordinado a Perón, que al inaugurar el año judicial el presidente de la Corte, Rodolfo Valenzuela expresó textualmente que la "doctrina" dictada por Perón se encontraba por encima de la ley: "La doctrina Justicialista, cuyos principios marcan hoy la vida nacional, nos une a los servidores del derecho. Profesamos una doctrina nacional por primera vez en la historia política argentina. Por encima de las leyes formales, tiene hoy suprema vigencia la ley de la vida y lo somos de esa ley más que de ninguna otra" y agregó "Invito a todos los servidores de la administración de justicia a persistir en esa patriótica faena e identificarse con el justicialismo"[395]. Ningún magistrado judicial en ejercicio parecía tener siquiera un poco de vergüenza ante tamaño nivel de genuflexión y servilismo. Basta con decir que los Jueces de la Corte se sentaban en primera fila en los actos peronistas que se llevaban a cabo en el Luna Park y el 27 de julio de 1952 la propia Corte dictó una acordada suscripta por el citado Valenzuela y los doctores Tomás D. Casares, Luis R. Longhi, Felipe Pérez, Atilio Pessagno y el Procurador General Carlos Gabriel Delfino sentenciando: "Que la Corte Suprema de Justicia de la Nación, intérprete máximo de la leyes, reconoce en Eva Perón a la suprema inspiradora de normas legislativas conducentes al bienestar, felicidad y la afirmación de los inalienables derechos del pueblo"[396].

A medida que la represión se masificaba, los perseguidos acudían desesperadamente a vías de escape poco convencionales con destino al Uruguay, cruzando a remo gracias a los oficios de Rinato Vasallo, un socialista de 44 años criado en el delta, cuya pericia permitió la huida de un

centenar de exiliados: “Era gente de distintas ideologías y jamás pregunté sobre ellos (…) Se los concentraba en el Tigre y de allí eran llevados en lanchas de pasajeros o barcazas hasta Manzana de la Barca, un arroyo que desemboca en el río Paraná Guazú, sobre el límite de Buenos Aires con Entre Ríos, donde nos reuníamos en la casita de unos isleros amigos. Nos íbamos a dormir, dejando sólo una canoa amarrada, para despistar a los lugareños. Al día siguiente, la canoa seguía allí, pero los huéspedes ya no estaban. Durante la noche se habían cubierto cincuenta kilómetros para dejarlos en la orilla de enfrente, atravesando dos veces el río Uruguay” añadiendo que “de la isla enfilábamos directamente hacia la ribera, hasta el primer poste de un alambrado perpendicular a la costa, entre Nueva Palmira y Carmelo. Ese era el punto de referencia, porque siguiendo el alambrado se llegaba a la ruta; allí colocaba mi señal y esperábamos al arribo de Pastor Aulet, un socialista uruguayo que venía a buscar a la gente con su viejo automóvil[397] recordará el arriesgado remero.

Capítulo 7: San Perón

Juan Perón hasta en la sopa

A la par que se iban cerrando uno a uno los medios opositores, el régimen iba edificando en su favor un aparato gráfico de propaganda estatal gigantesco llamado ALEA SA., cuya propietaria insólitamente era Eva Perón (que nunca había tenido un centavo), dato que confirmaba la ilegalidad y el desmanejo de los polémicos fondos de su Fundación (para la cual supuestamente su mentora trabajaba ad honorem). El diario peronista por antonomasia del multimedios de Eva era *Democracia*, al que se sumaron no sólo las publicaciones del citado grupo ALEA SA. sino que a la vez se compraron los diarios Crítica, La Razón, Noticias Gráficas y La Época. El antiguo Diputado Peronista Eduardo Colom cuenta que "ALEA es el pulpo que se apodera de todos los diarios de la Capital Federal, con excepción de La Prensa, que, como no se vende, hay que expropiarla. La Nación no se expropia ni se la compra, porque La Nación se entrega: solícitamente hace lo que el Gobierno ordena; entonces para el Gobierno no es una carga estando un Mitre al frente. Se sometieron; nunca fue peronista pero estuvo muy discreta. Clarín no lo tomó Perón, porque Roberto Noble jugaba a las cartas con Perón. Pero todos los demás diarios: La Razón, Noticias Gráficas, Democracia, La Época, El Mundo, a la larga y a la corta pasaron a poder de ALEA"[398].

La dictadura compró también por medio de testaferros la Editorial Haynes (que editaba el diario El Mundo, El Hogar, Selecta y Mundo Argentino) de la cual comenzaron a editarse revistas oficialistas con fondos públicos tales como Mundo Infantil, Mundo Radial y Mundo Agrario. Al final de su régimen, Perón había montado con plata ajena y para su propia gloria y alabanza un imperio periodístico conformado (además de por la totalidad de las emisoras radiales) por 13 editoriales, 17 diarios nacionales, 10 revistas y 4 agencias informativas que gozaban de ingente pauta oficial: "Hemos purificado nuestra prensa. Ella ha sido, en este sentido, el objeto de un extraordinario perfeccionamiento"[399] declaró un orgulloso Juan Perón el 13 de octubre de 1949.

Se vivía en un clima de monotonía intelectual y bajo vuelo cultural, chatura destinada a gente con poca o ninguna inquietud que no fuera más allá del entretenimiento trivial al que siempre el régimen anexaba la reglamentaria lisonja al matrimonio detentador del poder central. Para dirigir o actuar en las películas cinematográficas había que ser peronista, o por lo menos fingir que se lo era. Las figuras protagonistas de entonces estaban vinculadas a organizaciones del régimen[400] y como bien señala Félix Luna, las películas no eran más que "tilinguerías para un público acostumbrado por el cine norteamericano a comedias ñoñas, o penosas reelaboraciones de novelas y cuentos de escritores universales, al *uso nostro*"[401]. Y si la película a proyectar no tenía ninguna connotación oficialista, se procuraba que en los intervalos del cine la propaganda del régimen se transmitiera rigurosamente a través del caricaturesco noticiario "Sucesos Argentinos".

En la Argentina peronista sólo tenían trabajo o figuración periodística, teatral o académica los obsecuentes, generalmente mediocres cuyo mérito mayor era el servilismo y la sumisión. Este mecanismo mantenido en el tiempo fue envileciendo las ciencias, los libros, el cine, las novelas, los programas de radio y las crónicas. Ninguna actividad escapaba a la "doctrina nacional" y se llegó a extremos tales como el caso del ingeniero Ramón Asís, vicegobernador de Córdoba y profesor universitario, autor del desopilante libro "*Hacia una arquitectura simbólica justicialista*". La ciencia tampoco se vio librada de la politización oficial y el sucesor de la cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina del exonerado Premio Nobel Bernardo Houssay, cambió el nombre de la materia por el de "Fisiología Peronista"[402].

La vulgarización de las costumbres, el embrutecimiento generalizado y el desincentivo de la excelencia fueron otras de las tristes notas distintivas del largo régimen de Perón. En las calles se embestía con un hostigamiento visual conformado a base de bustos, estatuas, carteles, nombres de plazas, ciudades y calles que pasaron a llamarse Juan Perón o Eva Perón y se empapeló el país con afiches que a modo de pseudo religión rezaban el versículo "Perón Cumple, Evita Dignifica". Llegó un momento en el cual no había dependencia u oficina pública que no tuviese una imagen de alguno de los integrantes de la pareja presidencial en exhibición. Los comercios, cualquiera fuere su rubro, debían tener una foto de Eva o del dictador de manera virtualmente obligatoria, caso contrario, eran pasibles de recurrentes inspecciones impositivas o administrativas que acababan clausurando el

local: “el culto a la personalidad es realmente indispensable en las etapas revolucionarias”[403] se justificaba Perón.

Se vivía francamente en el absurdo. La ciudad de La Plata fue rebautizada con el nombre “Eva Perón”. La estación de trenes de Retiro pasó a llamarse “Presidente Perón”. Las Provincias de Chaco y La Pampa a partir de enero de 1952 cambiaron su nombre por “Presidente Perón” y “Eva Perón” respectivamente. La ciudad de Quilmes también pasó a llamarse Eva Perón al igual que un sinfín de calles, colegios y plazas de todo tipo y tenor. Respecto a la monotonía en cuanto a los nombres de calles y avenidas se provocó un serio problema en el correo central, porque debido a la gran cantidad de lugares con la misma denominación se complicaba en mucho la clasificación de cartas y encomiendas, lo que determinó que el remitente se viera obligado a agregar entre paréntesis el nombre anterior de la calle o la dirección rebautizada a fin de evitar que su correspondencia fuera a un destino equivocado.

El gobernador de la Provincia de Buenos Aires (a la sazón Carlos Aloé) dispuso que todos los cuerpos celestes descubiertos en el observatorio de Eva Perón (así se denominaba la ciudad de La Plata) fuesen “consagrados a Eva Perón e identificados con nombres que exalten sus virtudes”[404]. Y así se determinó que tres nuevos astros fueran denominados “Abanderada”, “Mártir” y “Descamisada”. El Congreso sancionó la ley 14.036 imponiéndole al mes de octubre la condición de “mes del Justicialismo”[405]. El “Escudo Peronista” reemplazó progresivamente al Escudo Nacional, y la diferencia estética entre uno y otro era que el escudo de Perón tenía las manos estrechadas en sentido diagonal y no horizontal, representando una relación de subordinación entre la masa y el caudillo. La “Casa Guzmán”, dedicada a fabricar trofeos y distintivos, fue contratada por el Estado para fabricar 16 mil “escuditos” por día[406], los cuales se repartían en las solapas de los colegios primarios y secundarios. Además se anexaban a las medallas y trofeos deportivos de los “Campeonatos Evita”, cuadrantes de relojes, pañuelos y todo tipo de utensilios donde pudiese estamparse la propaganda partidaria de la dictadura: “hoy es un día peronista”[407] debía decir de manera exultante el locutor radial Luis Elías Sojit cada vez que amanecía soleado.

La saturación idolátrica era tan agobiante, que los groseros gestos de obsecuencia de los funcionarios peronistas ya no llamaban la atención: “En el gobierno argentino no hay nadie, ni gobernadores, ni diputados, ni jueces, ni

nadie: hay un solo gobierno que es Perón" arengaba el gobernador bonaerense Carlos Aloé[408] agregando "Ningún peronista entra a analizar las situaciones. Basta que el General Perón quiera una cosa para que todos estemos dispuestos a cumplirla de inmediato"[409]. El sirviente Héctor Cámpora no se quedaba atrás y en su condición de Presidente de la Cámara de Diputados era el encargado de tomar juramento a los Diputados que asumían y para tal fin fabricó la siguiente fórmula juramental: "¿Juráis ser leales al Libertador de la República General Juan Perón y a la Jefa Espiritual de la Nación Eva Perón, a su doctrina y a su movimiento?"[410]. La Diputada Delia Parodi enseñaba que "Nuestro Dios en la Tierra es Perón"[411], en tanto que el Diputado Virgilio Filippo redactaba un "Ave María de María Eva"[412], a fin de ser rezado en las unidades básicas**.** El Ministro Mendé, por su parte, inventó un establecimiento educativo llamado Escuela Superior Peronista, creado según él "para enseñar a amar a Perón" dado que "seremos mejores todavía si tenemos el pensamiento puesto en Perón. Cada noche al acostarnos debiéramos examinarnos: ¿He imitado yo en este día a Perón? (…) Porque Perón no se equivoca ni puede equivocarse jamás (…) Porque los genios y los grandes hombres, sin salvarse uno solo, todos han padecido errores y defectos. Todos menos Perón"[413]. Y fue en esa misma "Escuela Superior" en la cual Eva brindó "clases de doctrina peronista" enseñando que "no servirá de nada si aquí no aprenden los argentinos a querer a Perón, porque cuando llegue el día de las luchas y tal vez sea necesario morir, los mejores héroes no serán los que enfrenten a la muerte diciendo ¡La vida por el justicialismo!, sino los que griten ¡La vida por Perón!"[414] y en otros de sus más enfermizos panegíricos a su esposo dirigidos a militantes de la rama femenina del partido remató: "Siento que Perón es incomparable, Perón es dios para nosotros, y lo digo con todas las palabras que tengo y con todas las palabras que se, y cuando se me acaba la voz y las palabras lo digo de cualquier manera (…) las mujeres somos pasionistas mi General, las mujeres somos fanáticas mi General, y el Partido Peronista, lo confieso honradamente, es fanático, y al ser fanático, demuestra que ha abrazado una gran causa, únicamente las grandes causas tienen fanáticos sino no habría ni santos ni héroes, y nosotras somos fanáticas de Perón (…) como no estamos contra nadie, tenemos un enemigo: los antiperonistas. Esos son nuestros enemigos: seremos leales hasta el fin, cueste lo que cueste y caiga quien caiga"[415].

Estas adulaciones patológicas se irán intensificando con el tiempo

hasta adquirir delirios místicos: “yo no concibo el cielo sin Perón”[416] sentenció Eva en su testamento político e incluso sus loadores no tardarán en colocar a Perón por encima de Jesucristo en discursos oficiales tal como lo veremos en capítulos posteriores. Por lo pronto, sirvan estos pocos ejemplos expuestos a modo ilustrativo para aclimatar al lector conforme el insoportable ambiente entonces vigente.

En cuanto a los destinatarios de tamañas ofrendas (el dictador en primer lugar y su esposa en segundo término), desde el punto de vista psiquiátrico no son pocos los facultativos que sostienen que sólo personalidades irremediablemente enfermas de vanidad y egocentrismo podrían apañar y/o promover tanta idolatría para sí mismo sin sentir una mínima cuota de vergüenza. Muchos años después (en 1973) Perón se refirió a este cuestionado asunto del culto a la personalidad y respondió “¿Qué puede tener eso de malo, si yo no me lo creo? Acaso, ¿no es normal que la persona que brinda tanto bien sea casi endiosada por sus beneficiarios?”[417].

El Goebbels de Perón

Para montar un pensamiento totalizador y hegemónico como el referido, Perón necesitaba de un Joseph Goebbels[418] que le digitara la propaganda y así formateara las cabezas de los millones de súbditos del país que él gobernaba. En consecuencia, Perón consiguió al suyo. De ahí que nos detendremos unos párrafos para dedicarlos a un personaje clave en toda esta perversa trama de censura, persecución ideológica, idolatría y saturación propagandística que fue Raúl Apold[419], el Secretario de Propaganda de la dictadura, suerte de Goebbels criollo.

Apold fue uno de los funcionarios más fieles y que más tiempo duró al lado de Perón, y fue quien diseñó el aparato de propaganda que tuvo que soportarse durante toda una interminable década. Este misterioso Secretario fue quien mantuvo el control y la censura de los medios de comunicación “enemigos”. El diseño comunicacional de Apold estaba tan monopolizado o concentrado en la pareja presidencial, que Silvia Mercado, en su libro dedicado al personaje (El Inventor del Peronismo[420]), nos describe el siguiente paisaje: “Por el fenomenal y eficiente aparato de propaganda que comandó Apold, los símbolos como el Himno Nacional Argentino o el

Escudo Nacional fueron perdiendo importancia en los actos frente al Escudo Peronista o la Marcha Peronista" agregando la siguiente observación: "A Apold le debemos, además, la imposibilidad de ver cualquier otra figura en el gobierno de Perón que no sea la de Eva"[421]. Tan abrumador y detallista fue el contralor informativo de esa década, que Mercado concluye: "lo que hoy los peronistas saben de los dos primeros gobiernos peronistas, lo que ignoran, lo que aman y lo que odian es, básicamente, lo que Apold ´construyó´"[422]. En efecto, casi no hay personaje de la época y del gobierno del que se recuerden nombres y fotografías. Todo, absolutamente todo estuvo concentrado fílmica, gráfica, visual y radialmente en la pareja presidencial.

¿Tanto compromiso ideológico tenía Apold con el peronismo? En absoluto. Se lo recuerda como un hombre eficiente pero no ideologizado, aunque su compañero Enrique Mayoqui[423] lo describe políticamente de esta manera: "De izquierda no era seguro" añadiendo que "Apold tenía prejuicios antisemitas y nostalgias por un pasado de orden y autoridad"[424].

El poderoso Apold era un hábil empresario del espectáculo con muy pocos escrúpulos, que con eficacia y talento se dedicó a diseñar un plan conforme los parámetros que su jefe le exigía, y para el grueso de los periodistas de la época era un verdadero zar: "Si tú supones que los directores iban a chuparle las medias a Apold, aciertas, hijo mío. En cambio los secretarios de redacción, con su conocido coraje viril y en un gran acto de valentía, cuidaban de que Evita estuviera siempre linda en todas las fotos, porque si la señora se cabreaba los rajaba con un telefonazo"[425] sentenció burlonamente el periodista Jorge Koremblit.

En suma, por orden de Perón, el eficiente Apold fue el responsable de que todo el entorno cultural de la época viviera en la invariabilidad y la hegemonía de un irritante bombardeo publicitario y fetichista del cual no se salvaron ni los niños.

Los únicos privilegiados: ¿son los niños?

"Vamos a llevar el peronismo al alma del niño argentino, pues nos reservamos el derecho de que la niñez argentina aprenda a amar a la Patria y a Perón desde su cuna. El cebollita porteño, el coyita de Jujuy, los changuitos y todos los niños del país, antes de decir papá, deben aprender a decir

Perón”[426] ordenó Eva en una de las arengas más miserables que se registren en su haber. Y así se hizo. En los textos de las escuelas primarias, lo primero que los educandos aprendían a deletrear era la oración “Perón es el líder. El líder nos ama. ¡Viva Perón!. Perón es un buen gobernante. Manda y ordena con firmeza. El líder nos ama a todos. ¡Viva el líder!”. O este otro libro de cabecera de instrucción primaria, conteniendo 80 páginas de las cuales Perón ocupaba 15, Eva 35, San Martín, Belgrano y Sarmiento una cada uno y en donde la oración probablemente más chocante era “Mamá y papá me aman. Perón y Evita nos aman. Mi hermanita y yo amamos a mamá, papá, Perón y Evita”[427].

Los alumnos más pequeños debían leer páginas que decían; Perón. Pe-rón. Eva. E-vi-ta. Evita mira a la nena. El nene mira a Evita; Vi a Eva. Ave. Uva. Viva. Vivo. Veo. Vía. Eva. E-va. Evita. E-vi-ta. Perón. Pe-rón. Sara y su esposo son peronistas. Votaron a Perón. Esa dama es Evita (dibujo). Era tierna y dadivosa. Dio su ayuda a todos. Nadie la olvidará. Perón nos dio y nos dará más. El Libertador General San Martín (dibujo). El Libertador General Perón (dibujo); Gloriosa casa de Tucumán (dibujo). En ella se juró el 9 de julio de 1816 la independencia política. El 9 de julio de 1947 la independencia económica. Nuestra gratitud a los patriotas de 1816 y 1947. Día de los Trabajadores. Primero de Mayo. Fiesta del Trabajo. Los trabajadores argentinos festejan en ese día los triunfos obtenidos durante el gobierno del general Perón; Perón nos ama (dibujo). Nos ama a todos. Por eso lo amamos. ¡Viva Perón! Ésta es Evita (dibujo). ¡Nos amó tanto! El general Perón es el genial gobernante de la nueva Argentina (dibujo). Sus tareas comienzan al amanecer y no terminan hasta la noche; Evita ama a los nenes. Los nenes y las nenas aman a Eva. ¡Viva Evita!¡Viva! ¡Viva! ¡Perón es el líder! (dibujo) ¡Viva! ¡Viva la bandera argentina! (dibujo) ¡Viva el general Perón! (dibujo) (…) Perón, como San Martín es, para sus partidarios, insustituible y para sus enemigos un luchador incansable y victorioso (dibujos ambos)[428].

Las ilustraciones que representaban a Eva solían graficarla como un hada madrina. Para intensificar la propaganda infantil, el régimen editaba una publicación llamada Mundo Peronista, la cual instigaba a los niños a rezar de rodillas la siguiente plegaria: “!Señor! Tú eres el único que ve las intenciones. A ti no se te puede engañar con discursos. Tú sabes que el general Perón es bueno y que Evita es buena. Si no lo fueran, en vez de

pensar en nosotros, en los pobres, hubieran pensado para los ricos para apoyarse en ellos”[429].

Como todo este repugnante espectáculo era de público conocimiento, con el tiempo los defensores del dictador Perón alegaron que esto era “obra de los alcahuetes” pero que Perón “jamás aprobaba” estas patéticas advocaciones. Va de suyo que Perón era amo y señor de la vida de los argentinos y nada se hacía sin su anuencia, pero además este carnaval laudatorio no era sólo avalado con su permiso sino con su deliberada y expresa directiva: “Nosotros tenemos en este momento cuatro a cinco millones de estudiantes, de gente que estudia. Que si no votan hoy, votan mañana, no hay que olvidarse. Tenemos que irlos convenciendo desde que van a la escuela primaria. Y yo les agradezco mucho a las madres que les enseñan a decir Perón antes que decir papá. Es demasiado eso, pero….Es decir para la primera parte de esta acción individual es imprescindible el adoctrinamiento. La escuela primaria constituye entonces el primer escalón de captación y del adoctrinamiento de la futura ciudadanía al movimiento justicialista. Esta exigencia impone al personal de preceptores, maestros y profesores una profunda identificación con los postulados de la doctrina, a fin de lograr que la juventud, al iniciarse en el ejercicio de los derechos ciudadanos se encuentre identificada con la doctrina nacional”[430]. Eva por su parte encaró esa tarea adoctrinadora arengando a sus descamisadas de esta manera: “Y nosotras, mi general en lo íntimo de nuestro corazón de mujeres argentinas, peronistas, sabemos la responsabilidad que nos toca en esta hora histórica vivir. Y ya estamos, en nuestros ejércitos civiles de mujeres, adiestradas y adoctrinadas para enseñarle e inculcarle al niño que el alma de la Patria, antes que las escuelas, lo forman las madres argentinas en la cuna, que les enseñamos a quererlo a Perón antes que a bendecir a los nombres propios”[431].

En los colegios secundarios el personalismo ideológico no era menor: la materia Instrucción Cívica fue reemplazada por otra llamada “Formación Política”, en la cual todas las bolillas eran de un contenido proselitista: “Las doctrinas económicas del general Perón”; “Los objetivos del segundo Plan Quinquenal”; “La importancia de la nacionalización de los ferrocarriles”; “El Plan Quinquenal 1947-1951” o “Las medidas adoptadas por el gobierno justicialista”[432] entre otros ítems de similar identificación partidaria.

Desde el Ministerio de Educación se dispuso una regulación para que

todos los textos destinados al colegio secundarios estuvieran inspirados en la "orientación espiritual, filosófica, política y social y económica de la nueva Argentina". Pero como algunas editoriales se resistían a adaptar sus libros a tan lamentable condicionamiento, estas fueron de inmediato castigadas con el retiro de circulación de sus publicaciones, tal el caso de los Manuales Estrada, censurados textualmente "por ignorar la realidad de la Nueva Argentina"[433].

En cuanto a la Universidad de Buenos Aires (donde prevalecía el anti-peronismo y era el último bastión del adoctrinamiento), los respectivos Decanos disputaban afanosamente su obsecuencia y el interventor Villoldo no vaciló en rebautizar las aulas de la facultad de Derecho con los consabidos nombres de "Perón", "Eva Perón", "17 de Octubre" y así sucesivamente. Pero un día el obediente funcionario se encontró con que unos ocurrentes alumnos redoblaron la apuesta estampado en los sanitarios un cartelón que decía "Baños Villoldo".

Adoctrinando al empleado del mes

Perón no sólo buscaba de sus súbditos la obediencia, sino también la adhesión, sea esta voluntaria o forzosa. La afiliación obligatoria al partido de gobierno impuesta para los empleados públicos se fue intensificando a través de férreas disposiciones y sistemas de control. Sin embargo, Perón se mostraba disconforme puesto que no alcanzaba las adhesiones suficientes que él mismo pretendía y fue así como sumamente disgustado y preocupado se lo hizo saber a sus gobernadores en reunión plenaria en febrero de 1952: "El adoctrinamiento realizado en los agentes y funcionarios de la administración pública no ha dado, en general, los resultados esperados. Por ello cabe destacar la necesidad de seleccionar ideológicamente al personal de la administración pública, con el propósito de que todos los agentes del Estado estén sincera y absolutamente identificados con la Doctrina Nacional. Los directores de las grandes reparticiones serán responsables de la identificación ideológica de los agentes de su dependencia, a fin de eliminar de ella a los funcionarios que no estén plenamente identificados con el gobierno, con la doctrina y con el Movimiento Justicialista (…) Nosotros no pretendemos que todos nos amen; pero sí tenemos el derecho a exigir que todos nos obedezcan. Para eso está la doctrina"[434]. En consecuencia, el solícito Ministro de

Asuntos Técnicos Raúl Mendé firmó la orden administrativa que rezaba "realizar una investigación a fondo a fin de individualizar a los elementos negativos y a los elementos opositores, e inmediatamente adoptar la única medida posible: separarlos", agregando literalmente que dentro de las "condiciones indispensables" que debían reunir los empleados públicos se encontraban: "primero que sean peronistas, segundo, que sean honrados; tercero, si es posible, que sean capaces"[435]. El flamante Gobernador bonaerense Aloé, quien quería diferenciarse a toda costa de su antecesor Domingo Mercante (que había caído en desgracia por ser "demasiado independiente"[436]) siguiendo las directivas de Perón brindó órdenes vinculantes a toda la estructura del aparato provincial: "Espero que con el tiempo debido, desde el gobernador hasta el último servidor del Estado, todos seamos peronistas. Nosotros tenemos que llegar al adoctrinamiento total del personal, es decir, que tenemos que ir educándolo en la doctrina y en la mística peronista. Que cada empleado se sienta verdaderamente peronista de alma, por sentimiento y por convencimiento. Por eso le pido a los señores intendentes, que periódicamente, en sus municipalidades, reúnan al personal y le den clases de peronismo, verdaderas clases de peronismo (…) La institución provincial y el gobierno de la provincia proclaman y reclaman a todos los funcionarios y de todo el personal que forma parte de la administración provincial que su función se desenvuelva dentro de la doctrina peronista" y puntualmente al personal policial el Gobernador le brindó una monserga aparte ordenándoles "que sigan las directivas y la doctrina del conductor"[437] sentenciaba el Gobernador Aloé, cuyo rudimentario nivel intelectual resultaba tan notorio que los despiadados opositores se mofaban de él comparándolo con "el caballo de Calígula".

El 18 de abril de 1952, Perón volvió a la carga con su obsesión consistente en adoctrinar y vigilar ideológicamente al empleado público: "Es menester extremar, organizar y establecer la vigilancia sobre personal de Administración Pública sindicado como opositor o indeciso (…) Para efectuar la selección ideológica de los servidores del Estado, cada gran repartición de todos los Ministerios y organismos del Estado deberán llevar a cabo un registro donde se anoten minuciosamente, los antecedentes, tendencias ideológicas de cada funcionario y empleado (…) Las instituciones armadas, las fuerzas policiales y los Ministerios civiles deberán asignarle capital importancia a las tareas de adoctrinamiento de todo su personal" y fomentando la delación agregó "Todos los Ministerios y organismos civiles

deben tener organizado su servicio de informaciones, los que deben actuar en íntimo contacto con la Coordinación de Informaciones de Estado”[438].

En la extensión de su política generalizada de adoctrinamiento, Perón resaltaba su preocupación por las instituciones castrenses, sobre las cuales finalmente se declaró satisfecho por los resultados obtenidos: “Hemos visto cómo paulatinamente el Adoctrinamiento Nacional dentro de las instituciones armadas progresa a pasos rápidos y seguros. El adoctrinamiento nacional representa para nosotros el punto de partida de una Nueva Argentina, que piensa de una misma manera, siente de un mismo modo y obrará unánimemente de una misma forma. Por eso damos a este adoctrinamiento una importancia extraordinaria”[439]. Un testigo directo de estas invasiones ideológicas en el ambiente militar, el teniente coronel Heriberto Kurt Brenner (profesor en la Escuela Superior de Guerra) rememora: “Las clases de adoctrinamiento se impartían en el aula magna, reunidos todos. Los profesores carecían de toda relevancia intelectual; enviaban a cualquiera a hablar del Plan Quinquenal y otros problemas. Los actos de genuflexión son odiosos al militar de honor, y tanto insistir en la lectura de Perón, su imagen, la calificación de traidores a quienes estaban complicados con ´oscuros intereses foráneos´, provocó la primera reacción de malestar. Esa gente ni siquiera estaba a la altura de quienes recibían las clases. Podían haberse elegido a profesores de la Universidad medianamente hábiles, pero se utilizaba a los más obsecuentes, lo que tuvo un efecto de boomerang: el adoctrinamiento se tomó contra sus autores”[440].

Estas y otras muchas manifestaciones confirmaban algo que ya se sabía desde hacía mucho: la doctrina “peronista”, es decir las decisiones de Perón, habían sido colocadas de facto por encima de la constitución nacional misma. Algo que como ya hemos visto, el propio Presidente de la Corte Suprema de Justicia Rodolfo Valenzuela reconoció orgulloso, motivo más que suficiente para habilitar con todo derecho y legitimidad a cualquier ciudadano argentino a alzarse en armas contra la dictadura. Máxime cuando deliberadamente estaban cerrados los demás canales de acceso al poder al ser expresamente prohibida la libertad política tal como Perón determinó y confesó: “Hay que dar la más absoluta libertad al pueblo en todas las cosas y restringir la acción política, que es lo que está podrido, que es lo canceroso; a esa ninguna libertad: a esos, hay que restringirlos, cerrarlos y no dejarlos mover, y también a los especuladores, porque esa es la otra lacra. Después de

los políticos opositores, la lacra que sigue son los ladrones que especulan y llevan la intranquilidad y la miseria al pueblo”[441].

Poco a poco la oposición estaba siendo cada vez más acorralada, humillada y arrinconada no quedándole más opciones que comenzar a pensar en medidas de fuerza y supervivencia.

Capítulo 8: Primer quinquenio, ¿el punto de inflexión?

Un “genio” desocupado

Promediando 1948, las compulsivas mejoras salariales se proseguían disfrutando y la mitad más uno de la población veía a Perón como el mesías infalible al que había que seguir y adorar mecánicamente. Hacía casi un quinquenio que gran parte de la población seguía viviendo en un ambiente de “buenas noticias” y disfrutes inmediatos: estatizaciones por doquier, privilegios sindicales de todos los colores, ley de alquileres a medida de los inquilinos, fiestas populares con cualquier excusa, sidras para fin de año, aumentos salariales decretados, construcción de barriadas populares, feriados proselitistas, pelotas de fútbol para niños, aguinaldos navideños, leyes laborales, hospitales populares, torneos infantiles, vacaciones sindicales, pensiones a discreción y muchas otros regocijos esenciales y/o superfluos.

La contagiosa excitación del optimismo colectivo llevaba a las muchedumbres a sobredimensionar lo que se estaba viviendo así como también a canonizar al matrimonio que organizaba y financiaba con plata ajena la embriagante festividad. Nadie se detenía a cuestionar o reflexionar acerca de cuáles serían los costos de la alegría organizada y cuánto tiempo se podría seguir costeándola con la venerada varita mágica del “genio” del Ministro Miranda.

La euforia vigente era a su vez potenciada al paroxismo por la propaganda oficial, la cual se encargaba de alterar la percepción de la realidad (sin derecho a refutación alguna) al marcar un punto de inflexión en la historiografía argentina tras imponer el mito de que antes de la llegada de Perón al poder, el país era una suerte de “colonia esclavizada”. La frágil memoria de las muchedumbres y la incontrastable voz de la dictadura le permitía al régimen hacer y deshacer hechos políticos a imagen y semejanza de sus intereses alterando fechas, fabricando héroes, pintando datos e inventando sucesos: “En 1945 el desastre económico era evidente, tanto por el desbarajuste de su desorganización cuanto porque carecía de independencia, figurando realmente como un país colonial (…) Sometido a las ´metrópolis´, poco interesaba a los argentinos su propia economía, total,

se manejaba desde la City o desde Wall Street. El pueblo argentino era explotado también en mayor o menor grado, según las necesidades o los caprichos de los imperialistas en acción. En lo económico, no se tenía ni vida, ni gobiernos propios, más o menos como cualquier dominio del África Ecuatorial"[442] anotaba Perón, sin reparar en que estas deliberadas mentiras contaban con un agravante no menor: desde el golpe de 1930 en el que él participó, supo ser un obediente militar oficialista y en el año 1945 (que Perón sindica y describe como "esclavista y desgraciado") él mismo ostentaba el triple cargo de Ministro de Guerra, Secretario de Estado y Vice-Dictador, nada más y nada menos. Empero, aunque el engaño oficial fuera tan evidente, la eufórica pasión que había despertado en vastos sectores de menor instrucción resultaba ser más fuerte que el sano juicio y la serena observación historicista.

Aunque no se registra ni un sólo caso en el mundo en el que un sistema de características dispendiosas, estatistas, intervencionistas y deficitarias haya terminado exitosamente, el goce inmediato era palpable y disfrutado masivamente sin que muchos reparasen en que se estaba viviendo un anestésico recreo que no podría durar indefinidamente y cuyo costo económico sería a la postre de proporciones trágicas. Pocos apreciaban o advertían las graves consecuencias de mediano o largo plazo que acarrearía este espectáculo signado por la distendida filosofía del *carpe diem* y el cortoplacismo alegre. Esta inconsciencia e inobservancia mayoritaria, entre otras cosas se producía porque el debate estaba vedado y el gran público sólo conocía beneficios concretos, y porque la única argumentación ideológica que la muchedumbre recibía provenía de los monopólicos medios de comunicación masivos manejados por el monotemático aparato estatal. Pero aquellos que sí advertían que el obsequioso sistema impuesto por Perón era una olla a presión que en algún momento tenía que empezar a explotar por algún lado, no podían hacerlo saber porque tenían vedada toda difusión y prohibida toda manifestación de disconformidad, siquiera bajo el tibio modo de "crítica constructiva".

Desde lo económico se estaba viviendo, no sólo sin medir resultados de mediano plazo, sino por encima de nuestras posibilidades. Bastan por caso un puñado de datos extraídos del minucioso trabajo de economía política escrito por Pablo Gerchunoff y Juan José Llach para simplificar lo que estamos señalando: el salario real (con base 100) en 1946 era de 103 y en

1949 era de 162, cifra que era más alta que el aumento de la productividad[443] del país en ese lapso. O sea que en términos domésticos se estaba viviendo por encima de nuestros ingresos y además a pérdida, puesto que el crecimiento del gasto público tomando como base 100, en 1942 era de 135,7 y en 1949 ascendía 284,8[444]. Es decir: más del doble en sólo tres años. Otro de los artificios que tampoco podría sostenerse mucho más tiempo era el sistema crediticio, puesto que entre 1946 a 1949 se repartió un festival de créditos cuya tasa de interés era inferior a la tasa de inflación (por ejemplo en 1949 el interés anual nominal era del 6,5% mientras que la inflación fue del 27,4%), forzando un algazara de consumo irresponsable y otorgamientos quiméricos[445] que en algún momento "alguien" tendría que pagar.

Pero algunas luces de alarma ya estaban comenzando a encenderse, y aunque todavía no se apreciara en lo cotidiano, varios indicadores señalaban que la euforia dilapidadora del quinquenio 1943-1948 estaba en su fase concluyente. Los recursos se estaban acabando y no sobraba mucho margen como para seguir abrumando con los habituales anuncios ostentosos. Estas y otras malas noticias que se iban sucediendo forzaron a Perón a tomar una drástica medida a fines de 1948, la cual contrariaba las desbocadas alabanzas que él le había propinado al "genio" del Ministro Miguel Miranda: lo echó del cargo. Más tarde, Miranda reconocería que "Perón es muy hábil político. Me usa a mí, usa a Evita, usa a los obreros contra los militares y a los militares contra los obreros"[446].

Lo cierto es que esta drástica decisión de cambiar de economista (a pesar de que lo había elogiado repetidas veces con proverbial desmesura) fue una manera implícita del propio Perón de reconocer su primer fracaso ideológico y/o económico.

El deporte como sonajero popular

Los problemas económicos comenzaban a hacerse notar y Perón no escatimaba en ningún recurso elocuente que sirviera para entretener o distraer a las multitudes. Por ejemplo, para reemplazar a las grandes inauguraciones que caracterizaron los primeros tiempos, a fin de los años ´ 40, el dictador repotenció uno de sus trucos demagógicos más atrayentes, consistente en mostrarse con deportistas exitosos y seguir así explotando las pasiones

populares sin tener que abrevar en costosos desembolsos dinerarios.

Vale reconocer que para Perón la promoción del deporte siempre fue un aspecto esencial, tanto en su vida personal como en su política de gobierno: “Perón apoya el deporte” decía por entonces la propaganda oficial y no tardó él en fusionar o mimetizar una simple actividad o disciplina personal con el Estado mismo: “El Estado se va a hacer cargo de lo que hasta ahora cayó sobre las cansadas, esmeradas y notables espaldas de nuestros clubes y nuestros atletas” sentenció, dado que según él los progresos deportivos constituía un síntoma evidente de un país próspero puesto que con ello se contribuía al perfeccionamiento racial de la comunidad: “Sea nuestro homenaje para las glorias del deporte que nos acompañan, para los campeones, para todos los deportistas que están construyendo la nueva Argentina que anhelamos, de hombres sanos, de hombres robustos y de hombres fuertes; porque solamente hacen grandes a las naciones los pueblos sanos y vigorosos”[447] declaró ante el Comité Olímpico Argentino, agregando en la inauguración de la Casa del Deporte el 18 de julio de 1950 que “Es encomiable el esfuerzo de estos muchachos animosos que de día y de noche perfeccionan su físico, pensando en el espíritu que nuestra raza y nuestro pueblo necesitan para subsistir gloriosamente”[448].

Perón no veía al deporte como una mera praxis al servicio del fortalecimiento físico de todo aquel que lo practicara, sino que al menos desde su discurso, lo concebía como una suerte de “servicio a la patria” en donde los récords atléticos eran presentados como verdaderas hazañas guerreras, y para superar las marcas era menester sacrificarse al máximo dando la vida misma de ser necesario, puesto que dar la vida por el deporte en representación de la Argentina peronista era asimilable a dar la vida por la Patria y así lo hizo saber Perón cuando recibió a los pilotos automovilísticos que habían participado del Gran Premio Buenos Aires-Caracas: “debemos luchar, vencer y si es preciso morir” sostuvo, añadiendo que “La prueba está jalonada por todos los que han muerto durante su desarrollo, y eso es lo que los pueblos necesitan; superar eso, que es la suprema prueba de la vida: la muerte” y si bien en el caso puntual del automovilismo el éxito deportivo pertenecía a cada piloto de manera individual, para Perón era “un triunfo de la Argentina” dado que “En todas las actividades, como en la vida misma, los hombres pasan y la Nación permanece. Ella es lo que importa y a ella deben ir dedicados nuestros afanes y nuestros desvelos”[449]. Es decir que Perón

elevaba al deportista a una suerte de héroe de guerra y cada triunfo deportivo era por ende un laurel de la "argentinidad". Cuando recibió en la Casa de Gobierno a los corredores de Turismo Carretera Oscar y Juan Gálvez (que habían competido en el Gran Premio de la República) expresó que el esfuerzo que hicieron era por "una causa noble, como es la causa de la Patria"[450]. Y como la Patria estaba encarnada en su persona, finalmente el triunfo de cualquier deportista por derivación era un triunfo suyo que Perón a su vez exhibía y explotaba con la misma pompa que cuando estatizaba una empresa o inauguraba un artilugio.

Pero como en esta segunda etapa de su gobierno escaseaba el dinero para inauguraciones grandilocuentes, en compensación y de manera inversamente proporcional, aumentó en su agenda la cuantía de homenajes deportivos. Fue así como Perón, tras declararse a sí mismo con el modesto título de "Primer Deportista de la Argentina", era presentado en el bochornoso noticiero Sucesos Argentinos en cualquier situación semi-deportiva por intrascendente que fuera, como si estuviese protagonizando una hazaña de alta competencia. Tal el caso que se dio cuando fue a probar una lanchita fabricada en el país, bautizada con el obstinado nombre "Juan Domingo Perón". Simplemente se subió a pasear, pero la enfática transmisión del locutor estatal relataba un guión propio de quien estaba a punto de batir un récord Guiness de un deporte de alto riesgo: "El presidente de la República, general Perón, evidenciando una vez más sus altas virtudes de deportista, prueba una lancha de construcción y diseño argentino, de material plástico. Numeroso público atraído por la presencia del general Perón, se acercó al lugar de la prueba y aplaudió la pericia y el arrojo con que la condujo el jefe de Estado, gran propulsor y gran cultor de los deportes"[451]. Va de suyo que si Perón se prestaba solícito para filmar estos desfachatados sketches sin temor al ridículo, con mucho mayor razón se prestó para sacar el máximo provecho de los triunfos automovilísticos de Juan Manuel Fangio, del golfista Roberto De Vicenzo, de los célebres atletas de la Olimpíada de Londres de 1948 y usufructuó los méritos de varios campeones de boxeo de la época.

Señala Roberto Aizcorbe que "Los deportistas, técnicos, científicos y artistas, se veían obligados, cuando obtenían un triunfo, a dedicárselo públicamente a Perón. En las carreras de automóviles, los corredores que inscribían el nombre de Perón sobre la carrocería de sus automóviles, podían

contar gratuitamente con nafta y aceite del Estado. De esta franquicia se excluyó a Eugenio Marcilla, un volante excelente que se negó a humillarse y sólo escribía en su auto el nombre de su ciudad natal, Junín"[452]. Pero fuera de casos de insumisión excepcional como este último, era rigurosa costumbre del aparato de propaganda hacerse eco de los agasajos que Perón le brindaba a las celebridades deportivas de su tiempo.

Sin embargo, si bien los "patrióticos" triunfos competitivos divulgados por los medios de comunicación del régimen entretenían y alimentaban las pasiones localistas del vulgo más entusiasta, estas alegrías no dejaban de ser efímeras puesto que no suprimían ni reemplazaban las complicaciones económicas en ciernes que cada vez y con mayor fuerza se hacían sentir en las casas y en la vida cotidiana de los argentinos, fueran o no peronistas.

La quimera de la salvación externa

El oro y los dólares se acababan y ante su escasez, Perón prohibió a las compañías norteamericanas con intereses en el país remitir divisas a los Estados Unidos. Esto fue celebrado como un "triunfo ante el imperialismo", pero en verdad no era más que una rústica medida de corto plazo, porque si Argentina necesitaba dólares lo que tenía que hacer era seducir capitales para que invirtiesen en el país en vez de ahuyentarlos con medidas como estas que, a la postre, desalentaban aún más la inversión extranjera.

Sin embargo, con su notable voluntarismo, Perón relativizaba la gravedad de la situación vigente puesto que creía que estos contratiempos serían resueltos prontamente, con motivo de la ayuda que (según él fantaseaba) iba a recibir la Argentina por medio del Plan Marshall[453]. En efecto, el mismo Perón profetizaba que con motivo de este Plan los Estados Unidos nos comprarían "más de 1000 millones de dólares en productos necesarios a la rehabilitación económica de Europa"[454]. Por lo tanto, el dictador, confiado en su esperanzador vaticinio, prosiguió aumentando los salarios (que se financiaban con emisión monetaria sin respaldo) y el país comenzó a padecer un problema que hasta entonces le era ajeno o no era tenido en cuenta: la inflación, de cuya creación en la Argentina Perón fue "el primer" responsable.

Pero en contrario con los pronósticos de Perón, los desembolsos del Plan Marshall jamás llegaron al país, entre otras cosas como consecuencia del bochornoso papel jugado por la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial (cuando Perón, siendo ViceDictador del gobierno militar, le declaró la guerra a Alemania horas antes de su rendición), con lo cual no se recibió ninguno de los beneficios económicos y comerciales que Perón fantaseaba con recoger, pero que sí atesoraron países que se habían manejado de manera mucho más coherente en la política internacional, tal el caso de Brasil. Esto confirmaba una vez más los errores estratégicos en que incurría el dictador argentino en materia de política exterior, terreno en el que él paradójicamente se jactaba de ser un avezado conocedor.

Pero como a Perón no lo salvaron ni "el genio" Miranda al que acabó echando, ni el Plan Marshall, el dictador apostó gran parte de sus fichas a una tercera convicción que él daba por sentado: la inminencia de una tercera guerra mundial (que según él especulaba se iba a dar entre la Unión Soviética y los Estados Unidos), la cual le brindaría a la Argentina una renovada situación de bonanza como la que se produjo tras la Primera y Segunda Guerra Mundial. Mientras esperaba pacientemente el estallido del "inexorable" conflicto, Perón ordenó "estratégicamente" gastar una fortuna en camiones y equipamiento militar excedente de la Segunda Guerra Mundial, los cuales a la postre quedaron arrumbados y oxidados en los puertos de Rosario y Buenos Aires sin ningún uso práctico, a la espera de una beligerancia que nunca llegó y de otro vaticinio peronista que jamás se concretó.

El pertinaz horror de apreciación de Perón en poner toda su esperanza y confianza en su espejismo de la tercera guerra mundial quedó insistentemente documentado en los propios artículos que él mismo escribía en el diario oficialista *Democracia*, bajo el seudónimo de Descartes, en donde cualquier noticia de conflicto colateral que se desatara en algún rincón inhóspito del planeta, significaba para su autor la prueba categórica de que estábamos ante el inminente estallido mundial: "La tercera guerra mundial se ha iniciado ya, pero en un frente secundario: el Asia (…) pero a pesar de ello, puede destacarse que, nuevamente, el destino del mundo ha de jugarse y decidirse en Europa" (febrero de 1951). "¿Qué subsistirá después de la tercera guerra mundial de la miserable economía en que el mundo moderno se debate?" (se preguntaba "el visionario" en abril de 1951). "Es indudable

que estamos en una preguerra” (septiembre 1951). Todavía, en enero de 1952 insistía con que “la tercera guerra mundial es un hecho en marcha”[455].

Con Miranda caído en desgracia, el circo deportivo debilitado en su eficacia, un Plan Marshall al que la Argentina no fue invitada y una tercera guerra mundial que jamás llegó, al dictador no le iba quedando mayor remedio que dejar a un lado sus quimeras e infructuosas predicciones y sin más, toparse de una vez por todas con algo a lo que él siempre trataba de escaparle: la cruda realidad.

Capítulo 9: La única verdad es la realidad

La realidad peronista de 1950

Al comenzar 1950, las graves urgencias económicas ya no admitían margen para distracciones demagógicas, ni discursos chauvinistas, ni tiempo para esperar guerras mundiales y mucho menos para seguir divagando con la superstición de la "tercera posición". Urgía con apremio la necesidad de salir a buscar dólares "imperialistas" a toda prisa de manera directa y concreta, y todas las infames estulticias de la "doctrina nacional" había que guardarlas bajo la alfombra en el caso más prudente o tirarlas a la basura en el caso más sensato. De a ratos Perón parecía ser algo consciente de ello, puesto que si bien apenas un año atrás (1949) había arrogantemente declarado que "se cortaría las manos antes de pedir un crédito al exterior"[456], al comenzar 1950 salió a mendigarle un crédito de largo plazo al Eximbank por valor de 125 millones de dólares, el cual sería aplicado a la compra de maquinarias agrícolas[457] puesto que tanto asfixiarla con el IAPI, la economía rural se encontraba fundida y sin reequipamiento técnico.

Para agilizar el empréstito que se le suplicó al "imperialismo", Perón promovió una urgente reunión con Edward Miller (Subsecretario de Estado norteamericano) y días antes del pedigüeño encuentro, el dictador brindó un enérgico discurso antimarxista para ir congraciándose con el enviado del entonces Presidente Harry S. Truman[458], alertando que el comunismo constituía "un peligro que amenaza voltear la organización del mundo entero"[459]. Tras estas funcionales declaraciones y otros gestos dóciles para con los Estados Unidos, la reunión se consumó en tono amable con Miller pero el funcionario norteamericano le exigió al poco confiable Perón no sólo agilizar el cese de las restricciones comerciales con los Estados Unidos y dejar a las empresas norteamericanas transferir dólares a su país (él las había guapetonamente prohibido el año anterior), sino que fundamentalmente le ordenó apurar en el Congreso argentino la aprobación del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) suscripto en 1947 en Río de Janeiro, el cual posicionaría a la Argentina del lado de Estados Unidos en el conflicto bipolar de la llamada Guerra Fría.

Días después de mantenida la reunión, el obediente Perón permitió el traslado de la sede de Swift a los Estados Unidos con la consiguiente transferencia de dólares; se liberó la importación de películas norteamericanas y se agilizaron los vuelos de aerolíneas estadounidenses al país y en el mes de junio, al fin el Congreso de la Nación aprobó el TIAR. Ese mismo día, un puntual y considerado Perón se tomó el gentil trabajo de reportar a Muller la buena noticia en estos términos: "El gobierno y el pueblo de la Argentina han querido esta vez –cuando los Estados Unidos han aportado la magnífica decisión de detener a Rusia en sus insidiosas y arteras maniobras – trabajar rápidamente, convirtiendo el Tratado en Ley de la República y asegurando, en la medida en que estamos involucrados, la unidad continental y la firme decisión de defenderla en un frente unido y decidido"[460]. Por supuesto que ante tan disciplinada conducta Perón consiguió endeudar al país recibiendo el anhelado desembolso del Exinbank, aunque sin embargo, le incumplió a sus fieles seguidores la promesa de "cortarse la mano".

Atrás había quedado el "combate al capital", la "tercera posición" y el exitoso mantra "Braden o Perón". Pero tanto había soflamado el dictador en favor de estas consignas pueblerinas, que más allá del alivio de haber conseguido el préstamo, este giro se tornaba en una derrota intelectual vergonzosa tanto para su discurso como para su gobierno. Luego, con el fin de compensar un poco esta incómoda pirueta ideológica que lo dejaba tan desdibujado, el dictador aprovechó que al desatarse semanas después un conflicto armado en Corea del Sur, los Estados Unidos solicitaron ayuda militar a los países miembros del TIAR y el pedido fue denegado. En realidad, en primera instancia Perón había decidido enviar tropas, pero la resistencia interna fue tan intensa que finalmente se hizo el distraído y no mandó contingente alguno abrevando en uno de sus acostumbrados axiomas demagógicos: "Haré lo que el pueblo quiera"[461]. Es decir, que Perón incumplió la palabra que había empeñado tras haber hecho solícitamente los deberes para conseguir dólares con desesperación. Por supuesto que este desplante no fue bien visto por los Estados Unidos, pero no porque a ese país le afectara la ausencia de tropas argentinas en Corea (las mismas eran más un estorbo que una ayuda), sino por el desprolijo gesto de Perón al obrar una vez más como un vulgar caudillo pendenciero que pretendía parodiar su "antiimperialismo" tras haber sido auxiliado financieramente por el "imperio". Pero estas picardías más propias de un compadrito de barrio que

de un estadista esclarecido generaron que, en el último tramo de su gobierno, las inversiones extranjeras (que luego se necesitaron con dramatismo) viniesen a la Argentina no sólo en cuantías modestas sino bajo exigencias costosísimas para el país.

Tal como titulamos el presente capítulo, 1950 fue el primer año peronista de verdadero contacto con la realidad y fue además el año en el cual irrumpía con mayor fuerza el hasta entonces inédito fenómeno de la inflación: el costo de vida entre 1943 y 1950 ya había aumentado un 231% [462] y no se podía permanecer indiferente. Pero ni el dictador ni sus alcahuetes tenían mucha noción acerca de cómo atacar el problema alcista que ellos mismos habían creado. Incluso, algunos "intelectuales" oficialistas alegaban que la inflación era un fenómeno positivo para los pobres y que sólo perjudicaba a los ricos, insensata teoría defendida por el sobredimensionado divulgador Arturo Jauretche: "No existe en cambio posibilidad alguna de declarar inconstitucional un proceso inflacionario. Congeladas las rentas -caso de los arrendamientos urbanos y rurales- y los créditos, la inflación fue cercenando gran parte de los ingresos de los rentistas y acreedores, que se transfirió al sector de los trabajadores a través de incrementos constantes de sueldos. De otra manera no hubiera sido posible llevar a cabo esa política social que permitió elevar el nivel de vida de la población y dar al trabajador una mayor proporción en la distribución de los ingresos totales de la Nación"[463]. Esta evidente falta de claridad ideológica generalizada que padecía el régimen inspiró a Perón a recurrir en medidas anti-inflacionarias absurdas, tales como controlar o vigilar los precios, y fue la Fundación Eva Perón la que con su habitual papel de órgano paraestatal distribuyó puestos callejeros en los que se vendían "productos básicos" por debajo del valor de mercado.

Estas precarias medidas propias de una aldea del tercer mundo, además de tener un efecto meramente transitorio e insuficiente, se prestaron para el favoritismo, la corrupción y por supuesto, no sirvieron para embestir con las cuestiones de fondo que generaban el alza de los precios. En efecto, la única medida anti-inflacionaria que se conoce desde que el mundo es mundo es simplemente dejar de generar la inflación misma, es decir dejar de emitir moneda sin respaldo. Pero ello implicaba bajar el gasto público y así terminar con la todavía existente onda expansiva de la fiesta de un día para el otro, algo muy inconveniente teniendo en cuenta que además, al año siguiente se

disputarían elecciones presidenciales.

Al finalizar 1950 y todavía sin rectificar radicalmente los horrores ideológicos y administrativos, la dictadura proseguía sin saber qué malabarismo inventar para frenar el alza de los precios y la fuga de dólares, cuyo tipo de cambio ya cotizaba en tres precios distintos[464].

El indisimulable descalabro obligó entonces a Perón a comenzar a reconocer algo que si bien era obvio, para la tradición peronista era una impactante novedad, la cual nos dice que para bajar la inflación había que dejar de emitir moneda y que para dejar de emitir había que dejar de gastar y que para dejar de gastar, entre otras cosas había que dejar de subsidiar. Fue por ello que el dictador trató de insinuar un freno a su despilfarro amenazando con retroceder en su paternalismo económico: “cuando la política de subsidios se convierte en un arbitrio de carácter permanente, deriva en un factor de inflación y hay que suprimirla”[465]. Tenía razón Perón en lo que decía, pero demoró muchos años en aprender algo tan simple como palmario y este tibio retroceso verbal apenas insinuaba correcciones parciales que a estas alturas no podían ni debían ser modestas sino bruscas e integrales, si es que seriamente se buscaba revertir el curso de los nubarrones que se acercaban.

Pero 1950 no fue sólo el año del contacto con la realidad económica. Además, durante esos 365 días se conmemoró el primer centenario de la muerte del General San Martín (murió el 17 de agosto de 1850), ocasión que sirvió al régimen para llevar adelante las comparaciones propagandísticas más extravagantes: “Hoy los trabajadores sienten que Perón es el heredero directo de la misión del pueblo y el espíritu de San Martín”[466] gritaba Eva Perón en los actos. También 1950 fue el año del catecismo peronista: en el tradicional acto del 17 de octubre, Perón masificó su “doctrina” enseñándole a sus fieles lo que él creó y denominó con nulo pudor “Las 20 Verdades del Peronismo”, las cuales él mismo desde los balcones de la Casa de Gobierno recitó a su gentío, y que desde entonces se constituyeron en una suerte de Ley Mosaica para su militancia. En ese mismo discurso catequizador, Perón le preguntó a los aunados si estaban contentos con el gobierno (pregunta cuya respuesta era una obviedad en una concentración armada para la autoalabanza) y tras obtener el “sí” de las masas, un sonriente Perón sentenció: “Compañeros, mañana es san Perón”[467], y decretó el previsible asueto para el día siguiente.

1950 fue también un mal año para los dirigentes opositores, puesto que la dictadura proseguía implacable y entre los muchos presos políticos que poblaban las cárceles, se incluyó al legendario líder radical Ricardo Balbín, quien tras ser expulsado del Congreso, desde entonces tuvo que estar permanentemente huyendo de la persecución policial, apareciendo repentina y clandestinamente en los actos radicales en los que hablaba y huía de inmediato para evadir a sus captores. Pero semanas después, en marzo de 1950, fue al fin interceptado y encerrado durante todo un año.

La realidad de Eva

Mención aparte merece el señalar que 1950 no sólo se presentó como un mal año para la economía del régimen sino puntualmente para Eva Perón, puesto que su meteórica carrera comenzó a tener sus primeros contratiempos tras ser sometida a una operación de un incipiente cáncer uterino, que ella siempre negó y a cuyos médicos destrató en el marco de su acostumbrada prepotencia personal. Ella minimizaba su enfermedad y sostenía que los diagnósticos que le fueron presentados eran inventos de "los gorilas" para mantenerla convaleciente e inactiva de la vida pública. Si bien Perón no creía en que la dolencia de su consorte fuera obra de una "conspiración" opositora, siempre desconfió de la medicina como ciencia. Él mismo, con la gracia que lo caracterizaba, solía repetir una anécdota confirmando la escasa fe que le tenía: "Por supuesto, cuando no me encuentro bien de salud, voy a ver al médico. El diagnostica, me entrega la receta y le pago porque el médico tiene que vivir. Luego, voy a la farmacia y compro el producto y le pago al farmacéutico porque él también tiene derecho a vivir. Y cuando llego a casa, me tomo un té y tiro el remedio a la basura porque, ¡caramba! yo también tengo derecho a vivir"[468].

En rigor de verdad, en lo que creía Perón era en los esoterismos, las nigromancias y el espiritismo, y se sabe que el dictador obró como chamán esporádico en sesiones paranormales y con estos antecedentes, al decir de Josep Page "No sería del todo irracional pensar que Perón, el curandero, haya practicado sus dotes sobre Evita"[469]. El inconveniente que a la sazón se presentaba es que estas supercherías no eran eficaces a la hora de combatir un mal tan delicado como el cáncer que padecía su imprudente esposa, quien insistía en desatender a sus médicos. Quien la operó primigeniamente y le

detectó un quiste canceroso fue el Dr. Oscar Ivanissevich (que además era el Ministro de Educación). Eva rechazó el diagnóstico y forzó la renuncia del médico y Ministro que había osado brindarle tan mala noticia:

"-Es la misma operación que se le hizo a su madre. Ella ha superado el trance perfectamente (le dijo Ivanissevich)

-A mí usted no me toca, porque yo no tengo nada. Lo que pasa es que me quieren eliminar para que no me meta en política. ¡Y no lo van a conseguir!

-Pero señora, nadie la quiere eliminar! Lo que queremos es salvarla!"[470]

Lo cierto es que el despedido Dr. Ivanissevich reconoció después que su peculiar paciente al desoír su diagnóstico "inconscientemente se suicidó"[471], caso contrario podría haberse recuperado en tiempo y forma sin mayores complicaciones y vivir muchos años más.

Por lo pronto, fue a partir de 1950 cuando la salud de Eva comenzaba a sufrir un progresivo y preocupante deterioro.

Capítulo 10: El peronismo nuclear

Crónicas del embaucador embaucado

Por la mañana del sábado 24 de marzo de 1951, en medio de un clima de misterio y expectativa, el dictador citó sorpresivamente a todos los periodistas a la Casa Rosada para anunciarle al mundo que en una estación experimental ubicada en la Isla Huemul (cerca de la bellísima ciudad de Bariloche) la "Nueva Argentina" había logrado "el control de las reacciones termonucleares a escala técnica". Sin usar uranio, ni plutonio, ni tritio, Perón desafiaba a la comunidad científica mundial alegando que de ahora en adelante tendríamos energía nuclear[472] con métodos absolutamente superiores a los existentes no sólo en 1951, sino en febrero del 2015 (fecha en la que estamos escribiendo estas líneas). Entre declarar eso y decir que inminentemente la Argentina sería la primera potencia mundial, estábamos a un solo paso. Perón culminó su primicia global ufanándose de informar "con la seriedad y veracidad que es mi costumbre"[473].

Seguidamente, el regocijado dictador pasó a presentar a su figura estelar, el científico austríaco Ronald Richter, que era el facultativo responsable de la extraordinaria invención que se acababa de anunciar con bombos y platillos. Seguidamente, Richter expuso su tesis mediante intérprete y cuando se le preguntó cómo operaba técnicamente la explosión bajo control, el presunto sabio se limitó a responder escuetamente: "Yo controlo la explosión. La hago aumentar o disminuir"[474]. Luego, la prensa allí presente le solicitó a Richter ampliar un poco sus explicaciones, pero este se escudó en los "secretos de Estado", aunque se animó a proclamar: "Puedo decirle que en Bariloche acaba de nacer una nueva física solar"[475].

La comunidad científica internacional consideraba el anuncio como un verdadero disparate y el presidente de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, David Lillienthal aseguró, no sólo que no existía la más mínima posibilidad de tal cosa, sino que los gobernantes argentinos "tal vez no sepan nada de la fusión de los elementos más ligeros…pero dominan, ciertamente, los procedimientos de la publicidad norteamericana"[476]. Pero las burlas de la comunidad científica no influían en el ánimo de Perón, quien

estaba fascinado con Richter y su prometedor invento de cuño bien peronista consistente en conseguir energía atómica de manera fácil, inmediata y a precio vil.

¿De dónde sacó el dictador a su consentida eminencia facultativa? Ronald Richter era un científico austríaco nacido en 1909, quien durante la Segunda Guerra Mundial había trabajado en numerosos proyectos bélicos a favor del Tercer Reich, y desde siempre estuvo obsesionado con usar la tecnología nuclear. Tras la derrota alemana, en 1948 Richter llega a la Argentina recomendado por otro científico nacionalsocialista, el alemán Kurt Tank, quien estaba tratando de recrear tecnología y proyectos aeronáuticos en el país, tales como la confección de un avión de caza que luego se conoció como Pulqui II, otro fracaso de la época que sólo sirvió para un par de exhibiciones y jamás se fabricó en serie (en una de cuyas pruebas el piloto que lo maniobraba murió estrellado). Tank fue quien le sugirió a Perón incorporar al staff de científicos hitleristas desocupados al camarada en cuestión.

Ronald Richter era un personaje histriónico y persuasivo, quien a poco de llegar convenció a Perón que lo apoyase en su objetivo de generar energía nuclear mediante fusión controlada. Tras conseguir dicho respaldo, el osado científico montó un laboratorio en Villa del Lago (pueblo serrano ubicado en la Provincia de Córdoba) y se hizo traer a dos colaboradores desde Berlín (los científicos Wolfang Ehrenberg y Heinz Jaffque). Perón, por su parte, designó al Coronel Enrique González como solícito auxiliar de Richter, a quien debería facilitarle todos sus requerimientos y hacer un seguimiento detallado sobre el ambicioso y onerosísimo emprendimiento.

Ocurrió que en 1949 a Richter se le incendió el laboratorio. Y si bien las pericias determinaron que se trató de un simple cortocircuito, el extravagante científico, de personalidad paranoica, cambiante y conflictiva, denunció un sabotaje y solicitó ser trasladado de Villa del Lago. Resolvieron entonces mudar el laboratorio a la Isla Huemul, zona paradisíaca que se hallaba aislada de los grandes centros urbanos. La isla contaba con 60 hectáreas y Richter la consideraba ideal, puesto que se encontraba a salvo de los “espías” y estaba situada en el mismísimo lago Nahuel Huapí.

El 21 de julio de 1949 llegaron las primeras máquinas a la isla junto a una comitiva de Ingenieros, camiones a granel y una costosísima parafernalia

conducida por Richter y financiada con un enorme presupuesto estatal. Cuatrocientas personas trabajaban allí de manera incesante, con apoyo logístico de la empresa estatal Fabricaciones Militares y también del Ejército y la Fuerza Aérea. Vuelos que iban y venían desde el exterior con tecnología y aparatos europeos abastecían de manera constante los pedidos solicitados por el "sabio" de Perón.

Richter ordenaba marchas y contramarchas costosísimas y con el tiempo empezó a esbozar teorías delirantes, a fantasear con la existencia de complots y ordenar a sus colaboradores ensayar prácticas de tiro y mirar películas de espionaje, a fin de estar preparados ante un eventual "ataque enemigo" o para repeler la presencia de agentes de inteligencia extranjeros que según Richter, pululaban por la isla. Si bien quienes lo rodeaban y custodiaban no eran científicos, comenzaron a dudar del sano juicio del director del proyecto con motivo de su desopilante personalidad. Tanto es así que en febrero de 1950 el Coronel Fox (jefe de la guarnición militar de Bariloche) se apersonó formalmente en la isla para observar las instalaciones, pero al poner pie en ella, fue literalmente repelido a punta de pistola por el propio Richter, quien lo obligó a retroceder y arrojarse al agua. Esto generó un escándalo de proporciones, dentro del cual cabían todo tipo de repudios y desconfianzas hacia Richter, excepto para Perón, quien intervino en favor de su protegido y le escribió una muy afectuosa carta de respaldo, anexando una insólita orden en la cual Perón invistió de los poderes de Presidente al propio Richter dentro de la jurisdicción de la Isla Huemul, algo ilegal pero además descabellado: "Por la presente queda Ud. designado mi único representante en la Isla Huemul, donde ejercerá por delegación, mi misma autoridad. Buenos aires, 1 de marzo 1951"[477].

Como si este respaldo político fuese insuficiente, a pesar de que Richter no contaba con dos años de residencia en el país, Perón ordenó en marzo de 1950 otorgarle a su sabio la ciudadanía argentina desoyendo ese requisito legal. Más aún, el 8 de abril Perón visitó la isla junto con Eva y quedó sumamente maravillado con la infraestructura que se estaba montando.

El gasto que ocasionaba esta aventura era tal, que Perón juzgó necesario inventar por decreto 10.936 la "Comisión de Energía Atómica", presidida por Perón mismo y secundado por el inefable coronel González, para la cual se había dispuesto de un presupuesto exorbitante que redoblaba el apoyo financiero a la aventura atómica peronista.

Finalmente, ya en junio de 1951 Perón y su consentido inventor brindaron otra conferencia ampliando detalles y anunciando que en 7 u 8 meses estaría terminada la promocionada planta atómica. Tras el espectacular anuncio, en febrero de 1952 en medio del revuelo internacional, Perón condecoró a Ronald Richter con la “Medalla Peronista” (un premio urdido para consagrar adictos y alcahuetes) y luego lo consagró con el título honorario de la Universidad de Buenos Aires en mérito por lograr la “liberación controlada de la energía atómica”.

Pero los vaticinios nunca se terminaban de concretar y el Coronel González, que desde hacía tiempo venía desconfiando de Richter, instó a Perón a abandonar la correría. En una de las supervisiones de rutina, un impaciente González cuestionó a Richter no sin animosidad y este lo insultó en alemán, episodio en el cual González dio por terminado el asunto y se dirigió a ver a Perón para informarle definitivamente que el experimento era un fiasco y le presentó su renuncia.

A pesar de estas y muchas otras advertencias, Perón todavía seguía respaldando a Richter y en reemplazo de González puso al Capitán de Fragata Pedro Iraolagoitía, quien tras su primer viaje a la isla concluyó terminantemente con lo siguiente: “el Dr. Richter está loco”. Con asombrosa tenacidad, en diciembre de 1952 el obstinado dictador envió una comitiva de inspección compuesta por legisladores y científicos, entre los que estaban los doctores Mario Báncora y el reconocido José Antonio Balseiro. Tras la observación, estos no trepidaron en calificar el experimento de Richter como “una farsa”. Seguidamente se ordenó un careo en la Casa Rosada entre Richter y los científicos Gans y Rodríguez (puestos allí por Perón quien a estas alturas se hallaba desconcertado por la desconfianza y el fracaso), en donde Richter no sólo no pudo dar las explicaciones pertinentes sino que además perdió los estribos lanzando insultos y gritos destemplados a sus opugnadores. Richter estaba terminado.

Horas después, el “sabio” caído en desgracia fue encarcelado durante cinco días en la cárcel del Congreso de la Nación. Luego fue liberado y pasó al ostracismo. La aventura atómica peronista anunciada con fanfarria y guapeza se había convertido en el hazmerreír de la comunidad internacional científica y política.

Andando los años, el científico se defendió alegando que Perón

exageró las expectativas sobre el proyecto: “Decía cualquier cosa en su entusiasmo delirante y se aventuraba a pronosticar que yo le iba a conseguir energía eléctrica embotellada”[478].

Richter murió en 1991.

Capítulo 11: En busca de la reelección

Palos y zanahorias

El año 1951 fue para Perón todavía más complicado que el anterior. No sólo porque ese año transitó el grueso de la farsa atómica en Bariloche, sino porque la economía se complicaba a la par que la salud de su esposa. Sin embargo, Perón, con ese voluntarismo que siempre lo caracterizó, en mensaje emitido al Congreso en mayo de 1951 brindó una sentencia triunfal: “Este país no tiene problemas económicos y la riqueza nacional es extraordinariamente mayor que en 1946”[479]. O el dictador desconocía la realidad o fabulaba. Probablemente esta declaración fue consecuencia de su habitual propensión al ilusionismo, pero la realidad es que en 1951 todos los indicadores económicos andaban por el subsuelo, empezando por la inflación que se había disparado tanto que en los primeros ocho meses de ese año el costo de vida había aumentado en un 33% más respecto al mismo lapso del año anterior[480].

A pesar de la merma del salario y el aumento del costo de vida, los trabajadores proseguían fielmente adheridos al dictador, pero las urgencias económicas no podían impedir que se declararan numerosas huelgas y así ocurrió con el poderoso gremio ferroviario, cuyos empleados comenzaron a interrumpir los servicios y se declararon en paro (que estaban prohibidos desde la sanción de la Constitución de 1949). El régimen, azorado, declaró a la huelga ilegal y sostuvo que esto era obra de “una conspiración comunista internacional”. Perón tuvo que decretar la movilización militar dejando a los trabajadores del gremio bajo autoridad y leyes castrenses: “esos ingratos que me pagan con una huelga inconsulta” bramó Perón, agregando que la misma era “producto de dos mil agitadores y 148 mil indecisos” y amenazó: “Yo les voy a aplicar la ley. Voy a decretar la movilización militar. El que vaya a trabajar, estará movilizado; y el que no vaya será procesado e irá a los cuarteles para ser juzgado por la justicia militar (…) Esos señores serán todos procesados, condenados y cumplirán su condena”[481].

El dictador tomó una medida acorde con su estilo puesto que él siempre se manejó mediante la lógica del “palo” o la “zanahoria”. Pero a

medida que se acaban las zanahorias, solo cabía pegar palos.

¡La vida por Perón!

Mientras la crisis campeaba, las masas peronistas se encontraban muy atentas y pendientes de la evolución de la salud de la mujer del dictador, cuya delicada situación ya había trascendido lo suficiente como para ser motivo de comentarios cotidianos en los hogares argentinos. Pero ella, infatigable y osada hasta su final, el 15 de marzo de 1951 dictó un "curso doctrinario" en la Escuela Superior Peronista en donde "educó" a los asistentes con esta visceral pedagogía: "Si alguien se cree algo dentro de nuestro movimiento, si cae en el error de creerse que es alguien con personalidad propia en nuestro movimiento, nosotros nos reímos de ver hasta dónde puede llegar la ignorancia, hasta dónde puede perder la vanidad, hasta dónde puede perder la ambición de los hombres, que los hace creerse alguien cuando, en el mismo siglo y en ese pueblo, hay un conductor, un guía y un maestro. Aquí tenemos al genio, tenemos al conductor, y todos los demás, todos, sin diferencia –porque no hay diferencia-, todos, luchamos por conquistarnos un puesto de lucha al lado del General; todos luchamos por comprenderlo a Perón, que es comprender a la patria y al pueblo argentino; y todos luchamos por realizar todos los días un poco más en la obra peronista, o sea, por acercarnos a la interpretación perfecta de su doctrina y de su conducción, mirándonos siempre en el espejo del general Perón"[482]. Semanas después, brindó otro discurso en Plaza de Mayo en conmemoración del Día del Trabajador (el 1 de Mayo de 1951), en cuya alocución si bien no faltaron sus desaforados agravios a sus enemigos y los ditirambos reglamentarios a su marido, allí Eva supo mencionar o insinuar a la muerte de manera colateral: "Mis queridos descamisados (…) Yo quiero que ustedes me autoricen para que diga lo que ustedes sienten; ustedes que, a través de un siglo de oligarquía, de entrega, de explotación, sufrieron la amargura infinita de ver a la patria humillada y sometida por sus propios hijos. No, no eran sus hijos. No, por sus venas no corría sangre de argentinos; por sus venas corría sangre de traidores. (…) Yo no tengo elocuencia, pero no se necesita elocuencia para decirle al general Perón que los Trabajadores, la Confederación General del Trabajo, las mujeres, los ancianos, los humildes y los niños de la patria no lo olvidarán jamás, porque nos hizo felices, porque nos hizo dignos, porque nos hizo buenos, porque nos hizo querernos los unos a los otros, porque nos hizo

levantar la cabeza para mirar al cielo, porque nos quitó de la sangre el odio, la amargura y nos infundió el ardor de la esperanza, del amor y de la vida (…) Pero, ¿qué hubiera sido de la Patria y de los trabajadores sin Perón? Por eso damos gracias a Dios de que nos haya otorgado el privilegio de tenerlo a Perón, de conocerlo a Perón, de comprenderlo, de quererlo y seguirlo a Perón. (…) Y si a mí me dieran a elegir entre todas las cosas de la tierra, yo elegiría entre todas ellas la gracia infinita de morir por la causa de Perón, que es morir por ustedes. Porque yo también como los compañeros trabajadores, soy capaz de morir y terminar mi existencia en el último momento de mi vida con nuestro grito de guerra, con nuestro grito de salvación" y concluyó la repetitiva alocución con su desaforado grito de guerra: "¡la vida por Perón!".

La Vice que no fue

La salud de Eva proseguía en franco deterioro en tanto que se avecinaban las elecciones presidenciales previstas para fin de año. Fue entonces, agosto de 1951, cuando la CGT lanzó una embestida política promoviendo una movilización para el 22 de agosto, fecha en la que se pretendía hacer un "cabildo abierto" para proclamar la candidatura a la Vice-Presidencia de la Nación a Eva Perón, acompañando la fórmula en la que su marido aspiraba a la reelección. Para que no faltara nadie a la convocatoria, la CGT declaró ese día, de "huelga general". A Eva, la idea de ser compañera de fórmula no sólo le fascinaba, sino que en un principio empujaba entre bambalinas a sus acólitos a presionar lo suficiente como para que su candidatura fuese impuesta por el peso de las circunstancias. Pero era Perón quien, por varias razones, tenía serias dudas acerca de la conveniencia o no de poner a su frágil mujer en ese sitial.

Finalmente, llegó el 22 de agosto. La avenida 9 de julio estaba abarrotada de feligreses con carteles que clamaban la fórmula "Perón-Perón, 1952-1958". Pasadas las 17hs, el líder de la CGT José Espejo tomó el micrófono y abrió el evento con Perón ya presente en el palco (Eva curiosamente no estaba) y comenzó el ensayado culebrón: "Mi general (dijo Espejo) notamos la ausencia de su esposa, Eva Perón, la que no tiene igual en el mundo, en la historia, en el amor y veneración del pueblo argentino"[483]. Luego, tras esta rastrera introducción, en previsible golpe de teatro una delegación fue "a buscar a Eva" y minutos después "apareció" la requerida en

el palco, para irrefrenable jolgorio de los amaestrados asistentes. Acto seguido, Espejo siguió con su coreográfico show leyendo una solicitada, la cual conminaba a Eva aceptar la candidatura a la Vice Presidencia: “Usted, señora (…) debe aceptar este sacrificio que el pueblo le pide y la patria le demanda”[484].

La presión popular desbordaba a Perón y a Eva por igual. La mujer del dictador siempre quiso aceptar la “petición” pero su esposo no sólo era apremiado por ambientes castrenses del oficialismo (que desaconsejaban tanto protagonismo de su esposa), sino que además era consciente del avance de la enfermedad que poco a poco iba devastando la salud de su consorte.

En el fragor de la aclamación, Eva finalmente tomó el micrófono comenzando su discurso con las monótonas idolatrías a su marido y al referirse a sus seguidores allí presentes dijo: “Ellos saben bien que antes del general Perón vivían en la esclavitud y por sobre todas las cosas habían perdido la esperanza de un futuro mejor. Que fue el general Perón quien dignificó social, moral y espiritualmente. Y saben que la oligarquía, que los mediocres, que los vendepatrias, todavía no están derrotados. Desde sus guaridas asquerosas atentan contra el pueblo y contra la libertad (…) Yo no he hecho nada. Todo es Perón. Perón es la patria. Perón es todo y todos nosotros estamos a distancias siderales del líder de la nacionalidad. Yo, mi general, con la plenipotencia espiritual que me dan los descamisados de la patria, os proclamo, antes que el pueblo vote el once de noviembre, presidente de todos los argentinos. La patria está salvada porque está en manos del general Perón” y luego, tras muchas vacilaciones, Eva se refirió por fin al tema central que todos estaban esperando: “Yo les pido… para una decisión tan trascendental en la vida de esta humilde mujer que me den cuatro días para pensar”. Ante lo cual la muchedumbre respondió:

“-¡No! ¡No! ¡No!

-Compañeros (irrumpió Eva tratando de ganar tiempo)…yo no renuncio a mi puesto de lucha. Renuncio a los honores (…) Compañeros… esta noche, a las nueve y media, por la radio

-No! No! Ahora! Ahora” (le exigían definiciones sus acólitos).

El líder sindical Espejo interrumpió tomando el micrófono y espetó “Compañeros, la compañera Evita nos ha pedido que esperemos dos horas.

Nosotros esperamos aquí su resolución. No nos moveremos hasta que nos dé una respuesta favorable a los deseos del pueblo trabajador"[485].

Finalmente la muchedumbre se dispersó y desconcentró la plaza creyendo que Eva había tácitamente aceptado. Incluso, al día siguiente, el diario oficialista *La Razón* en su primera plana tituló: "Aceptaron mandato el general Perón y su esposa".

Pero el 31 de agosto, por cadena nacional, Eva Perón puso fin a la telenovela confirmando su renuncia "irrevocable y definitiva" a tal aspiración. Pasada una hora del radiomensaje, por idéntico medio de difusión la CGT "aceptó" la renuncia, mediante un comunicado encomiástico de proporciones esotéricas: "Ella está en la cúspide de la montaña y es la cúspide misma. Su sola magnitud la destaca por sus valores propios en la inmensidad de su obra cumplida"[486].

Con o sin "cúspide misma de la montaña", lo cierto es que la "compañera" Eva no fue compañera de fórmula. En su reemplazo, Perón, siempre fiel a secundarse de personajes con pocas luces, escogió reelegir a Hortensio Quijano, de 68 años y muy gravemente enfermo (murió meses después en abril de 1952), quien se autodefinía como "un hombre sin biografía"[487]: era el ladero ideal para Perón.

Las primeras rebeliones

Desde hacía tiempo diferentes líderes militares respaldados por civiles y políticos venían conspirando y pensando alzamientos potenciales contra la dictadura. Los dos hombres de armas más destacados que confabulaban eran por un lado el emblemático General Retirado Benjamín Menéndez (hombre íntegro, de carácter intransigente e ideas conservadoras) y por otro, el General Eduardo Lonardi, un reconocido nacionalista de gran predicamento en muchos sectores del Ejército (quien ya había mantenido conflictos personales con Perón cuando ambos obraron en la Embajada Argentina en Chile en los años ´30). Pero finalmente, Lonardi entendió que no estaban dadas las condiciones aún para sublevarse y que las fuerzas con las que contaba eran muy escasas y dispersas, motivo por el cual desistió de avanzar en la conspiración y dio libertad a sus hombres a que si lo deseaban, se sumaran a las huestes de Menéndez, quien sí proseguía entusiasmado en su

intentona.

El 30 de julio ya se habían reunido con Menéndez numerosos líderes políticos animados por la posible sublevación, entre ellos el radical Arturo Frondizi, Horacio Thedy por el Partido Demócrata Progresista, Reynaldo Pastor por el conservadorismo y el socialista Américo Ghioldi. Allí Menéndez les expuso a los contertulios lo siguiente: “Vamos a constituir un gobierno revolucionario con la participación de todos los sectores. La orientación democrática de las instituciones será mantenida y, en tiempo no distante, habrá elecciones libres. Necesito que ustedes me aseguren el apoyo de sus respectivos partidos”[488].

El modesto plan de Menéndez, acorde con la poca fuerza militar con la que contaba, constaba de una combinación de tanques de guerra que serían movilizados desde Campo de Mayo hasta la base aérea de El Palomar y con el respaldo de la aviación naval se generaría el asalto con apoyo de simpatizantes cercanos al Colegio Militar. El propio Menéndez muchos años después relató que “Todo nuestro plan se basaba en la sorpresa y el objetivo táctico era asestar un fuerte golpe a la dictadura en la misma capital”[489].

El alzamiento estaba previsto para el viernes 28 de septiembre, fecha escogida para evitar las elecciones de noviembre. A la vez, ese día 28 y el lunes siguiente eran feriados bancarios, con lo cual se buscaba también asegurar que si la rebelión resultaba exitosa, se eliminara la probabilidad de que el dictador y sus secuaces retiraran sus depósitos bancarios y huyeran con lo robado.

La operación militar arrancó poco después de las 5 de la mañana, pero muchos errores de coordinación y de logística hicieron que el objetivo revolucionario fracasara antes de empezar. A esa hora todavía los 180 tanques de guerra que se pretendían disponer no estaban provistos ni siquiera de combustible, lo cual demoró y empobreció la embestida. Tanto es así que finalmente Menéndez partió con sólo tres tanques y apenas doscientos hombres de tropa. Félix Luna anota que “Era un cortejo que podía parecer grotesco, si no fuera por el compromiso de honor de quienes lo componían, decididos a cumplir con la solidaridad dada a Menéndez”[490]. Todo estaba destinado al naufragio. Al producirse los primeros tiroteos no fueron pocos los que advirtieron de antemano la debilidad de los sublevados y hasta el Colegio Militar le negó apoyo a Menéndez. El general Lucero, Ministro de

Guerra de Perón, tuvo el tiempo suficiente como para rodear a Menéndez y neutralizarlo. Este, al verse acorralado, a las 11 y media reunió a sus oficiales y admitió la derrota: “Es imposible mantenernos en rebeldía. Yo me rendiré ante el general Ladvocat. Quedan ustedes en libertad de acción”[491]. El insurrecto militar se entregó al mediodía y los tres aviones de la fuerza aérea de que disponía (tripulados por 44 oficiales) volaron al Uruguay solicitando asilo político.

De inmediato, ya con todo el país anoticiado de lo acontecido, el régimen convocó a una manifestación en su respaldo a la Casa Rosada y el dictador habló a las 3 y media de la tarde en un tono especialmente destemplado: “los jefes de esta asonada, hombres deshonestos y sin pundonor, han hecho como hacen todos los cobardes, dejando abandonadas a sus fuerzas, libradas a su propia suerte. Ninguno de ellos fue capaz de pelear y hacerse matar por su puesto. Compañeros: nosotros los soldados, sabemos que nuestro oficio es uno solo: morir por nuestro honor, y el militar que no es capaz de morir por su honor, no es digno de ser militar ni de ser argentino”[492]: Perón nunca se imaginó cómo sonarían estas mismas palabras suyas en 1955.

Por lo pronto, la dictadura aprovechó el convulsionado contexto para encarcelar a numerosos opositores declarando el estado de guerra interno: alrededor de 600 arrestados (entre militares, civiles y políticos) fue el resultado del celo oficial. Alfredo Palacios, el legendario líder socialista, fue una de las víctimas más recordadas de estas detenciones generalizadas. En cuanto al Gral. Menéndez, fue condenado a 15 años de prisión por un tribunal militar[493] en cuyo juicio, el vehemente general, lejos de amilanarse, mantuvo una compostura de notable entereza, disparando declaraciones memorables que incomodaron en mucho a sus interrogadores:

“Gral. Reynolds: -General Menéndez, el Consejo de Guerra le acusa a usted de rebelión y de incitar a varios regimientos a salir a la calle con el fin de derrocar al gobierno constitucionalmente elegido por el pueblo. ¿Tiene algo que alegar en su favor?

Gral. Menéndez: -Sí; no estoy arrepentido de lo que he hecho y si estuviese en libertad lo volvería a hacer. Además, debo manifestar que en este banquillo de acusador debería estar todo el Poder Ejecutivo y la familia de los Duarte, que son los que han enlodado toda nuestra dignidad argentina. Para

terminar les diré que es muy posible que dentro de pocos días pase a ocupar el lugar de acusador en vez de acusado, y cuando ello ocurra, lo haré con la frente bien alta y no como ustedes que me están juzgando y no se animan a mirarme a la cara porque piensan como yo y ese pensamiento es de todos los jefes y oficiales de las fuerzas armadas, que ya están cansados de ser gobernados por un militar que, olvidándose que es un General del Ejército, ha entregado el mando a su esposa, quien a su vez pretende ocupar puestos públicos como el de VicePresidente; y no me van a negar que varios de los jefes aquí presentes, en mi presencia, le manifestaron al Gral. Perón que su esposa no podía ocupar ese puesto, a lo que el Presidente accedió con una palidez cadavérica. El día que yo actúe como fiscal acusador le preguntaré a la más humilde de los descamisados, de dónde ha sacado los 60 millones de dólares que tiene depositados en los bancos de España Italia, Suiza, Francia y EE.UU. en sociedad con su hermano Juan, y dejo constancia que dicho dinero está depositado en sus cuentas personales y a nombre de esa titulada Fundación de Ayuda Social; y para terminar diré que se cual es vuestro veredicto; pero les anticipo que no tengo miedo, pues es preferible morir de pie que vivir de rodillas ante una mujer que ha empañado nuestra brillante historia. Nada más"[494]. Y nada menos.

Las elecciones de 1951

Pasada la sublevación, al día siguiente, el 29 de septiembre, desde su lecho de enferma Eva Perón convocó al líder de la CGT José Espejo y al Ministro de Guerra para ordenarles distribuir armas (que se comprarían con dinero de la Fundación) y constituir una suerte de milicias populares a fin de preparar la defensa ante futuras rebeliones, anhelada compra y distribución armamentística que finalmente no se materializó por negativa de Perón, quien se opuso terminantemente cuando se enteró de la iniciativa: "Es fácil entregar armas a los sindicatos: lo difícil es quitárselas después"[495] solía afirmar. Pero Eva no sólo tenía preocupaciones políticas. Ese mismo día un primer boletín médico informaba la grave situación de su salud, describiendo su estado como "de gran debilidad" y recomendando "un período prolongado de tratamiento y reposo de cama"[496], algo que la paciente, dada su personalidad indomable e hiperactiva cumplió de manera indisciplinada.

Se asomaban las elecciones y la campaña presidencial de fines 1951

se llevaba adelante en un deliberado clima de fraude y represión. Cuando hablamos de fraude no nos referimos necesariamente al hecho de fraguar los cómputos electorales sino a la campaña misma, puesto que el concepto de fraude excede con creces el mero conteo comicial sino que abarca muchas otras estafas y coartadas que la dictadura impuso dentro de su tramposo sistema de persecución y amordazamiento de la oposición. Por empezar, el régimen sancionó una engañosa ley que impedía a los partidos opositores hacer alianzas políticas. De esta manera, la dictadura se garantizaba la dispersión de los sufragios en diferentes fuerzas evitando el peligro que implicaría que todas estas expresiones fueran juntas en un solo frente como en la polarizada elección de 1946. Además de esta arbitrariedad, la misma ley establecía otro truco: si algún partido decidía no presentarse para transferirle los votos a otro, el partido que se abstenía caducaba en su personería y desaparecía legalmente para siempre. Con este esquema, se condenó a los partidos opositores a la siguiente disyuntiva: entregarse o desaparecer. Incluso, si un partido nuevo se conformaba, para ser reconocido debía cumplir un sinfín de requisitos burocráticos y si al fin pasaba por todos esos filtros y era aprobado, recién podía participar electoralmente a los tres años de su aceptación legal. Asimismo, ningún candidato opositor podía ofrecer sus propuestas ni publicitar sus actos porque durante toda la campaña electoral no hubo cadena de radio del país (todas sin excepción manejadas por la dictadura) que les vendiera un minuto de espacio a los partidos opositores.

Toda la maquinaria estatal de propaganda estaba al servicio de la autoalabanza del régimen, a lo que cabe sumar el espionaje, la represión, la persecución, el encarcelamiento y la censura. Como si todas estas trampas no bastaran, Perón (que contaba con una estructura de clientelismo institucionalizado) adelantó varios meses la fecha de las elecciones y dibujó las circunscripciones de manera calculadamente arbitraria para anular o reducir a la mínima expresión las posibilidades de la oposición de poder colocar siquiera Legislador alguno.

En síntesis, las elecciones de 1951 eran lisa y llanamente una broma de mal gusto. Basta mencionar que el partido conservador presentó la fórmula Reynaldo Pastor-Solano Lima, pero este último estaba exiliado en Uruguay. El partido socialista presentó la fórmula Alfredo Palacio-Américo Ghioldi, pero a este último le habían clausurado el diario que él dirigía (La

Vanguardia) y vivía escondido para esquivar la persecución policial que padecía. De los 28 candidatos a diputados metropolitanos del socialismo, 25 estaban presos. Los radicales presentaron la fórmula Balbín-Frondizi, aprovechando que Balbín acababa de salir de la cárcel tras un año de encierro. Pero en ese lapso nuevamente se solicitó su captura y Balbín, al ser nuevamente perseguido, no podía hacerse visible ni participar en los actos[497]. En la Provincia de Buenos Aires la UCR tampoco podía hacer mucho proselitismo puesto que el Presidente del comité radical bonaerense, Moisés Lebhenson, también estaba preso. La censura para con los candidatos opositores también se daba en los diarios, puesto que no le daban el menor espacio al candidato presidencial de la UCR y sólo podían mencionarlo con un deliberado "error" tipográfico: "Blablín". Tampoco podía la oposición hacer acto alguno puesto que de inmediato era disuadido a tiros por matones de la dictadura: en uno de los pocos actos que se animó a hacer el socialismo, sus dirigentes fueron atacados con armas de fuego siendo herido de bala Américo Ghioldi en la columna vertebral quien acabó internado en terapia. Acorralado por las amenazas, Ghioldi acabó huyendo al Uruguay: "me tuve que escapar por las azoteas de la Casa del Pueblo, y contratar un contrabandista por 5000 pesos para que me sacara en lancha del país. El lanchero me dejó en la orilla del río, con los pies en el agua, en medio de la oscuridad"[498] recuerda el dirigente. Cansado de tantos atropellos, el candidato presidencial Alfredo Palacio decidió retirar la candidatura de su partido y dar por finalizada la comedia electoral. Todo este cúmulo de fullerías organizadas que Perón había impuesto no hacía más que fortalecer los argumentos de aquellos opositores que sostenían que la única salida posible era la rebelión armada. Efectivamente, todo estaba maniatado y pergeñado en un calculado sistema de control en donde no existía chance alguna para la oposición de brindar una batalla digna. Decía Octavio Paz que "la dictadura perfecta es aquella que aparenta no serla". La dictadura peronista no era perfecta justamente porque no podía aparentar no serla. Tanto es así que Perón, al no poder hacerse el distraído ni de su represión ni de lo escandaloso de su sistema fraudulento, justificó su autocracia alegando que como a él lo votaba la gente, su tiranía entonces estaba legitimada: "Señores: si yo soy tirano, se dará así, por lo menos una vez en la historia, el caso de un pueblo libre que ha decidido libremente gobernarse por una tiranía"[499]. Esta defensa de Perón respecto de su sistema de gobierno era una chicana de poca monta aunque imposible de retrucar: no existía

posibilidad de debate alguno y ningún dirigente opositor tenía acceso a los medios de comunicación.

Todo estaba digitado y la oposición estaba condenada a cumplir un rol paródico sin poder hacer alianza alguna, con sus máximos referentes presos, los partidos sin poder hacer actos, sin el menor acceso a los medios de comunicación y además tenían que competir contra un partido político que virtualmente era el Estado mismo. Todo lo descripto, guste o no, era un fraude. Punto. Un fraude grosero que le daba fundamentos y justificaciones a quienes pretendían derrocarlo mucho más sólidos que las argumentaciones de las que el propio Perón se valió para participar en el golpe militar contra Hipólito Yrigoyen en 1930 o en 1943.

A pesar del cúmulo de atropellos que hemos repasado, la Iglesia, que poco tiempo después se vería agredida y perseguida brutalmente por el régimen, si bien no explicitó apoyo a candidatura alguna, al igual que en 1946 emitió proclamas exhortando indirectamente a votar por el oficialismo al declarar: “Ningún católico puede votar a candidatos que inscriban en sus plataformas la separación de la Iglesia del Estado, el divorcio legal, la supresión de los juramentos religiosos o el laicismo escolar”[500], en inequívoca alusión a la UCR, partido de tradición anticlerical.

La disputa electoral era sumamente fácil para el régimen. Con todos los recursos del Estado en su favor y la oposición reducida a la nada por disposición fáctica y legal, Perón ni siquiera se molestó en recorrer el país haciendo campaña porque no hacía falta. El monopólico aparato de difusión abrumaba todo el día con propaganda oficialista y uno de los spots radiales más exitosos lo grababa el célebre compositor Enrique Santos Discépolo, en dónde pronunciaba un monólogo que a la vez simulaba ser una suerte de diálogo imaginario con un “contrera” (al cual no se le conocía la voz y nunca hablaba) en el que se emitían mensajes como éste: “Te pasaste la vida tomando mate cocido pero ahora me planteás un problema de Estado porque no hay té. Claro, ahora la flota es tuya, ahora los teléfonos son tuyos, ahora los ferrocarriles son tuyos, ahora el gas es tuyo pero…!no hay té! (…) ¡A mí no me la vas a contar!”[501]. Que el interlocutor imaginario no hablara jamás (ni siquiera para ser ridiculizado en la actuación) era un claro síntoma de la época, en dónde el disidente no tenía voz y por ende, en el “debate” no contaba con ninguna chance de ganar ni argumentar. Al mismo tiempo, Juan Perón aprovechaba su aparato de radiodifusión para emitir exagerados

mensajes efectistas de alto impacto emocional para con sus bases: “Se come bien y cuatro veces al día. Los que antes tenían un traje, hoy tienen un guardarropa. Los que antes iban al cine una vez al año, hoy van todas las semanas”[502].

El 17 de octubre de 1951, semanas antes de los comicios, en el renovado acto oficialista de “La Lealtad Peronista”, la dictadura aprovechó la ocasión para dedicar el evento a Eva Perón, cuyo deteriorado estado de salud sensibilizaba cada vez más a sus acólitos. Eva primeramente se apersonó al Salón Blanco de la Casa de Gobierno notablemente demacrada y tras recibir las adulaciones de rigor, la CGT le entregó una medalla en “Distinción del Reconocimiento de Primera Categoría” y a su vez recibió en nombre de su esposo la “Gran Medalla Peronista en Grado Extraordinario”. Luego, el dictador la definió sin tapujos como una “de las mujeres más grandes de la humanidad”[503].

Seguidamente, Eva y toda la comitiva se trasladaron a Plaza de Mayo en donde la esperaba un enorme gentío para escuchar su palabra. Allí abrió el discurso el líder de la CGT José Espejo, quien tras loar al matrimonio presidencial disparó la siguiente consigna bélica: “cada trabajador debe convertirse en un soldado activo de la acción peronista; y si hay que elevar horcas, no será para que pendan de ella los trabajadores”[504]. Luego se le otorgó la palabra a Eva Perón, quien con un cuerpo enflaquecido que a duras penas podía mantenerse erguido, tomó el micrófono y a pesar de su débil voz arengó con sonoros vítores beligerantes: “Los enemigos del pueblo, de Perón y de la patria, saben también desde hace mucho tiempo que Perón y Eva Perón están dispuestos a morir por este pueblo. Ahora también saben que el pueblo está dispuesto a morir por Perón. Yo les pido hoy, compañeros, una sola cosa: que juremos todos públicamente defender a Perón y luchar por él hasta la muerte. Y nuestro juramento será gritar durante un minuto para que nuestro grito llegue hasta el último rincón del mundo: ´la vida por Perón´ (…) Por eso la victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla tarde o temprano, cueste lo que cueste y caiga quien caiga”[505]. Este fue uno de los últimos discursos que la agonizante mujer pronunciara públicamente.

Días después, el 3 de noviembre Eva tuvo una importante recaída, y en plena campaña electoral cargada de discursos oprobiosos contra “el imperialismo norteamericano” Perón tuvo que llamar a una eminencia norteamericana en medicina como el cancerólogo George Pack[506], un

neoyorquino de pura cepa que apuradamente viajó al país en el marco del más absoluto hermetismo: “Evita jamás tuvo conocimiento que el ilustre cancerólogo Pack la había intervenido”[507] recordó Perón, detallando que además “hubo que agregar diez kilogramos a la balanza con que era pesada, para que Eva no tuviera noción de su delgadez” [508]. El inefable Raúl Apold, por su parte confesó tiempo después que en los últimos días previos a su deceso, ordenó imprimir una edición especial de todos los diarios con buenas noticias sobre ella, a fin de que la paciente creyera que su salud iba mejorando: “Levantábamos media columna de la primera página y se insertaba la mentira piadosa”[509] detalló el imaginativo jefe de propaganda.

El 6 de noviembre (cinco días antes de los comicios), la primera dama fue operada por el citado facultativo extranjero y tres días después, hizo sentir su deshilachada voz por cadena nacional, sin que su debilidad física le hiciera perder la desmesura de su sentencia: “no votar por Perón es, para un argentino traicionar al país”[510].

El día previo a los comicios, el sábado 10, en “oportuno” y enternecedor gesto democrático, el Ministro Borlenghi por conferencia de prensa anunció: “Acaba de decretarse el levantamiento del estado de guerra interno, hay completas libertades para todos los partidos y no queda un solo preso político. El gesto del general Perón, al delegar el mando, es una demostración de libertad y democracia en la Nueva Argentina”[511]. La desvergüenza era política de Estado.

Al día siguiente, domingo 11 de noviembre se llevaron adelante los comicios. Las boletas del oficialismo incluían la foto de Perón y Eva (esta última no era candidata pero su efigie fue encajada igual) para que el votante “no se confunda” a la hora de sufragar. Con esta medida muchos alegaron que el gobierno desconfiaba de la capacidad de lectura de sus simpatizantes y que entonces con la impresión de las fotos, el votante peronista no tendría mayores chances de confundirse.

La citada trampa de la modificación del sistema jurisdiccional funcionó a la perfección generando las injusticias deseadas, como por ejemplo la acontecida en la Capital Federal, en donde los peronistas que habían sacado el 53% de los sufragios obtuvieron 23 bancas y los radicales que habían alcanzado el 42% de los votos, sólo obtuvieron 5. Vale decir: obteniendo el 53% de los votos, el peronismo ganaba el 82, 2% de las bancas

y la UCR, con el 42% de los sufragios, apenas el 17,8%. Es decir que a pesar de todas las ventajas habidas y conocidas de las que injustamente gozaba el oficialismo, el sistema no le brindaba a la oposición ni siquiera la menor posibilidad de conservar la representatividad conforme sus condicionados porcentuales y poder así aspirar a un mínimo contrapeso parlamentario.

El peronismo ganaba o ganaba. Todo había sido diseñado para tal fin. No había forma ni posibilidad de evitar que la dictadura, el 11 de noviembre, sacara a nivel nacional el prepotente porcentaje de 63,40% de los votos, contra el 32,3% de los radicales y un mísero 2,3 de los conservadores del Partido Demócrata Nacional.

Una nota de color en los comicios lo constituyó el debut femenino en el sufragio, en cuyo segmento Perón obtuvo ventajas más significativas que en los padrones masculinos. Con esa notable habilidad verbal que siempre lo especializó, Perón resumió: “La primera elección la gané con los hombres, la segunda será con las mujeres y la tercera con los niños”[512]. El tiempo pareció darle la razón.

Capítulo 12: Los últimos días de “la Eva”

De analfabeta funcional a literata magistral

Meses antes de morir, Eva “escribió” una suerte de autobiografía llamada “La Razón de mi Vida”, cuya autoría verdadera pertenecía a un periodista español llamado Manuel Penella de Silva, quien por encargo del régimen escribió el trabajo dentro de los cánones y de la tónica afín con lo que Eva decía y representaba. Recuerda el periodista Osiris Troiani (quien entrevistó largamente a Penella) que “El escritor trataba de hacer un libro que fuera torpe y emotivo a la vez, puesto que llevaría la firma de ella (…) Dar aquella impresión de autenticidad no era fácil; a Penella le costaba tanto esfuerzo como una verdadera obra de arte. Evita, en cambio, quería aparecer perfecta, idealizada, un mito. Un mito burgués, por otra parte”[513]. Pero todo indica que Penella trabajó eficientemente, puesto que la pobreza literaria del texto era tal, que muchos creyeron que efectivamente lo había escrito Eva. En efecto, sus vulgares y sobreabundantes embelecos hacia Perón le daban una notable apariencia de autenticidad en la autoría: “Yo creo que Perón se parece más bien a otra clase de genios, a los que crearon nuevas filosofías o nuevas religiones”; “Yo no era, ni soy más que una humilde mujer (…) un gorrión en una inmensa bandada de gorriones (…) Y él era y es el cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las nubes y cerca de Dios”. En otros pasajes, el libro le adjudicaba a Perón un ridículo magisterio infalible: “El General Perón ha dicho que no sería posible el justicialismo sin el sindicalismo. Y esto es verdad, primero porque lo ha dicho el general Perón y segundo, porque efectivamente es verdad”. Despersonalizándose a sí misma en párrafo aparte Eva agregaba “Todo lo que soy, todo lo que tengo y todo lo que siento es de Perón (…) yo he dejado de existir en mí misma, es él quien vive en mi alma, dueño de todas mis palabras y de mis sentimientos, señor absoluto de mi corazón y de mi vida (…) como mujer le pertenezco totalmente, soy en cierto modo su esclava, pero nunca como ahora me he sentido más libre” y con empalagosas chabacanerías el libro incurría en “giros poéticos” del siguiente tenor: “Perón es el aire que respiramos, Perón es nuestro sol, Perón es vida”. Cabe subrayar que el propio Perón estudió y

revisó en detalle todo el libro antes de autorizar su publicación y evidentemente no se ruborizó ni tuvo ningún inconveniente moral en aprobar estas grotescas alabanzas hacía él mismo.

No faltaron tampoco en el texto notas constantes y abundantes de resentimiento para con sus oponentes: “!Nada de la oligarquía puede ser bueno!”, pero lo que sí constituyó una curiosidad, es el rol tradicional y conservador que Eva le recomendaba mantener a las mujeres: “Cada día es mayor el número de mujeres jóvenes convencidas de que el peor negocio para ellas es formar un hogar. Y sin embargo para eso nacimos (…) Nacimos para constituir hogares. No para la calle” y remataba afirmando que “ningún movimiento feminista alcanzará en el mundo gloria y eternidad si no se entrega a la causa de un hombre (…) La misión sagrada que tiene la mujer, no sólo consiste en dar hijos a la patria, sino hombres a la humanidad”. Nos interesa rescatar estos últimos conceptos, puesto que estas frases adjudicadas a Eva en el libro, con el tiempo se fueron deliberadamente ocultando o desnaturalizando (máxime durante los años del embustero relato kirchnerista) puesto que su figura fue usada como banderín de ciertos feminismos militantes y comparsas lésbicas, las cuales han pretendido hacer pasar a la extinta lideresa como una suerte de pionera o representante de aquella paparruchada cultural que hoy se conoce como la “ideología del género”, distorsión de su persona manifiestamente tan absurda como la que también hizo de ella la izquierda terrorista de los años ´70, en donde se le pretendió adjudicar a ella un inexistente halo marxista: “la aventurera Evita que dificultosamente sabía escribir, fue disfrazada de revolucionaria científica, parecida a Lenin”[514] anotó Roberto Aizcorbe.

Volviendo al patético libro, este fue editado con una apabullante tirada de 300.000 ejemplares y lanzado con toda la propaganda estatal precisamente el 17 de octubre de 1951, días antes de las elecciones presidenciales a las que ya hicimos referencia. A pesar del grotesco contenido, la publicación era elogiada como si fuese una obra maestra y los alcahuetes rentados de la dictadura que obraban de “críticos literarios” se deshacían en elogios y hasta un audaz grupo de escritores peronistas solicitó al Ministro de Educación que se concediera a la “autora” el “Gran Premio de Honor”.

Miles de copias se confeccionaron en ediciones comunes para la plebe y otras tantas de lujo para las elites peronistas, cuyos ejemplares eran

repartidos masivamente y brotaban a borbotones de los talleres de impresión. El texto de marras fue encajado prepotentemente en todo tipo de instituciones para consumo obligatorio de socios o adherentes, lo cual ocasionó un severo conflicto, por ejemplo, con el club Estudiantes de la Plata, cuyas autoridades en lugar de obligar a sus simpatizantes a leerlo guardaron los ejemplares en un sótano de la entidad. Alguien delató la situación y la institución fue intercedida gubernamentalmente por una "Comisión Interventora" al mando de Mario Sbuscio, quien gobernó de facto el club hasta junio de 1953, desmantelándolo financieramente y vendiendo ex profeso a los principales jugadores de fútbol a previo a vil[515]. El club fue acusado legalmente de "boicot contra la doctrina justicialista" al no repartir entre sus asociados cerca de dos mil ejemplares de la publicación. Con este desguace el equipo de fútbol de primera división de Estudiantes fue obligado a descender a la Primera División B[516] en 1953. En sentido contrario, los clubes más obsecuentes fueron beneficiados con torneos y estadios de Fútbol regalados por la dictadura, tal el caso del Racing Club de Avellaneda, cuyo estadio "Presidente Perón" fue regalado por el dictador con fondos públicos y el presidente de la entidad era el mismísimo Ministro de Hacienda Ramón Cereijo, quien logró que la privilegiada institución ganara sospechosamente tres torneos consecutivos, lo que le valió a Racing el burlesco apodo "Deportivo Cereijo".

Envalentonados con la "obra literaria", acto seguido la dictadura le exigió a una editorial norteamericana traducirla al inglés y ante la negativa de la firma de confeccionar dicha edición, se colocó una bomba en la biblioteca de habla inglesa Lincoln, la cual destrozó sus instalaciones. Tras el explosivo "mensaje", la dictadura al fin se dio el gusto de publicar ediciones traducidas no sólo al inglés sino al árabe, el portugués, el latín, el braille y otras expresiones idiomáticas. No las leyó nadie, pero las traducciones se hicieron y se financiaron sin medir gastos.

El Diputado Héctor Cámpora, en gesto connatural a su talante (ya había presentado 21 proyectos de ley proponiendo distintos homenajes al dictador y su esposa) hizo aprobar otra de sus obsecuentes ideas, en este caso para convertir al libro en lectura obligatoria en las escuelas primarias, secundarias y terciarias. A partir de entonces "*La Razón de Mi Vida*" serviría a los alumnos de tercer año para la lectura, ejercicios de ortografía y sintaxis; a los de cuarto como ejemplo literario; a los de quinto como repaso y a los de

sexto para monografías y concursos. En la secundaria, el texto en cuestión se usaría como material bibliográfico de los cursos de Historia Argentina, Derecho, Instrucción Cívica y Economía Política[517].

Contando las sucesivas reediciones de entonces, se imprimieron en total un millón trescientos mil ejemplares que se pagaron con fondos públicos a los talleres gráficos de Jacobo Peuser, cuyos derechos de autor y regalías fueron a parar a las arcas personales no del verdadero autor (a Penella apenas le dieron 50 mil pesos) sino de la autora apócrifa: y sí, suele pasar aquello de que los “patrones” y “oligarcas” abusen de sus empleados como en este caso.

20:25, hora en que Eva Perón, jefa espiritual de la nación pasó a la inmortalidad

Cada acto o ceremonia era una ocasión obligada para replicar loas a la sufriente matrona y el feriado del 1 de mayo (día del Trabajador) brindaba un renovado motivo para agasajarla. Fue allí cuando la agonizante consorte hizo su última aparición pública en el tradicional acto de masas en Plaza de Mayo, brindando probablemente el discurso más frenético de su corta y trajinada vida. Tras comenzar su arenga calificando a Perón como “el líder de la humanidad”, llevó su furia verbal al paroxismo sentenciando: “yo saldré con las mujeres del pueblo, yo saldré con los descamisados de la patria, muerta o viva, para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista…yo quiero que mi pueblo sepa que estamos dispuestos a morir por Perón, y que sepan los traidores que ya no vendremos aquí a decirle ¡Presente!, a Perón, como el 28 de septiembre, sino que iremos a hacernos justicia por nuestras propias manos”[518].

Días después, el Congreso de la Nación, en un marco de interminables y empalagosos discursos sancionó la Ley 13.202 a fin de que la “Abanderada de los Humildes” tuviera derecho al uso del collar de la Orden del Libertador General de San Martín, soberbia joya de 4.584 piezas, de las cuales 3.821 eran de oro y platino, y el resto 763 piezas preciosas (diamantes, rubíes y esmeraldas). Pesada alhaja confeccionada puntillosamente por la joyería Ghiso (que luego demandaría al Estado por el cobro de la joya)[519]. Dentro de la maratónica competencia de alabanzas que se disputó en el recinto, probablemente una de las más rastrera haya sido la efectuada por la diputada Escardó, quien elevó a Eva Perón por encima del Gral. San Martín: “San

Martín renunció a todo después de su lucha titánica y se alejó de la patria por la incomprensión de sus contemporáneos. Eva Perón renuncia a la vicepresidencia de la Nación y continúa firme en su puesto de lucha con el beneplácito y el amor de su pueblo, haciendo, alentando, orientando, iluminando todo con el haz poderoso de su corazón, porque ese corazón es luz de estrella, tutela para la patria toda"[520]. Sin embargo, piropos de este tenor quedarían reducidos a la nada comparado con los que Eva recibió el 7 de mayo, cuando cumplió los treinta y tres años de edad y la obsecuencia parlamentaria la nombró como "Jefa Espiritual de la Nación", un honor inventado por el inefable Héctor Cámpora. En esa extenuante sesión se llevaron adelante 84 discursos en los cuales los legisladores ya no sabían qué elogio imaginar para ganarse una palmada o un ascenso. La Senadora Castiñeira dijo que "Eva Perón reúne en sí lo mejor de Catalina la Grande, de Isabel de Inglaterra, de Juana de Arco y de Isabel de España, pero todas estas virtudes las ha multiplicado, las ha elevado a la enésima potencia". Sin embargo, la Senadora Larrauri en franca discrepancia con su antecesora retrucó: "Yo no acepto…que a Eva Perón se la compare con ninguna mujer, con ninguna heroína de ningún tiempo, porque a muchas de ellas por no decir a todas, eminentes escritores tuvieron que magnificar su historia. En cambio no hay escritor, por inteligente que sea, que pueda trazar fielmente la historia de las realidades de Eva Perón". El diputado Ortíz de Sosa Vivas agregó: "inclinemos reverente la cerviz ante el nombre sagrado de Eva Perón". El diputado Teodomiro de la Luz Agüero teologizó el elogio y habló de "la esencia semidivina de Evita". El Diputado Astorgano por su parte hizo uso de sus dones de poeta: "Evita es blanca como los corderitos y rubia como las mieles doradas del estío". El diputado Rodríguez osó decir que el libro de Eva "es un método global de lectura y escritura". La Diputada Ortíz de Sosa habló de "la sublime autora del libro más excelso que hayan leído los hombres" y para rematar, el sindicalista Alonso aseguró que el libro La Razón de mi Vida no fue editado en Estados Unidos "porque el libro amenaza la estabilidad del régimen opresivo"[521]: por el contenido de los discursos expuestos daba la impresión de que todos estaban drogados.

Una incógnita que se comentaba en esos tiempos, era si Eva Perón, dado su alicaído estado de salud, asistiría o no al acto de asunción de renovación de mandato de su marido, previsto para el 4 de junio (fecha siempre elegida por el dictador en homenaje al golpe de Estado de 1943). Pero a pesar de lo aplastada o agotada que estaba, ella fue llevada al evento

colmada de inyecciones que le fueron dadas para calmar sus dolencias y pudo mantenerse erguida por medio de muletas que le fueron colocadas debajo de su abrigo para ocultarlas durante un traslado ceremonial, que ella hizo en auto descapotable de pie junto a Perón saludando a sus adictos. Muchos sostuvieron que dicha exposición forzosa fue un acto de extrema irresponsabilidad proselitista por parte de Perón, quien no vaciló en exponer la lúgubre imagen de su mujer con tal de sensibilizar o conmover los espíritus de la gente sencilla en medio de una durísima agonía cuya forzada exhibición, no hacía otra cosa más que apurar el desenlace. Sin embargo, otras voces dicen que ello no fue sólo responsabilidad de Perón sino también de Eva, quien era bien consciente de que sus días estaban contados y no quería desaprovechar ni un segundo de figuración.

Ocurre que a pesar de estar en la última etapa de su corta vida, Eva no escatimaba en ambiciones. Tanto es así que ella misma desde hacía meses venía planificando la construcción de un faraónico monumento en cuyo interior quería que tras su deceso se depositaran sus restos a modo de cripta. El encargo de tan egolátrico proyecto le fue encomendado al escultor italiano León Tomassi, quien recibió expresas instrucciones de la interesada de que el interior del mausoleo se pareciera a la tumba de Napoleón, que ella recordaba haber visto en París durante su viaje por Europa. Luego, entre junio y julio de 1952, el Congreso votó una serie de leyes para poner en marcha el proyecto y Eva dio expresa instrucción de que su colosal panteón fuera ubicado en la Plaza de Mayo, con el inconveniente de que las desaforadas dimensiones del monumento que Eva ordenó para homenaje de sí misma excedían los tamaños de la plaza[522], lo cual motivó al diligente Héctor Cámpora a proponer la siguiente solución: “Se pueden demoler los edificios de la Intendencia Municipal y de La Prensa”[523].

El ministro Dupeyrón calculó la confección de la construcción en 140 metros de altura, con una estatua de 53 metros y 16 figuras de 5 metros de alto cada una. Esto equivalía a un conjunto arquitectónico mucho más alto que la Basílica de San Pedro, una vez y media más grande que la Estatua de la Libertad en Nueva York y tres veces el Cristo Redentor de Río de Janeiro. Su dimensión era similar a la pirámide de Keops, aunque mucho más ostentosa puesto que debía adornarse en mármol de Carrara[524]. El mausoleo estaba valuado en más de 400 millones de pesos.

Hacía tiempo que en la cúpula gubernamental se había perdido el

sentido común y el lastimoso espectáculo con visos mortuorios todos los días sorprendía con alguna nueva extravagancia sin escatimar ningún recurso demagógico con tal de explotar las sensibilidades de la gente más humilde de la comunidad: el 18 de julio Perón ordenó a uno de los médicos que la atendía (el Dr. Pedro Ara Sarriá), que tras su muerte a Eva se le embalsamara el cuerpo.

En tanto, las sufrientes masas peronistas acudían en constantes plegarias, regalos, amuletos y todo tipo de ritos convencionales y no tanto, pero tendientes a implorar por la recuperación de su obsequiosa jefa, cuyo triste desenlace se apreciaba como inminente. En sentido contrario, anotamos que los sectores antiperonistas no se sentían acongojados por esta situación, aunque es totalmente falsa la leyenda fabricada por el cachafaz Dalmiro Sáenz, la cual rezaba que en las paredes de Buenos Aires aparecían pintadas callejeras clandestinas con la consigna “Viva el cáncer”. Si bien es cierto que no cabían en la Argentina peronista sentimientos intermedios, este imaginario graffiti es otro de los mitos que el oficialismo le pretendió endilgar a la oposición.

El sábado 26 de julio Eva Perón cayó en coma y su cura confesor Hernán Benítez le administró el Sacramento de la extremaunción. A las 8:23 de la noche de ese día los médicos confirmaron su muerte. El siempre atento Raúl Apold decidió que esa hora no era conveniente desde el punto de vista propagandístico y entonces se determinó que Eva “murió a las 8:25”, cifra redonda y más entradora para la posterior campaña mediática que él ya tenía preparada para lanzar con toda la parafernalia.

Sin perder un segundo, tras el anuncio del deceso se trabajó a gran velocidad para embalsamar el cuerpo de la difunta mientras el aparato del Estado preparaba una soberbia puesta en escena para explotar al máximo el episodio luctuoso. Los coreógrafos y vestuaristas encargados del espectáculo determinaron que se exhibiría el cuerpo de la difunta en la sede de la CGT, se colocaría en sus manos el Rosario que le otorgó el Papa Pío XII, se le anexaría una mortaja con la bandera argentina y el hermético ataúd tendría una tapa de vidrio, a fin de facilitar la visualización del público asistente a la exhibición mortuoria que la dictadura pondría en marcha durante intensas semanas. Al mejor estilo *hollywoodense* y sin descuidar el menor detalle, para montar el *show business* el régimen contrató a la firma 20tH Century Fox para filmar la función a colores, tecnología novedosa y costosísima para

entonces.

El cuerpo fue trasladado al Ministerio de Trabajo en el marco de una procesión organizada y multitudinaria plagada de ofrendas florales. Pero lo mucho que el régimen le impuso de artificial al cortejo, también lo tuvo de genuino, puesto que miles de seguidores auténticamente acongojados hacían largas colas para poder pasar frente al cajón y despedir los restos de quien consideraban una justiciera.

La dictadura declaró lunes y martes el duelo e impuso a todos los empleados públicos de cualquier área y envergadura llevar el luto obligatorio bajo pena de encarcelamiento a quien incumpliera la medida. El miércoles, ya sin duelo, los negocios debían obligatoriamente exhibir escaparates con fotos de Eva en homenaje compulsivo e institucionalizado. Las agujas de la torre del Ministerio de Trabajo quedaron fijas para siempre a las 8:25. Los noticieros de la noche que empezaban a las 8:30, por decisión del régimen ahora empezarían a las 8:25, siempre en honor al adulterado horario fabricado por Apold. Los cines vespertinos a las 8:25hs cortaban la emisión del filme para que se conmemorase a Eva con un minuto de silencio y el público de pie. Todas las mañanas los argentinos debían observar quince minutos de silencio para escuchar la lectura de pasajes del libro “La Razón De Mi Vida” que se transmitían en vivo por micrófonos, y a la ciudad de La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires, se le cambió el nombre rebautizándola como Eva Perón[525]. Todos los días a las 8:25hs la luz eléctrica en todo el país relampagueaba durante un minuto en señal de “homenaje” y por radio y televisión era obligatorio emitir el siguiente mensaje: “ocho y veinticinco, hora en que Eva Perón entró en la inmortalidad”, costumbre que el régimen impuso y extendió hasta su caída en 1955.

Durante todas esas semanas el gobierno ordenó que las crónicas sobre Eva incluyan los siguientes elogios: “Jefa Espiritual de la Nación”, “ilustre extinta”, “la más grande mujer de América”, “abanderada de los humildes”, “impar ciudadana”, “mártir del trabajo”, “puente de amor entre el pueblo y Perón” (parangón de mal gusto que intentaba asignarle a la muerta una connotación similar a la que conforme los dogmas de la Iglesia Católica se le adjudica a la Virgen María al ser considerada puente directo entre Dios y los hombres) y “símbolo de todas las virtudes que modelan la arcilla humana de la divinidad”[526], entre otros conceptos de barniz sobrenatural. Los diarios del régimen competían por ver cuál era el más audaz en sus elogios, torneo

que quizás haya ganado el matutino *La Época*, el cual colocó a la difunta por encima de Santa Teresa y también de Juana de Arco[527].

El carnaval fúnebre de las procesiones oficiales se extendió casi dos semanas más en un organigrama de pomposos desfiles de enfermeras de la Fundación Eva Perón, obreros de la CGT y elegantes columnas militares. En total hubo 17.000 efectivos de las tres armas participando de la formación[528]. La última procesión se dio paseando el cuerpo finalmente hasta el Congreso, en donde se exhibió el cadáver un día más.

Nada se economizaba a la hora de prolongar, exacerbar y mantener sensibilizadas *sine die* las elementales pasiones de los sectores más domesticables de la sociedad.

La lucha por el botín

Dentro del cúmulo de séquitos más mediocres con los que Perón se rodeó por iniciativa personal o de Eva, figuraba Juan Duarte, hombre de la noche y la procacidad, cuyo único mérito para obrar como secretario privado del dictador era el haber sido hermano de su esposa. Tras la muerte de esta última, este malhechor quedó sin protección política.

Mientras la escasez de carne proseguía en todo el país, habían trascendido de manera escandalosa los negociados ilegales llevados a cabo justamente con el comercio de la carne por parte de Juancito Duarte. Perón siempre había tolerado la corrupción en tanto y en cuanto no salpicara su buen nombre. Pero que un secretario privado suyo (que además era su cuñado) se viera envuelto en tamaño episodio, sumado al hecho de que el malhumor arreciaba por la falta de carne con la que Juancito a su vez lucraba, ya era demasiado para tolerar. Vale agregar que Perón desde hacía tiempo había perdido la confianza en su cuñado y lo había mandado a espiar, encargándole la tarea investigativa al general León Bengoa.

A medida que Juancito comenzó a verse cada vez más desenmascarado y presionado por las circunstancias (y ya sin su poderosa hermana que lo respalde), se vio obligado a renunciar a su cargo de secretario presidencial el 6 de abril de 1953.

Dos días después de su dimisión (el 8 de abril), un enfadado Perón

emitió un mensaje por radiodifusión con el siguiente tono: “he de terminar con todo aquel que esté coimeando o esté robando en el Gobierno. Yo no apaño ladrones de ninguna naturaleza (…) ¡Ni a mi padre dejaría sin castigo!”[529]. Todo el mundo entendió que Perón se refería a su cuñado caído en desgracia.

Juan Duarte, un semi-analfabeto que no había terminado la escuela primaria y que se las había rebuscado vendiendo jabones, gracias a su hermana y a su falta de escrúpulos (tolerada por Perón y Eva mientras la corrupción no se publicitara), se convirtió en poco tiempo en un magnate portador de una gran fortuna y cuantiosos bienes[530] entre los que se encontraba un lujoso departamento en el quinto piso de la avenida Callao 1944, donde residía. Fue en ese departamento en el cual Juancito apareció muerto la mañana del 9 de abril (horas después del duro discurso radiofónico de Perón) ante los ojos estupefactos del mayordomo Inajuro Tashiro, un japonés que lo asistía y que al entrar en la habitación de su amo llevando la bandeja del desayuno visualizó el macabro espectáculo: Juan Duarte yacía en un charco de sangre, vestido con calzoncillos, camiseta, medias, ligas y un orificio de bala en su sien derecha.

El cuerpo estaba arrodillado ante la cama como si hubiera muerto mientras rezaba. En el suelo se veía un revólver calibre 38 y sobre la mesa de luz se encontraba una carta manuscrita, plagada de horrores ortográficos en la que el muerto se despedía de su cuñado y jefe en los siguientes términos: “Mi querido general Perón: la maldad de algunos traidores al general Perón y al pueblo trabajador, que es el que lo ama a usted con sinceridad, y los enemigos de la Patria, me han querido separar de usted, enconados por saber lo mucho que me quiere y lo leal que soy... He sido honesto y nadie podrá provar (sic) lo contrario. Lo quiero con el alma y digo una vez más que el hombre más grande que conocí es Perón... Me alejo de este mundo azqueado (sic) por la canalla, pero feliz y seguro de que su pueblo nunca dejará de quererlo. Cumplí como Eva Perón, hasta donde me dieron las fuerzas. Le pido cuide de mi amada madre y de los míos, que me disculpe con ellos que bien lo quieren. Vine con Eva, me boy (sic) con ella, gritando Viva Perón, viva la Patria, y que Dios y su pueblo lo acompañen siempre. Mi último abrazo para mi madre y para usted. Juan Ramón Duarte. P. D. Perdón por la letra, perdón por todo”[531].

Extrañamente el cuerpo fue enterrado sin que se le hiciera autopsia

alguna y en el velorio, su madre y hermanas no se cansaron de repetir que Juancito había sido asesinado. Tampoco se hizo ninguna pericia caligráfica de la carta que él dejó y luego se supo que la bala que lo mató, fue disparada a 20 centímetros de su sien, distancia bastante incómoda e inusual para un suicidio. Según la investigación que realizó la periodista Silvia Mercado, la familia de Juan Duarte siempre estuvo convencida de que Perón lo mandó a matar y que quien cumplió la orden de apretar el gatillo fue el propio Raúl Apold[532].

Las suspicacias corrían como reguero de pólvora y en los círculos opositores circulaba la siguiente ironía: “Todo el mundo sabe que se suicidó, pero nadie sabe quién lo hizo”. Razones para la mofa de humor negro no faltaban. No sólo por los negocios mafiosos en los que estaba involucrado el malogrado personaje (el suicidio fue considerado un crimen de Estado y una suerte ajuste de cuentas entre capitostes), sino porque el propio Perón estaba luchando por quedarse con la herencia de su esposa y Juancito luchaba también por lo propio pero en beneficio de su madre, puesto que la madre de Eva, Juana Ibarguren, era heredera de la mal habida fortuna de su difunta hija en partes iguales que Perón.

En torno a la polémica del “suicidio”, Perón siempre tuvo apreciaciones confusas y llegó a mentir diciendo que la noche en que el desdichado apareció muerto, un rato antes había estado con él: “La noche anterior cenó conmigo. Luego, en su departamento, se tomó un somnífero, se le anuló el subconsciente, y se mató”[533]. En efecto, Perón siempre brindó confesiones contradictorias y fundamentalmente se limitó a señalar genéricamente que “Juancito era un chico muy sensible; había contraído una sífilis en sus noches de farra y estaba ya en los comienzos de una ataxia locomotriz. Descubrió su enfermedad cuando estaba ya en segundo grado, le estaba atacando el cerebro y tenía dificultades para caminar”[534].

¿Aprovechó el viudo el escándalo de corrupción de su cuñado para fabricarle un suicidio? Interesa la pregunta porque uno de los papelones más visibles del régimen radicó en la falsificación de un supuesto testamento que Eva empezó a escribir un mes antes de morir, el cual decía: “Buenos Aires, 29 de junio. Quiero vivir eternamente con Perón y con mi pueblo. Esta es mi voluntad absoluta y permanente y es por lo tanto mi última voluntad. Donde esté Perón y donde estén mis Descamisados allí estará siempre mi corazón para quererlo con todas las fuerzas de mi vida y con todo el fanatismo que me

quema el alma. Si Dios lo llevase del mundo a Perón, yo me iría con él, porque no sería capaz de sobrevivir sin él, pero mi corazón se quedaría con mis Descamisados, con mis Mujeres, con mis Obreros". El texto se detuvo allí en la segunda carilla, porque Eva estaba exhausta y sin firmeza en el pulso. Y la dejó sin firmar, pero su elemental caligrafía resultaba reconocible sin mayores dificultades.

Hasta aquí nada extraño, y estas anotaciones no eran más que las habituales adulaciones exacerbadas que Eva le brindaba a sus devotos y a su esposo. Pero el tema se torna más polémico al advertir que este es el único manuscrito verdadero de Eva que luego se utilizaría como pretendido "testamento", aunque allí no se hablaba de legar nada a nadie, salvo en un insólito agregado que misteriosamente apareció con posterioridad y en el cual se leen estos dos párrafos: "Quiero que todos mis bienes queden a disposición de Perón, como representante soberano y único del pueblo. Yo considero que mis bienes son patrimonio del pueblo, y que todos mis derechos, como autora de ´La razón de mi vida´ y de ´Mi mensaje´ cuando se publique, sean también considerados como propiedad absoluta de Perón y del pueblo argentino. Mientras viva Perón, él podrá hacer lo que quiera de todos mis bienes: venderlos, regalarlos e incluso quemarlos si quisiera, porque todo en mi vida le pertenece, todo es de él. (...) Pero después de Perón, el único heredero de mis bienes debe ser el pueblo"**.** Como vemos aquí, en este agregado sí se habla de legar los bienes a un único heredero, a pesar que la herencia le correspondía en partes iguales tanto al dictador como a la madre de la difunta.

Pero lo realmente sospechoso del agregado de este presunto "testamento", es que esta segunda parte no estaba escrita con hojas manuscritas como el texto inicial, sino que estos fragmentos encajados con posterioridad fueron escritos a máquina, con la misma fecha e inicialadas al pie, en donde las letras E.P. están hechas con un pulso muy firme, que no era el suyo aquel del 29 de junio de 1952.

En ese "testamento", que Eva nunca escribió ni le dictó a nadie, quedaba fuera de la herencia su madre, Juana Ibarguren, quien no sólo jamás reconocería el escrito sino que lo cuestionó desde el primer día. Incluso, ella se había negado a firmar un papel preparado por los letrados de Perón, en el cual debía cederle a éste los derechos sucesorios por la herencia de su hija. La negativa de la madre cesó cuando fue presionada a través de su hijo Juan Duarte, quien le suplicó: "Vieja, firmá porque corro peligro, si no me voy a

tener que ir del país". Apenas la madre cedió ante la amenaza, el Congreso de la Nación sancionó una vergonzosa ley *ad hoc* que eximía a la sucesión de Eva del pago de los impuestos correspondientes y Perón anunció la creación de la Fundación Evita (entidad distinta e independiente de la Fundación Eva Perón), la cual se encargaría de ejecutar la sucesión. ¿Tanta burocracia, extorsiones, exenciones impositivas, "suicidios" y maniobras políticas existentes para heredar la miserable sucesión perteneciente a una mujer que nunca tuvo un centavo y que tras llegar al poder tan sólo ejerció un cargo ad honorem en su Fundación altruista? ¿O acaso la difunta era portadora de una fortuna ilegalmente adquirida que su marido y benefactor pretendía también ilegalmente arrebatar? Lo cierto es que tres años después, doña Juana entabló un juicio de "nulidad de escritura y revocación de donación", alegando que había firmado renunciar a su parte en la sucesión en beneficio de Perón contra su voluntad (muchos años después el pleito tuvo sentencia judicial en su favor)[535].

Si bien la dictadura de Perón se esforzó siempre por hacer pasar la muerte de "Juancito" como un suicidio, investigaciones posteriores parecieran afirmar que fue un crimen instigado por Perón. El periodista y escritor Hugo Gambini, quien le prestó especial atención e investigación a esta suerte de telenovela policial, concluyó con la siguiente sentencia lapidaria: "El final del cuento no deja dudas: Evita, apenas fallecida, soportó otra muerte más. La que le infligió su marido al arrebatarle los derechos sucesorios a su familia"[536]**.**

Años después, en 1973, el Presidente peronista Raúl Lastiri (yerno del nigromante José López Rega) mediante decreto 1.174 indemnizó a Perón por el monto equivalente a la sucesión de la jefa de los pobres, botín consistente en ocho millones y medio de dólares[537] (monto multimillonario para la época), cifra nada desdeñable para una actriz fracasada cuyos modestos trabajos artísticos apenas le alcanzaron en su tiempo para financiarse la pensión y el mate cocido.

Capítulo 13: 1952-1955. La segunda dictadura de Perón

La duda y la fatiga

Esta segunda etapa gubernamental tuvo muchas diferencias respecto de la primera. Nos mostró a un caudillo muchas veces dubitativo, zigzagueante y contradictorio en cuanto a sus decisiones y ambiciones. En materia política, si bien acentuó su espíritu represivo, también es cierto que el día anterior a reasumir protocolarmente su mandato (el 3 de junio de 1952) ordenó liberar a 353 presos políticos. Gesto pacificador que duró apenas unos días, puesto que la represión del régimen se acrecentó duramente esta segunda gestión caracterizada por los bandazos, el cansancio del propio Perón y las permanentes oscilaciones ideológicas y política que transitó.

Atrás quedaban los tiempos en los que el imponente líder se pavoneaba con todo su brillo y esa esplendorosa seguridad personal de la que hacía gala. Ese ímpetu de sus primeros tiempos se hallaba debilitado y desdibujado por varias razones, entre las que rescatamos tres puntos principales. El primero, que consideramos determinante, lo constituyeron los muchos problemas económicos que agobiaban al país y que ahora no podían disimularse. El segundo fue su cansancio y aburrimiento personal en el poder, y el tercer problema que se le sumó al dictador, fue que con el correr de los años se fue sacando de encima a sus hombres más lúcidos (como Reyes, Mercante, Guardo, Bramuglia) y finalmente se quedó sólo con los obsecuentes más inservibles a los que se los denominó como “el peronismo doméstico”, el cual estaba compuesto justamente por elementos dóciles, es decir aptos sólo para tareas domésticas. Hasta un hombre de su entorno íntimo como Ricardo Guardo (que fuera presidente de la Cámara de Diputados) contó que “Perón nunca dejó que se crearan personalidades políticas, y por lo tanto, por una cosa o la otra iban cayendo en el camino, como Mercante: cuanto más se destacaban las figuras, más verticalmente se caían frente a Perón y frente al peronismo”[538], agregando que “bastaba que él señalara que había perdido la confianza en alguno de sus colaboradores, para que inmediatamente fueran abandonados: el propio Miranda, que había sido el alma del movimiento en un principio, tuvo que exiliarse en el

Uruguay”[539]. Perón acabó pagando caro el haber erradicado de su entorno a los hombres más perspicaces para sólo rodearse de sirvientes desprovistos de toda lucidez y autonomía que más allá de los aplausos, no le acercaban ninguna idea ni solución a los problemas políticos y económicos que él mismo había creado y enquistado.

Inflación, escasez generalizada, caída de la producción y falta de divisas fueron los problemas más graves que se venían incubando desde el fin de la primera gestión y ya no había forma de eludirlos. Era evidente además que Perón en cuanto líder y conductor se sentía con suma confianza cuando disponía de dinero tanto para tomar decisiones macroeconómicas como para comprar voluntades. Pero en esta instancia, al no contar con los recursos crematísticos de otrora, las dudas lo abrumaban y su triunfalismo mágico ya no lucía como antes. Es por ello que sin el tono festivo de otros tiempos, el 18 de febrero de 1952 bajo la proclama “Consumir menos y producir más”, Perón lanzó un segundo plan quinquenal en cuyo marco brindó un discurso mucho menos divertido que el de un lustro atrás: “Ahorrar, no derrochar… Economizar en las compras, adquirir lo necesario, consumir lo imprescindible, no derrochar alimentos que llenan los cajones de basura, no abusar en las compras de vestuario (…) denunciar en cada caso al comerciante inescrupuloso; evitar gastos superfluos, limitar la concurrencia al hipódromo, los cabaret y salas de juego a lo que permitan los medios, después de haber satisfecho las necesidades”[540]. Estos cautelosos consejos fueron luego ampliados por Perón ante delegados gremiales del Comité de Unidad Sindical Latinoamericana: “la economía justicialista establece que de la producción del país se satisface primero la necesidad de sus habitantes y solamente se vende lo que sobre; lo que sobra, nada más. Claro que aquí los muchachos, con esa teoría cada día comen más y, como consecuencia cada día sobra menos. Pero han estado sumergidos, pobrecitos, durante cincuenta años; por eso yo los he dejado que gastaran y que comieran y que derrocharan durante cinco años todo lo que quisieran; se hicieron el guardarropa que no tenían, se compraron las cositas que les gustaban, y se divirtieron también; que tomaran una botella cuando tuvieran ganas (…) pero indudablemente, ahora empezamos a reordenar para no derrochar más”[541] sentenció un Perón cuyos conocimientos sobre economía eran más parecidos a los de un rudimentario “amo de casa” antes que a los de un estadista esclarecido o bien asesorado.

Otra de las particularidades del “nuevo plan” consistía en vedar el consumo de carne una vez por semana en los restaurantes y limitar la venta en las carnicerías. Las exportaciones se desplomaron porque sólo se permitía exportar el 10% de la faena total y se lanzó además un estricto plan de racionalización integral en el cual los alimentos tradicionales fueron reemplazados por un pan negruzco de olor y sabor particularmente sospechoso e insípido. ¿Tantos años de “revolución nacional” aprovechando la riqueza heredada y la bonanza de posguerra para que el país de la carne y el trigo racione la carne y el trigo para reemplazarla por un mazacote rancio y pardusco? ¿No había dicho Perón en mayo (7 meses atrás) que el país no tenía problema económico alguno y que se gozaba de una situación “extraordinariamente mejor a la de 1946”?.

Todo este desolador clima de carestía se daba no sólo en medio de la falta de productos esenciales sino de los constantes apagones de luz, con un Estado elefantiásico que tras alardear de su “política industrial” tuvo que acudir a la propaganda radial para fomentar la distribución de semillas destinadas a plantar en cada casa de familia espinacas, remolachas y perejiles, cómo si el país hubiese quedado devastado tras una guerra. El cómico Luis Sandrini fue contratado por el régimen para hablar de lunes a viernes al medio día por radio acerca de las ventajas de comer pepinos y otras verduras con el fin de entretener o atemperar el fastidio creciente.

Perón no tenía claro el rumbo a seguir y motivos le sobraban para sentirse tan desorientado, habidas cuentas de los alarmantes números que traían las primeras boletas que llegaban para pagar la fiesta.

La U invertida

En 1952, al comenzar la segunda etapa de la dictadura, como fuera dicho el omnipotente mandamás se vio obligado a dejar atrás sus anuncios jocosos puesto que sus recursos se habían desinflado en dramático contraste respecto de lo que fue su primer gobierno. Tanto es así que en 1946 él disponía de 5857 millones de pesos de tenencias en oro y divisas, pero al reasumir seis años después, esta cifra había bajado a 1462 millones[542], es decir que durante el distendido transcurso de su primera presidencia el dictador despilfarró el 75% de la fortuna de la que disponía. Y aunque todavía quedaran efectos anestésicos del boom de los primeros años, las

primeras boletas de la cuenta le empezaron a llegar al régimen poniendo de manifiesto peligrosamente el fracaso de la publicitada “Nueva Argentina”, y fue entonces cuando la sonrisa gardeliana del carimsático cabecilla comenzó a perder su encanto.

La experiencia y la tendencia mundial ha confirmado que no vive mejor aquel obrero que goza de una catarata de leyes simpáticas sino aquel que goza de inversores que disputan su mano de obra**.** Es por ello que en la Argentina peronista toda la abrumadora propagación de leyes de trabajo, cargas sociales y fomento de sindicatos extorsivos que tanto regocijo generaron al principio, luego le impidieron al comerciante, al empresario o al inversor ampliar su empresa generando mayor empleo, mayor producción y así aumentar la tasa de capital beneficiando por añadidura los haberes del asalariado y entonces, la política de salarios de Perón comenzaba a parecerse cada vez más a una “U” invertida: el salario real con base 100 en 1943 y que había subido alegremente a 181 en 1949, en 1952 ya había descendido a 143[543]. El punto de inflexión de este retroceso se dio en 1950, año en el cual el salario real había descendido en un 3,4%, para descender luego un 7,5% en 1951 y un 11,4% en 1952[544]. La U invertida peronista nos señalaba que la calidad de vida del obrero estaba destinada a tener una mejora inmediata pero provisoria y transitoria con un posterior desmejoramiento en sus haberes en el mediano plazo y eso es lo que efectivamente ocurrió, tanto es así que en el período que va de 1946 a 1952 el porcentaje de trabajadores empleados en la industria osciló de esta manera: creció del 21,3 % en 1945 al 28,3% en 1949, pero caía al 25,1% en 1952 casi volviendo al punto de partida con tendencia decreciente. Ese mismo año (1952), el índice de la ocupación obrera ya señalaba una baja del 4,7%.

El comercio, a su vez, estaba severamente afectado. El indicador de las ventas minoristas en la Capital que en 1951 era de 854,9, descendía a 618,2 en 1952. Los quebrantos comerciales que en 1951 llegaron a 98 millones de pesos, en 1952 se quintuplicaban: 503 millones de pesos. Otro rubro sumamente castigado fue el de la industria cinematográfica. La producción de largometrajes que llegó a ser de 56 películas en 1942 (último año de la mal llamada “década infame”) fue de tan sólo 35 filmes[545] de una calidad artística penosa en 1952 (un 40% menos).

En enero de 1952 la inflación medida de precios al consumidor era del 57,6% anual[546] y Perón no le encontraba salida al berenjenal alcista en

el que él había sumido al país, entre otras cosas por su falta de conocimiento en cuanto al funcionamiento de las leyes generales de la economía**.** Prueba de su ignorancia en la materia es que decidió retomar su combate al alza de precios volviendo a su antigua batalla contra "el agio y la especulación" (iniciada en 1946 con la famosa "campaña de los sesenta días"), la cual llevó esta vez a la cárcel a decenas de pequeños comerciantes por cometer el "delito" de actualizar sus precios para no fundirse. La mayoría de ellos eran almaceneros, a quienes se le aplicaron severos castigos cuyas penas máximas consistían en clausura definitiva del negocio, inhabilitación comercial por seis años, arresto en la cárcel y un sinfín de multas accesorias. El propio Perón, ignorante total de que la inflación era la consecuencia de su desenfrenada emisión monetaria (concepto elemental por otra parte), se excusó divagando con la siguiente insensatez: "Era evidente que (la inflación) respondía a un plan opositor y que detrás de todo había una organización preparada para difundir rumores. Pero también era verdad que desde adentro del gobierno ayudaban a que la campaña tuviese éxito. Yo no podía resolver solo este problema. Ni el de los ladrones ni el de los coimeros. El de los ladrones porque si había tontos que se dejaban robar, yo no podía tener policías para cuidar a millones de estúpidos que no sabían comprar; porque si en la administración pública había coimeros y faltaban hombres decentes que se animaran a denunciarlos y a hacerse responsables de la denuncia, ellos también eran culpables de la existencia de los coimeros. El 15 de abril la CGT organizó una movilización a Plaza de Mayo en defensa del gobierno popular. Mientras tanto más de doscientos comerciantes caían presos en Villa Devoto y sus negocios eran clausurados"[547].

Otra de las desventuras que mostraban el fracaso peronista, fueron los resultados espantosos en el espectro agrícola-ganadero con motivo del saqueo al que estos sectores fueron sometidos con el insensato intervencionismo del IAPI: en 1952 los productores del campo recibieron un 360% menos de lo que hubiesen percibido en un mercado libre[548]. Así por ejemplo, en 1952, cuando el trigo se cotizaba a 9 dólares cada 100 kilos en Chicago (equivalente a 180 pesos argentinos) el IAPI apenas pagaba 50 pesos a cada agricultor, embolsándose el Banco Central la diferencia de 130 pesos. Ese mismo año, cuando la lana se cotizaba al equivalente de 200 pesos argentinos por cada kilo en el Uruguay, el IAPI sólo pagaba 30 pesos en Buenos Aires, embolsándose el Estado parasitario la coqueta diferencia de $170[549]. Se podría tratar de justificar tamaño robo legalizado y generalizado alegando que

la riqueza arrebatada al campo era utilizada para “vigorizar la industria nacional”. Pero el “industrialismo” peronista era otro de los espejismos que se desinflaba: entre 1948 y 1953 la industria había despedido a 80.000 obreros[550] y mientras la producción industrial había crecido al ritmo del 8 por ciento anual entre 1935-1943 (es decir durante la denostada “década infame”), en el lapso “nacional y popular” obrante entre 1947-1951 creció tan sólo el 1% anual[551], en tanto que en ese mismo período Europa con una economía que tendía a la libre empresa crecía al 40% anual conforme datos revelados por la Reserva Federal Americana[552]. ¿Se entiende bien lo que estamos exponiendo? Mientras que con el IAPI de San Perón la producción industrial crecía al 1% anual, la economía abierta de la Europa de posguerra lo hacía al 40%.

Lo expuesto se torna más grave aún, puesto que el exterminio de la producción agrícola-ganadera era todavía peor a lo señalado, dado que mientras el campo era devastado a través del IAPI en los términos ya enunciados, al sector se veía afectado a su vez por el aumento en los costos fijos, como producto de la inflación: el alambre de campo que en 1940 costaba $18,30 cada 40 kilos ascendió a $230 en 1952 y en promedio similar aumentaban todos los costos e insumos elementales para el trabajo de la tierra. En este sentido, la CEPAL estimó que mientras en 1937 se necesitaban 67 toneladas de granos para comprar un tractor, en la Argentina de 1950 se requerían 193. En enero de 1952, en los Estados Unidos se podía comprar un tractor con cuatro novillos; en Gran Bretaña con cinco y en la Argentina del IAPI se requería de toda una carga de tren. En 1948 había solo 33.000 tractores en uso en la Argentina mientras que en Inglaterra había unos 300.000. Un informe de la Embajada norteamericana en Buenos Aires estimó que mientras en los Estados Unidos había un tractor cada 124 acres bajo cultivo, en la argentina del “industrialismo peronista” había un tractor cada 1863 acres[553].

El desaliento de la producción y de la inversión se tornó tan catastrófico que mientras entre 1939 y 1942 el promedio de la cosecha de maíz alcanzaba los 10 millones de toneladas por año, en 1950 la cosecha apenas llegó a ochocientas mil toneladas. El trigo que en 1940 había alcanzado los ocho millones de toneladas, en 1951 apenas arañaba las dos millones. Comparando el quinquenio “infame” acaecido entre 1934 y 1938 con el quinquenio nacional y popular de 1950/54, contrastamos que el área

sembrada de cereales y oleaginosas había bajado un 25% y que gracias al IAPI, en 1955 la superficie sembrada era similar a la de 1923 (32 años atrás). Un documento oficial de la mismísima Secretaría de Asuntos Económicos del gobierno de Perón detallaba que la renta nacional per cápita en pesos contantes venía bajando desde 1947, año en que llegaba a $3516 pero que en 1950 ya descendía a $2446[554].

Otro ítem bochornoso que por entonces quedó al desnudo fue el de las exportaciones, las cuales en 1950 equivalieron apenas al 53% del promedio anual de las exportaciones que la "colonia" Argentina de la "década infame" exportó durante 1935/39. Es decir, que durante las austeras y breves presidencias de Agustín. P. Justo, Roberto Ortíz y Ramón Castillo se exportó un promedio anual de casi el doble de lo exportado bajo el ruidoso triunfalismo peronista y su patriotera fanfarria "independentista".

Uno de los más evidentes fracasos económicos de Perón se expuso con la petrolera YPF, la cual en 1946 producía 2.260.000 metros cúbicos y tras enorme pero irresponsable inversión vertida durante todos estos años, en 1952 sólo se había aumentado la producción a unos simbólicos 2.950.000 metros cúbicos, cifra ubicada muy por debajo del crecimiento demográfico[555] acontecido en ese lapso.

La tan celebrada ley de alquileres que congelaba los precios, prolongaba el plazo de los contratos e impedía los desalojos, ya no despertaba tanta algarabía como en 1946. Mientras ésta fomentaba el abuso de los locatarios, aparejadamente iba generando un total desincentivo en la construcción de inmuebles que se hallaban desvalorizados. Los locadores estaban además desmotivados y a la postre caía la oferta de alquileres, pues los propietarios se negaban a disponer de su propiedad para un negocio tan inútil como de alto riesgo, puesto que terminaban viéndose forzados a vender la propiedad al inquilino a precio extorsivo y abusivamente bajo, antes que seguir alquilándola a una tarifa insignificante o a soportar que el inquilino se negara a pagar sin posibilidad de desalojo alguno. Esto derivó (además de en un notable odio social) en un gravísimo déficit habitacional que en 1950 puso al desnudo uno de los tantos aspectos débiles de la fiesta. Lo mismo pasaba con los arrendatarios del campo, a quienes cada vez se les hacía más difícil conseguir quien osara alquilarles parcelas de tierra, y con ello caía drásticamente la producción y la situación derivaba en una escasez masificada de la cual resultaron las dramáticas cifras que ya hemos expuesto.

En 1952 se estaba evidenciando un verdadero efecto boomerang, propio del cortoplacismo inherente a las políticas populistas. La transferencia de recursos (robarle la riqueza al campo u otros sectores productivos para gastar o transferir en otras áreas) más allá de la connatural injusticia, trae aparejadas la consiguiente desinversión y caída de la producción en el sector afectado y a la postre, tampoco se puede seguir subsidiando al sector privilegiado porque la fuente de generación originaria queda exprimida y devastada.

Otro problema grave de entonces lo constituyó el haber echado mano a las reservas para financiar parte del banquete, puesto que esta medida generó que el oro y las divisas del Banco Central, que en 1946 cubrían el 140% del valor del dinero, sólo tres años después (en octubre de 1949) cubrieran apenas el 30%[556] de las mismas y en 1952 el porcentaje de respaldo en oro y divisas de las reservas apenas arañaba el 15% respecto del existente en 1946[557].

Este desastre administrativo hizo que Perón expidiese un desesperado decreto autorizando la venta de inmuebles del Estado con el fin de amortiguar las deudas del IAPI con los bancos, y si bien durante esta etapa se prosiguió fabricando monedas de fantasía, en algunas áreas a la dictadura no le quedó más remedio que restringir el gasto público y el IAPI aminoró además su presión confiscatoria para aliviar al castigado sector rural[558].

Tras tantas malas noticias, como contrapartida, la propaganda del régimen argumentaba que el promedio de consumo del período 1946/52 había tenido un aumento del 3,5% anual, lo cual era cierto, pero esta tendencia había sido eclipsada y se hallaba en picada puesto que en ese mismo lapso (entre 1945 y 1952) la inflación tuvo un exorbitante impulso del 25% anual[559] promedio.

Las estatizaciones tan publicitadas y celebradas en 1946/47, en 1952 ya dejaban de causar la misma gracia: los antiguos dueños de las compañías de teléfonos estatizados[560] por contrato siguieron siendo los proveedores al Estado de tecnología y mantenimiento con lo cual, conservaban su negocio intacto, lo que generó un enorme déficit e incremento del gasto burocrático a partir del cual el régimen tuvo que aumentar las tarifas telefónicas un 400% los primeros cuatro años y a la postre, en 1952 la dictadura se vio forzada a despedir a la logística extranjera con un “antiimperialista” desembolso de tres

millones de dólares[561] de indemnización (además de lo desembolsado al momento de la estatización). Mientras tanto, la ITT celebraba la millonaria retribución con singular regocijo, puesto jamás en su exitosa historia esa compañía había ganado semejantes montos con tanta facilidad.

La Corporación de Transportes que en 1946 también había sido cooptada con fanfarria patriotera por el Ministerio del Interior[562], en 1952 ya arrojaba datos escandalosamente negativos: el déficit anual de la Corporación que en 1945 fue de 155 millones de pesos alcanzaba los mil millones en 1952[563].

La Marina Mercante que tan vanidosamente exhibiera Perón en sus primeros tiempos dejaba de ser digna de orgullo: al calor del estatismo no tardaron en llegar los favoritismos, la ineficiencia y los negociados. El caso más escandaloso fue el de la empresa marítima Dodero, la cual como presentaba problemas económicos fue generosamente "nacionalizada" por el Estado, gesto "independentista" que su propietario Alberto Dodero agradeció regalándole a la esposa del dictador dos edificios en el elegante Barrio Norte de Buenos Aires y al propio Perón un automóvil Rolls Royce, más la suma de dinero suficiente para refaccionar la quinta San Vicente[564]. A la postre, no se invirtió en mantenimientos de las flotas, no había talleres locales para reparar los barcos y las naves argentinas estaban obligadas a pagar fortuna en reparaciones efectuadas en puertos europeos o americanos y en 1952 las exportaciones de este rubro también se comenzaron a desplomar.

Pero si de estatizaciones se trata, no hubo mayor propaganda (y mayor fracaso) que la de los ferrocarriles, por cuyas particularidades, relevancia y complejidades hemos decidido tratar en el siguiente apartado, a fin de que el lector tome nota del vergonzoso desaguisado consumado por el dictador y su ominosa banda de malvivientes.

¿Libertador o sirviente?

Cuando Perón era Vice-dictador del gobierno militar encabezado por el Gral. Farrell, por decreto emitido el 30 de octubre de 1944 ya se había beneficiado a la compañía ferroviaria inglesa regalándole un 15% de aumento en sus tarifas, para que pudiese pagar los 60 millones de pesos de aportes que adeudaba a los obreros. O sea que "el libertador" Perón le había dispensado

al “pulpo extranjero” lo que debía a los trabajadores ferroviarios, para que el costo fuera pagado por los usuarios locales de los trenes (mayormente gente de campo) que eran quienes finalmente se hacían cargo del patriótico y soberano aumento de precio[565].

Ya vimos al estudiar los primeros tramos del gobierno de Perón cómo la euforia nacionalizadora despertó un efecto festivo puntualmente con la estatización de los ferrocarriles ingleses. También señalamos que los mismos fueron comprados cuando la franquicia estaba llegando a su fin. Efectivamente, el 1 de enero de 1947 se terminaba la concesión (tras 40 años) y sin embargo, en lugar de esperar el natural paso del poco tiempo que quedaba para que los trenes regresasen a manos del Estado nacional, fueron comprados y pagados por una suma extraordinariamente alta en relación a su estado, puesto que eran máquinas y vagones destartalados y anacrónicos.

Señala Gambini que “Hacía ocho años que los ingleses querían sacarse la red ferroviaria de encima, pues la explotación del servicio ya no redituaba, el material rodante estaba obsoleto y, además, se avecinaba el vencimiento de la exención de impuestos”[566]. Incluso, ya en 1941 el Foering Office sostenía que “Siempre me ha parecido que una oferta simple para comprar esta semi-abandonada carga sobre nuestras espaldas es una forma de caridad, que los directores de las compañías de ninguna manera deberían rechazar”[567]. Ello era tan evidente que Perón, a poco de asumir como Presidente les reconoció a sus diputados que “los materiales de estas empresas se encuentran sumamente desgastados, habría que pagar el precio de reposición y para poner en condiciones las instalaciones y tren rodante, debería pagarse por los nuevos materiales un precio sumamente elevado”[568]. Sin embargo, días después, el gobierno “independentista” los estatizó y pagó por esos “fierros viejos”[569] la friolera suma de 2.482.500.000 pesos en moneda nacional equivalente a 150.000.000 en libras, suma cuatro veces superior a la valuada por la mismísima Dirección Nacional de Transporte[570] local, a lo que cabe agregar el desatino de que en la negociación no intervinieron peritos nacionales que fijaran cifras del capital reconocido.

Para peor, se les concedió a los ingleses la gracia de no pagar los impuestos de la operación, ni de los gastos de escrituras, ni los honorarios de contadores ni absolutamente nada complementario. Incluso, una de las gentilezas peronistas más celebrada por “los piratas ingleses” fue trasladarle

al Estado las deudas que los ferrocarriles en manos británicas mantenían con las cajas de jubilación, el pago de los aguinaldos y los juicios contra empresas y organismos nacionales, provinciales y municipales. Todas esas ventajas fueron estimadas en otros 600 millones de pesos[571] a favor del denostado “imperialismo anglosajón”.

Pero los beneficios a Gran Bretaña no terminaron allí: tras pagarles tamaña cifra se creó una sociedad en la que el Estado otra vez desembolsaba 500 millones de pesos para renovar material (el cual se compraba a la industria ferroviaria británica) y a la vez se les garantizaba a los accionistas británicos el 4% de sus ganancias[572] (equivalente a una ganancia anual de 80 millones de pesos como mínimo[573]). A cambio de este excelente negocio para Inglaterra, nosotros le garantizábamos a ellos exportarles una determinada cantidad de toneladas de carne anual con un descuento especial, siendo que en el marco de un mundo mal alimentado y necesitado, tranquilamente podríamos haber colocado esas carnes en otras plazas y a mejores precios que los aquí pactados.

Estos excesivos desembolsos y beneficios en favor de los “colonialistas” fueron justificados por el Ministro Miranda, quien alegó textualmente “razones sentimentales y deudas de gratitud con Inglaterra” y el mismo día de la firma de la operación (el 17 de septiembre de 1946) el Ministro agregó “Mi corazón siempre ha estado con Inglaterra, y en mi trayectoria lo he demostrado muchas veces[574] y en arenga probritánica el “genio” Miranda agregó: “los rieles británicos, que se extendieron en las pampas argentinas, han sido un instrumento de riqueza y progreso para el país”[575]. Perón, por su parte, celebró el “profundo sentimiento patriótico de los ingleses” y sobre el rol histórico de Inglaterra para con la Argentina destacó que “las características de la formación del país a partir de su independencia hicieron preciso que capitales extranjeros impulsasen el desarrollo y el progreso de nuestro pueblo y de sus actividades industriales. En este aspecto representaría ingratitud de nuestra parte no reconocer cuánto hicieron otras naciones en el sentido expuesto, y de un modo muy señalado la Gran Bretaña, cuyo espíritu emprendedor tantos beneficios ha reportado a la civilización. Vaya pues, a ella en este acto la expresión de nuestro reconocimiento, porque al arriesgar su dinero en construcción de grandes redes ferroviarias en la argentina contribuyó de manera extraordinaria a que nuestro país sea lo que hoy es”[576]. Estas y no otras eran las

manifestaciones del supuesto “macho” de la “soberanía política y la independencia económica”, quien se sentía agradecido por tanto bien que nos hicieron los ingleses a lo largo de la historia, y se sentía orgulloso de que “nuestro país sea lo que hoy es”. ¿No había dicho Perón que hasta 1945 éramos una paupérrima colonia inglesa? Y ahora… ¡Le agradecía a Gran Bretaña su precioso aporte histórico para que fuéramos un país tan próspero!

Inmediatamente después de la firma, un exultante cronista del *Daily Herald* anotó: “El acuerdo anglo-argentino es otro de los acuerdos internacionales al estilo comercial con los cuales el gobierno británico está restaurando el poderío básico de la economía británica”[577]. Estas y otras expresiones eran compartidas por el diario local *La Prensa*, que informó: “La misión británica ha tenido un éxito completo”[578] mientras que el diario *La Nación* agregó que “el convenio celebrado es, indudablemente, más ventajoso para Gran Bretaña que para nosotros, circunstancia que la opinión argentina, al formular su juicio, no dejará de vincular al reconocimiento de que Gran Bretaña, nuestra vieja amiga, acaba de soportar una larga y cruenta lucha en defensa de todos los países civilizados del mundo”[579] (refiriéndose a la Segunda Guerra Mundial).

Desde estas líneas y por cuestiones ideológicas nosotros no consideramos en absoluto que fuera negativo negociar con Inglaterra sino todo lo contrario. En todo caso lamentamos negociar mal. Pero en lo que concierne a Perón, el episodio se torna más escandaloso no sólo por el pretenso rol “antibritánico” que él siempre se atribuyó, sino porque este fracaso de los ferrocarriles fue presentado en sociedad como un éxito “anti-imperialista” de proporciones. Una de las voces más eruditas y autorizadas a la hora de analizar estos enjuagues es el notable pensador nacionalista Julio Irazusta, quien escribió un profundísimo libro dedicado al efecto titulado “Perón y la crisis Argentina”[580], en el cual concluye su investigación señalando que “el contrato de compraventa consistió en seguir pagando renta por un capital que en adelante nos pertenecería, y que adquiríamos a un precio sobrevalorado en un 250%”[581] sin contabilizar los 500 millones de dólares extras utilizados para remodelar la destartalada infraestructura que acabábamos de adquirir a patriótico sobreprecio.

El costo definitivo de la operación fue de 3000 millones de pesos equivalentes a 375 millones de dólares, lo cual motivó al diario socialista La Vanguardia a escribir el siguiente parangón: “Italia pagó 325 millones de

dólares como monto total de reparaciones de guerra y nosotros hemos pagado 375 millones de dólares de más por razones sentimentales”[582]. Tan escandaloso fue el entuerto, que el régimen no sometió los alcances de la compra a discusión parlamentaria, y fue Miranda quien confesó: “la compra de los ferrocarriles de propiedad británica nunca será sometida al parlamento, pues éste no aprobaría la forma generosa en que se habría tratado a los accionistas británicos”[583].

Ante tantas insensateces manifiestas, el régimen se vio luego obligado a argumentar que estos cachivaches fueron comprados (o canjeados) por una antigua deuda que Gran Bretaña mantenía con la Argentina en libras Esterlinas, pero que como ésta moneda se habría tornado inconvertible (es decir que no se podía canjear por dólares ni por ni ninguna otra moneda extranjera), a la Argentina ya no le servía exigir el cobro de la deuda no quedándole mejor chance que comprar los ferrocarriles. Esta disculpa esbozada por el régimen peronista es inexacta o directamente falsa, puesto que los ferrocarriles no fueron pagados con la deuda que Gran Bretaña mantenía con nuestro país, sino con las exportaciones Argentinas de 1948[584] tras la firma del convenio Andes, en el cual nos obligábamos con exclusividad a exportarle a Gran Bretaña carnes y productos agrícolas a precio vil e inconvertible.

Ante tan bondadoso acuerdo agrícola-ganadero suscrito a favor de Gran Bretaña, esta última, ni lerda ni perezosa, empezó a comprarnos productos a granel a precios irrisorios, como por ejemplo exorbitantes cantidades de cereales (la exportación había pasado de 111 mil toneladas en 1947 a 416 mil en 1949[585]).

Va de suyo que el régimen peronista publicitaba estos “logros” alegando que se había logrado cuadruplicar las exportaciones, pero el problema es que las cuadruplicábamos porque el país comprador nos pagaba con papelitos desvalorizados e inconvertibles a precio muy inferior a lo que podía ganar cualquier productor argentino vendiendo, no ya en el mercado internacional, sino simplemente en el mercado interno, generando a la postre que este último se fundiera. Hasta “el mago” Miranda reconoció que “el precio previsto en el convenio Andes ha resultado notoriamente insuficiente para compensar el esfuerzo nacional de nuestra producción de carnes”[586]. Por ejemplo: por el Convenio Andes Inglaterra pagaba la carne Argentina a $1317,69 mientras que los otros abastecedores ofrecían $1913,70[587] por la

misma cantidad. El desastre fue tal que el Embajador argentino en Londres, Carlos Hogan, en discurso pronunciado ante la Compañía de Carniceros reconoció que “en los últimos tres años el abastecimiento de carne argentina a este país se ha hecho con pérdida para los contribuyentes argentinos”[588]. Razones no le faltaban a Hogan para tan triste confesión, puesto que la papeleta inglesa se desvalorizaba día a día (cada dos años, por cada tonelada de carne vendida a Inglaterra cobrábamos 29 dólares menos[589]) y llegó un momento en el cual por las 300 mil toneladas promedio que podíamos exportar fuera del continente podríamos haber ganado 225 millones de dólares en vez de las miserables 27 millones de libras inconvertibles que nos daban los ingleses, las cuales servían para comprarle productos sólo a ellos, y que dicho sea de paso nos los vendían a valor triplicado del mercado internacional a sabiendas de que éramos un comprador cautivo.

¿Este despropósito tan perjudicial para el país fue producto de la mala praxis gubernamental o de intencionalidad deliberada para perjudicar la economía de la nación? Julio Irazusta en su citado libro sugiere en todo momento la idea de que Perón era un agente inglés[590], calificación que nos parece exagerada. Probablemente se trataba de una mezcla de ineficacia y corrupción la que motivó a Perón y sus secuaces a ofrecerle al “país pirata” tantas ganancias y privilegios en perjuicio del país recientemente “independizado”.

¿Qué negocio hicimos para que todo esto haya sido tan festejado?: eso es algo que Perón en particular y el peronismo en general nunca pudieron explicar, pero cuyas deletéreas consecuencias económicas se vieron poco después: durante los primeros 5 años de explotación estatal el ferrocarril Nacional Belgrano tuvo pérdidas por 1373 millones de pesos y a mediados de 1948 Miranda confesó que las pérdidas anuales eran de 547 millones, cifra que iría en aumento tal como lo reconoció Perón en 1951 al admitir públicamente que los ferrocarriles “perdían mil millones anuales y que dan cada día mayor déficit”[591].

Mientras tanto, la Argentina peronista disfrutó de los auspiciosos anuncios del líder y el país fue empapelado con grandes afiches en donde un gaucho sostenía una locomotora, con la siguiente leyenda: “Perón cumple: ¡ya son nuestros!”.

Complaciendo al capital

Retornando a 1952 y al inicio de la segunda etapa dictatorial, como hemos visto no había guarismo macroeconómico que no resultara alarmante o preocupante y a Perón no le quedaba más remedio que salir a buscar dólares "imperialistas" si pretendía evitar un suicidio social y político. ¿De dónde sacaría el dictador dinero para evitar no sólo la debacle sino el financiamiento de su modestísimo segundo plan quinquenal? Lo primero que se decidió fue robarles a los jubilados saqueándoles sus cajas previsionales. Un preocupado Perón le preguntó al Ministro de Economía Gómez Morales "¿Cuánto tiempo cree que pueden aguantar las cajas?" y el Ministro secamente respondió: "Un año o un año y medio"[592]. Con eso no bastaba. Era indispensable conseguir capital privado: ¿de dónde saldrían los inversores dispuestos a arriesgar en un país tan poco confiable?. Esa era la pregunta que prevalecía e inquietaba.

Autocríticas del dictador no había ninguna, pero la propaganda oficial se encargaba de culpar de la situación vigente al "imperialismo extranjero". Sin embargo, en esta segunda etapa, más allá del discurso anticapitalista que brindaba para arrancar gozosos aullidos de su turba, Perón comenzó a avizorar que era necesario abrirse a los capitales, por lo pronto a los nacionales. Tanto es así que el 3 de septiembre de 1952 en reunión de gobernadores que organizó en la Casa de Gobierno, Perón brindó una extraña y tardía soflama cuestionando las expropiaciones realizadas durante todos estos años y elogiando encendidamente el derecho de propiedad privada: "La ley del Plan Quinquenal nos ha metido en algunos líos bastante regulares porque la gente no es prudente. Hay lugares donde se expropia mucho. Nosotros no podemos atropellar la propiedad; tenemos que respetarla porque en nuestro sistema no existe la abolición de la propiedad. Lo que nosotros no respetamos es la propiedad que viola las leyes sociales, como la que no está en función social. Pero estando en función social la propiedad, de acuerdo con el principio peronista, debe ser total y absolutamente respetada (…) ¡Cuántos me han tentado para que atropelle la propiedad! Pero eso es un desastre; yo no la atropellaré jamás"[593]. Por supuesto, este giro discursivo refiere a la "propiedad con función social", es decir siempre dentro de un sistema intervencionista en el cual quienes determinaban cuándo el uso era socialmente justo y cuándo no, eran precisamente Perón y sus burócratas. No obstante, el tono de éste y otros discursos rezagados daban cuenta de que el

dictador necesitaba congraciarse con los países capitalistas procurando conseguir inversiones y dólares, los cuales escaseaban por culpa de su falta de lucidez como administrador.

Fue con esta "apertura económica" meramente verbal o cosmética cuando se empezaron a mostrar en escena determinados "empresarios" que se enriquecían, no arriesgando en el mercado libre (que no existía) sino al calor del Estado peronista (los "empresarios" Miguel Miranda, Alberto Dodero, Eduardo Tricerri y Carlos Amar constituyeron la oligarquía emblemática del régimen), el cual brindaba privilegios y posibilidades de negociados monopólicos a determinados amigos del poder, quienes a cambio de connivencia y "participación en las ganancias" con los jerarcas del régimen eran elegidos y beneficiados al otorgárseles tal o cual negociado. El más conocido de todos estos indecorosos logreros fue Jorge Antonio[594], quien siempre resultaba adjudicatario y destinatario de los mejores y más rentables contubernios otorgados por el régimen. Era tan alevoso el favoritismo para con él, que en la Cámara de Diputados, cuando un legislador oficialista citando a Perón dijo que "en la Nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños", el Diputado radical Mario Gil Flood lo interrumpió preguntándole con aire inocente qué edad tenía Jorge Antonio[595].

En sintonía con este improvisado giro que obligaba tomar medidas tendientes no a "combatir el capital" sino a complacerlo, en julio de 1953 Perón impulsó al fin una ley de promoción de las inversiones extranjeras, recién diez años después de su golpe militar que justamente pretendía combatirlas. Algo de esto él ya lo venía insinuando desde el año anterior, cuando advirtió que su "comunidad organizada" edificada al calor del estatismo no iba para ningún lado y se vio obligado a firmar un acuerdo de negociaciones con la FIAT de Italia. Pero a estas alturas las aisladas medidas equivalían a querer paliar un tumor con una aspirina.

Perón ya estaba bastante desacreditado en el exterior como para poder disfrazarse de "campeón del libre mercado" y a duras penas pudo concretar negociados raros con el empresario Henry Kaiser (de cuyos réditos tanto Jorge Antonio como Perón fueron partícipes y beneficiarios) o entuertos comerciales con Holanda, de los cuales los funcionarios de la dictadura recibieron un 10% de soborno por cada operación[596]. Todo el sistema ya estaba relajado y carcomido por la corrupción y el amiguismo. Entonces, los pocos capitales internacionales que osaban invertir dólares en un país tan

desconsiderado exigían al gobierno garantías y seguridades de ganancias extraordinarias. Ejemplo de ello demuestra el contrato petrolero rubricado con la empresa California Oil Company (a la cual se le pretendía entregar la Provincia de Santa Cruz en bandeja para que la compañía dispusiera de las explotaciones), puesto que la Argentina peronista, tras casi 10 años de cacareada "independencia económica" tenía que comprar el 60% del combustible que se consumía en el país, porque la compañía estatal YPF estaba vergonzosamente arruinada y desabastecida.

Para justificar estas medidas "entreguistas" tan ajenas a su folklore patriotero, Perón tuvo que alterar violentamente su tradicional libreto chauvinista y el 11 de junio de 1953 en el teatro Colón ante productores rurales de todo el país tuvo que hacer otra de sus agónicas defensas al derecho de propiedad: "El concepto de la entrega de la tierra a quien la trabaja debe seguir a un ritmo lento, y debe también realizarse con toda racionalidad (…) A mí me llama la atención que hombres malintencionados anden desparramando a lo largo de la Argentina que vamos a despojar a la gente, que les vamos a quitar la tierra: esto no puede ser hecho sino con mala intención (…) El que tenga tierras, debe trabajarlas, y si no, se las vamos a expropiar para dárselas al que las debe trabajar. Pero tampoco lo vamos a despojar. No hay razón para despojarlo. Le vamos a pagar lo que vale la tierra y si la quiere trabajar vamos a dejar que la trabaje él, ya que es el dueño"[597].

Otra de las características más exóticas del mal llamado "período liberal" de Perón en 1953 se dio en política internacional, cuando el Almirante Teisaire representando a la Argentina en las ceremonias de la Reina Isabel II en Londres llevó consigo la oferta de comprarle a Gran Bretaña las islas Malvinas. Es decir que el "primer argentino" que nos devolvió la "soberanía política" y la "independencia económica" envió a su Vicepresidente para comunicarle al "imperialismo inglés" que estábamos alegremente dispuestos a pagarles a precio de mercado por la compra de las islas que ellos mismos nos habían robado. Sin embargo, el Foerign Oficce rechazó la propuesta comercial.

Corrían tiempos de improvisación, papelones y discursos a destiempo que contradecían tantos años de furiosa prédica anticapitalista. Ninguna de estas maniobras eran tomadas muy en serio ni por los propios ni por los ajenos, y en rigor, la única jugada de esta postrera caricatura "pro-mercado"

que Perón ensayó sin incurrir en mayores desprolijidades fue la invitación que el gobierno argentino le hizo a Milton Eisenhower (hermano del Presidente norteamericano Dwight Eisenhower[598]) al país, con el objetivo de mejorar relaciones con los Estados Unidos. Incluso a fin de preparar un clima de normalidad e impresionar bien al inminente visitante, días antes de la llegada de Eisenhower el dictador liberó buena parte de los presos políticos, dado que no era buena propaganda pretender crear un clima de negocios y mantener las cárceles abarrotadas de disidentes confinados y torturados.

Fue así que quien se hizo declarar a sí mismo como "Libertador de la República" se encargó cuidadosamente de agasajar con todos los máximos honores al norteamericano y su comitiva, a tal punto John Moors Cabot (Secretario de Estado Para Asuntos Latinoamericanos) que fue uno de los integrantes del cortejo que acompañó a Eisenhower recordó que "ante nuestro absoluto asombro, cuándo se abrió la portezuela del avión nos encontramos con un recibimiento de primera"[599]. Efectivamente, Perón fue a recibir a los "agentes de la sinarquía" con su mejor sonrisa y disposición: esa noche llevó a Eisenhower y los suyos a ver un match de box al estadio Luna Park y al día siguiente, la comitiva fue invitada a ver el clásico de fútbol "Boca Juniors Vs. River Plate". Pero lo más pintoresco del agasajo se dio cuando Eisenhower entró con su gente en automóvil a la quinta de Olivos y fue recibido por 15 de las menores que Perón usaba de la UES[600], todas ellas subidas en motonetas y gritándoles al unísono a los visitantes "Wellcome"[601]. Finalmente, el momento culminante de tan amable rutina lo constituyó cuando Perón salió del brazo con el mismísimo Milton al balcón de la Casa Rosada a saludar a la muchedumbre. El propio Perón el 30 de julio escribía en "su" diario oficialista *Democracia*: "hace pocos días un americano ilustre, el Dr. Milton Eisenhower, llegaba a nuestro país en representación de su hermano, el Presidente de los EE.UU.…Una nueva era se inicia en la amistad de nuestros gobiernos, de nuestros países y de nuestros pueblos"[602].

Durante su breve estada el visitante le manifestó a Perón su preocupación por la persecución a la prensa libre, y éste se comprometió a aminorar la censura. Milton Eisenhower escribió tiempo después que Perón "era al mismo tiempo uno de los hombres más atractivos y más crueles que haya conocido"[603]. Al despedirse en el aeropuerto de Ezeiza antes de

regresar a los Estados Unidos, Perón le dijo sumisamente a Milton: “Déle un abrazo en mi nombre al presidente Eisenhower. Dígale al presidente que él es el General en Jefe (´the Senior General´) y que cumpliré sus órdenes”[604].

La realidad es que Milton vino al país en el marco de una gira diplomática por toda Latinoamérica, lo cual ponía de manifiesto la mínima importancia que revestía la Argentina para los países desarrollados: Eisenhower estuvo cuatro días en Caracas, cuatro en Bogotá, tres en Lima, tres en La Paz, dos en Santiago, uno en Montevideo y apenas dos en Buenos Aires. El Departamento de Estado recalcó que Milton viajaba para “obtener impresiones de primera mano, escuchar los puntos de vista de los dirigentes latinoamericanos y fomentar relaciones más íntimas”[605], pero al resultar tan empalagoso el trato de Perón para con la comitiva estadounidense, Milton Eisenhower a su regreso informó que el Presidente argentino “le había exagerado tanto las bondades de la Nueva Argentina que resultaba absurdo ofrecerle ayuda”[606] y ni siquiera lo mencionó en el informe de 24.000 palabras que el visitante elevó a su hermano en noviembre de 1953. Años después, Milton anotó en sus memorias: “Juan Perón vació el tesoro de la Argentina y agradó a un gran número de personas mientras estaba haciendo eso”[607].

A pesar de estos esfuerzos tragicómicos por mostrarle al mundo libre el “rostro civilizado” de su gobierno, Perón no podía con su genio y cada dos por tres volvía a sus connaturales andanzas, tal como lo hizo el 17 de octubre de 1953, cuando salió al balcón de la Casa de Gobierno esta vez no con Eisenhower sino con el pantagruélico dictador de Nicaragua Anastasio Somoza[608]. Sendos amigotes acudieron a saludar a la multitud y tras entonar el himno nacional y la marcha peronista, Perón condecoró a su colega otorgándole la Orden de la Medalla Peronista. Luego, el dictador argentino le habló a su gente y tras endiosar a su colega, hizo uso de la palabra el propio Somoza devolviéndole las gentilezas a su anfitrión en los mismos desproporcionados términos: “Pensad que Perón es la encarnación de la Patria, que Perón lleva a la Argentina, a pasos agigantados, a ser la mejor Patria del mundo”[609].

A pesar de estos vaivenes tercermundistas que contrastaban con los paralelos esfuerzos que Perón venía demostrando por simpatizar con los Estados Unidos, este último empecinamiento prosiguió vigente tanto es así que meses después[610], en reunión que Perón mantuvo con el Subsecretario

de Estado para Asuntos Latinoamericanos Henry Holland le confesó imperturbable: “si yo hubiera apoyado desde el principio el sistema de iniciativa privada, hubiera resultado desacreditado y nunca habría logrado apoyo del pueblo” y agregó “Por el contrario, en los primeros años debí adoptar un punto de vista fuertemente marxista para capturar el apoyo de las masas, que estaban predispuestas en esa dirección. Gradualmente fui variando esa posición hacia la derecha, conservando el pueblo a mi lado. Ahora me seguirán, apoyando una abierta posición anticomunista y a favor de la libre empresa”[611].

Estos tibios y desprolijos gestos de Perón en favor de la inversión privada no funcionaron más que para contener la inflación y controlar un poco el gasto público, pero al menos por el momento “se detuvo la ida hacia el precipicio”[612] al decir del economista Juan Carlos de Pablo.

Del ABC: ni J

Ya vimos de sobra como durante su primer gobierno Perón se manejó en política internacional con un notable amateurismo respecto a sus relaciones con los Estados Unidos, con una desacertada interpretación respecto a la Guerra Fría, con una insistente fantasía en cuanto a su malograda tercera guerra mundial y con un asombroso nivel de entreguismo respecto de nuestra política comercial con Gran Bretaña. La contradicción estuvo a la orden del día y mientras vociferaba la “Tercera Posición”, obligaba a sus congresistas a aprobar las Actas de Chapultepec[613] (y con ello adherir a la Doctrina Monroe). En las Naciones Unidas no apoyó la protesta de Indonesia frente al conflicto con Holanda. No apoyó a la India contra las discriminaciones raciales de la URSS. No apoyó la creación del Estado de Israel (pero lo reconoció 15 meses después). Se opuso a que se investigara la política francesa en Marruecos; apoyó a Taiwan frente a Mao Tse Tung. Apoyó a Estados Unidos en el conflicto con Corea y se abstuvo en apoyar la independencia de Puerto Rico, las Antillas Holandesas y Surinam[614]. Como pretenso justiciero independentista la verdad es que Perón no había hecho muchos méritos puesto que en suma, la llamada “tercera posición” era usada por este como un improvisado truco propagandístico en el que en ni él mismo confiaba del todo. Tanto es así que en su libro Conducción Política (publicado en 1952), Perón contradijo su

prédica “equidistante de ambos imperialismos” anotando categóricamente lo siguiente: “Por razones políticas, ideológicas, geográficas y estratégicas, nosotros no podemos estar a favor del comunismo. De modo que descartando eso, nosotros ya determinamos en dónde está nuestro centro de gravedad en la acción: en el frente occidental. Nosotros vamos a formar parte del frente occidental y lo que se avecina va a ser una lucha entre el frente occidental y el oriental”[615].

Pero si durante la primera etapa peronista la política internacional había sido francamente mala y contradictoria, la manera en que Perón encaró su segundo gobierno en esta materia parecía anticipar que iba a ser directamente desastrosa, puesto que así como Perón en los primeros tiempos promovió de manera inconsecuente su “tercera posición” fantaseando en formar un bloque planetario independiente con resultados lamentables, en esta segunda etapa, ya sin ningún predicamento entre las grandes potencias mundiales, este pretendió suplantar su “estrategia” internacional con pretensiones más modestas, sólo limitándose a Latinoamérica. En efecto, al no poder jugar ya en las grandes ligas, ahora Perón se dedicaba a merodear en cotejos de tercer rango. Fue dentro de esta última pretensión cuando el dictador elaboró su pintoresca idea consistente en pretender expandir en la región la “doctrina peronista” a través de un engendro llamado ATLAS (Agrupación de Trabajadores Latino-Americanos Sindicalistas), en el cual Perón intentó hacer una suerte de alianza continental del sindicalismo. Fue así como dejó de lado a los diplomáticos de carrera y los reemplazó por acólitos sin ninguna instrucción y cuyo único mérito fue la obsecuencia.

A partir de entonces, se envió a inexperimentados obreros como Agregados Diplomáticos a las Embajadas argentinas esparcidas en el hemisferio, para que estos a su vez tejieran alianzas con los sindicatos de los países anfitriones: “los nuevos funcionarios solían retribuir este ascenso con una desbordante vocación proselitista y apostólica. Eran verdaderos y entusiastas agentes del peronismo en el exterior, sobre todo en América Latina, donde estaban más cómodos, porque pocos de ellos se expresaban en otro idioma que el de Gardel”[616] anotó Félix Luna. La improvisada experiencia fue un fiasco. Sus emisarios sólo pudieron interesar a referentes de poca monta, que a la postre fueron servidores y propagandistas pagos del régimen peronista con nula influencia en sus respectivos hábitat.

Pero a medida que sus aventuras en política internacional iban

fracasando una a una, Perón iba limitando sus ambiciones y fue así como pasó de pretendido estadista planetario al plano meramente Latinoamericano, de su ambición hemisférica a su vez se redujo a tan sólo los países limítrofes. De ahí que sus prosélitos le adjudicaran a su líder ser un visionario por haber "pensado el ABC" (Argentina, Brasil y Chile) como trilogía "estratégica" de bloque político y económico.

La verdad es que este emprendimiento vecinalista se constituyó en otra de las categóricas frustraciones del improvisado dictador de las pampas. A Chile, Perón viajó en el verano de 1953 a visitar a su colega el Gral. Carlos Ibañez[617], y tras firmar unos acuerdos irrelevantes, brindó una conferencia de prensa en Santiago el 15 de febrero en la cual habló de "la unidad argentino-chilena" y con la humildad que lo caracterizaba dijo allí que "regalaremos a Chile la carne y el trigo que su pueblo necesite". Pero cuando un periodista le insinuó que en su país existía cierto temor al expansionismo argentino, Perón, en tono compadrito y haciéndose el simpático respondió. "¡Estoy dispuesto a aceptar que Chile se anexe a la Argentina!"[618]. Estas inconcebibles declaraciones cayeron pésimo en una sociedad chilena siempre definida por su celo nacionalista y arruinó así gran parte de los esfuerzos que venía haciendo para congraciarse con el país trasandino.

Respecto a Brasil, el otro país que Perón quería seducir, los resultados de acercamiento fueron tan vergonzosos que al presidente brasilero (Getulio Vargas) Perón ni siquiera llegó conocerlo en persona. En cuanto a Uruguay, el mandamás argentino ni siquiera intentó acercamiento alguno porque este era el país por antonomasia en donde se exiliaban y refugiaban las víctimas perseguidas por su represión.

Finalmente, Perón sólo pudo cosechar buenas relaciones con el Paraguay, país gobernado por el dictador Alfredo Stroessner[619], quien ante tanto fracaso trasnacional se solidarizó y consoló a su colega argentino con algunos palmadas en la espalda y el título de "general honorario" del país guaraní. Fue en ese viaje de Perón al Paraguay para recibir su premio, cuando el país quedó transitoriamente gobernado por el Vice Presidente Teissaire, quien aprovechando su ratito de poder no perdió ocasión de lamer las botas de su superior y emitió un decreto declarando Monumento Histórico Nacional a la casa donde había nacido Perón en la ciudad bonaerense de Lobos (otra farsa porque Perón reconoció posteriormente haber nacido en Saladillo), en la cual se instaló un "museo peronista". Por supuesto, Perón no

contrarió esta última iniciativa y al regresar de Paraguay viajó a Lobos para inaugurar el museo edificado en su nombre, bajo su gobierno, para su propia alabanza y con el fin de rememorar el lugar en donde en verdad no nació.

El resumen de los vínculos que Perón cosechó como "estadista trasnacional" puede advertirse entonces por el tenor de los países a los que acudió solicitando refugio tras su caída: el Paraguay del citado dictador Stroessner en 1955, para desde allí ser asistido por el dictador venezolano Pérez Gimenez en 1956 y seguidamente ser acogido por el dictador dominicano Rafael Trujillo en 1958. Este último supo ganarse el afecto de su huésped quien nunca perdió ocasión de ensalzarlo: "Trujillo era un hombre bueno. Lo habían atacado, lo querían destruir, pero el defecto de Trujillo era su excesiva bondad y a todos perdonó. Yo he vivido en Santo Domingo junto a Trujillo y si hay alguna persona que lo conozca, soy yo. Comíamos juntos una vez por semana y hablábamos horas enteras. Le conozco a fondo. Era un hombre paternal"[620]. Finalmente, desde las tierras del "excesivamente bondadoso y paternal" Trujillo, Perón se afincó definitivamente en la España del Generalísimo Francisco Franco, mandatario que le otorgó asilo con motivo de la ayuda económica que la Argentina le había brindado a España en los años ´40. Pero más allá de ese gesto devolutorio de humanidad, Franco para no desacreditarse ni mancillar su buen nombre jamás recibió, ni visitó, ni se entrevistó nunca con ese forastero de tan impresentable reputación[621].

Esa y no otra es la síntesis de la labor de Juan Perón como "estadista mundial" según lo definen sus pasionales fieles, o en palabras de su difunta esposa, como "líder de la humanidad".

El primer incendio

Culminaba el verano de 1953. A pesar del desplome económico, el asombroso carisma y liderazgo de Perón no había sufrido mayores erosiones entre su gente y prueba de ello es que la CGT, ante el descontento ocasionado por la escasez y la inflación, en lugar de reclamar o protestar contra Perón (verdadero responsable y artífice de esos desatinos) le sugirieron organizar una huelga en su apoyo, y en repudio a los "oligarcas", a quienes insólitamente culpaban de los males que se estaba viviendo en el país.

Pocas veces en la historia política moderna se ha advertido tamaño

nivel de incondicionalidad popular o de ceguera interpretativa de la realidad, en donde un Presidente preso de sus desaciertos lo único que hacía era recibir la ratificación de adhesión que le dispensaban quienes en el fondo no dejaban de ser sus víctimas. Evidentemente, las muchas bondades recibidas por vastos sectores de la sociedad durante el primer quinquenio del gobierno de Perón habían provocado en sus beneficiarios un impacto emocional y afectivo tan intenso, que a pesar del posterior deterioro y merma de esos mismos goces, sus destinatarios no podrían superar nunca el sentimiento de nostalgia o de probable gratitud hacia quien consideraban ciegamente su redentor.

Es muy recurrente en todo gobierno populista culpar de los males presentes "al imperialismo", a la "oligarquía" y a la prensa. Si bien Perón no escapaba a los dos primeros ítems, no podía cargar tintas respecto de la prensa, puesto que lo suyo no sólo era un régimen populista sino también una cerrada autocracia totalitaria en donde la prensa estaba absolutamente controlada y lo único que Perón no había podido someter todavía eran "los rumores", es decir, la disconformidad de muchos que era transmitida en la clandestinidad de boca en boca. Por ende, el omnipresente dictador no tuvo mejor inventiva que echarle la culpa del desánimo creciente a una "conjura de chismes y rumores" promovidos por la oposición y así lo confesó (amenaza mediante) en su discurso radiofónico del 1 de abril de 1953: "Es claro que los políticos ´contreras´ están haciendo circular toda clase de especies que ya han organizado grupos de chismosos con el propósito de hacer circular rumores. Ahora están haciendo correr la voz de que no tenemos carne y que somos incapaces de abastecer Buenos Aires. No hemos querido tomar medidas violentas porque todavía no ha llegado la oportunidad, pero cuando llegue la oportunidad van a ver estos señores hasta dónde somos capaces de llegar con la razón en la mano"[622]. No contento con controlarlo todo, Perón se daba el gusto de usar la cadena nacional para amenazar a los chismosos, que al parecer eran sus nuevos enemigos. Y para contrarrestar este alicaído estado de ánimo que se percibía y expandía en numerosos sectores de la población, el dictador finalmente le dio el visto bueno a la CGT para organizar la huelga y movilización a Plaza de Mayo a la que hicimos mención, la cual decidieron llevar adelante el 15 de abril.

Pero en la concentración prevista, el desgaste anímico se hizo sentir. La muchedumbre reunida era muy numerosa pero no compartía el mismo grado de entusiasmo de otros tiempos, y muchos de los concurrentes

acudieron porque los delegados gremiales pasaban asistencia en la plaza[623]. Ello no implica que los manifestantes le dieran la espalda a su líder, pero la intensidad del fervor se advertía desinflada.

El líder de la CGT José Espejo (quien siempre daba palabras inaugurales en estas concentraciones) había caído en desgracia días atrás y fue reemplazado en su cargo por Eduardo Vuletich, quien inició el acto con palabras de similar obsecuencia hacía Perón como las que solía emitir su genuflexo antecesor: “Nosotros, los trabajadores, estamos para secundarlo, para obedecerle consciente y voluntariamente”[624] arengó. Seguidamente habló Perón, y a poco de comenzar una enérgica soflama culpando de la crisis reinante a los “especuladores”, se escuchó el estruendoso ruido de lo que parecía ser la explosión de una bomba o sonido similar. Perón, sorprendido, interrumpió su discurso y después de un silencioso instante dijo: “¡Compañeros! Estos, los mismos que hacen circular rumores todos los días, parece que se han sentido más rumorosos, queriéndonos colocar una bomba”. No terminó de decir eso cuando explotó la segunda bomba proveniente de la entrada del subterráneo en la estación Plaza de Mayo (estas explosiones provocaron varios heridos y cinco muertos). Al oír el nuevo estallido, Perón volvió a interrumpir el discurso para decir: “Compañeros: podrán tirar muchas bombas y hacer circular muchos rumores, pero lo que nos interesa a nosotros es que no se salgan con la suya, y de esto, compañeros, yo les aseguro que no se saldrán con la suya. Hemos de ir individualizando a cada uno de los culpables de estos actos y les hemos de ir aplicando las sanciones que les correspondan. Compañeros: Creo que, según se puede ir observando, vamos a tener que volver a la época de andar con el alambre de fardo en el bolsillo”.

La multitud envalentonada con las expresiones de su líder empezó a pedirle en coro que diera “leña”, y el orador, tomando la expresión que repetían sus adictos exhortó: “Eso de la leña que ustedes me aconsejan ¿por qué no empiezan ustedes a darla?” y la masa respondió con un enardecedor griterío de guerra. Animado por el candente clima, el dictador agregó: “la canallada no descansa, porque están apoyados desde el exterior. Decía que es menester velar en cada puesto con el fusil al brazo. Es menester que cada ciudadano se convierta en un observador minucioso y permanente porque la lucha es subrepticia. No vamos a tener un enemigo enfrente: colocan la bomba y se van. Aumentan los precios y se hacen los angelitos. Organizan la

falta de carne y dicen que ellos no tienen la culpa. Al contrario, por ahí, en un diario, sacan un artículo diciendo que ellos, en apoyo del Gobierno, quieren que venga la carne, pero la carne no viene. Todo esto nos está demostrando que se trata de una guerra psicológica organizada y dirigida desde el exterior, con agentes en lo interno. Hay que buscar a esos agentes, que se pueden encontrar si uno está atento, y donde se los encuentre, colgarlos en un árbol!".

De más está decir que las desenfrenadas muchedumbres deliraban peligrosamente entre cánticos violentos y ovaciones a su jefe, quien se hallaba más envalentonado que nunca. Sin embargo, prosiguió su beligerante discurso un tiempo más pero luego finalizó intentando bajar los decibeles de su terrorismo verbal: "Compañeros: como en la horas más críticas de nuestra lucha en 1945, pediré a todos los compañeros que, como entonces, estén activos y vigilantes; pediré a todos que vayan al trabajo confiados y decididos. Todos los problemas que puedan presentarse, se resuelven produciendo. A esos bandidos los vamos a derrotar produciendo, y a los canallas de afuera los vamos a vencer produciendo. Por eso, hoy como siempre la consigna de los trabajadores argentinos ha de ser: producir, producir, producir".

Pero esta tibia pretensión de Perón consistente en aplacar los ánimos que él mismo había enardecido con furia fue tardía. Al terminar el acto, las frenéticas muchedumbres se llevaron consigo el concepto de usar "alambre de fardo", colgar a los enemigos "de un árbol" y salieron a "dar leña". En efecto, tras la desconcentración, bandas feroces de militantes oficialistas patrullaron las calles de Buenos Aires con el deliberado objetivo de destrozarla o incendiarla. Un grupo se dirigió a la Casa del Pueblo (sede del Partido Socialista y su ya prohibido diario *La Vanguardia*) en cuyo interior había unas sesenta personas. Las hordas rodearon el edificio al grito de "!Judíos váyanse a Moscú!" y comenzaron a tirar piedras junto con encendidos intersticios que introducían por las ventanas. Desde el interior llamaron a la policía, que se negó a socorrerlos. Mientras los peronistas derribaban la puerta con un camión, los socialistas que estaban dentro pudieron escapar de la agresión de los salvajes por una ventana colateral. Minutos después, la casa quedó hecha una verdadera antorcha tras ser encendida arrojando gasolina por todos los rincones. La "*Biblioteca Obrera Juan B. Justo*" fue incinerada junto con miles de ejemplares de libros

incunables y valiosísimos. Los bomberos llegaron adrede horas después con el simple fin de apagar el fuego de la casona devastada y recoger los escombros. El panorama no podía ser más hostil para los socialistas, dado que mientras los destrozos se sucedían, padecían además de sus imprentas clausuradas a 58 dirigentes encarcelados en el penal de Villa Devoto.

En otro lugar de la ciudad, otra turba peronista atacaba e incendiaba la Casa Radical y la sede del Partido Demócrata Nacional (la policía también se negó a asistir a sendas entidades y los bomberos llegaron tarde al sólo efecto de controlar que las llamas no se propagaran más a las casas aledañas). Acto seguido, otra horda militante aterrizó con una flotilla de jeeps en la sede del Jockey Club, del cual bajaron numerosos peronistas portando hachas e ingresaron destrozando todo cuanto encontraban a su paso y al llegar al hall principal, los bárbaros descolgaron cuadros originales de Goya, los apilaron y encendieron en una fogata. Estatuas, obras de arte y piezas valiosísimas fueron incineradas. Pero no todo lo existente en el Jockey Club fue despreciado por los atacantes: entraron a la bodega del predio e incautaron las botellas de alcohol que seleccionaron cuidadosamente para llevarlas consigo. En medio del aquelarre, el intendente del club Horacio Rossini llamó a los bomberos y recibió la siguiente respuesta: “No tenemos instrucciones de apagar ningún incendio en el Jockey Club”[625]. Agrega Rossini que cuando la banda de energúmenos asaltó la instalación “Yo traté de esconderme, pero eran demasiados y me fueron arrinconando. Finalmente sentí el caño de una pistola entre las costillas y escuché bien clarito: si no te hacés el loco, saldrás como un caballero. De lo contrario, ¡saldrás agujereado! Por supuesto, salí como un caballero”[626].

Una barbarie anunciada

Era obvio que en algún momento la militancia peronista impulsada por el desenfrenado odio que les infundía su jefe terminaría protagonizando actos de pandillaje y barbarie como los acontecidos. Desde hacía mucho tiempo Perón los incitaba a la violencia y los arengaba con ganar los espacios públicos a palazos. Prueba de ello fueron otros discursos suyos no menos violentos que los transcriptos pero emitidos en otras ocasiones, en donde él instigaba a sus adictos a romper y saquear todo cuanto vieran a su alrededor con un insólito ejemplo autorreferencial: “Cuando me dicen que hay que

ganar la calle y mantener la calle, yo me acuerdo que con el sindicato de madereros hicimos preparar trescientos garrotes grandes, gruesos, con un clavo en la punta, y dije ´Bueno muchachos ¡Hoy ganamos la calle!´ Esa tarde dimos la orden y salimos quinientos, con quinientos hombres recorrimos Florida y rompimos todas las cabezas que encontramos y todas las vidrieras y todo, y al día siguiente éramos dueños de la calle"[627] se jactó. No contento con esta guapeza narrada en primera persona, en otra oportunidad también arengó a sus partidarios con el siguiente sermón: "Nosotros podemos aplastar a la oposición con la aplanadora peronista. Lo que se trata acá es de armar esa aplanadora, ajustarle bien los tornillos, ponerle el combustible, y después cuando la pongamos en marcha que no se pare hasta haber aplastado a todos"[628]. ¿Cuánto tiempo iba a tardar la excitada plebe en salir a romper los espacios con exhortaciones guerreras de este tenor?

El odio que Perón había generado en la Argentina moderna era inédito y totalmente estéril. El país venía cosechando desde hacía varias décadas un notable nivel de vida. Desde 1910 se albergaba al 20% de la inmigración mundial en un clima de tolerancia, movilidad social ascendente y desarrollo cultural. En todo caso, las injusticias sociales que según los peronistas pervivían en los años ´30, ahora habían sido supuestamente saldadas por el largo régimen de "reivindicaciones sociales" inaugurado por Perón: ¿era necesario generar tamaño nivel de violencia y resentimiento arrinconando, secuestrando, torturando, acallando y persiguiendo a una dispersa, débil y heterogénea oposición hasta el punto de no darle más chances que tener que usar la violencia en defensa de la represión de la que era objeto?

Horas después de los incendiarios sucesos, Perón reaccionó encarcelando masiva e indiscriminadamente a 4000 personas, entre ellos a los dirigentes radicales Balbín y Frondizi; a los socialistas Repetto y Palacios; a los conservadores Pastor y Adolfo Vichy, y hasta la mismísima escritora Victoria Ocampo fue confinada en la cárcel de mujeres. Esta indeterminación a la hora de secuestrar gente confirmaba que el régimen no tenía la menor idea acerca de quienes pudieron haber colocado las bombas en el subte y de que además se estaba perdiendo paulatinamente el quicio.

Por supuesto, ni uno sólo de los autores de los incendios fue detenido por el gobierno y al día siguiente de la gran quema, el diario oficialista *Democracia* cubrió las hogueras denominando lo ocurrido con el siguiente

elogio: “llamas purificadoras”[629].

La agresión gratuita

Quemados los edificios de los partidos opositores, arrasados los clubes que frecuentaban los disidentes, proscriptos los diarios independientes, cerrada la Sociedad de Beneficencia, anulada toda participación radial no oficialista, expropiados los ateneos culturales independientes y en pleno pie de guerra contra “los rumores”, llegó un momento en el cual la población no peronista no tenía siquiera espacio para indignarse y hacer catarsis. Hasta en sus propias casas los opositores hablaban en voz baja por temor a ser denunciados por la empleada doméstica, por el jardinero, por el “guardián de manzana” del barrio o por un simple vecino.

Sin embargo, en Buenos Aires todavía quedaba a salvo para tomar café, participar de algún evento social o compartir con los suyos sentimientos comunes el Círculo Militar. Y probablemente por ser este recinto uno de los solitarios espacios relativamente visibles en los que subsistía un ambiente opositor, es que el 24 de abril Perón dio anuencia para que catervas de la CGT irrumpieran en connivencia con militares vendidos a la dictadura y descorrieran la tela que cubría el óleo de Eva Perón, en la rotonda misma del Círculo Militar[630]. ¿Qué necesidad tenía Perón de provocar de esta manera los poquísimos ambientes no adictos que quedaban en pie? Ninguna, pero desde entonces el régimen intervino el Círculo para montar allí una “farmacia popular”, una sala de “cine peronista”, una biblioteca con libros oficialistas y una sala de danzas folklóricas en tanto que el bar y el restaurante fueron invadidos de militantes y funcionarios ministeriales del régimen que acudían diariamente a cantar la marcha peronista y loar a su jefe. Transcurridos seis meses de la citada entronización, en los jardines del Círculo Militar se descubrió un busto, por supuesto, de Eva Perón.

Evidentemente existía en la personalidad del dictador una invencible propensión a la provocación y a la gratuita agresión. Cada refugio en donde los opositores podían compartir afinidades, era copado y atosigado por un oficialismo omnipresente que asaltaba el lugar adueñándose de facto de todos los espacios, exacerbando así los espíritus de los no peronistas que iban padeciendo y acumulando un odio forzosamente contenido desde hacía muchos años.

El poder de Perón fue enorme desde su inicio y no se encuentran motivos suficientes que expliquen racionalmente cuáles fueron las motivaciones políticas o psicológicas que lo hayan impulsado a ser tan innecesariamente despiadado para con sus adversarios. Es por ello que le asiste toda la razón a Julio Irazusta al señalar que “lo que no se había visto nunca hasta el advenimiento de Perón, era que un hombre llegado al gobierno por las vías legales, y sin oposición capaz de presentarle obstáculos insalvables, procurase incurrir en la odiosidad de la tiranía sin que se lo exigiese ninguna necesidad apremiante. Entre todos los tiranos conocidos no hay uno que no apareciese como impuesto por las circunstancias, para resolver una crisis prolongada y sangrienta, y asumiese el papel por mero prurito autoritario. En esta fanfarronería de violencia consistió la poco envidiable originalidad de Perón”[631].

Pegar donde duele y cuando duele

El 1 de mayo de 1953 se llevó a cabo el infaltable acto oficial-partidario por el día del trabajador. Conforme lo indicaba el rito peronista, el primero en endiosar al dictador y preparar el clima beligerante era el Secretario de la CGT (Eduardo Vuletich): “Estamos aquí, en este 1 de mayo para renovar el espectáculo grandioso de la mutua confianza entre ese pueblo y su salvador (…) está aquí frente a vos, ansiosamente, para escuchar vuestra palabra rectora y se ha congregado obedeciendo a una voluntad superior. Espontánea e incontenible. Que no podrán acallar los intentos criminales de la canalla organizada y confabulada (…) Limpie mi general (…) Usted ha dicho esta mañana, mi general, en su mensaje, que el único dictador de esta patria sería el pueblo y que usted haría lo que el pueblo le indicara. Con estos vítores sostenidos, ese pueblo le dice ahora, ante los repetidos atentados: general, si para eliminar a los ´tirabombas´ criminales y alarmistas y aún a los seudo peronistas venales y traidores fuera necesario un dictador, ¡bienvenido sea el dictador!”[632].

Seguidamente, el “bienvenido dictador” tomó la palabra apelando a sus delirantes teorías conspirativas internacionales y manejando un discurso de agresividad zigzagueante: “Hace apenas quince días la sangre generosa de cinco compañeros fue vertida en esta plaza por la mano traidora de la reacción. Esa misma traición, servida desde el interior, a sueldo desde el

exterior, pretende alterar el orden en la República. Ellos creen que a un pueblo como este se lo puede asustar con bombitas. Esa creencia solo puede albergarse en la mente retardada de los estúpidos de afuera. Los de aquí saben bien que eso no es posible. Pero ellos son unos vivos que para seguir disfrutando de los dólares que reciben continúan haciendo ruido.

Por eso, compañeros, los radicales, autores -según parece- de esos cinco asesinatos, han producido su consabida declaración, su consabido manifiesto de siempre (…) Compañeros: La conciencia social de la clase trabajadora argentina ha despertado ante los ojos admirados del mundo, que la observa, o con simpatía o con temor, porque ve en ella el ejemplo de la liberación de millones de esclavos que sufren bajo el látigo del capitalismo o del comunismo.

Compañeros: No hemos de cejar en nuestra empresa. He dicho muchas veces que es clara nuestra divisa, y las divisas claras se defienden con la vida en un puesto de combate. Cada trabajador argentino está en su puesto de combate para consolidar la liberación del pueblo trabajador argentino (…) Pero no les vamos a hacer el juego. Cuando ha habido que pegar fuerte, ustedes me han dejado pegar a mí. Ahora, como siempre, le pido a mi pueblo ´la bolada´. Yo les he de pegar donde duele y cuando duele.

Por eso, yo pido que me dejen actuar a mí. Que no actúen ustedes en forma colectiva, porque eso les da lugar a decir que vivimos en el más absoluto desorden y que aquí no hay gobierno. Yo les pido, compañeros, que no quemen más, ni hagan nada más de esas cosas. Porque cuando haya que quemar voy a salir yo a la cabeza de ustedes a quemar. Pero, entonces, si eso fuera necesario, la historia recordará de la más grande hoguera que ha encendido la humanidad hasta nuestros días”[633].

Siempre al límite, Perón incitaba a la guerra, a ocupar el puesto de combate, a dar la vida por “la causa” (es decir por él), y finalmente culminaba sus discursos ordenándoles sacerdotalmente a sus fieles que se vayan en paz. El problema es que no siempre se iban a sus casas tan pacientemente tras haber escuchado prolongadas arengas belicosas cargadas de furia y desenfreno, sino que a medida que pasaban los años, las bandas más fanatizadas hacían de la violencia un uso cotidiano: “la propia dinámica del escenario político llevó a que la organización (Alianza Libertadora Nacionalista) tuviera que utilizar la violencia de manera sistemática”[634]

señala el ensayista Hernán Capizzano en su libro especializado sobre esta última agrupación devenida en peronista.

Se puede afirmar que Perón desde el balcón vivía siempre al límite entre declarar la guerra civil o clamar “de casa al trabajo y del trabajo a casa”. Sin dudas como jefe de Estado, de todo un Estado, es decir supuestamente de todos los argentinos, obraba con una irresponsabilidad grandilocuente, que muchas veces le salió cara y otras tantas, carísima.

A fin de ese mismo mes, el 30 de mayo de 1953 moría en Comodoro Rivadavia Juana Sosa Toledo, precisamente la madre de Juan Perón. Pero el líder, que desde hacía muchos años la venía ignorando por completo no se inmutó por la noticia, tampoco asistió al velorio y se fue a inaugurar el lanzamiento de una pequeña lancha fabricada en el país, la cual fue bautizada con el pertinaz nombre “Lancha Juan Domingo Perón”.

Vicepresidente exprés

Al comenzar 1954 la Comisión de Ayuda a los Presos Políticos dependiente del Comité Nacional de la UCR detallaba la permanencia de unos 700 detenidos[635], pese a que, como fuera dicho, Perón venía progresivamente liberando a varios de ellos en el afán de mejorar su imagen ante las democracias liberales, especulando con ello conseguir divisas.

A pesar de la indisimulable crisis económica y las insalvables contradicciones ideológicas cabe reconocer que el gobierno de Perón no estaba débil, pero sí que necesitaba hacer una importante demostración de fuerza. Fue entonces cuando el dictador “se acordó" de que hacía un año y medio que había muerto su Vicepresidente Quijano y decidió llamar a elecciones para reemplazarlo, aprovechando también las elecciones legislativas. Esta iniciativa era por demás absurda e innecesaria por tres razones: la primera es porque en todo este lapso absolutamente nadie (Perón mucho menos) notó la ausencia institucional del Vice. En segundo lugar, porque eventualmente ese lugar lo ocupaba el Presidente del Senado (que era Teissaire) y la tercera razón es que faltaba todavía un año y 4 meses para reemplazar a los legisladores, y sin embargo Perón decretó adelantar los comicios desmesuradamente.

La trampa consistía entonces en desconcertar a la oposición ante un

adelantamiento electoral desmedido en donde sus enemigos no tuviesen tiempo ni recursos como para organizarse ni prepararse para tal contienda (máxime en ese contexto tan desigual) y en cambio, a Perón le bastaba con presionar un botón para que toda su estructura partidaria-estatal se movilizara para la apurada disputa. De esta manera Perón nombró como candidato a Vice Presidente suyo al Contralmirante Teisaire y con el cambio de fechas de los comicios sorprendió a una oposición que además estaba fáctica y legalmente imposibilitada de hacer proselitismo.

Las prohibiciones y padecimientos de la oposición durante la apresurada campaña fueron los de siempre (ningún acceso a los medios, hostigamientos, amenazas, encarcelamientos, prohibiciones para reunirse) pero los candidatos opositores trataron de cuerpearlas como pudieron. Finalmente, las elecciones salieron como tenían que salir: la UCR (que postuló a Crisólogo Larralde) sacó 2.493.422 de votos y el oficialismo 4.944.106 de sufragios. En la Capital Federal en donde siempre los comicios eran reñidos, volvió a darle buenos resultados al Gobierno el desvergonzado truco de las circunscripciones electorales, pues pese a que la proporción de votantes arrojó una cifra muy pareja (50,8% el peronismo y 49,2% la oposición), el oficialismo obtuvo 13 Diputados y sólo 1 le fue reconocido al radicalismo.

Para no perder la costumbre, al día siguiente de las elecciones el candidato radical Crisólogo Larralde y Ricardo Balbín fueron nuevamente encarcelados por el gobierno.

El “cipayo” Juan Perón

Con una inflación que seguía campeando tras el fracaso de los controles de precios, el 22 de marzo de 1954 Perón llevó adelante unas insólitas expresiones respecto a la fijación de salarios que contrariaban sus voluntaristas dogmas de siempre: “En ningún caso el gobierno participará en la fijación de los salarios. El gobierno no puede analizar por sí mismo la situación de cada empresa. Es ésta una cuestión que debe surgir del acuerdo entre empresarios y trabajadores (…) Si los salarios, en cierto sector deben aumentarse, no es cuestión que pueda decidir el gobierno. Es cuestión, más bien, que se discuta entre empresario y trabajadores” agregando que “la primera etapa para aumentar el estándar de vida de nuestro pueblo fue de

imposición, es decir, de mejoras drásticas en el estándar de vida. Esta etapa ya ha finalizado. Estas medidas drásticas ya no funcionan. Ahora necesitamos sistemas racionales para promover mejoras graduales en nuestros estándares de vida”[636]. Si se presta un poco de atención, esta última declaración suya es realmente imperdible. Al reconocer que “las medidas drásticas” no funcionan: ¿ello significa implícitamente reconocer que estuvo diez años aplicando medidas disfuncionales? Si según sus palabras ahora se necesitaban “sistemas racionales”: ¿quiere decir que el que él venía aplicando desde 1946 era irracional? Y si ahora desechaba las “mejoras drásticas” y decía querer “mejoras graduales” en los estándares de vida: ¿acaso no era este último sistema el que estaba vigente antes del golpe de 1943?.

Perón siempre fue un discapacitado para la autocrítica, sin embargo de vez en cuando incurría en sorpresivas declaraciones elípticas en donde involuntariamente reconocía sus fracasos. Peor aún, el mismísimo día del trabajador, el 1 de mayo de 1954 Perón se quejaba de que “cada de cuatro dólares que gastamos en importaciones, uno debemos dedicarlo a la adquisición de combustibles” proponiendo que para revertir tan desdichada situación había que abrevar en la inversión extranjera y fustigó a quienes se oponían a tal medida “en razón de un falso nacionalismo que no termino de entender”[637] (en alusión al disconforme legislador John William Cooke). En efecto, a estas alturas, un desesperado Perón no descartaba delegar la explotación del petróleo en manos extranjeras y así lo hizo saber el 3 de julio en una alocución privatista francamente desconcertante para los propios: “Se ha dicho que nosotros estábamos en tren de una economía dirigida (…) Nada más distante de la verdad (…) El Estado argentino, dentro de nuestro concepto se sentirá muy feliz el día que no tenga una sola empresa comercial industrial o de la producción en su poder, porque habrá llegado el momento en que todas las empresas de la producción, de la transformación y de la distribución que están hoy en poder del Estado, en situación floreciente, serán absorbidos por el interés privado. Esta es nuestra orientación”[638].

El Departamento de Estado norteamericano a partir de este histérico ataque de privatismo verbal que estaba exhibiendo Perón efectuó un desapasionado informe de inteligencia (del “National Intelligence Estimates”) sobre la situación Argentina al promediar 1954, cuyas conclusiones eran para llorar: “Actualmente la Argentina no tiene vinculaciones seguras con ningún poder importante del mundo” (esto ponía de manifiesto el fracaso de Perón

en su política internacional en todos estos años) y agregaba “La conexión británica ya no es útil para apoyar un esfuerzo argentino hacia el progreso económico y la estabilidad. La Argentina ha sido incapaz de establecer una colaboración amistosa con Estados Unidos como la que beneficia a Brasil. Por consideraciones políticas, ideológicas y económicas es imposible para Perón alinearse definitivamente con la URSS.”. El informe prosigue describiendo a la política de Perón como “caracterizada por un alto grado de oportunismo” y si bien advierte el giro “pro-mercado” de último momento, el documento remata diciendo “A pesar de estas medidas, no parece que Perón sea capaz de atraer los capitales extranjeros suficientes”[639].

A Perón se le había terminado la capacidad de engañar. Era cuestión de tiempo, pero el proceso parecía estar terminado y los números de la economía de la etapa final del régimen así parecían confirmarlo.

¿Y entonces cuál fue la década infame?

Llegamos prácticamente al año 1955, Perón detentaba el poder desde hacía casi 12 años (si contamos su arribo al mismo en 1943) y antes de proseguir con el trajinado itinerario de la Argentina de entonces, juzgamos necesario efectuar un apretado paréntesis para hacer una suerte de balance comparativo de la gestión de gobierno llevada a cabo.

Por su cercanía en el tiempo, no fueron pocos los divulgadores e historietistas que se han encargado a lo largo del Siglo XX y lo que va del Siglo XXI de parangonar dos décadas emblemáticas de una manera maniquea y antagónica. Por un lado, tenemos a la década del ´30 (demonizada como “infame”) a la cual ya nos hemos referido a comienzos de este libro, y que es presentada por la historiografía de supermercado como una época “colonial” en la que se describe a un país esclavizado y sumergido bajo el dominio británico y en el cual sólo un puñado de familias “oligárquicas” disfrutaban de un buen nivel de vida a expensas de la miseria a la que eran sometidos el resto de sus connacionales. Este mito ya lo hemos derribado en el capítulo “*Ni Década Ni Infame*”[640] y en contraste con ese período se suele citar la década peronista como una suerte de antítesis de aquella, al ser sindicada esta última como la era de la industrialización, del crecimiento, de la independencia política, la soberanía económica y la justicia social. Veamos un poco cuánto hay de cierto y cuanto de falso en este contraste

propagandístico habitualmente recitado en foros y balcones por cuanto repetidor de lugares comunes tenga a mano un minuto de micrófono y figuración.

Respecto de los guarismos agro-ganaderos, encontramos que en la etapa final de la "década infame", entre 1939 y 1942 el promedio de la cosecha de maíz alcanzaba los 10 millones de toneladas por año, pero en 1950 (pleno apogeo de la "independencia económica") la cosecha apenas llegaba a ochocientas mil toneladas. La cosecha de trigo, que en 1940 había alcanzado los ocho millones de toneladas, en 1951 arañaba sólo dos millones. Comparando el quinquenio "colonialista" obrante entre 1934/38 con el de la "industrialización" vigente entre 1950/54, nos encontramos con que el área sembrada de cereales y oleaginosas había bajado un 25% en esta última etapa. Cotejando el quinquenio 1940/44 con el lustro 1950/54, nos topamos también con que el rendimiento promedio por hectárea había descendido un 8% en agricultura, un 11% en ganadería y un 18% en el conjunto agropecuario[641]. Incluso, en 1955 la superficie sembrada era similar a la de 1923, es decir igual que a la de 32 años atrás, período en el que se supone naturalmente que la tecnología sería muy inferior[642] a la existente durante la "industrialización" peronista tres décadas después. Luego, el cómputo final del rubro agrícola-ganadero nos arroja números aplastantes: en el decenio 1930/39 la Argentina aportaba el 25% de las exportaciones mundiales de trigo; pero en el decenio 1945/54 apenas el 10%. Comparando también iguales períodos, las exportaciones de maíz argentino en 1930/39 representaban el 65% de la exportación mundial, pero en el lapso 1945/54 este guarismo cayó el 27%. En casos de productos como el lino los datos son aún más dramáticos, porque mientras en el interregno 1930/39 la producción local era del 82% del total mundial, en el decenio 1945/54 sólo era del 11%. En suma, mientras que durante la anteguerra abastecíamos al 32% del mercado mundial de granos, en 1955 apenas abastecíamos el 15%. La Argentina que entre 1934-1938 le ganaba a los Estados Unidos exportando un promedio anual de 11.637.200 toneladas de granos (contra un promedio de 1.316.800 toneladas de EEUU), durante el régimen "anti-imperialista" de Perón la relación se había invertido y en 1947 exportábamos 4.220.500 toneladas mientras que los norteamericanos ya lo hacían por 14.903.000[643] (casi 4 veces más). Pero sumando todos los rubros rurales, la caída vergonzosa de las exportaciones nos arroja el siguiente desplome: en el lapso 1945/54 eran un 37% inferiores a la existente entre los años 1930/39 (plena

época de la depresión mundial). Otra cifra rotunda: entre 1935/39 y 1950/54 la producción del sector rural solo aumentó un 14%, pero en ese lapso la población creció un 32% y la producción de bienes exportables cayó un 10%. En las postrimerías del régimen, en 1955, se estaba exportando por un monto en dólares menor al de 1920, dato gravísimo teniendo en cuenta que un dólar era en 1920 mucho más valioso que en 1955[644].

Respecto al mito popular del peronismo industrialista, derribar esa superstición resulta una tarea todavía más fácil, dado que tan sólo hay abrevar en las mismísimas fuentes oficiales proporcionadas por el gobierno de Perón durante la segunda presidencia, en el documento estatal titulado "Producto e Ingreso en la República Argentina, 1935-1954"[645]. Allí el documento nos señala que el volumen físico de la producción industrial creció un 53,7% entre 1937 y 1946 pero apenas un 16,4% entre 1946 y 1954. Asimismo, dice el informe que la exportación de productos industriales que en 1943 orillaba el 20%, por 1947 se había desplomado al 5,5%[646]. Peor aún, respecto de la quimera del régimen de "sustitución de importaciones" con el que se pretendía "industrializar el país" encontramos dos datos escalofriantes que confirman su fracaso: las importaciones de bienes de capital (máquinas y equipos) entre 1945/49 fue del 19,7% mientras que tras semejante armazón proteccionista, en el quinquenio 1950-54 esta no sólo no decreció sino que aumentó a 20,1%. De manera similar, la importación de bienes intermedios (manufacturados) durante el quinquenio 1945-49 fue de 13,4 y en el quinquenio 1950-54 aumentó a 19,7.[647] En contraste, otro guarismo contundente nos dice que la Argentina "rural y entreguista" que en 1938 había importado en industria liviana por valor de 427 millones de dólares, en 1948 pasó a importar más del triple: 1.561 millones[648] volatilizando las reservas acumuladas durante la guerra.

Otro hecho objetivo que de manera fulminante pone de manifiesto el nivel de vida y las posibilidades de progreso de un país nos los brindan los datos sobre la inmigración (es decir cuando la gente "vota con los pies"), puesto que nadie que no sea un masoquista se va a buscar mejores perspectivas a un país sometido o empobrecido. Es por ello que durante los tiempos de la "esclavitud conservadora" el porcentaje total de población extranjera fue del 30,3% (cifras tomadas en 1914 antes de la primera gran guerra para que no se tome el indicador como excepcional o coyuntural) pero durante la "justicia social" peronista de 1947 esa cifra había bajado a la

mitad: 15,3%[649], a pesar de haber tenido en su favor la coyuntura migratoria de la Segunda Guerra Mundial. En sentido contrario, mientras la tasa de migración neta entre 1930 a 1940 (cuando éramos una subyugada "colonia británica") fue del 1,7%, durante la "independencia económica y soberanía política" (años 1940 a 1950) trepó a casi el doble: 3,1%[650], a pesar de que en este lapso la mitad de la década transitó con el mundo sumergido en la Gran Guerra y por ende no era aconsejable salir del país.

Para que no se nos acuse de no reconocerle al peronismo crecimientos objetivos en otros rubros, señalamos entonces que en lo que sí se progresó exponencialmente en esos años fue en burocracia: mientras entre 1940 y 1944 la Argentina tuvo un promedio de 370.000 empleados públicos, en 1954 el número había ascendido a 725.000[651] (el doble). Otro rubro que demuestra el "crecimiento" durante el régimen peronista lo encontramos precisamente en el gasto del Estado: el mismo en 1925 representaba el 14% del PBI y en 1955 había trepado al 42%[652]. ¿Y cómo financió Perón esta mega-malversación? Primero dejando al país sin reservas: el oro y las divisas del Banco Central que en 1946 cubrían el 140% del valor del dinero circulante, seis años después (en 1952) el porcentaje de respaldo de las reservas apenas arañaba el 15% respecto del existente en 1946[653]. Para más datos, las reservas del país en divisas extranjeras que el 30 de junio de 1946 ascendían (conforme el Boletín del Banco Central) a una suma equivalente a 1382 millones de dólares, en diciembre de 1954 (según la gubernamental Confederación Gremial Económica) era de 371 millones[654]. Si bien aquí notamos una leve mejora respecto de las reservas existentes en 1952, acotamos que eso se debe a que en ese ínterin el país obtuvo empréstitos del exterior para engrosarlas, es por ello que seguidamente aportamos otro guarismo relativo al "crecimiento" generado por el peronismo que es el de la deuda externa pública, la cual en 1946 ascendía a 436 millones de dólares (conforme Boletín Oficial de Estadísticas de agosto de 1947) y que en 1955 (etapa final de la "independencia económica) era de 757 millones (es decir que había trepado casi un 60%).

Pero mientras las reservas monetarias eran dilapidadas en el festival clientelar, la dictadura procedió a otro mecanismo de financiación consistente en emitir monedas de fantasía: los medios de pago (billetes más depósitos a la vista) que en 1941 totalizaban 3293 millones de pesos, en 1955 ascendieron a 51.195 millones, es decir que subieron desde el número índice 100 en 1941 al

número índice 1554,7 en 1955. En ese mismo lapso, el PBI que era en 1941 de 43.255 millones de pesos había subido a 65.914 millones en 1954. Es decir que la producción de moneda se multiplicó 14 veces mientras que la producción de bienes y servicios tan sólo 1,5[655] (otro numerito que también pone de manifiesto "el crecimiento" pero no de bienes industriales sino de papeles inservibles). En efecto, el peso de papel que equivalía a 12 centavos oro a fines de 1946, valía apenas 1,5 centavos oro en 1951[656]. Luego, no por culpa del "imperialismo extranjero" ni de los "especuladores", fue que entre 1945 y 1954 el costo de vida experimentara un alza acumulada superior al 500 %, cifra astronómica si tenemos en cuenta que hasta el advenimiento de Perón al poder la inflación en Argentina era virtualmente inexistente: entre 1810 y 1944 el promedio fue de sólo el 2% anual[657].

El régimen peronista llegaba a 1955 francamente devastado. El dictador durante sus primeros años de gobierno había decretado artificialmente un intenso desparramo de bienestar transitorio a sectores de la sociedad que hasta entonces vivían una vida digna pero signada por la austeridad propia de un contexto mundial, aunque manteniendo un estándar de vida muy superior no sólo al del resto de los países latinoamericanos sino también al de las demás potencias del mundo. Este derroche necesariamente pasajero fabricado por Perón y que en números redondos duró hasta promediar 1950, ocasionó que determinados sectores vieran en él una suerte de "patriarca salvador", imagen que nunca se borraría de sus vidas y se transmitiría de generación en generación, independientemente de que fuera durante la etapa final del mismo régimen de Perón cuando se empezara a apreciar con crudeza la naturaleza provisoria y temporal del disfrute económico que se había promovido. Prueba de ello fue que el ingreso efectivo de bienes y servicios en 1954 era igual que el de 1948 y en cuanto al ingreso per cápita, el descenso en 1955 respecto de 1948 (el mejor momento del boom consumista) fue notorio, habiéndose evaporado en seis años el 86% de la mejora lograda en los primeros cinco[658]. El decenio de Perón había sido un drástico vaivén o, como fuera dicho anteriormente: una U invertida.

Las alegrías pasajeras y los recuerdos de bonanza de la gente sencilla son respetables apreciaciones subjetivas. Pero el fracaso total y completo de la economía peronista ya era una fría y lamentable realidad objetiva que confirmaba que la larga dictadura de Perón había sido una verdadera década infame que había fundido al país, esto siempre que tengamos en cuenta los

números de la economía, porque si en cambio evaluáramos la calidad institucional, la libertad de prensa, la política internacional, el enriquecimiento cultural y la observancia por las libertades individuales, advertiremos que la palabra “infame” queda muy insuficiente para definir o describir los años aquí estudiados.

Las nenas de Perón

La descomposición y la erosión del liderazgo de Perón en 1954 no sólo se advertían por el mal funcionamiento del país, el desplome económico y las contradicciones ideológicas, sino también porque se percibía a un Perón cansado, aburrido, desprovisto de iniciativa y monótono. Fue ante la advertencia de estos síntomas, que el doctor Gómez Morales (a cargo de la cartera de Asuntos Económicas) fijó el cansancio de Perón “a partir de la muerte de Evita”, señalando que “Indudablemente había un proceso de agotamiento en él, una tendencia a escaparle al trabajo” a la vez que su pariente y cercano colaborador José Ignacio Cialceta revela que “Estaba un poco cansado Perón, un poco hastiado de la gente y empieza a dejar de concurrir a la tarde a la Casa de Gobierno, para distraerse en la Quinta de Olivos”. Para mayores precisiones, su Edecán Aeronáutico desde enero del ´55, el Vice comodoro Mac Loughlin, describió una jornada habitual de Perón en estos términos: “Perón iba a su escritorio a las 6:20 de la mañana y comenzaba por alimentar a las palomas en el balcón. Firmaba de 7 a 7:30 y despachaba rápidamente sus audiencias; a las 10:20 se mandaba a mudar de la Casa Rosada. Estaba totalmente desinteresado de todo”[659].

Probablemente como consecuencia del hermético microclima de lisonjas y alabanzas que él había fomentado para alimentar su enfermiza vanidad y esa sensación de omnipotencia que le hacía desatender todo freno, Perón también había comenzado a perder el pudor y el criterio en su vida personal. Fue en ese contexto cuando entusiasmado por una idea extraña que le acercó su Ministro de Educación Méndez San Martín consistente en “peronizar a los adolescentes”, Perón decidió crear la rama femenina y masculina de la “Unión de Estudiantes Secundarios” pero, para tales fines se debían construir predios recreativos: “Hasta que se construyan esas sedes deportivas la UES puede funcionar provisoriamente en la quinta presidencial. La rama femenina, claro”[660] le sugirió Perón a Méndez San Martín, quien

tomó el polémico chascarrillo al pie de la letra y ordenó convertir la quinta presidencial de Olivos en un “campo atlético”, en el cual las niñas (apenas vestidas con short de gimnasia) irían a practicar deportes y esparcimiento de dudosa conveniencia.

No son infundadas las voces que decían que la función de la UES era alimentar el perverso apetito sexual del veterano dictador, puesto que numerosos testimonios posteriores de las propias niñas testificaron haber pasado días enteros en la quinta junto a Perón y colaboradores, recibiendo obsequios y compartiendo ambientes y situaciones extrañas para las púberes, las cuales debían llamar al dictador como “papi”.

Era un espectáculo vergonzoso, penoso y peligroso. El propio Perón exhortaba a las menores que lo rodeaban a desatar sus pasiones y pulsiones brindándoles extraños y sugestivos consejos con propensión a la sensualidad: “Queremos una juventud que comience a manejarse a sí misma, queremos una juventud libre de prejuicios, porque generalmente la virtud no estriba en ignorar los vicios sino en conocerlos y dominarlos. Y como primer paso, como siempre las damas deben ir adelante, se ha decidido habilitar esta residencia presidencial que resulta demasiado grande para un hombre solo como yo”[661].

Pero lo que empeoró las cosas fue que el dictador eligiera a una de esas niñas como compañera permanente. Se trataba de Nelly Rivas, de 14 años que se fue a vivir con el depravado quien por entonces pasaba los 60 años de edad: “Sería una gran falsedad no reconocer que cada una de nosotras quería ser una segunda Evita. Con la edad que ya teníamos, él alimentaba nuestro romanticismo y nuestras agitaciones corporales”[662] confesó la niña que a partir de diciembre de 1953 empezó a hacer vida marital con el dictador[663], quien no tardó en comprar la complicidad de sus padres regalándoles (con fondos públicos) una casa en la calle Luchetti 2182 de la localidad de Vicente López: “Mi padre armó una escena cuando le dije que me iba a vivir a la residencia presidencial, pero le hice ver los logros de Perón a los trabajadores y por lo tanto también para él. Necesita a alguien cerca. ¿Vas a ser tan ingrato?, le dije”[664].

Más allá de todo juicio moral, este retorcido vínculo de Perón con la niña constituía un delito previsto en el Código Penal Ordinario. Recuerda la propia Nelly Rivas el comienzo de esta relación, detallando el modo a través

del cual fue seducida por el dictador: “Existía la costumbre de que cada chica nueva almorzara con Perón. Yo jamás me había sentado a la mesa con un personaje tan importante como el presidente de la República, ni soñaba con algo parecido, cuando se me acercó el Sr. Renzi para avisarme que ese mediodía yo iba a comer con el general. Al principio me temblaron las piernas otra vez, pero después pensé que sería interesante estar sentada allí. Con el tiempo esas comidas se hicieron habituales para mí. Méndez San Martín me perseguía bastante aunque nunca me habló muy claramente. Una vez tuve que ir a ver al general para cumplir encargos de la Secretaría de la UES y acudí directamente a la otra residencia, la de la avenida Alvear. Me recibió como siempre. Nos sentamos en una sala amplia y llena de luz donde hablamos largo y tendido; primero sobre la UES y después sobre mis problemas y como yo era muy jovencita para volver sola no me dejó regresar a mi casa. Está bien, le dije al general esa noche, por esta vez me quedo a dormir aquí”[665]. Pero la niña se quedó a pernoctar allí para siempre hasta que su longevo amante escapara al Paraguay en septiembre de 1955. Tiempo después, en el afán de simular el escándalo de esta relación, se le otorgó a la niña una nueva cédula de identidad que la hacía figurar como nacida en octubre de 1936 a fin de hacerla pasar como mayor de edad[666].

El trato preferencial que Perón le dispensaba a la menor en cuestión despertaba celos y pujas entre otras niñas de la UES, quienes también participaban de las veladas en la Quinta de Olivos y se disputaban el afecto del dictador, tal el caso de Nelly Amaral, quien sobre su rival Nelly Rivas dijo despectivamente que esta “mantuvo relaciones con el General Perón” agregando que su par “se vendió por unos pesos”[667]. Sin embargo Nelly Rivas recuerda su vínculo con Perón en tono más afectivo y menos rentístico: “Lo que más me reconfortaba era la proximidad de la hora en que llegaba el general, pues él me contaba todos sus problemas. Yo era una especie de descanso para él”[668].

Si bien siempre se supo que Perón tenía un impulso sexual desordenado y algunos autores le adjudicaron haber sido un homosexual esporádico al vincularlo con el boxeador americano Archie Moore (dato que a nosotros no nos interesa ni tampoco nos parece verosímil), sí nos limitaremos a confirmar su probada condición de estuprador, dado que esta sórdida corrupción del dictador para con la niña se exhibía en la intimidad gubernamental sin mayores tapujos. Tanto es así, que según el personal de

servicio ambos “se trataban públicamente de Nenita y Papi” y dormían en la misma cama tal como lo atestiguaron el mayordomo de la residencia Héctor Ricardo Cabrera, los valets Calogero Romano y Nicolás Fernández, el mozo de comedor Héctor Coria[669] y hasta la mismísima niña lo confiesa: “Dormí sola varias noches, mientras mi imaginación volaba a alturas tan inaccesibles como profundas eran mis pasiones. (...) A la cuarta noche me animé a proponerle al general que viéramos televisión juntos. Después de esa primera noche yo me instalaba en el dormitorio del general (…) hacía ya tiempo que me sentía su mujer. Él me trataba como tal ¿y alguien piensa que yo no asumía esa condición?”[670].

Sin el menor cuidado del recato, la niña Nelly Rivas acompañaba a Perón no sólo en la intimidad, sino que también la mostraba en las peleas de Box y demás eventos sociales, alojándose en su habitación a la vista de todos incluso en veladas internacionales, tales como el festival cinematográfico que Apold organizó en Mar del Plata, a donde Perón se llevó a la niña consigo, cohabitando en la misma suite: “Alguna persona mala dijo, y otras muchas lo repitieron con el afán de hacerle daño al general, que el Festival de Mar del Plata había sido nuestra luna de miel. A usted le parece que si hubiera sido así, ¿eso estaba mal?”[671] señala Rivas.

Lejos de intentar despejar dudas y aminorar los rumores que pesaban sobre su conducta personal, el dictador fomentó en la Quinta de Olivos una serie de “bailes existencialistas” (que se hicieron para el Carnaval del año ´54) en donde se invitaba a la juventud de ambos sexos de la UES a concurrir allí, sin restricciones y disfrazados hasta a altas horas de la noche. Los eventos eran anunciados sin tapujos a través de los periódicos de la cadena ALEA.

Como si lo señalado fuera insuficiente para poner de manifiesto el mareo psicológico y moral que estaba padeciendo Perón, basta mencionar esta otra desfachatez suya, la cual se advirtió el 24 de febrero de 1954 cuando compró 200 motonetas para jugar con las niñas, vestirlas en paños menores y calzarles un gorrito con visera. Luego, liderando la caravana infantil, el dictador montó una de las motos y en festiva procesión por Buenos Aires partió con todas las chicas de la UES desde Olivos y cruzando todos los barrios porteños, siendo escoltado en fantochesca caravana por el Ministro Méndez San Martín, el mayor Alfredo Máximo Renner y el mayordomo de la residencia suboficial Atilio Renzi. A estas alturas sus enemigos y detractores

ya no sabían si estaban ante un temible tirano o ante un payaso, quien protagonizaba el circo callejero siendo filmado y fotografiado sin el más mínimo cuidado ni de su función institucional ni de su imagen personal: “desde hace un año había abandonado los asuntos de Estado para dedicarse a pintorescas actividades deportivas, artísticas, etcétera”[672], recordará de manera sugestiva su Vice Presidente Teisaire.

Finalmente, la creación de la UES con toda esta consabida historia de mal gusto que usó Perón como recreo personal durante sus últimos tres años de gobierno le insumió al Estado 270 millones de pesos de gasto, cifra equivalente a 10 millones de dólares[673] de la época.

Ninguno de todos estos morbosos episodios privó al estuprador lenguaraz de seguir jactándose de que bajo su gobierno: “los únicos privilegiados son los niños”.

Nuestro Dios en la Tierra

Si bien Perón controlaba y manejaba prácticamente todos los resortes de la Argentina, la realidad es que la Iglesia Católica era una de las pocas instituciones (sino la única) que no había podido someter. Las relaciones históricas entre Perón y la Curia no eran malas y de hecho el dictador se había congraciado con la Iglesia desde un principio, no sólo cuando en los tiempos del gobierno militar del GOU se instauró la enseñanza religiosa en las escuelas públicas sino también cuando durante su propio régimen él mismo ratificó esa disposición mediante decreto 18411 (promulgado en 1947)**.** Pero a pesar de estos vínculos amables, la Iglesia no le era sumisa ni le ofrecía la adulación de la que él estaba tan acostumbrado a recibir y gozar por parte del resto de los séquitos e instituciones que lo rodeaban y halagaban de manera reverente y empalagosa.

Esta independencia eclesiástica mantenida en el tiempo, fue despertando en Perón una progresiva animadversión y desconfianza, al punto de ir poco a poco quitando del calendario festividades religiosas tales como la del 19 de marzo (fiesta de San José) o la del 29 de junio (conmemoración de los Santos Pedro y Pablo). Asimismo, el Congreso comenzó a debatir leyes tendientes a restablecer la prostitución (cerrada por Perón durante los tiempos del GOU), a impulsar la ley de divorcio y a promover con todo respaldo

oficial los espectáculos espiritistas de la Escuela Científica Basilio en el estadio Luna Park, así como también a respaldar a un exótico curandero norteamericano llamado Theodore Hicks (conocido como "el hermano Tommy"), quien visitó Buenos Aires vendiendo sus brujerías durante los meses de mayo y junio de 1954 en el estadio de Atlanta (en cuyos shows el charlatán de marras les "devolvía" el habla a los mudos y la vista a los ciegos entre otras habilidades). Además, el promocionado taumaturgo trataba al propio Perón en la Casa Rosada, quien no sólo se sentía muy cómodo ante estas supercherías sino que para profundizar en la materia se hizo traer desde Brasil al brujo Menotti Carnicelli durante toda una semana, con alojamiento en el Hotel Nogaró para que le brindara de manera personalizada cinco sesiones ocultistas en las cuales el "médium" caía en trance y le respondía preguntas e inquietudes al propio Perón, que tomaba nota puntillosamente de cada una de las respuestas emitidas por su extravagante consejero.

Va de suyo que estos hábitos presidenciales caían muy mal en el universo Católico, y mientras las relaciones con la Iglesia se tensaban, el 11 de junio se produjo un episodio que hizo agotar la paciencia del dictador: un grupo de católicos de la ciudad de Rosario fundó el Partido Demócrata Cristiano. A pesar de su insignificancia numérica, un paranoico Perón supuso que esta incipiente agrupación podía disputarle o arrebatarle parte de su electorado, que era mayormente católico. Al mismo tiempo, la rama juvenil de la Acción Católica se iba haciendo cada vez más activa y muchos la consideraban la antinomia de la UES, la cual además estaba salpicada y desacreditada por los rumores libertinos que pesaban sobre ella. Respecto de esto último, uno de los principales organizadores y referentes del Movimiento Católico de Juventudes, el padre Quinto Carnelutti (que luego fue encarcelado por Perón) recuerda que "Circulaban, desde luego muchos rumores: se hablaba de los regalos que se les hacía a algunas chicas a cambio de ciertos favores, se aludía a supuestas orgías en la Quinta de Olivos…Pero esto, para nosotros, no era lo más importante, aun si fuera cierto. Lo que nos preocupaba eran los métodos con que se pretendía atraer a la juventud. No se le presentaban ideales ni se le proponían misiones: se los seducía con halagos y sobornos. Compraban a esos chicos y esas chicas en una carrera de oportunismo que ablandaba el espíritu juvenil. Y eso nos exasperaba; como católicos, no podíamos permitirlo"[674] y tanto fue así que en los sermones dominicales muchos sacerdotes comenzaron a recomendarle a sus fieles que "mediten cristianamente antes de enviar a sus hijas a clubes estudiantiles de

dudosa moralidad”[675].

Estas y otras medidas gubernamentales, polémicas para la época, (incluso algunas encomiables tales como garantizar los mismos derechos a hijos legítimos e ilegítimos) fueron escalando la gresca en dónde Perón, con poco tacto y ensimismado por su prolongada sensación de omnipotencia, fue modificando inadvertidamente su exitosa y tradicional antinomia “Braden o Perón” por la de “Cristo o Perón”, herejía institucionalizada y pregonada por los más altos jerarcas del régimen: “Cristo también tuvo el defecto de su gran corazón. En esto corren parejos Perón y Cristo (...) Ahora que Cristo se conformó con proponer al mundo el cristianismo, Perón le sacó ventaja. Realizó el cristianismo. ¡Nada de contentarse con sermoncitos! Cristo, palabras. Perón, hechos (...) Por eso Perón es el rostro de Dios rutilando en la oscuridad de las tinieblas de esta hora (...) ¿Qué somos nosotros al lado de Perón? Menos que nada. Sólo Perón tiene luz propia. Todos los demás nos alimentamos de su luz (...) El peronista deberá atribuirse a sí mismo todos los fracasos y los errores. Pero los triunfos, los merecimientos, ¡ah! ... esos son siempre de Perón (…) Porque seremos mejores cada día si tenemos el pensamiento puesto en Perón. Cada noche al acostarnos debiéramos examinarnos: ¿He imitado yo en este día a Perón? (...) Porque Perón no se equivoca ni puede equivocarse jamás (...) Porque los genios y los grandes hombres, sin salvarse uno solo, todos han padecido errores y defectos. Todos, menos Perón”[676] sentenció el Ministro Raúl Mendé, panegírico que le valió a su autor el siguiente elogio por parte de su ponderado jefe: “Mendé es uno de nuestros mejores comentaristas de la doctrina peronista”[677].

Pero además de los salmos que le dedicaban sus funcionarios, era el propio Perón quien no sentía el menor reparo en describirse a sí mismo como el continuador de Jesucristo a través de su seudónimo Descartes desde el diario Democracia: “Reconocemos que antes que Perón se escuchó a un hombre predicar el justicialismo, y consideramos que Perón se siente satisfecho de ese excelso precursor, que fue nada menos que Jesús de Nazareth. Bienaventurado el hombre que ha sabido organizar hasta convertir en realidad, directamente en su pueblo y por derivación en todo el mundo, la doctrina del más justo de los hombres. A ningún mortal le es dado llegar a la dimensión de Cristo, pero alta gloria es merecer el título de buen discípulo del Maestro”[678].

Interesa señalar el desconcertante contexto que se vivía, dado que el

régimen se movilizaba con toda su artillería para celebrar el 17 de octubre de 1954 y fue ese día cuando Perón en su discurso se refirió al clero (aunque sin nombrarlo) en estos términos: “Están también los apolíticos que son algo así como la bosta de paloma; y son así porque no tienen ni buen ni mal olor” y procuró arrastrar a los suyos y a los opositores a posicionarse en pie de guerra sin dar margen para la menor postura intermedia: “Cuando la suerte de la República está en juego, los indiferentes son verdaderos traidores. Cuando la suerte de la república juega su destino, hay un solo delito infamante: no estar en ninguno de los bandos o estar en los dos”[679]. Perón había encendido la mecha que faltaba encender.

El dictador y sus alcahuetes inmediatos habían perdido el sentido común sin tomar debida nota del innecesario problema que se estaban comprando y en el enredo en el que gratuitamente se estaban metiendo. Este enrarecido clima coincidía además con una ferviente huelga universitaria desatada ese mismo mes (el 5 de octubre) en protesta por la falta de libertades, cuya represión llevó a encarcelar a más de 250 estudiantes (contabilizando sólo a los de la UBA). El país era un polvorín.

Al mes siguiente, el 10 de noviembre de 1954, Perón lanzaría un discurso que marcaría un irreversible punto de inflexión en la disputa en cuestión atacando a “algunos católicos”, denostando a “algunos curas” y lanzando invectivas contra “ciertos obispos” que según él conspiraban contra su régimen. Al mismo tiempo, en esa larga alocución se encargó de decir que en verdad “Aquí no hay conflictos con la Iglesia. Son cuatro o cinco curas descarriados que hay por ahí”[680] y amenazante agregó: “tenemos todos los remedios en la mano. Es cuestión de que nos pongamos a aplicarlos, pensando que con esto no vamos a hacer solamente bien al orden, a la tranquilidad y a la acción de gobierno, sino a la Iglesia misma, a la que vamos a limpiar de algunos hombres que hoy están levantados contra su propia voluntad” y tras repasar verbalmente la taxativa lista con los nombres de esos curas “descarriados” (es decir críticos del régimen) remató: “Aquí hay como dieciséis mil integrantes del clero. ¿Cómo vamos a hacer una cuestión porque haya veinte o treinta que sean opositores?. Es lógico que entre tantos haya algunos. ¿Qué es lo que tenemos que hacer? Hay que tomar medidas contra esa gente”[681].

Con estas inoportunas expresiones se lanzó Perón con una política de hostilidad contra el último bastión que aún no había podido maniatar. Luego

del beligerante discurso, los diarios del régimen comenzaron una frenética campaña destinada a demonizar a los sacerdotes y la policía peronista comenzó con los primeros arrestos a medio centenar de curas “subversivos” (entre ellos a los padres Quinto Carnelutti, Manuel Andretta y José López).

Dice Raymond Aron que: “los hombres hacen la historia, pero a veces no saben la historia que están haciendo”. ¿Perón sabría la historia que estaba haciendo? Días después, el 25 de noviembre, la CGT en conjunto con el partido peronista organizó un incendiario acto en el Luna Park, en el que prevalecieron los carteles y afiches que rezaban “!Perón sí! Curas no”, otros que pedían “Divorcio” y una tercera consigna que rezaba “!Ni curas ni comunistas!”. Con Perón allí presente y numerosos jerarcas del régimen en el palco, el acto comenzó con palabras del Vice Presidente Teisaire quien con lenguaje castrense espetó: “Cada uno de los peronistas, sean mujer u hombre, llega hasta acá a pedir su puesto de combate. No importa cuál sea el sacrificio: pero solo desea recibir instrucciones en la dirección que indique el Gral. Perón. Ningún peronista entra a analizar las situaciones; basta que el general Perón quiera una cosa para que todos estemos dispuestos a cumplirla de inmediato (…) el peronismo vive solo para Perón, porque Perón es la patria (…) No es posible que un pueblo soporte a instituciones que le son inútiles y que no responden a las necesidades o mandatos de ese pueblo”[682]. La Diputada Delia Parodi, líder de la rama femenina del peronismo, disertó luego en franca competencia con Teisaire por ver quién era más enfático a la hora de endiosar a Perón: “Compañeros: sabemos que muchos caminos conducen a Roma, pero todos, todos los caminos conducen a Perón”[683] agregando que “Nuestro Dios en la Tierra es Perón, porque es el único hombre que nos ha hecho sentir su cercanía mejor que cualquier otro misionero hubiera podido hacerlo”[684]. Seguidamente se le concedió la palabra al secretario General de la CGT Eduardo Vuletich, quien ufanándose de las detenciones a sacerdotes que ellos estaban poniendo en marcha agregó: “El cura Carbone detenido, al que, según he visto en los diarios de hoy, se le ha aplicado con toda justicia lo que corresponde a todo aquel que se aparta de la línea de conducta honesta, dándole treinta días de arresto” y amenazó: “Lo que sí les advertimos que pongan frenos a la lengua, porque cuando fallan los frenos de la lengua por lógica consecuencia del otro lado fallan los frenos de los manolargas. Entonces sabrán quiénes somos” y para ampliar los alcances de su prepotencia detalló “Estamos dispuestos a enfrentar no solo a los curas, sino también a los radicales, a los conservadores, a los socialistas y a quien se

cruce delante de nuestro camino”[685], concluyendo con la siguiente sentencia evangélica: “Cristo echó a latigazos a los fariseos del templo, Perón lo mismo, si es necesario que los eche a latigazos de la tierra”[686]. Finalmente habló Perón, cuyo discurso no fue claro y tras perorar confusamente amenazó “tenemos la fuerza necesaria para poner las cosas en su quicio”[687].

Horas después, en la primera semana del último mes de 1954 (en vísperas de la celebración de la Inmaculada Concepción del 8 de diciembre) por Decreto del Poder Ejecutivo quedó abolida la enseñanza religiosa en las escuelas públicas.

Independientemente de la opinión que el lector tenga de este tipo de medidas laicistas, vale agregar que Perón no las tomaba como parte de una política de Estado conforme una ideología suya, sino como una política de agresión o provocación coyuntural lisa y llana, puesto que tal como ya lo hemos recalcado, fue el gobierno de Perón el que había consagrado tiempo atrás la enseñanza religiosa en los establecimientos educativos**.** ¿Para qué daba estas contramarchas sino era por el mero afán de resentir y afectar a los sectores que hasta el momento habían logrado mantenerse al margen de la sumisión y la adulación gubernamental? Justamente, el régimen se consideraba a sí mismo el sucedáneo de la religión y sólo pretendía que la religión tradicional perdiera su influyente carácter y se subordinara a la religión política.

El 8 de diciembre, mientras los Católicos se prestaban a celebrar el día de la Inmaculada Concepción en el que habría una procesión pública, el dictador condicionó el itinerario de la misma para impedir que fuera efectuada en zonas densamente pobladas y prohibió a los taxis y colectivos acercarse a fin de limitar la concurrencia. Al mismo tiempo, es decir en el mismo día y a la misma hora, Perón inventó una movilización paralela. ¿La excusa?, no venerar a María Santísima sino recibir a un tal Pascualito Pérez, campeón de boxeo peso mosca que estaba regresando triunfalmente al país tras unos combates victoriosos en el Japón.

Fue así que Perón y sus ministros fueron al aeropuerto y lograron, utilizando el aparato estatal llevar a 4 mil militantes. Pero la procesión católica los apabulló con cien mil feligreses. Según el historiador Juan Orona “El acontencimiento fue comentado con una expresión muy sugestiva: ´box

versus procesión´. Ganó la procesión (…) El dictador debió experimentar sin duda grande y amarga decepción”[688]. Era la primera vez en su hegemónico reinado en que Perón perdía las calles y el periódico Católico, *El Pueblo*, dirigido por Luis Luchía Puig, cometió la impertinencia de publicar al día siguiente una fotografía aérea de la multitud tomada desde un helicóptero: horas después el diario fue clausurado, sus bienes embargados, Luchía Puig encarcelado y esto generó además que Perón ordenara no sólo el cierre de esa publicación, sino directamente la prohibición de toda publicación católica, así como también la del uso de los símbolos religiosos en público durante la Navidad.

En sintonía con estas medidas, el Congreso sancionó sin ningún debate previo la ley de divorcio. Seguramente muchos legisladores peronistas se sentían contrariados, pero prefirieron obedecer al dictador. Sólo dos legisladoras peronistas se resistieron a votar tal cosa (Dominga Ortíz Sosa de Vivas y Elvira Rodríguez Leonardi), ante lo cual ambas fueron forzadas a renunciar a sus bancas, expulsadas del Partido Peronista y dejadas cesantes en los puestos de maestras que ejercían antes de ser elegidas en la Cámara.

Los Católicos tenían prohibido además dar sus argumentos en los medios de comunicación y al haberse proscripto todas sus publicaciones, comenzaron a circular clandestinamente panfletos confeccionados artesanalmente por sus devotos los cuales eran arrojados en la vía pública, repartidos a las salidas de las Misas o colocados en bancos de las Iglesias y otros lugares, todos ellos escritos con rabioso tono opositor.

Finalizaba 1954 y la Iglesia informaba que ya eran 67 los sacerdotes que permanecían encarcelados por la dictadura.

Yacimientos Petrolíferos Fundidos

El verano de 1955 transitó con un clima tenso pero sin mayores sobresaltos. El grueso de las noticias y las polémicas comenzaron a concentrarse no tanto sobre la gresca con la Iglesia sino en torno a las negociaciones y los contratos del régimen con la mencionada Standard Oil de California, puesto que la Argentina peronista, tras 10 años de “soberanía política” e “independencia económica” tenía que comprar el 60% del combustible que se consumía en el país, porque la compañía estatal YPF

estaba desabastecida y fundida.

A pesar de que la propaganda oficial hacía del petróleo una cuestión de “patria o muerte” y de que la constitución de 1949 en su artículo 40 establecía que el petróleo es “propiedad imprescriptible e inalienable de la Nación con la correspondiente participación en su producto”, el 25 de abril de 1955 el régimen le entregó a la Stándar Oil (por 40 años según el contrato) toda la exploración patagónica en la Provincia de Santa Cruz. Si bien los yacimientos eran propiedad del Estado, la California vendería el petróleo y gas extraído a YPF y podría exportar el exceso de producción. Esta medida contrariaba de cabo a rabo la arenga chauvinista que el mismísimo dictador había sentenciado el 13 de diciembre de 1947: “Nuestra política petrolera reside en la explotación de los yacimientos por el Estado, sin compartir la función con otros intereses”[689]. Justamente, por seguir durante años atado a ese dogma estatista, fue que el 19 de abril de 1954 Perón tuviera que reconocer al fin que “Todos los capitales del estado reunidos, no llegarían a financiar la explotación del petróleo”[690] y acabar mendigándole inversiones petroleras de último momento a la Standard Oil[691] tras efectuar esta otra confesión de su fracaso: “Nosotros no podemos extraer nuestro petróleo, porque carecemos del enorme monto de dinero que se precisa para invertirlo en una empresa que se ocupe de sacarlo. El petróleo lo tenemos, es cierto, pero ¿de qué nos sirve que se encuentre a dos, tres o cuatro mil metros de profundidad en la tierra? Para sacarlo necesitamos muchos e inmensos capitales que, desgraciadamente no disponemos por ahora”[692].

Por supuesto que esta flamante postura “entreguista” del dictador en este y otros rubros le permitió zafar de varios contratiempos y frenar un poco el alza inflacionaria. Pero una vez más, Perón, con su connatural improvisación administrativa emparchaba agujeros sin la menor previsión y yendo ahora en sentido contrario de lo que siempre había sido su histórica prédica. Pero ya era muy tarde para derribar el elefanteásico estatismo edificado durante tantos años de irrefrenable chauvinismo cuando lo que ahora se hacía no era más que tomar algunas medidas dispersas para atraer capital privado, sin convicción, arrinconado por el contexto o el descrédito y como efímero atajo de circunstancia.

El retorno de la guerra Santa

Tras el impasse veraniego, y al aproximarse la Semana Santa de 1955, se reanudó la embestida contra la Iglesia intensificándose las detenciones a los sacerdotes[693] y reverdeció la pirotecnia verbal. La declaración más provocativa de ese mes fue espetada por el líder de la CGT Eduardo Vuletich: "El clero predica la resignación de rodillas. Nosotros lo preferimos a usted, general, que preconiza la dignidad erguida, de cara al sol, y nos enseña a pelear por la conquista de nuestros derechos"[694]. La respuesta no tardó en llegar y Monseñor Tato rebatió: "en reiteradas ocasiones ha demostrado una crasa ignorancia sobre la doctrina más elemental y las prácticas de la Iglesia…opulento potentado de la CGT que pasea sus anhelos de justicia social en un lujoso automóvil digno de un magnate…sepa ese señor que desde hace veinte siglos la Iglesia gana sus batallas de rodillas"[695]. La represión estatal respondió con furia y tras lo dicho por Tato encarceló a cien dirigentes de la Acción Católica y otra veintena de curas.

Perón usó el acto del día del trabajador (1 de mayo) para intentar justificar sus polémicos recreos en la Quinta de Olivos, procurando responder a los cada vez más insistentes rumores que se desataban en torno a esos sospechosos encuentros: "Abrí las puertas de la residencia presidencial, que habían disfrutado tranquilamente muchos presidentes en la soledad sin pueblo de sus veranos o con sus amigos en sus fiestas y también sin pueblo. En Olivos y en Núñez comparto con la juventud mi propia mesa familiar y mis descansos y allí me siento como padre de una gran familia"[696] señaló, dibujando explicaciones que no tranquilizaron a nadie.

Durante ese agitado mes de mayo, además de quitar la enseñanza religiosa de las escuelas, Perón ordenó la sanción de una ley que suprimiera la exención de impuestos a las instituciones católicas, más la sanción de otra ley que llamaba a Convención Constituyente para reformar otra vez la constitución y quitarle a la Iglesia definitivamente todo vestigio de amparo estatal. Es decir: Perón, que había reformado la constitución un lustro atrás, ahora proponía reformarla de nuevo para cobrarse revanchismos personales quitándole el poder a la Iglesia que él mismo le había dado -o ratificado- en la constitución que él mismo se hizo hacer en 1949.

Seguidamente, se prohibió a los bancos otorgar créditos a instituciones católicas, sacerdotes que oficiaban de profesores en establecimientos educativos fueron cesanteados y se ordenó retirar a los capellanes de las cárceles, clínicas y otras entidades gubernamentales.

Para cerrar filas entre su dirigencia y disipar dudas respecto a la lealtad a su persona antes que a las convicciones religiosas, el 12 de mayo el bloque de Diputados Nacionales emitió por orden de Perón una desopilante resolución, la cual quedaría para la historia como una de las más insensatas acordadas parlamentarias, al declarar: "1°) Firmemente su total identificación con la orientación del General Perón y su Doctrina. 2°) Cumplir fielmente las directivas del Movimiento Peronista en todas sus manifestaciones. 3°) Mantener en su decir un solo lenguaje: el peronista. 4°) Proclamar su fanatismo por Perón y su causa, como nos enseñara Eva Perón. 5°) Realizar nuestra acción en todo momento firme y hasta dar la vida por Perón si es necesario" y seguidamente se tomó la siguiente declaración y juramentación del acta:

"-¿Juráis por vuestro honor de peronistas responder en las circunstancias y en todos los momentos por la Doctrina y de acuerdo a lo que siempre hemos afirmado: Dar la vida por Perón?

-¡Sí, juro!

-Si así no lo hiciereis, Perón y la Patria os lo demanden"[697].

Durante los primeros días de junio de 1955, el Episcopado comenzó a redactar un documento fundamental que todos los Arzobispos y Obispos suscribieron en Asamblea plenaria celebrada el día 7, el cual se tituló secamente "*La persecución religiosa en la Argentina*" y entre otras cosas denunciaba la "real y verdadera persecución de la Iglesia Católica por parte de las autoridades nacionales, cuyos planes se realizan sistemática e inexorablemente, siendo secundados en todo el ámbito de la República por las direcciones de ambas ramas del Partido Peronista, por las autoridades gremiales de la Confederación General de Trabajadores, y por las demás autoridades de Provincias"[698].

El ambiente se enfervorecía y la feligresía católica se preparaba para la fiesta del Corpus Christi del 9 de junio (que caía jueves), ocasión en la que tradicionalmente se hacía una procesión alrededor de la Plaza de Mayo. La devoción se agigantaba en concurrencia tanto sea por los católicos practicantes como por los no practicantes (que ahora se sentían invitados a regresar y defender a su Iglesia) así como también por los vastos sectores opositores que, católicos o no, se sumaban a la cruzada con tal de apoyar un frente que acabó aglutinando a todo el mundo que estuviera harto de la

dictadura y no supiera cómo manifestarlo o no tuviera otro modo de canalizarlo.

El Arzobispo de Buenos Aires pidió autorización para trasladar la fecha de la citada celebración y procesión del Corpus Christi para el día sábado 11, a fin de no entorpecer el tráfico propio de un día se semana (pero a sabiendas de que el sábado se concentraría más gente). La dictadura era consciente de que la convocatoria podría ser enorme, por lo cual no concedió el cambio de fecha, y sólo autorizó la celebración dentro de la Catedral y no en la vía pública. Las autoridades eclesiásticas hicieron caso omiso de los condicionamientos oficiales e inundaron la ciudad con medio millón de panfletos convocando para la celebración el día sábado, aunque aclarando que la procesión sería dentro del recinto de la Catedral. Más allá de la histórica diferencia de fuerzas entre las opulentas movilizaciones estatales y la debilidad de la militancia opositora, señala Félix Luna que ahora había una ostensible disparidad anímica: “en la oposición político-religiosa todo era fervor y entrega a la causa; en el oficialismo se percibía desgano y renuencia”[699].

El viernes 10 por la mañana (día previo a la procesión), Perón previno públicamente a sus seguidores con estas palabras: “Como precaución es menester alertar a las organizaciones. Preparar los medios de acción y los transportes. Controlar por las organizaciones políticas los sectores de acción y mantener la vigilancia por los jefes de manzana. No actuar sino en contacto y coordinación con la policía por los comandos tácticos. Yo impartiré cualquier orden en cada caso, por los medios correspondientes”. Luego terminó su arenga cometiendo un garrafal error estratégico al desafiar: “Por cada hombre que puedan poner nuestros enemigos, nosotros pondremos diez”[700]. Si le faltaba alguna motivación a los católicos para movilizarse a la convocatoria, Perón se la dio infantilmente a la oposición al “mojarle la oreja”, a tan sólo un puñado de horas de la misma.

La Procesión

A las 15 horas del 11 de junio, una impactante marea de doscientas mil personas abarrotaba la Catedral. Por supuesto, decenas de miles de asistentes no pudieron entrar y quedaron afuera escuchando Misa desde la Plaza de Mayo. Al terminar la Celebración, la multitud desoyó la prohibición

del régimen y se lanzó por las calles en masiva Procesión hacia el Congreso de la Nación. Un grupo formó una "pirámide humana" para que el situado más arriba tentara apagar con su impermeable una lámpara, bajo la cual, una chapa de bronce indicaba: "Justicialismo integral. Esta llama fue encendida por la Sra. Eva Perón el 18-X-1950, Año del Libertador General San Martín". La placa fue arrancada[701] en medio de la multitudinaria ovación.

La enorme peregrinación fue mutando cada vez más de un tono religioso hacia una movilización eminentemente política que irradiaba un sentir totalmente contrario a la dictadura: "El ejército es católico", "¡Que Perón pregunte ahora qué es lo que quiere el pueblo!", "¡Basta de terror!" fueron algunas de las consignas más cantadas por los concurrentes. La columna transitó por las avenidas Rivadavia, Pueyrredón y Santa Fé hasta la Plaza San Martín. Al caer el sol los manifestantes improvisaron antorchas de papel. El público estacionado a lo largo de las aceras daba vivas a la columna y desde los balcones les arrojaban flores. Se vivía un eufórico clima de espontánea liberación y catarsis ante tantos años de agobiante opresión y hegemonía.

Al día siguiente los diarios adictos a la dictadura (que eran todos), impotentes tras haber perdido el control de las calles, lanzaron al unísono una coordinada campaña difamatoria acusando a los congregados en la procesión de haber quemado una bandera argentina en el Congreso e izado en su reemplazo la del Vaticano. El Ministro del Interior Borlenghi, brindó esa noche una conferencia de prensa denunciando el hecho y exhibiendo restos de la bandera quemada. ¿Qué había ocurrido?: la dictadura ordenó quemar una bandera argentina en medio de la marcha a los efectos de culpar de tan penoso gesto a los católicos. El diario *La Prensa* (que manejaba de facto la CGT) publicó un editorial tremebundo bajo el título "Hechos Vandálicos contra la Nacionalidad" el cual decía: "Es grave y atentatorio lo que se desarrolló en la plaza del Congreso. Arriar la bandera nacional, quemarla y enarbolar en su reemplazo la insignia de un Estado que une a su jerarquía espiritual los atributos plenos de una territorialidad mundialmente reconocida, es un crimen de lesa patria que la ciudadanía contempló con estupor"[702].

Pero la posición de Perón quedó muy debilitada de inmediato, puesto que los Católicos respondieron enseguida inundando de panfletos las calles y lograron desenmascarar la maniobra del régimen, que intentó empañar el

evento adjudicándoles un acto que las propias autoridades del gobierno ordenaron hacer secretamente para endilgárselo a sus enemigos. Tan desacreditada quedó la versión gubernamental, que días después (el 30 de junio) el oficial subinspector Héctor Eduardo Giliberti se presentó espontáneamente a declarar ante Tribunal Militar en estos términos: "-Yo conozco lo siguiente: el día 11, alrededor de las veintidós horas, yo recibí la orden de proceder a quemar la bandera…

-¿De quién recibió usted la orden de quemar la bandera? –interrumpió el general Juan E. Molinuevo?

-De mi jefe inmediato, comisario inspector Racana. (…) Tengo la absoluta seguridad de que tanto el comisario inspector Racana como el Director interino de Investigaciones, que es el señor García, no hacían más que transmitir órdenes, que a su vez habían recibido de sus respectivos superiores. A mí me llamó y me confió esa comisión.

-¿No le dijeron a usted quiénes eran esos superiores que habían transmitido la orden?

-No señor (…)

-¿Cómo supo usted de quién emanaba la orden?

-Con seguridad no, mi general, pero creo que provenía del Ministerio del Interior (…) Considero que es una medida de extrema gravedad como para que pueda ser asumida por el Director de Investigaciones o por el jefe de una oficina"[703].

Al día siguiente de esta fulminante declaración, el indigno Ministro del Interior Ángel Borlenghi hizo visar su pasaporte a las tres de la tarde y una hora después huyó del país en un hidroavión que lo condujo hasta Montevideo. Un nuevo papelón sacudía al ya golpeado gobierno. Meses después el Vice Presidente de Perón, el Contralmirante Teisaire ratificaría que la quema de la bandera fue ordenada por el dictador: "Con respecto al caso de la bandera quemada, verdadero estigma del gobierno ejercido por Perón, debo claramente determinar las siguientes circunstancias: las banderas del Congreso Nacional no se encuentran izadas mientras no hay sesiones, por lo tanto dichas banderas se encontraban a buen recaudo. Las banderas argentinas y del vaticano izadas eran evidentemente llevadas a tal fin, y luego de izadas fueron retiradas, encontrándose actualmente en mi poder y en el del

doctor Benítez (presidente de la Cámara de Diputados de la Nación). En consecuencia, la verdadera bandera quemada fue otra llevada de ex profeso al lugar de los hechos y luego quemada. Considerando el cúmulo de circunstancias existentes, es mi convicción más profunda que dicha felonía se ejecutó no solo con la autorización de Perón, sino bajo su inspiración. Este hecho de por si incalificable, se vio agravado por el verdadero sacrilegio de tener que rendirle homenajes de desagravio en todos los organismos, instituciones y reparticiones nacionales, constituyendo dichos actos una verdadera tortura espiritual para la ciudadanía que presentía esa patraña de Perón"[704]. En suma, esto fue un impresentable ardid oficial cuyo desenmascaramiento fuera luego confirmado no sólo por las declaraciones inexpugnables ya citadas sino por la de otros nueve funcionarios policiales[705] que testificaron y ratificaron la responsabilidad oficial en tan indigno proceder.

La excomunión de San Perón

Al día siguiente de la peregrinación, bandas peronistas rodearon la Catedral durante la Misa dominical atrapando en su interior, y amenazando a centenares de fieles a quienes les arrojaban piedras y objetos contundentes. Los agresores pretendían ingresar al templo para profanarlo, pero los católicos hicieron un cordón defensivo en las entradas de la Catedral. Recuerda Florencio Arnaudo (uno de los defensores de la Catedral quien luego plasmara su vivencia en un libro de su autoría)[706] que el conjunto de los atacantes "dio más pena que indignación. Ni un solo trabajador entre ellos. Simples parias sociales a los que se reclutaba y utilizaba como fuerza de choque del peronismo. De no haber sido convocados, en ese momento estarían durmiendo tranquilamente la siesta, ajenos a todo conflicto entre Perón y la Iglesia. Los católicos nos alineamos sobre las gradas de la catedral en actitud decidida. Teníamos sobrada superioridad numérica pero dos graves fallas: la mayoría era gente de paz, que por su formación moral y nivel cultural nunca en su vida había participado en una pelea. Además no nos habíamos puesto previamente de acuerdo sobre qué era lo que teníamos que hacer. Todos habíamos ido a defender la catedral, pero ¿cómo debíamos hacerlo?"[707]. Otro valioso testimonio lo brinda el entonces muy joven Mariano Grondona: "Cuando se corrió la voz de que iban a atacar la catedral, fuimos todos a defenderla. Estábamos parados en hilera y al empezar los

cascotazos, nos metimos adentro. La verdad es que la catedral la rompimos nosotros, porque en el afán de tener un palo cada uno no dejamos un banco sano. Hasta los candelabros servían de armas de defensa"[708]. Cosme Beccar Varela, reconocido pensador católico y uno de los emblemáticos defensores de entonces, recuerda que "La situación política era intolerable. Perón había atacado a la Iglesia el 12 de Junio intentando profanar la Catedral de Buenos Aires como represalia por la inmensa manifestación que los católicos hicimos el día anterior. No pudo hacerlo porque varios fieles, entre los cuales tuve el honor de contarme, nos pusimos en las escalinatas del templo para impedirlo. Los pretendidos incendiarios se pasearon toda la noche con antorchas encendidas por la Plaza de Mayo, a vista y paciencia de la Policía que no hizo nada para dispersarlos. Atacaron con piedras y ladrillos, hiriendo a varios de los defensores. Después, empezaron los tiros de bala. Nos refugiamos en la Catedral y cerramos las puertas. La situación se mantuvo así hasta las 3 o 4 de la mañana del día siguiente. A esa hora apareció Monseñor Tato diciendo que la Policía le había garantizado protegerla si abandonábamos la Catedral y la Curia, y dejarnos ir en libertad. No por voluntad propia sino por orden del Prelado, nos retiramos. Pero no en libertad, sino para ir presos a Villa Devoto"[709]. Efectivamente, la policía ahora sí acudió al llamado, pero para llevarse detenidos no a los delincuentes sino a los fieles, que eran en total 434.

Acto seguido, la dictadura quitó la personería jurídica a la Acción Católica, suspendió toda celebración religiosa en las Fuerzas Armadas y removió por decreto a los monseñores Manuel Tato y Ramón Novoa, acusados por Perón de "subversión". En verdad el decreto era ilegal porque los Prelados dependían de Roma y no de Perón, sin embargo, ambos fueron deportados y expulsados al exilio rumbo a Río de Janeiro. El diario oficialista *La Época*, publicó una fotografía de ambos curas subiendo al avión mofándose de su expulsión con un lenguaje propio del público de lectores a los cuales iba dirigida la nota: "no nacieron para mártires estos dos murciélagos y en el día de hoy se tomaron el raje en un avión alejándose del país, y dejando que el rebaño por ellos extraviado se las arregle como pueda"[710].

El día 13 de junio las sesiones parlamentarias monopolizadas por las bancadas peronistas eran una tribuna heresiarca: "Quien esté de parte de las negras sotanas del vandalismo es traidor a la Nación" disparó la Senadora

Ilda Pineda de Molina. “Las fuerzas del clericalismo, con sus cohortes de oligarcas, desde las penumbras de sus propios escondrijos, han dirigido este atentado contra el pueblo” denunció el Senador Correa. El Senador Ramón Navarro agregó: “He querido adherir (…) en especial a la clase trabajadora, aquella que sólo encontró la justicia de Cristo con Perón” y la Senadora Juana Larrauri afirmó que “Si ellos creyeran en Dios, señor presidente, tendrían que arrodillarse frente a la imagen de Eva Perón, en lugar de ultrajar su recuerdo al arrancar la placa que la perpetúa”. En la Cámara de Diputados no se quedaron atrás y el Diputado Tesorieri exclamó: “¡Que razón teníamos en creer más en la doctrina de Perón que en la de los falsos apóstoles de Dios! (…)” y el Diputado Raúl Bustos Fierro acusó a los jesuitas de portar “las banderas contrarrevolucionarias”[711].

El jueves 16 de junio llegó del Vaticano la respuesta: Perón y todos los que participaron de la expulsión y destierro de Monseñor Tato y Monseñor Novoa habían sido excomulgados.

La batalla a estas alturas era a todo o nada.

El país emputecido

El filósofo nacionalista Jordán Bruno Genta (quien además supo tratar a Perón desde los inicios del GOU) solía quejarse en la intimidad de sus amigos con la siguiente sentencia: “Perón emputeció el país”. La definición no era muy académica y Genta la utilizaba sólo en círculos informales, sin embargo consideramos oportuno rescatar esta afirmación suya, puesto que “emputecer” quiere decir primeramente prostituir, corromper y además es un vocablo de la jerga popular utilizado como sinónimo de cansar, agobiar, embarullar o saturar los ánimos, y en la Argentina peronista la discordia estaba a la orden del día así como también la manipulación, la amenaza, la humillación, la persecución, el soborno, el ultra-personalismo, la censura, la insufrible propaganda y la promoción de la delación a lo que cabe sumar la prepotencia institucional y psicológica a la que se había arrastrado a la sociedad, la cual bailaba enfermizamente al compás de las perversas maquinaciones, elucubraciones y cambiantes ambiciones emanadas desde el psicopático poder central que Perón encarnaba. Ya eran muchos los argentinos que hartos del oprobio y la asfixia no temían poner en riesgo la vida propia o ajena a cambio de terminar con una tiranía que se había tornado

inaguantable. Era jugarse el todo por el todo por la supervivencia y por escapar de esa locura reinante. Perón, por su rol, por su poder y por su función institucional era el principal responsable del odio y del resentimiento masificado o generalizado que se había enquistado en todos los rincones del país.

La Marina era un hervidero de conspiradores que buscaban coordinar con sectores del Ejército y con civiles, pergeñando así efectuar un ataque directo a la Casa Rosada y, sin más trámites, matar al hombre que había literalmente emputecido el país.

El plan que se estaba pergeñando era contundente y contemplaba que los aviones de la Marina de guerra bombardearan la Casa de Gobierno. Seguidamente, infantes de marina (apostados en el Ministerio de Marina) y civiles atacarían ingresando en el objetivo, otro grupo de civiles tomaría distintas emisoras de radio para emitir proclamas en apoyo a la revolución, mientras una flota de la marina de guerra enfilaría hacia el Río de la Plata a la par que se suponía que tropas aerotransportadas del ejército aterrizarían en el aeropuerto de Buenos Aires. Todo esto debía ser minuciosamente coordinado y estaba el plan previsto para el día 16 de junio. El clima social se presumía como favorable a la rebelión y las posibilidades de éxito eran mucho mayores a las que tiempo atrás habían acompañado al malogrado Gral. Menéndez.

Más allá de que a la distancia muchos consideraron que esta embestida fue alocada (bombardear la Casa de Gobierno), la misma pone de manifiesto la desesperación opositora por matar a Perón “cueste lo que cueste” y sin medir riesgos a la hora de exponer la vida propia o ajena, dado que los daños colaterales que podrían sucederse eran considerados como el triste costo propio de la batalla que se debía pagar con tal de librar al país de quien era considerado semejante energúmeno.

El almirante Samuel Toranzo Calderón, uno de los principales líderes de esta riesgosa asonada, detalló que por entonces “No teníamos a muchos efectivos comprometidos, pero pensábamos que cuando se produjera el golpe, dado el estado espiritual del país, iba a poder producirse un vuelco”[712], optimismo que además se fundamentaba en que no participaría la Marina de Guerra en absoluta soledad, sino que también se sumarían a la rebelión algunos hombres de la Aeronáutica (que supuestamente era leal a Perón) con

modernos aviones de combate[713] y se logró además nuclear a 3000 comandos civiles[714].

El 15 de junio (el día anterior al previsto por los conspiradores para actuar), tuvo lugar una reunión de Perón con su Gabinete, de la que participó el Ministro de Marina Olivieri, quien recuerda que en el seno del poder "Había clima de locura. El Presidente parecía haber perdido la razón (…) manifestó que por algún tiempo se quedaría a vivir en la Casa de Gobierno y atendería ´pistola al cinto´. Que tenía los ´negros´ listos con latas de nafta para incendiar el Barrio Norte"[715].

Tras la inquietante espera y la ansiedad llegó el día 16 de junio. Al fin la Marina se lanzaría al ruedo. El temerario ataque iba a darse a las 10 de la mañana, pero el clima no acompañó, la neblina era espesa y la visibilidad muy baja. Esto dilató los tiempos, aunque mientras tanto, un destacamento de infantes de Marina se apostó silenciosamente en el Ministerio de Marina y los civiles armados ya habían ocupado sus posiciones.

El dictador estaba anoticiado desde las 8 de la mañana de la inminencia del ataque y es por ello que ni pisó la Casa de Gobierno sino que se refugió en el Ministerio de Guerra. Sin embargo, a pesar de estar advertido, Perón no hizo absolutamente nada para desafectar la zona ni tampoco para resguardar a los civiles que trabajaban allí. Tanto es así que el clima existente en la Casa Rosada fue relatado al día siguiente por el reportero acreditado Roberto di Sandro del diario *Clarín*: "Los primeros síntomas de intranquilidad se advirtieron en los corredores de la Casa de Gobierno. Personal civil y policial. Al mismo tiempo se advirtió que los soldados de la guardia de Granaderos a Caballo General San Martín, que es la fuerza militar que custodia la Casa de Gobierno, eran movilizados. Las órdenes en alta voz resonaban en el recinto. Numerosos soldados tomaban posición de combate en las puertas de acceso, aprestando sus ametralladoras. Estos aprestos alarmaron a los empleados civiles, que ajenos a lo que ocurría, se hallaban dedicados a sus tareas en las oficinas. Algunos empleados y personas que habían entrado para realizar diligencias, consiguieron salir cuando advirtieron que algo anormal estaba sucediendo"[716]. El historiador Isidoro Ruiz Moreno, en su impresionante y maciza obra "*La Revolución del ´55*", no sin razones reflexionó: "Llama la atención que ningún anuncio fuera impartido para precaución y seguridad del personal que trabajaba en el edificio y sus alrededores, y de los transeúntes. La radio y altavoces

permanecieron en absoluto silencio durante ese tiempo. Dentro de la propia Casa de Gobierno, mientras tanto, se organizaba la resistencia”[717].

En horas de la mañana, el comodoro Carlos Soto (a cargo de la base aérea de Morón) recibió una llamada del comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Brigadier Juan Fabri, quien ante el peligro de la rebelión de la Marina de Guerra le comunicó la prohibición de todo vuelo sobre la Capital y le ordenó “derribar todo avión que estuviera en el aire”[718]. Aparejadamente, soldados leales a la dictadura que estaban anoticiados desde temprano habían rodeado a la Escuela Mecánica de la Armada. El Ministro de Guerra de Perón, general Lucero dispuso el alistamiento de todas las unidades del Ejército, por teléfono, radio y teletipo a partir de las 12:20, con indicaciones de mantenerse en sus cuarteles[719], y en cada ángulo de la terraza de la Casa de Gobierno se dispuso el apostamiento de dos ametralladoras Colt calibre 12,7, servidas por una docena de soldados a órdenes de un suboficial: la mitad del equipo antiaéreo.

Como vemos, nada de lo que iba a ocurrir era sorpresivo ni ajeno al saber oficial. Pero no sólo el régimen no despejó las calles, sino que no hubo la menor medida precautoria y todo indica que Perón ordenó no divulgar el inminente ataque de la Marina a fin de que aumenten las víctimas colaterales de los bombardeos por causa de no desembarazar siquiera a los civiles que trabajaban en la Casa de Gobierno ni evacuar con antelación suficiente a los vecinos ni transeúntes aledaños. Más aún: ni siquiera se ordenó cortar el tránsito de las arterias colaterales y cercanas.

La tensión era enorme. Pasaban los minutos y siendo las 12.40 hs. la paciencia se agotó y a pesar del mal tiempo y las desincronizaciones propias de tanta dilación, seis bombarderos livianos tipo Beechraft [720]y tres aviones Catalina[721] armados con bombas secundados por 20 instructores de la Marina, sin más, salieron al ataque a jugarse el todo por el todo.

Como para ese día estaba previsto un acto oficial con desfile de aviones (que a su vez se había suspendido por el mal tiempo), los rebeldes sospechaban que Perón iba a estar presente en la parte superior de la Casa Rosada avistando la coreografía. Fue por esa presunción que el primer avión rebelde en iniciar el ataque bajó en picada sobre la avenida Leandro N. Alem y al aproximarse a la Casa Rosada lanzó su primera descarga de bombas. Ese primer impacto dio en el blanco sacudiendo el invernadero ubicado sobre el

techo. Los otros bombarderos siguieron la ruta del avión predecesor pero sus miras estaban fuera de punto y la nula visibilidad dificultó las cosas. No todas las bombas daban en el blanco y algunas siquiera llegaron a explotar, pero una de ellas cayó encima de un ómnibus colmado de pasajeros que venía por Paseo Colón (ninguno quedó con vida). Asimismo, varios aviones fueron alcanzados por los disparos de la sección antiaérea, aunque sin producirles averías graves y una vez liberados los aviones de su carga, estos remontaban vuelo y se dirigían a Ezeiza para repostar.

Respecto a las bombas que no estallaron, esto fue así porque su instrumental estaba preparado para que lo hicieran a una distancia de 1.000 metros del objetivo, pero los aviones que las portaban las arrojaron desde 400 m. de altura debido a la mala visibilidad que obligaba a los pilotos a acercarse al objetivo muy por encima de lo normal y de lo técnicamente recomendado.

En tanto, ni bien cayeron las primeras bombas, los infantes apostados en el Ministerio de Marina se lanzaron contra la Casa Rosada y el Ministerio de Guerra. Perón, quien desde temprano estaba alojado en el sexto piso en la oficina del General Lucero (donde funcionaba dicho Ministerio) se dio cuenta de que ese partido que había alardeado “jugarlo él solo” lo sobrepasaba, y delegó toda la represión militar en manos de Lucero, puesto que al escuchar los primeros estallidos huyó desde el sexto piso al sótano del edificio a toda prisa. En el ínterin, el Ejército y el grueso de la Fuerza Aérea se movilizaron en defensa de la dictadura mientras que un grupo de choque promovido por la CGT marchaba a la Plaza de Mayo en salvaguarda de su líder y nada hizo el gobierno para dispersar a sus civiles, siendo que era evidente el riesgo al que estaban expuestos y que sólo podrían cumplir el triste papel de ser carne de cañón.

En el segundo ataque aéreo de la jornada, la reacción de los defensores de la Casa de Gobierno contestó con una mayor energía, disparándoles a los rebeldes con piezas de artillería Oerlikon y Bofors de 40 y de 20 mm los grupos antiaéreos de los Regimientos Buenos Aires y 3 de Infantería, más las ametralladoras de la sección blindada y las que estaban en la terraza superior del Regimiento escolta Granaderos a Caballo[722].

Seguidamente, aviones provenientes de las bases de Ezeiza y la base de Morón que estaban en poder de los rebeldes atacaron nuevamente la Casa de Gobierno, alcanzando el cuartel de la policía: caían bombas en la Avenida

de Mayo y el Congreso[723], mientras que los infantes de marina rebeldes se tiroteaban cerca de la Casa Rosada con fuerzas leales a la dictadura.

Pero poco a poco las fuerzas del régimen (que eran muy superiores en número y armamentos) comenzaron a llegar y a repeler a las unidades que se iban rebelando. Sin embargo, el hecho de que la dictadura contara con un apoyo militar y estructural muy preferente no amilanó el notable coraje de los sublevados que resistían teniendo su base de operaciones en el Ministerio de Marina. Señala Ruíz Moreno que "Armada y Ejército no fueron los únicos beligerantes que se enfrentaron en las calles adyacentes al corazón de la ciudad: también civiles participaron en la lucha, mezclándose en ella con el valor propio del pueblo argentino. Así como los ´comandos´ antiperonistas habían concurrido para colaborar con el alzamiento contra el Gobierno, igualmente numerosos contingentes adictos a la política oficial se presentaron reclamando un puesto protagónico en el enfrentamiento"[724].

La Marina de Guerra, ante la duda de que Perón no estuviese en Casa de Gobierno sino refugiado en un departamento personal que le había regalado "su" empresario Dodero (ubicado en la calle Gelly y Obes 2289) despachó desde Ezeiza a un avión Beechcraft para que lo bombardease. El aparato destinado arrojó cuatro bombas pero sin poder impactar sobre el lujoso inmueble. En las calles de Buenos Aires muchos peleaban a suerte y verdad desde el lugar y el rol que le correspondía. Todos menos Perón, el "gran conductor" quien se encontraba escondido y arrumbado en el subsuelo del Ministerio padeciendo un preocupante ataque de pánico siendo asistido y consolado por el Almirante Gastón Lestrade quien al respecto recuerda que: "Perón se dejaba conducir mansamente, sin ánimo para nada, dejando toda la responsabilidad en manos de Lucero" añadiendo que "el Jefe del Estado mostraba un estado de ánimo completamente deprimido; tuve la sensación de asistir al completo derrumbe moral de Perón"[725].

Finalmente, la masiva llegada de vehículos blindados con tropas leales al gobierno condenó a los rebeldes al fracaso. Las demoras para lanzar el ataque, la gran neblina del día, las bombas que no explotaron por volar a baja altura y la falta total de apoyo del Ejército hicieron frustrar el alzamiento. Los pilotos sublevados tuvieron que emigrar con sus aviones al Uruguay. El Ministerio de Marina tras intensísimo combate se rindió al Ejército y los civiles que se habían levantado permanecieron escondidos durante semanas algunos de ellos, mientras otros escaparon clandestinamente

al Uruguay u otros países limítrofes. El saldo del enfrentamiento fue de proporciones: treinta y tres bombas cayeron sobre la Casa de Gobierno, de las cuales no explotaron ocho, en tanto que un informe oficial de la dictadura confirmó que los muertos totales del día fueron 202.

El Contralmirante Benjamín Gargiulo (quien tenía a su cargo parte del accionar de los aviones de la Marina), consternado ante el fracaso de la rebelión y la cantidad de muertos ajenos a la misma, envolvió la mano izquierda con un Santo Rosario, tomó un retrato que puso sobre su corazón, acercó la pistola a su cabeza y disparó. Eran las 5:45 del amanecer del 17 de junio. Previamente a suicidarse le escribió una carta a su esposa en los siguientes términos: "Querida Carmucha: En este momento en que tomo la mayor determinación de mi vida sólo pienso qué será de esta tierra, nuestra Patria, para quién en determinado momento pensé que podríamos darle otro destino, y no el que se vislumbra va a tener por mucho tiempo. Dios quiera que él sea muy corto. Pienso en ti, en Gaucho, que sé pobre, cuánto estará sufriendo y rezando por mí, y en nuestra querida Chiche. Los nietos no saben aún de estas cosas, son felices, pero quiero que ellos, como todos los demás que me quieren mucho, me vean morir con el uniforme de soldado y no con otro (…) Te queda o mejor dicho te dejo la gran responsabilidad de hacer de nuestro hijo un hombre útil a la Patria, a la sociedad y al hogar"[726].

A pesar de que en términos formales la sublevación de la Marina había sido desbaratada, no son pocos quienes advirtieron que la frustración no fue tal. Según el historiador Juan Orona "pese al fracaso, el golpe del 16 de junio reviste gran importancia histórica. Hizo temblar al dictador y puso en evidencia su cobardía"[727].

En efecto, quienes en primera instancia aparecían como vencidos, en verdad lograron aterrar y desmoralizar a Perón y lo que entonces aparentó ser prima facie una derrota, acabó tres meses después consagrando la victoria.

La más grande hoguera

A las seis de la tarde de ese traumático día, un aturdido Perón, sin abandonar su escondite se dirigió al país informando por radio que la situación estaba bajo control. Dejó a un lado sus habituales gestos de guapeza y solicitó calma pidiéndoles a sus fieles que permanezcan en sus casas. Todo

indicaba que Perón sólo bajaba los decibeles cuando él corría riesgos concretos, puesto que si no lo amenazaban de la forma en la que lo habían hecho horas atrás, él siempre redoblaba la apuesta y apabullaba con su poder represivo y su arenga desaforada. Dadas las circunstancias, ahora mantenía una tensa y vacilante calma y brindó un discurso inusualmente mesurado: "Deseo que mis primeras palabras sean para encomiar la acción maravillosa que ha desarrollado el Ejército, cuyos componentes han demostrado ser verdaderos soldados, ya que ni un solo cabo ni soldado ha faltado a su deber. No hablemos ya de los oficiales y de los jefes que se han comportado como valientes y leales. Desgraciadamente no puedo decir lo mismo de la Marina de Guerra, que es la culpable de la cantidad de muertos y heridos que hoy debemos lamentar los argentinos. Pero lo más indignante es que se haya tirado a mansalva contra el pueblo, como si su rabia no se descargase sobre nosotros, los soldados, que tenemos la obligación de pelear, sino sobre los humildes ciudadanos que poblaban las calles de nuestra ciudad (…) La lucha debe ser entre soldados. Yo no quiero que muera un solo hombre más del pueblo. Yo les pido a los compañeros trabajadores que refrenen su propia ira; que se muerdan, como me muerdo yo en estos momentos; que no cometan ningún desmán. No nos perdonaríamos nosotros que a la infamia de nuestros enemigos le agregáramos nuestra propia infamia. Por eso yo les pido a todos los compañeros que estén tranquilos, que festejen ya el triunfo (…) El Ejército en esta jornada se ha portado como se ha portado siempre. No ha defeccionado un solo hombre". Estas y otras palabras llamativamente medidas, fueron ciertamente desdibujadas en el tramo final de su discurso, cuando Perón insinuó hacer él mismo justicia por mano propia, aunque se encargó de enfatizarle a sus seguidores quedarse quietos: "Yo he de hacer justicia, pero justicia enérgica. El pueblo no es el encargado de hacer justicia. Debe confiar en mi palabra de soldado y gobernante"[728].

Pero sus patotas y grupos de choque no se ajustaron a un Perón ocasional y excepcionalmente moderado sino al Perón real y permanente: el gran arengador, el disparador de odio y el que a diario los mandaba a luchar en "su puesto de combate" para "dar la vida" por él. Entonces, mientras un incógnito y acobardado Perón clamaba mesura, sus acólitos ya habían salido a marchar por las calles de Buenos Aires para quemar las Iglesias de la Capital y también las de otras ciudades del país.

Con bombas molotov y otros artefactos, bandas frenetizadas

acudieron a incinerar y destruir cuanta parroquia se encontrara a su paso. Solamente en Buenos Aires una docena de Iglesias fueron arrasadas por las llamas. Los incendiarios no hacían más que recordar jocosamente las destempladas expresiones de su líder el 1 de mayo de 1953: “Cuando haya que quemar, voy a ir yo a la cabeza de todos ustedes; pero entonces, si fuera necesario, la historia recordará la más grande hoguera que haya encendido la humanidad hasta nuestros días”[729].

Mientras los incendiarios arrasaban con toda furia, ni los bomberos, ni la policía ni el Ejército intervenían para prevenir, reprimir o atemperar a las pandillas peronistas que deambulaban salvajemente por la ciudad. El Ministro del Interior Ángel Borlenghi facilitó las cosas cursando la orden de que los policías quedasen acuartelados y sin salir a la calle[730]. Con este clima de impunidad, la herejía peronista ingresaba a las Iglesias a destrozarlas y cometer todo tipo de sacrilegios. Un párroco, el padre Jacobo Wagner, de 83 años salió al cruce cuando los oficialistas iban a quemar su Iglesia, pero en su resistencia fue agredido y asesinado[731] por los atacantes.

Los lugares incinerados fueron: la Curia Eclesiástica, la Catedral Metropolitana, el Convento de San Francisco, el Convento de Santo Domingo, la Iglesia Santo Domingo de Guzmán, la Iglesia San Francisco de Asís, la Iglesia San Ignacio de Loyola, la Iglesia Nuestra Señora de la Piedad del Monte Calvario, la Iglesia San Miguel Arcángel, la Iglesia Nuestra Señora de las Victorias (donde fue agredido el P. Wagner), la Iglesia Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, la Iglesia San Nicolás de Bari y la Iglesia San Juan Bautista, además de muchos otros establecimientos católicos del interior del país. Se perdieron e incendiaron accesoriamente cuatro siglos de actas de bautismo y matrimonio y 80 mil volúmenes de la biblioteca eclesiástica.

“Eso de la leña que ustedes me aconsejan ¿por qué no empiezan ustedes a darla?” le había instigado Perón a sus fieles tiempo atrás: y los suyos volvieron a darla.

El día después

El viernes 17 de junio se decretó duelo nacional y el Congreso sancionó el “Estado de sitio” sólo con el voto del bloque oficialista, puesto que los radicales no participaron del debate en señal de repudio porque los

Diputados Oscar Alende y Arturo Frondizi se hallaban encarcelados junto con otros 800 presos políticos. Sacerdotes también fueron encarcelados en masa y sólo en la Provincia de Buenos Aires cerca de mil curas quedaron detenidos e incomunicados.

El dictador, sumido en un profundo estado de pavura reunió en su residencia a todo el gabinete y a las autoridades del Movimiento Justicialista para proponerles huir del gobierno. Franklin Lucero, encargado de la represión militar y partícipe activo de esa reunión precisa que "luego de analizar la situación política del país, Perón propuso su retiro del Gobierno" y "pidió a sus colaboradores inmediatos que se aceptara su renuncia"[732]. El gobernador bonaerense Carlos Aloé confirma el intento de dimisión de Perón y agrega: "sostuve que si Perón se retiraba entraría el país en estado de asamblea, pues era necesario la anulación de todos los Poderes Nacionales y el cese de los Gobiernos provinciales" detallando que "su estado de ánimo no era muy bueno"[733]. En efecto, el impacto emocional que atormentaba a Perón fue atestiguado por el Embajador norteamericano en Argentina Alberto Nufer, quien horas después se reunió con él y recogió la siguiente impresión: "no estaba tan animado como en ocasiones anteriores, ni tampoco demostraba tener absoluta confianza en sí mismo…Encontré a un hombre totalmente cambiado"[734].

No pudiendo escapar del gobierno por falta de consenso entre sus hombres de confianza, Perón ese mismo día pero a la tarde explicó oficialmente en discurso transmitido por la Radio del Estado su versión sobre lo ocurrido el día anterior: "Cuando el ataque se inició sobre la casa de gobierno, nosotros, por nuestros servicios de informaciones ya habíamos sido advertidos con anterioridad, lo que permitió establecer inmediatamente nuestro puesto de comando y responder a las acciones que el enemigo inició sobre la casa de gobierno. Es indudable que de haber permanecido el gobierno en su sede natural habría sido destruido. Es indiscutible que toda esa acción se ha dirigido sobre mi persona"[735]. Esta confesión oficial de Perón no tiene desperdicio y confirma su perfil moral. Si él ya sabía lo que iba a ocurrir puesto que confiesa "haber sido advertido con anterioridad": ¿por qué no hizo evacuar el edificio y sus alrededores en lugar de dejar a la población librada a su suerte? ¿Cómo permitió que los transeúntes, los buses y el mismísimo personal de la Casa de Gobierno estuviesen allí sin la menor advertencia? Esta confidencia suya confirma que él fue el principal

responsable de las víctimas civiles, las cuales habrían sido oficialmente utilizadas como carne de cañón para desacreditar a sus enemigos a expensas de la vida de inocentes que Perón pudo haber salvado de antemano con sólo dictar una orden de evacuación. Otra revelación que surge nítidamente de este comunicado suyo es la que dice que el ataque fue “sobre la casa de gobierno” añadiendo que “es indiscutible que toda esa acción se ha dirigido sobre mi persona”, lo cual corrobora que él y sólo él era el blanco buscado y que la Marina no tuvo el afán de “matar al pueblo inocente en Plaza de mayo”, tal como él mintió posteriormente contradiciendo su propio mensaje oficial del día 17 de junio.

A continuación, durante el discurso que estamos analizando, el vacilante Perón se dio el gusto de “condenar” la quema de las Iglesias pero acusando de tal barbarie no a los propios sino “al comunismo internacional”, recriminación que a estas alturas no era tomada en serio ni siquiera por sus incondicionales: “El gobierno de la Nación deplora y condena enérgicamente los desmanes que en la víspera cometieron elementos comunistas en diversos sitios de la ciudad”[736], agregando: “Ya sabemos perfectamente bien quienes se organizan para tales actos y quiénes son los que sacan provecho de ello, de manera que sobre nuestra conciencia no pesa ni pesará ninguno de esos hechos. En estos días, indudablemente, han aprovechado los comunistas” y con cínico tono sacerdotal, quien desde su insistente micrófono venía enardeciendo a propios y ajenos durante una década ininterrumpida de beligerancia verbal, añadió “nosotros no estamos predicando la lucha ni la guerra, estamos predicando la paz, no predicamos la maldad, sino la bondad”[737].

Otro aspecto curioso pero coherente con este aplacamiento de Perón, lo constituyó el hecho de que el dictador no se animó a fusilar a los militares rebeldes que se habían rendido tras el alzamiento del 16 de junio sino que tan sólo los encarceló. Es decir, a quienes les arrojaron bombas encima suyo les propinó la misma sanción que habitualmente su régimen le daba a un agitador comunista o a un revoltoso estudiante de la UBA y por cierto una sanción muy inferior a la que le dio por ejemplo al sindicalista Cipriano Reyes. ¿Por qué tan blando con enemigos tan osados? Por supuesto que sus adictos consideraron esto como un “gesto de grandeza del conductor”, pero lo más probable es que Perón temió que si mandaba a matar a los sublevados, de la respuesta y posterior represalia de sus enemigos no saldría vivo. Perón

siempre fue un gran verdugo ante contradictores débiles o manejables, pero ante enemigos arrojados o temerarios que tuvieran poder determinado de daño concreto, siempre se sintió dubitativo y amilanado.

En cuanto a la quema de las Iglesias, la pregunta sobre la que siempre se discutió fue la siguiente: ¿Perón dio la orden de incendiarlas? Si Perón no dio la orden por acción la dio por omisión, puesto que no hubo absolutamente ninguna medida estatal dirigida a repeler la gigantesca hoguera que durante horas ardía en todo Buenos Aires. Deliberadamente los bomberos y la policía se abstuvieron de intervenir durante toda la noche y ese abstencionismo sí que fue sistemático y organizado, pero fue una pésima jugada de Perón, puesto que el impacto emocional que generaba ver tantas Iglesias quemadas afligió al país entero y recordó a muchos católicos las atrocidades cometidas por el bando republicano durante la guerra civil española. Efectivamente, el problema que tenía la dictadura peronista con este macabro espectáculo era que la respuesta política a los bombardeos a Plaza de Mayo (que Perón bien podría haber capitalizado en su favor para denostar a sus enemigos) pasaron a constituirse rápidamente en noticia vieja, al ser reemplazada por la quema de las Iglesias cuyos escombros y cenizas duraron meses ante la vista indignante de una ciudadanía que por entonces mantenía una viva y mayoritaria Fé Católica.

Como si la ostensible inacción de la policía y de los bomberos fuesen pruebas insuficientes para culpar al régimen de la barbarie incendiaria, se supo tiempo después por confesión del matón y ex líder de la Alianza Libertadora Nacionalista Guillermo Patricio Kelly que “La banda que perpetró los sacrilegios estaba compuesta por 125 personas”[738] y que la cuadrilla principal de incendiarios estaba constituida por 65 militantes que salieron del edificio central del Partido Peronista (rama masculina) y se dirigieron a la Curia; un segundo grupo organizado por el Ministerio de Salud Pública se dirigió a incendiar las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio y Nuestra Señora de La Merced; y una tercera patota proveniente de un servicio de informaciones fue la que atacó la Iglesia de San Nicolás y Nuestra Señora del Socorro[739].

El régimen argentino estaba en su peor momento interno y padeciendo el máximo descrédito externo. Del otro lado del Atlántico, Sir. Wiston Churchill pronunciaba un devastador dictamen sobre el desdibujado dictador argentino: “Perón es el primer soldado que ha quemado su bandera y

el primer católico que ha quemado sus iglesias”[740].

Una carta radical

Un poco repuesto del susto y con mejor ánimo, el 23 de junio Perón difundió el siguiente mensaje al país en un tono algo más acorde con su estilo: “Algunos posiblemente reirán al conocer los hechos descabellados, porque todo drama tiene su lado ridículo o grotesco; pero es inconcebible que cuatro chiquilines irresponsables e inconscientes, dirigidos por ambiciosos también irresponsables, hayan podido impunemente inferir al pueblo y a la Nación semejante agravio. En esta acción todo ha sido sucio y todo ha sido falso. Es una grande lección, pero su precio es injusto y es desproporcionado. Que hombres subalternos, poco menos que ignorantes y torpes, incapaces de ganarse ni siquiera nuestro respeto, se crean salvadores de la Patria por procedimientos insidiosos y arteros, es superior a toda tolerancia”[741].

Sin embargo, las tardías apreciaciones varoniles de Perón respecto de la sublevación de la Marina contaron con una magnífica defensa argumentativa elaborada por la Unión Cívica Radical, quien contestó a la arenga oficial con una categórica epístola: “Con una gama de calificativos que va desde cobardes y traidores hasta chiquilines, irresponsables y ambiciosos, la explicación oficial pretende de este modo inculpar a marinos y aviadores que han expuesto su vida, su carrera, su tranquilidad y la de sus familias para asumir la responsabilidad de terminar con un Gobierno de fuerza.

La Unión Cívica Radical afirma que la revolución del 16 de junio es producto del Régimen. Mientras no cese el sistema totalitario que lo caracteriza, subsistirán las causas del estallido (…) Las explicaciones oficiales son incompletas y falsas. Incompletas porque intentan circunscribir el problema a los hechos en sí, sin remontar a sus orígenes. Son falsas porque callan calculadamente las auténticas causas que están obrando hace tiempo en la conciencia argentina (…) Muchas son las causas del 16 del junio. La fundamental es la supresión de las libertades. La finalidad capital de tal supresión es impedir las reacciones populares ante la corrupción y la crisis económica originada por la política oficial, y contra el intento de consumar la entrega del patrimonio y de la soberanía de la Nación.

La corrupción que aqueja a la República, peculado, espionaje y delación, encarcelamientos discrecionales, torturas, supresión de las libertades, la degradación de la escuela y de la Universidad, puestas al servicio de los fines subalternos del Régimen, el sometimiento de la vida sindical, convertida en instrumento de opresión de los trabajadores, son algunas de las manifestaciones del sistema que está empobreciendo las reservas materiales y espirituales de nuestra Nación, y constituyen otros tantos motivos de explosión de las fuerzas morales que, no hallando los caminos de la paz para las soluciones armónicas, apelan desesperadas a la violencia".

Finalmente, la rotunda defensa de la UCR a la reacción de la Marina culminó con la siguiente conclusión firmada por su presidente Arturo Frondizi y el secretario Federico de Monjardín: "1) La responsabilidad de los trágicos sucesos de junio de 1955 es enteramente del Gobierno. 2) El radicalismo reitera su solidaridad con cuantos sufren cárcel, persecución o destierro por defender las libertades argentinas. 3) La Unión Cívica Radical continúa su lucha por el restablecimiento de la moral y la democracia en la vida de la República"[742].

La contundente y valerosa respuesta contenida en la epístola confirmaba que los partidos políticos comenzaban a perderle el miedo al dictador, prueba de ello es que hasta los mismísimos radicales exhibían gestos de valentía.

Demócrata por un instante

Dentro de estas postreras especulaciones consistentes en hacerse el pacifista y el componedor, elípticamente Perón deslizó (ahora públicamente) la posibilidad de renunciar a la presidencia e incluso delegó ciertos poderes especiales en el Gral. Lucero. Pero al cabo de unos días revocó esa fugaz sobreactuación reasumiendo la plenitud de su gobierno, aunque mantuvo gestos de apaciguamiento quitándose de encima a sus personeros más desacreditados: purgó a la cúpula de la CGT (que manejaba Eduardo Vuletich), hizo renunciar al temido Ministro del Interior Angel Borlenghi y despidió al Ministro de Educación Méndez San Martín (el famoso "autor intelectual" de las fiestas con las menores en la UES).

Intentando mostrar un rostro pluralista, Perón nombró en reemplazo de los expulsados a referentes menos chocantes, tal el caso del Ministro Oscar Albrieu, hombre moderado con bastante vocación de diálogo con la oposición, lo cual constituía otra de las muecas de la aparente moderación que el dictador pretendía exhibir en esta golpeada etapa de su régimen.

Incluso, preocupado por la excomunión con la que acababa de ser sancionado por la Iglesia[743], Perón le envió un amistoso mensaje al Papa que rezaba lo siguiente: “Con motivo de la festividad de la Santa Sede, hago llegar a Vuestra Santidad mi respetuoso saludo”. La adhesión fue contestada por Pío XII el 3 de julio con una seca exhortación: “Al recibir el mensaje De Vuestra Excelencia en nuestra festividad, suplicamos al Señor que lo ilumine y mueva su corazón para que el amado pueblo argentino pueda vivir libremente sus católicas tradiciones”[744].

El 5 de julio de 1955 con su novel papel compasivo, Perón pronunció un discurso absolviendo y exculpando a los partidos opositores del levantamiento del 16 de junio y proponiendo una tregua. La campaña de prensa anticatólica llevada a cabo por parte de los medios adictos terminó repentinamente. Se liberó a diferentes militantes católicos que habían sido detenidos, y el 15 de julio Perón dio un increíble discurso ante legisladores del Congreso, en el cual daba por finalizada su dictadura y alegaba que de ahora en más él se convertiría en un demócrata y en un generoso hombre de diálogo: “Nosotros provenimos de una revolución, y este es un punto de vista que no debe perder nadie que quiera penetrar certeramente la situación política argentina (…) de modo que, siendo así, hemos debido indudablemente recurrir en muchas circunstancias, para cumplir los objetivos, a ciertas restricciones que nosotros no negamos (…) limitamos las libertades en cuanto fue indispensable limitarlas para la realización de nuestros objetivos. No negamos nosotros que hayamos restringido algunas libertades; lo hemos hecho de la mejor manera, en la medida indispensable y no más allá de eso (…) Hemos realizado nuestros planes y nos encontramos actualmente aquí en un estado que no será brillante, pero que no es malo. Es el estado normal en todos los países del mundo que tienen una prosperidad y nosotros, afortunadamente, la tenemos (…) Por eso días pasados, he dado por terminada la revolución. La revolución peronista ha finalizado: comienza ahora una nueva etapa que es de carácter constitucional, sin revoluciones, porque el estado permanente de un país, no puede ser la revolución. ¿Qué

implica eso para mí?. La respuesta es simple señores: dejo de ser el jefe de una revolución para pasar a ser el presidente de todos los argentinos, amigos o adversarios" y como buen demócrata repentinamente convertido al pluralismo agregó: "Mi situación ha cambiado absolutamente y, al ser así, yo debo devolver todas las limitaciones que se han hecho en el país sobre los procederes y procedimientos de nuestros adversarios, impuestas por la necesidad de cumplir objetivos, para dejarlos actuar libremente. Eso es lo justo y lo que vamos a hacer"[745].

¿De no haber padecido Perón los bombardeos del 16 de junio habría sobrevenido su estrenada "tolerancia política" a la que ahora decía servir con tardío fervor republicano?. ¿Habría confesado ser un dictador que restringía libertades y a cuyas arbitrariedades ahora renunciaba para bien de todos? Obvio que no, Perón se amilanaba cuando arreciaba el peligro y entonces ahora trataba de ganar tiempo atemperando, retrocediendo y procurando recuperar fuerzas. Es indudable que recibir bombazos directamente en la Casa de Gobierno significó para el dictador un llamado de atención altamente significativo. Desde entonces, Perón quedó en estado de shock. Nunca pudo recuperarse del estremecimiento vivido y comenzó a zigzaguear en un vaivén de indecisiones que lo llevaron a cometer sucesivos errores y contradicciones que fueron apurando su final.

El pánico en el que habría entrado Perón quedaría expuesto además en el hecho de que se resistió a volver al despacho presidencial después del bombardeo del 16 de junio y excusó su ausencia alegando que no lo hacía "para no perturbar las tareas de reparaciones en la casa de gobierno" y permaneció encerrado en la residencia de avenida del Libertador hasta los primeros días de julio. Desde entonces Perón comenzó a vivir semi-escondido, sólo con apariciones esporádicas y discretas y en la mañana del martes 20 de junio, cuando se celebró el tradicional homenaje a la bandera nacional en el monumento a Manuel Belgrano frente a la Casa de Gobierno, Perón, que aprovechaba cuanta fecha pudiera para dirigir sus habituales arengas multitudinarias, faltó a la cita y al avecinarse la fecha patria siguiente (9 de julio día de la Independencia) él mismo resignó gozar de sus exhibiciones grandilocuentes decidiendo suspender el acto. Su Ministro Albrieu anunció que "no habría ningún acto público oficial en conmemoración del 9 de julio, sabiendo bien que cada argentino habrá de rendir homenaje en lo más profundo de su corazón, ofreciendo a la patria su

decisión de trabajar en paz y armonía para engrandecerla cada día más”[746]: conmovedora apología del bajo perfil la que hizo el señor Ministro en salvaguarda de su afligido empleador.

El 15 de julio, exactamente un mes después de vivir guardado, por fin Perón dio señales de vida recibiendo a sus legisladores para brindarles un extenso discurso en donde sus históricas ufanías quedaron a un lado y fue la primera (y probablemente única) vez que admitió estar en posición de debilidad: “Cuando algunos dicen que estamos aflojando, tal vez sea cierto. Pero si la situación impusiera que apretáramos, nuestros adversarios saben que apretamos y que lo hacemos fuerte. Cuando fue necesario se apretó, ahora que es necesario aflojar se afloja. Yo no voy a ser tan torpe que, por aparecer como valiente, sea tan estúpido de hacer lo que no deba hacer”[747]. Era un Perón irreconocible. Pero también era probable que cuando el apichonado dictador estuviese nuevamente fortalecido en su posición respecto de sus enemigos, retomara ipso facto la cruel vocación de verdugo y autócrata socarrón que lo había caracterizado durante todos esos años.

Por lo pronto, esta evidente retracción gubernamental fue aprovechada por la oposición, que pidió por milésima vez al gobierno permiso para acceder a los medios de comunicación radial y, para sorpresa de propios y extraños, el dictador consintió: fue la primera y única vez en diez años de hegemonía peronista en la que un dirigente de la oposición obtuvo el permiso de poder explayarse por radio. Eso sí: los comunicados opositores debían ser uno sólo por cada partido y mediante una grabación cuyo contenido iba ser previamente presentado a las autoridades de la dictadura para la pertinente supervisión y autorización a su posterior difusión en diferido. Esto explica el porqué de la mesura en los discursos de Arturo Frondizi (representando a la UCR) y de Vicente Solano Lima (por el conservadorismo) y la prohibición de transmitir los duros mensajes de los socialistas Alfredo Palacios y Nicolás Repetto, los cuales luego circularon de manera clandestina.

No obstante, escuchar por radio a un dirigente de otro partido resultó una histórica novedad tras una década de censura y represión. Hasta entonces, el grueso de los argentinos casi no conocían las voces de los dirigentes opositores y la revista “*Esto es*” culminó la crónica de la audición del líder radical con esta peculiar definición: “ahora sabemos que el Dr. Frondizi tiene una voz microfónica”.

Pero la tensión del clima dominante era tan aguda que por más aspavientos de buena voluntad que Perón gesticulara, siempre aparecían noticias que las contrastaban. En ese mismo momento en la provincia de Santa Fe, se desató un escándalo de proporciones con motivo de la tortura seguida de muerte del médico Juan Inganella por parte de la represión peronista, tras ser acusada la víctima por su filiación al Partido Comunista y ese mismo día, también se conoció la detención en Buenos Aires del dirigente conservador Pablo González Bergez. Como vemos con este simple ejemplo, la represión estatal atacaba de izquierdas a derechas de manera indistinta y estos artificiales gestos "democráticos" del régimen no podían tapar ni aminorar el impulso de una maquinaria represiva que se había edificado con tanto esmero durante una década y que ya funcionaba sola y movida por su propia inercia y naturaleza.

Ocurre que como bien señalaba el politólogo Dick Morris "a algunos gobernantes se les hace más fácil cambiar de ideología que de personalidad"[748]. El sistema peronista estaba hecho a imagen y semejanza de la personalidad de Perón y esa esencia no cambiaría nunca por más arrebato de tolerancia efímera que coyunturalmente pudiera simular el patriarca.

Vuelta a la "normalidad"

Con un Perón aturdido, errático y sin mensajes claros, la dictadura desorientaba no sólo a los enemigos sino a los afectos, algunos de los cuales, hastiados de la situación comenzaron a desertar. Así fue como el 20 de julio se vieron algunas dimisiones, puesto que renunciaron las autoridades de los bloques peronistas de Diputados y del Senado al unísono y dos días después renunciaron además todos los integrantes del Consejo Superior del Partido Peronista.

Pasadas unas semanas de "buena voluntad", la dictadura poco a poco volvió a sus andanzas hasta retomar su normalidad represiva y conflictiva. Perón, el incurable manipulador, relanzó una vez más un "operativo clamor", mandando el 1 de agosto una renuncia a la Presidencia de la Nación dirigida a la CGT y otra al Partido Peronista, a los efectos de que sus partidarios salieran a la calle a clamarle, rogarle e implorarle que por favor no se fuera. Su poco creíble carta de "renuncia" mantenía su habitual libreto

demagógicamente generoso, desprendido, altruista y plagado de visos patrioteros en donde quien privó de la prensa libre y de la radio a todo dirigente opositor durante una década se dio el gusto de decir “Siempre he sido un hombre propenso a escuchar”, matizando sus engaños con expresiones grandilocuentes como estas: “Han llegado hasta mí algunas afirmaciones de nuestros adversarios y enemigos políticos, en las que condicionarían su actitud a mi retiro del Gobierno. Siempre he sido un hombre propenso a escuchar y creo que, aun cuando estoy en mi puesto por la voluntad de una inmensa mayoría del pueblo argentino, cumple a la dignidad del cargo y al honor de hombre ofrecer mi retiro”[749].

Por supuesto, al igual que otras de las “renuncias” emitidas por Perón en diferentes pasajes de su régimen, esta no era legal (para su validez tenía que ser remitida al Congreso para su aceptación) y a estas alturas, ni sus acólitos tomaban en serio esta maniobra, aunque sin embargo la movilización solicitando al líder que “deponga la renuncia” se hizo con toda parafernalia en la Plaza de Mayo. Así fue como una vez más, el aparato estatal y sindical (valga la redundancia) se puso al servicio de la convocatoria, y a eso de las seis y media de la tarde del 31 de agosto, “sacrificando su vocación renunciante en favor de la voz del pueblo que le rogaba no se fuera” apareció Juan Perón en el balcón. Es decir: fue el mismo hombre que días atrás había dicho que dejaba su dictadura revolucionaria para convertirse amablemente en “Presidente de todos los argentinos”, quien en giro bipolar tomó el micrófono y brindó un discurso cuyos terroríficos pasajes confirmaban sin temor al error que efectivamente el tirano había perdido por completo su equilibrio mental: “yo contesto a esta presencia popular con las mismas palabras del ´45: a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente. Y desde ya, establecemos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas, o en contra de la ley o de la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino!.

Esta conducta que ha de seguir todo peronista no solamente va dirigida contra los que ejecutan, sino también contra los que conspiren o inciten.

Hemos de restablecer la tranquilidad, entre el gobierno, sus instituciones y el pueblo por la acción del gobierno, de las instituciones y del

pueblo mismo. La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos!.

Compañeras y compañeros: hemos dado suficientes pruebas de nuestra prudencia. Daremos ahora suficientes pruebas de nuestra energía. Que cada uno sepa que donde esté un peronista estará una trinchera que defienda los derechos de un pueblo. Y que sepan, también, que hemos de defender los derechos y las conquistas del pueblo argentino, aunque tengamos que terminar con todos ellos (…) Hemos ofrecido la paz. No la han querido. Ahora, hemos de ofrecerles la lucha, y ellos saben que cuando nosotros nos decidimos a luchar, luchamos hasta el final.

Que cada uno de ustedes recuerde que ahora la palabra es la lucha, se la vamos a hacer en todas partes y en todo lugar. Y también que sepan que esta lucha que iniciamos no ha de terminar hasta que no los hayamos aniquilado y aplastado!.

Y ahora, compañeros, he de decir, por fin, que ya he de retirar la nota que he pasado, pero he de poner al pueblo una condición: que así como antes no me cansé de reclamar prudencia y de aconsejar calma y tranquilidad, ahora les digo que cada uno se prepare de la mejor manera para luchar (…) nuestra nación necesita paz y tranquilidad para el trabajo, porque la economía de la Nación y el trabajo argentino imponen la necesidad de la paz y de la tranquilidad. Y eso lo hemos de conseguir persuadiendo, y si no, a palos! (…) Veremos si con esta demostración nuestros adversarios y nuestros enemigos comprenden. Si no lo hacen, ¡pobres de ellos!”[750].

Días después de esta diarrea verbal, el Ministro de Obras Públicas Roberto Dupeyrón destacó que en reunión de gabinete Perón afirmó que a la oposición le iba a dar “guerra” y que para tal fin contaba con “el ejército y la policía” y que además en el barrio norte de la ciudad de Buenos Aires (donde predominaba un ambiente opositor) tenía a los jefes de manzana quienes “munidos con tachos de nafta, a una orden suya estaban en condiciones de incendiar los reductos de opositores existentes en dicha zona”[751]. Pero más allá de este testimonio directo, hay una impactante cinta audiovisual (incluso disponible en internet) en la cual Perón agrega que “Como precaución es menester alertar a las organizaciones y mantener la vigilancia por los jefes de manzana y organismos correspondientes. Atentos y vigilantes es la consigna”

agregando a sus colaboradores que él estaba dispuesto a dar “la más amplia libertad para todos los ciudadanos, menos para los políticos, para ellos ninguna libertad. Porque estamos en estado de guerra. Por ahora, mientras anuncien en sus discursos que nos van a echar por las malas seríamos más que pavos si, sabiendo que tienen intención de echarnos por las malas, les vamos a dar libertad para que nos echen. Por eso he mantenido el estado de guerra. No se necesita libertad política, lo que se necesita es libertad para trabajar por el país. Ninguna libertad política. En eso somos tiranos, dictadores”[752]. Ni los propios peronistas podían justificar la desmesura verbal, psicológica y política de su iracundo líder. El Ministro del Interior Oscar Albrieu, aterrado presentó su renuncia al advertir el descontrol emocional en el que estaba sumido su jefe y la inminencia de una guerra civil que el propio Perón promovía y arengaba tanto de manera pública como privada.

Estas y otras consideraciones de Perón confesando su condición de dictador y jactándose de anular toda forma de libertad política (algo que además era un hecho desde hacía muchos años) le venía dando plena justificación legal, política y moral a todo aquel que pretendiese llevar adelante un alzamiento armado contra el régimen y en la oposición, ya eran muchos a los que se les había acabado la paciencia para con el orden dominante: “Hay un límite en que la tolerancia deja de ser una virtud” decía Edmund Burke, frase que no podía ser más ajustada y oportuna para la exasperada oposición Argentina de 1955.

Capítulo 14: La Revolución Libertadora

Con la máxima brutalidad

El clima de tensión se respiraba en todos los rincones del país. El entonces líder de la CGT Hugo Di Pietro puso formalmente a los afiliados a disposición del dictador para armar milicias populares ante el peligro de un renovado alzamiento cívico-militar. Perón siempre vacilaba ante esta idea: "Es fácil entregar armas a los sindicatos: lo difícil es quitárselas después"[753] afirmaba.

Las dudas del dictador fueron permanentes durante sus últimos tres meses de gobierno. El 6 de septiembre, en gesto que confirmaba una vez más las indecisiones en las que estaba envuelto, después de su incendiario discurso clamando el tristemente célebre "cinco de ellos por cada uno de los nuestros", de incentivar a sus fieles a "colgar de un árbol a los opositores" y de haberse jactado de no dar ninguna libertad política a sus "enemigos", Perón propuso reformar la ley electoral, pero en esta ocasión no para su habitual regocijo político sino en beneficio de la oposición (¿?) por medio de la cual la mayoría (es decir el peronismo) se quedaría con los dos tercios de las bancas del Congreso y el tercio restante se lo repartirían las fuerzas opositoras. ¿A tenor de qué Perón ahora regalaba el tercio de la participación legislativa a una oposición política a la que él había reducido a la nada? Nadie tomaba en serio estas impulsivas "concesiones pluralistas" en un país cuyo Estado totalitario mantenía las cárceles pobladas de disidentes torturados. Estas incoherencias oficiales no hacían más que agigantar la confusión de sus adictos y la confianza de los conspiradores en el triunfo final: se percibía que el "gran conductor" no sabía cómo conducirse.

A pesar del aparente fracaso revolucionario de los bombardeos de junio, el ánimo opositor era de euforia al advertir como nunca a un oficialismo tan oscilante o vulnerable y numerosos sectores de la sociedad civil no paraban de presionar a las fracciones antiperonistas de las Fuerzas Armadas para que estas se sublevaran cuanto antes. La Marina tenía desde hacía mucho tiempo la homogénea determinación de derrocar a Perón clamando libertad. El Ejército por su parte estaba más influido por el

nacionalismo católico y vacilaba mucho en torno a un alzamiento, pero los ataques de Perón contra la Iglesia estaban inclinando a muchos de sus miembros en favor de la conspiración.

Mario Amadeo, relevante dirigente del nacionalismo católico de entonces y que en los primeros tiempos había apoyado a Perón, emitió una influyente proclama clandestina que se distribuyó en millones de panfletos exhortando bravamente a los militares del Ejército a dejar de lado las vacilaciones y sublevarse contra la tiranía con toda convicción: “Pero cuando un Gobierno como el actual, no solamente hace tabla rasa de toda ley escrita, sino que pisotea los más elementales derechos humanos; ofende a la Religión, a sus ministros y a sus templos; encumbra a ladrones y encarcela a la gente honrada; intenta enajenar al extranjero el patrimonio nacional; menoscaba nuestro prestigio en el concierto de las Naciones; incita a las turbas a la destrucción y al crimen; convierte, en fin, al Estado en enemigo de la comunidad; cuando un Gobierno hace todo eso, los militares que los apoyan no ´se entregan a la causa del orden´, ´ni respaldan la ley´. Porque los militares, huelga decirlo, son también ciudadanos y son también hombres, y como hombres tienen la obligación natural (aunque no está escrita en ningún Código ni figura en ningún ´Decálogo´) de procurar que la vida privada y pública de su país se desenvuelva en condiciones mínimas de decencia y de dignidad (…) En esta lucha, que para nosotros apenas comienza, todavía no es tarde para que el Ejército, nuestro noble Ejército, escriba una de sus grandes páginas devolviendo a la Nación Argentina su honra y su libertad. El país aguarda su decisión con angustiadas esperanzas”[754]. Muchos señalan que esta vibrante carta influyó en la decisión de no pocos hombres de armas. Entre ellos, un caso emblemático bien pudo haber sido el del Gral. Dalmiro Videla Balaguer (que había sido leal a Perón durante el alzamiento de Menéndez en 1951) quien envuelto en un conflicto entre su Fé y su partido político de pertenencia recuerda: “Cuando entramos juntos con mi señora a la Iglesia San Ignacio vi a la única imagen en pie que quedaba: la habían decapitado, pero manos piadosas le volvieron a poner la cabeza en su sitio, aunque se notaba la rotura. Era Santa Teresa. Yo me hinqué ante ella para que intercediera ante Dios Nuestro Señor, para que me diera una señal a mi duda. Después de rezar me levanto, y cuál no sería mi sorpresa al leer en el misal que la estatua tenía en sus manos: Nada te turbe, nada te espante, sólo Dios basta…Era lo que yo pedía”[755].

De entre los militares del Ejército disidentes a la dictadura, uno de los referentes más buscados y respetados era el general Pedro Eugenio Aramburu (director del curso de coroneles del Ejército), hombre de tendencia liberal que ostentaba el cargo más alto entre los conspiradores en actividad. Sin embargo, también se contaría entre los líderes de la potencial rebelión con la participación del general Eduardo Lonardi, quien se había retirado en 1951, pero que contaba con gran predicamento y prestigio en los ambientes castrenses de extracción nacionalista.

Las unidades navales estaban listas para sublevarse y por cuestiones de logística y de seguridad interna le habían anticipado al Gral. Aramburu que había que rebelarse antes del 17 de septiembre, caso contrario ellas mismas se alzarían motu proprio y en soledad de ser necesario, porque no podían dilatar más la fecha. Aramburu sintió que el apuro en el calendario complicaría las cosas puesto que aún no estaban dadas las condiciones (este alegaba no contar con infantería suficiente) y por el momento desistió seguir adelante. Ante esta dimisión, fue el Gral. Lonardi quien procedió a llenar ese vacío en el Ejército y tomó la varonil decisión de encabezar la rebelión a pesar de su edad (59 años) y de estar muy complicado en su salud. Fue así como con admirable determinación, el valiente General se puso al frente de la revolución en ciernes a pesar de los insignificantes recursos con los que contaba.

La desalentadora descripción que hace Isidoro Ruíz Moreno sobre el mal clima existente para los revolucionarios durante los primeros días de septiembre es el siguiente: “el cuadro de situación distaba de ofrecer un panorama promisorio, porque apenas podía contarse con cierta certeza con algunos efectivos en Córdoba y en Curuzú Cuatiá, ya que el Ejército de Cuyo y la División de Caballería en Entre Ríos estaban bajo comandos leales a las autoridades. Ningún resultado favorable había arrojado la indagación conspiradora entre las unidades de la Provincia de Buenos Aires, salvo comprobar la voluntad de plegarse de algunos oficiales aislados. La Marina se mostraba más compacta, y la Fuerza Aérea era una incógnita, aunque sus elementos jóvenes podían considerarse favorables al levantamiento”[756]. A pesar del sombrío escenario, un decidido Lonardi recibió a los distintos grupos que estaban al mando de Aramburu y que ahora se anexaban a su liderazgo de cara a la revolución y a su vez, comenzó a coordinar tareas con la Fuerza Naval y el 11 de septiembre se dio a conocer el plan de acción, el

cual entraría en operaciones el día 16.

Los revolucionarios estaban en evidente inferioridad numérica y armamentística pero tenían una notable convicción y una profusa superioridad moral respecto de los militares oficialistas, quienes vagaban entre la duda, la especulación y el desconcierto. En efecto, muchos de estos últimos eran leales a Perón por mero oportunismo y a sabiendas de que estaban siendo prostituidos por un régimen corrupto y corruptor que los sobornaba con prebendas, ascensos y autos de alta gama.

Al mismo tiempo, como era sabido que muchos militares y dirigentes peronistas padecían la incómoda contradicción de sentirse tironeados entre su Fe religiosa y su filiación partidaria, un enervado Perón en tajante discurso exhortó a los suyos a tomar definiciones sin matices: “Un dirigente peronista debe ser más peronista que ninguna otra cosa! El dirigente peronista que acepta la responsabilidad del puesto de dirigente debe descargar su conciencia de cualquier otro sentimiento que pueda ser superior al peronismo; y si no, no debe aceptar el cargo. Y si equivocadamente lo ha aceptado y él siente que es más otra cosa que peronista, por honor y dignidad debe renunciar inmediatamente”[757].

El plan encabezado por Lonardi consistía en sublevaciones simultáneas de guarniciones del Ejército en Córdoba y del resto del país, a lo que se sumaba la totalidad de la flota naval y se suponía también que se contaría con algunas unidades de la Fuerza Aérea. El objetivo crítico era Córdoba, pero una vez que cayera esta Provincia en manos rebeldes, según confiaba Lonardi, el grueso de las tropas revolucionarias se dirigirían hasta allí para marchar a Santa Fe y al Río Paraná para luego conducirse a Buenos Aires a dar la batalla final. Mientras tanto, la flota de la Marina bloquearía el Río de la Plata y se apostaría en posición de espera de la orden del asalto definitivo. Lonardi sostenía que si sus hombres podían mantenerse firmes y sublevados durante 48 horas, de a poco irían recibiendo adhesiones y nuevas sublevaciones con las que finalmente triunfarían. Aguantar dos días era la consigna del jefe de la revolución.

En el momento de partir a la lucha, Lonardi contaba con sólo dos puntos de apoyo relativamente sólidos: la guarnición militar de Córdoba (que él mismo iba a sublevar) y la decidida actitud de la Marina de Guerra dispuesta a alzarse con todas sus unidades. Eso era todo. Por otra parte, los

llamados “comandos civiles” que apoyaban a los revolucionarios no tenían entrenamiento ni capacitación suficiente y entonces se les adjudicó una tarea concreta: asaltar las plantas transmisoras de las radios para cortarles su salida al aire y a la vez emitir proclamas revolucionarias. Va de suyo que con esta estructura era impensable alcanzar el triunfo, pero Lonardi no se cansaba de repetir lo siguiente: “Si logramos mantener nuestros objetivos rebeldes durante 48 horas la sublevación se extenderá por todo el país y Perón estará perdido, pues su régimen se ha de desplomar”[758]. ¿En qué basaba Lonardi tanto optimismo?: “No era posible concebir que los miembros del Ejército se hubieran convertido en soldados mercenarios, insensibles a la tragedia que asolaba al país”[759] reflexionaba el arrojado General.

El 11 de septiembre todo comenzó cuando Lonardi llamó esa mañana a su hijo Ernesto, quien recuerda: “Me dijo que había decidido llevar a cabo la revolución con los efectivos con que contaba Córdoba, ya que estaba seguro de que la creación de un foco subversivo que durase más de 48 horas significaba el triunfo del Movimiento. En su concepto, las fuerzas que se suponían adictas al Gobierno no iban a defender un régimen inconcebible (…) Todos los militares con los cuales yo he hablado tienen una adhesión al Gobierno de tipo formal, pero no moral; no sienten que deben defender a Perón como nosotros sentimos que debemos defender la libertad, y tenemos la ventaja de la convicción en este sentido. Si la revolución hace pie y aguanta más de 48 horas en Córdoba, toda la defensa de Perón, se derrumba, porque no hay una convicción ética y moral para sostenerlo”[760].

Lonardi viajó el miércoles 14 a Córdoba en un autobús que él mismo tomó en la estación de Plaza Once, apenas acompañado de su hijo y de su esposa para una vez allí juntarse con sus subordinados. Tras arribar, en las primeras horas del viernes 16 Lonardi se reunió con sus seguidores en la Escuela de Artillería y los conminó a actuar “con la máxima brutalidad, de tal suerte de poder restar la diferencia que tenemos de 7 a 1”[761]. De allí marchó con brío hasta el dormitorio del jefe de la unidad a fin de reducirlo, pero ante la resistencia de este último, Lonardi lo encañonó con su arma, le hizo silbar un tiro en la oreja y procedió a detenerlo personalmente. Una vez tomada la Escuela de Artillería, el primer objetivo de Lonardi, sumamente difícil, consistiría en capturar la Escuela de Infantería, dramática y larga batalla a la que nos referiremos luego.

Si bien desconocían los rebeldes de Córdoba la suerte que en ese

momento estaban corriendo el resto de sus camaradas sublevados en los demás lugares del país, con el correr de las horas fueron llegando algunas noticias tranquilizadoras respecto de alzamientos del Ejército en Mendoza, en San Juan y también en Curuzú Cuatiá (Provincia de Corrientes), además de las previsibles sediciones de la Marina en diferentes bases.

El Gral. Aramburu, quien había declinado en rebelarse, a último momento se sintió animado por el clima revolucionario y decidió sumarse a la patriada viajando a Curuzú Cuatiá. Al despedirse de su hijo Eugenio le confesó que el intento no podía tener éxito "Pero si no nos largamos todos, aunque esto sea una locura, va a suceder lo mismo que en el ´51. Así que hay que seguirlos, porque no nos queda otra posibilidad". Eugenio Aramburu acompañó a su padre hasta la esquina de su domicilio en donde se despidieron: "Me pidió que me quedara lo más que pudiera en casa, para que no se alterase el ritmo normal; que calmara y protegiera a mi madre, pues seguramente durante los primeros tiempos la radio iba a decir que el movimiento estaba aplastado, que no perdiera la tranquilidad por esa propaganda, y que estuviera seguro de que iba a cumplir con su deber"[762]. En el viaje, el Gral. Aramburu fue acompañado de su amigo el Coronel Eduardo Señorans y durante el transcurso aquel se sinceró: "Esto es una aventura, ¿no?". La respuesta de su par fue clara: "Sí, mi general, es una aventura y hay que hacerla"[763]. Aunque ambos desconfiaban del triunfo, de todas maneras asumieron la responsabilidad que la historia les imponía.

En tanto, la Marina, casi sin disidencias internas, se levantó exitosamente en Puerto Madryn (provincia de Chubut) y también en Puerto Belgrano (sur de la Provincia de Buenos Aires). Esto generó que un grupo de flotas navales se unificaran rumbo a la ciudad de Buenos Aires marchando desde el sur hacia el norte de la Provincia.

Mientras estas rebeliones brotaban, la dictadura comenzó a emitir constantes noticias favorables a sí misma anunciando la inminente derrota de los rebeldes en todos lados, pero estos últimos nunca se amilanaron ni desalentaron ante las informaciones oficiales de las radios y a las 15.20 del viernes 16 de septiembre irrumpió en el éter la transmisión radial de la primera emisión rebelde causando una gran conmoción nacional: "¡Aquí… Puerto Belgrano!", dijo un eufórico locutor, quien empezó a leer el "Comunicado N° Uno del Comando de las Fuerzas de la Marina de Guerra" que comenzaba así: "Al pueblo de toda la República: Movidos por los más

puros ideales, apoyados por el legado histórico de nuestros próceres, alentados por las sagradas estrofas del Himno Nacional, nos hemos levantado hoy en vuestra compañía, contra la siniestra tiranía que ha tratado por todos los medios de ensuciar y destruir nuestra fe, nuestros símbolos y nuestras instituciones (…) Todas las fuerzas de la Marina apoyan activamente la revolución: la flota de mar, la aviación naval y la infantería de marina; las bases de Puerto Belgrano, las fuerzas navales del Plata y otros organismos. Nuestro glorioso ejército nacional y la heroica aeronáutica pueden confiar plenamente en la marina de guerra. El pueblo argentino nos brinda su apoyo moral. Seguiremos adelante hasta terminar con la tiranía"[764]. Al escuchar tamaño "notición", los hogares antiperonistas comenzaron a vivir en sus casas un clima de intensa expectativa y euforia contenida ante la posibilidad (por ilusoria que fuere) de que al fin se acabe con ese interminable régimen.

Pero Lonardi en Córdoba no la estaba pasando nada bien y desde la Escuela de Artillería él y los suyos estaban siendo vapuleados por la Escuela de Infantería leal a la dictadura. Aramburu por su parte, estaba siendo acorralado en Curuzú Cuatiá y sólo había noticias auspiciosas provenientes de Puerto Belgrano. Tan oscurecida se había tornado la situación de los rebeldes que hasta la Marina (que se presumía el bastión más firme) estaba siendo atacada bravamente en algunos lugares, tal el caso de la base naval de Río Santiago al mando del Almirante Isaac Rojas en las afueras de la ciudad de La Plata (a la sazón rebautizada como "Ciudad Eva Perón") quien resistía como podía los incesantes bombardeos que contra sus buques disparaban los sectores leales a Perón del Ejército y de la Fuerza Aérea intentando liquidar el alzamiento. Recuerda al respecto el Almirante Sánchez Sañudo (otro de los líderes de la revolución) que "de acuerdo a lo convenido a la hora cero del viernes 16 se sublevaron, en Río Santiago la escuela, el liceo, la base, la fuerza de instrucción y la flota de río. Las primeras órdenes fueron comunicar a Puerto Belgrano el estado de rebelión, movilizar en pie de guerra a todos los elementos y efectivos disponibles, bloquear los canales de acceso a Buenos Aires y La Plata, y los ríos Paraná y Uruguay; cubrir la defensa antiaérea de la base y la escuela con las unidades en reparaciones o imposibilitadas de navegar. Los cadetes técnicos de los años tercero y cuarto fueron despertados enseguida para completar las dotaciones de máquinas de los torpederos Cervantes y La Rioja, mientras el resto de los cadetes era levantado a las tres de la mañana. Cuando formaron en el patio cubierto el entonces capitán Bassi les comunicó la sublevación. No se registró una sola

deserción y todos cumplieron las órdenes con ejemplar disciplina (…) A las nueve de la mañana del 16 se escuchó el primer estampido de cañones ametralladoras. Había comenzado el combate entre los torpederos Cervantes y La Rioja y los aviones Gloster Meteor, que bombardeaban cada cincuenta minutos (…) El momento se tornó sumamente difícil porque no teníamos artillería adecuada para resistir”[765].

En cuanto al combate en Curuzú Cuatiá, Aramburu y los suyos pudieron resistir hasta las diez de la noche y luego al verse cercados tuvieron que emprender la retirada. Sin embargo, esta derrota en el litoral se constituyó en un factor de gran alivio para la acción rebelde, puesto que las fuerzas leales que allí combatieron (que fueron las de Monte Caseros, Mercedes y Paso de los Libres) distrajeron muchos recursos quedando entonces neutralizadas, lo que sirvió para aliviar la presión que sobre Córdoba estaba resistiendo Lonardi. No obstante ello, el jefe de la revolución estaba severamente complicado. Había logrado sublevar y tomar la escuela de artillería y bombardear sobre la de infantería, pero esta última contestó con morteros, ametralladoras y fusiles en un durísimo y largo combate en donde la falta de infantes era el punto más vulnerable de Lonardi, quien era bien consciente de su delicada situación y así se la expresó a su camarada inmediato (el coronel Arturo Ossorio Arana) con estas frontales palabras: “Bueno, Ossorio, creo que hemos perdido. Pero no nos rendiremos. Vamos a morir aquí”[766].

El grueso de los testimonios confirman que el actuar de Lonardi en estas históricas jornadas fue de una auténtica heroicidad. El mayor Juan Francisco Guevara lo recordaba de esta manera: “Durante esos días fue fácil conocer al verdadero General, valorar su energía, su capacidad de resolución, su pureza, su valentía y su claridad de ideas. Formulaba sus planes casi sobre la marcha, amoldaba sus decisiones con extraordinaria rapidez a medida que conocía las posibilidades de sublevarse de esta o de aquella fuerza, y sobre todo impartía sus órdenes con una extraordinaria firmeza, que llenaba de confianza y de entusiasmo el alma de los que tenían el privilegio de escucharlo”[767].

Mientras tanto la ciudad de Buenos Aires era un verdadero torbellino de información confusa (la oficial minimizando el accionar de los rebeldes y la de los revolucionarios magnificándolos) pero numerosos civiles con temerario arrojo se lanzaron por las calles porteñas a tomar las estaciones de

radio para apoyar la revolución. Al caer la tarde, estos últimos habían podido apoderarse de algunas radioemisoras y comenzaron a difundir la proclama de la revolución escrita por el propio Lonardi, cuyos fragmentos sobresalientes fueron estos: “Al pueblo argentino y a los soldados de la patria: en mi carácter de jefe de la Revolución Libertadora, me dirijo al pueblo y en especial a mis camaradas de todas las armas para pedir su colaboración en nuestro movimiento. La Armada, la Aeronáutica y el Ejército de la patria abandonan otra vez sus bases y cuarteles para intervenir en la vida cívica de la Nación. Lo hacemos impulsados por el imperativo del amor a la libertad y al honor de un pueblo sojuzgado que quiere vivir de acuerdo con sus tradiciones y que no se resigna a seguir indefinidamente los caprichos de un dictador que abusa de la fuerza del gobierno para humillar a sus conciudadanos (…) Esa opresión innoble sólo ha servido para el auge de la corrupción y para la destrucción de la cultura y de la economía, de todo lo cual es símbolo tremendo el incendio de los templos y de los sacrosantos archivos de la patria, el avasallamiento de los jueces, la reducción de la Universidad a una burocracia deshonesta y la trágica encrucijada que compromete el porvenir de la República con la entrega de sus fuentes de riqueza.

Si este cuadro pavoroso promueve la inquietud de los argentinos, el dictador -después del simulacro de su renuncia- nos ofrece la perspectiva de la guerra civil y de la matanza fratricida, complaciéndose con la posibilidad de dar muerte a cinco opositores inermes por cada uno de sus secuaces y torturadores (…) Ningún escrúpulo deben abrigar los miembros de las fuerzas armadas por la supuesta legitimidad del mandato que ostenta el dictador. Ninguna democracia es legítima si no existen los presupuestos esenciales: libertad y garantía de los derechos personales; si se falsea el empadronamiento, o en los comicios se desconoce la expresión de la voluntad ciudadana. En cambio, sí tiene toda su fuerza el artículo de la Constitución vigente que ordena a los argentinos armarse en defensa de la Constitución y de las leyes. O aquel otro que marca con el dictado de infames traidores a la patria a los que conceden facultades extraordinarias o toleran su ejercicio.

Sepan los hermanos trabajadores que comprometemos nuestro honor de soldados en la solemne promesa de que jamás consentiremos que sus derechos sean cercenados. Las legítimas conquistas que los amparan, no sólo

serán mantenidas sino superadas por el espíritu de solidaridad cristiana y libertad que impregnará la legislación y porque el orden y la honradez administrativa a todos beneficiarán.

La revolución no se hace en provecho de partidos, clases o tendencias, sino para restablecer el imperio del derecho.

Postrados a los pies de la Virgen Capitana, invocamos la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia, hacemos este llamamiento a todos los que integran las fuerzas armadas de la Nación, oficiales, suboficiales y soldados, para que se pongan con nosotros en la línea que señala la trayectoria del Gran Capitán. Lo decimos sencillamente, con plena y reflexiva deliberación: la espada que hemos desenvainado para defender la entraña de la patria no se guardará sin honor. No nos interesa la vida sin honra y empeñamos en la demanda el porvenir de nuestros hijos y la dignidad de nuestras familias".

Probablemente por el apuro de la situación y la falta de un abogado a mano a la hora de redactar la proclama, Lonardi no precisó cuáles eran esos artículos constitucionales que legitimaban jurídicamente el alzamiento, pero entendemos que se refería a los artículos 29 (que impide la concesión de la suma del poder público al Poder Ejecutivo) y 21 (que faculta a cualquier ciudadano a armarse en defensa de la patria y la Constitución)[768].

Mientras la proclama se difundía clandestinamente, Perón se reunía con Lucero, su confidente Ministro de Guerra, a quien delegó totalmente la represión sin dar mayores indicaciones. Resulta extraña la conducta de un general que se ufanaba de su condición de estratega y conductor y que cada vez que había un conflicto militar no diera la menor instrucción y se escondiera descansando por completo en su Ministro y los generales leales.

Si bien Buenos Ares vivía una relativa calma (dado que los combates se libraban en el interior), el sábado 17 las amas de casa hacían cola en los comercios para comprar las provisiones ante la eventualidad de la prolongación de la guerra. También se postergaron por precaución los partidos de fútbol y eventos deportivos de la jornada y en los alrededores de la Plaza de Mayo se cortó el tránsito, en tanto que se colocaron baterías antiaéreas para proteger la Casa de Gobierno y se impuso el toque de queda.

Mientras tanto, ese día, las radios rebeldes (del Uruguay y de Puerto

Belgrano) informaban que el Almirante Isaac F. Rojas y sus hombres habían tomado la flota del crucero 17 de octubre e informaban la siguiente declaración de la Marina de Guerra: “las fuerzas navales han decretado a partir de las doce horas el bloqueo total y efectivo de todos los puertos argentinos”[769]. Al mismo tiempo, unidades del ejército leales a Perón viajaban por tierra hacia el sur para intentar recuperar la base de Puerto Belgrano. Estas llegaron el día domingo a estar a menos de 100 kilómetros de la base naval con un enorme poderío que ponía en franco peligro la supervivencia rebelde, a pesar de que estos últimos durante el fin de semana por medio de la aviación de la marina habían efectuado 264 vuelos de guerra arrojando bombas de 50 kilos sobre las tropas leales intentando demorar el avance. El capitán de navío Jorge Perren (comandante de la base de Puerto Belgrano) calculaba que la cantidad de combatientes de la dictadura que habían cercado la base en el sur oscilaban entre “6.000 a 7.000 hombres, con artillería y tanques, pero sin apoyo aéreo. A esas fuerzas podíamos oponer unos 1.000 infantes de Marina, 500 aprendices de la Escuela de Mecánica y mil conscriptos de marinería, unos 60 aviones y alguna artillería antiaérea”[770]. No había punto del país en dónde los rebeldes no estuviesen francamente complicados.

Pero más allá del delicado conflicto en el sur, el núcleo clave de la contienda era y seguía siendo Córdoba, epicentro de la guerra y de cuya suerte derivaba el destino de la revolución. El Ministro de Guerra de Perón, el Gral. Lucero, sostenía que si allí neutralizaban a los rebeldes encabezados por Lonardi, la revolución perdería su punto neurálgico y por añadidura se caería todo el andamiaje del alzamiento. Para tal fin ordenó una “Operación Limpieza” con numerosas tropas leales que cercaron la capital provincial, mientras que Lonardi sobrevivía como podía con fuerzas muy inferiores y sin capacidad para defender todas las posiciones, a pesar de que en las últimas horas se le había sumado cierto apoyo aéreo de fuerzas leales que habían desertado y se habían pasado a la revolución. No obstante este último refuerzo, la capacidad de combate de Lonardi era mínima comparada con las de la dictadura que además planificaba darle el golpe final el día 19 y con ello pegarle un tiro directo al corazón de la rebelión: en Córdoba los leales contaban con 20 mil hombres y los revolucionarios con apenas 4 mil, con lo cual la relación de fuerzas era de 5 a 1[771].

Efectivamente, Córdoba estaba completamente rodeada y al ser

inminente el asalto generalizado, Lonardi mandó un emisario suyo a Mendoza (que estaba en poder de los revolucionarios) con una desesperante carta clamando le enviaran tropas de refuerzo con urgencia. Pero la zona de Cuyo era la única región en la que los revolucionarios tenían controlada la situación y sólo contaban con mil hombres, de manera que mandar refuerzos a Córdoba implicaba correr riesgos de perder el control del único bastión en donde la revolución estaba firme. Incluso los propios revolucionarios que comandaban la rebelión en Mendoza pensaban que si la revolución fracasaba en el resto del país, podían desde allí nombrar un gobierno paralelo y provisional con el fin de ganar tiempo. Pero Lonardi mantenía su angustiosa insistencia y finalmente logró que se decidiera enviar desde Mendoza a Córdoba a doscientos hombres de apoyo, cifra simbólica que dada la complicada situación de Lonardi sólo podían servir de apoyo moral.

La entrada a Córdoba de los efectivos leales a la dictadura para el asalto final estaba al mando del Gral. Iñíguez, quien había acorralado la Provincia con tropas dispuestas en el norte, oeste y sur de la misma. Luis Ernesto Lonardi (hijo del Gral. Eduardo Lonardi) recuerda que "El 19 a la mañana parte de las tropas leales comenzaron a desplazarse hacia el centro de la ciudad" pero "los civiles defendieron la entrada a Córdoba con ejemplar heroísmo. Detrás de cada puerta, de cada ventana, y en todas las azoteas, un cordobés, armado como pudo, demostraba a los soldados del ejército regular que la libertad se defiende a cualquier precio. La avanzada de estas tropas llegó hasta el puente. Allí varios vehículos atravesados obstruían el paso y servían de parapeto a los civiles que hacían fuego sobre los atacantes, luchando codo con codo y en una misma línea con los oficiales y soldados de la compañía de fusileros de la escuela de tropa, cadetes de la escuela de aviación y aspirantes a suboficiales de aeronáutica. La denodada resistencia obligó a las tropas del general Iñiguez a replegarse hasta la estación ferroviaria"[772]. Sin embargo, esta heroica resistencia civil en Córdoba servía para retrasar la caída de los rebeldes pero no para evitarla: todo parecía ser cuestión de tiempo.

Las emisoras del gobierno (Secretaría de Prensa y Difusión) con exagerado tono triunfalista anunciaban la caída de Córdoba como un hecho ya consumado: "La total ocupación de Córdoba por las fuerzas leales al Gobierno constitucional se ha completado…El pueblo, que durante todo el transcurso del avance leal hacia Córdoba vitoreó a las fuerzas del Ejército y

fue cubriendo de flores los caminos por donde se desplazaban, siguió entusiastamente a sus libertadores en el curso de toda la operación de limpieza y ocupación total de la ciudad…La absoluta identificación entre el pueblo y el Ejército ha infligido una aplastante derrota a la rebelión (…) En todo el territorio nacional, con excepción exclusiva de la base de Puerto Belgrano, reina la más absoluta tranquilidad (…) El pueblo de la República, identificado con el Ejército de la Nación, festejaba la liberación de Córdoba". Pero la emisión rebelde que efectuó la estación de radio de Puerto Belgrano desde el primer día del levantamiento servía para contrarrestar a la propaganda oficial en un apasionante duelo informativo en el afán de mantener la moral de los revolucionarios en alto. Ello obligaba a las radios del gobierno a denunciar que "radioemisoras en poder de los focos revolucionarios que aún no han sido desarmados, y radios extranjeras caracterizadas por la mala fe y sus burdos errores, propalan informaciones absolutamente erróneas"[773]. La acción psicológica era tan importante como la acción de fuego.

En la tarde del domingo, en medio de la desesperación ante la inminente caída de Córdoba el General Lonardi transmitió este angustioso radiograma al Almirante Rojas: "Comandante en Jefe de la Marina revolucionaria: Córdoba pide la acción efectiva urgente sobre Buenos Aires"[774]. Fue entonces cuando un denodado Rojas y los suyos se jugaron el todo por el todo abrevando con entera audacia a una ocurrencia temeraria consistente en darle el ultimátum al dictador amenazándolo con que si este no renunciaba, la Marina iba a bombardear una refinería de petróleo situada en la ciudad Eva Perón (La Plata), en tanto exhortaba a los habitantes de la misma a abandonarla ante la proximidad de los bombardeos que sin vacilación serían lanzados en breve. Y para demostrar que la amenaza de la Marina no era una declamación retórica, un crucero bombardeó previamente unos tanques de petróleo en la ciudad de Mar del Plata (no hubo que lamentar muertos) a modo de simple anticipo, cuyos detalles luego explicó el propio Rojas: "Ante el despacho tan grave del general Lonardi, que recibí en mi cámara cuando conversaba con el capitán de corbeta Andrés Tropea, reuní a mi Estado Mayor para examinar la situación. Sabido es que las fuerzas navales solamente pueden operar mediante el bloqueo o bombardeo de objetivos costeros, cuando no tienen otra fuerza naval oponente, como era nuestro caso. No olvidamos el principio de que ni la marinería ni aun fuerzas de Infantería de Marina pueden ejecutar operaciones que debe realizar el

Ejército, aun cuando excepcionalmente son aptas para realizar desembarcos. Extendimos las cartas, y como teníamos información en el sentido de que una fuerte columna motorizada del Ejército se estaba desplazando hacia Puerto Belgrano pasando por Mar del Plata, entendimos que se reabastecería de combustible en este lugar. Como los tanques de petróleo están a la vista del mar, decidí destruirlos por medio de tiro naval"[775]. Sesenta y ocho proyectiles fueron disparados con un excelente resultado: de los once depósitos de nafta nueve quedaron destruidos, uno averiado y sólo uno a salvo.

El denuedo de los rebeldes contrastaba totalmente con el confusionismo que primaba en las fuerzas leales al dictador, cuyo silencio era desconcertante. En efecto, mientras el domingo 18 el Secretario general de la CGT desordenadamente exhortaba a los obreros a armarse en defensa de Perón y por otro lado Alejandro Leloir (presidente del Partido Peronista) hacía lo mismo por su cuenta, brillaba por su ausencia la voz del "gran conductor", cuyo hermetismo contrastaba con lo solícito que siempre se lo encontraba a la hora de figurar y disponer de los medios de comunicación para parlotear sus guapezas: ninguna alocución fue pronunciada por Perón en todo el fin de semana y ni siquiera intervino para orientar la represión a los revolucionarios. Este notable ausentismo de Perón en el momento más crucial de su vida política sorprendía y disgustaba a sus adictos. Uno de los más fieles, el Gobernador de la Provincia de Buenos Aires Carlos Aloé al respecto relató: "Lo que me llamó la atención fue la actitud del señor Presidente, que permaneció en la residencia, sin tomar parte activa en la conducción, ni en la represión, y sobre todo en hacer valer el fuerte ascendiente moral y político que ejercía sobre las tropas y el pueblo" y otra señal que ponía de manifiesto la temblorosa parálisis en la que estaba inmerso Perón también es subrayada por Aloé: "Se había rodeado de tantas fuerzas la residencia, que no reconfortaba ni daba la seguridad que se buscaba"[776].

Pasaba el tiempo y a pesar de la superioridad que tenían las fuerzas leales, la contienda militar no se terminaba de definir. Fueron convocados de urgencia entonces todos los generales adictos al gobierno con destino en la Capital sin mando de tropas en el Ministerio de Guerra, reunión a la que asistió el general Raúl Tassi (subdirector de Escuela Nacional de Defensa) y este presenció lo siguiente: "En un momento determinado yo me encontré en el subsuelo del Ministerio, donde funcionaba por razones de seguridad una

cabeza de comunicaciones, con teléfonos y estafetas, cuando apareció allí el general Perón acompañado por otras autoridades superiores del Ejército, en busca de información. Lo vi sumamente nervioso, siendo evidente su depresión al tomar conocimiento de la sublevación de la Agrupación de Montaña Cuyo, alternativa no esperada por quien había sido parte de la misma. Estaba más que nervioso: estaba con miedo…En ese momento se desarmó"[777]. Uno de los Generales más fieles a Perón, Ernesto Fatigatti (a cargo de la División I de Infantería Motorizada) ante la inoportuna pasividad de su jefe perdió la calma y lo interpeló: "Mi general: ¿por qué no ordena que yo vaya rápido a Córdoba con el 1 y el 2 de Infantería, en vez de mantenerme en reserva? Allá está Iñíguez y yo no sé cuál es su situación; pero si voy yo y no me matan de entrada ¡en el día tomamos Córdoba! ¡Hay que actuar con toda decisión, mi general! Perón fumaba, tomaba café y no decía nada"[778].

En tanto, mientras Rojas amenazaba con bombardear la refinería desde las cercanías a la ciudad de La Plata, en Córdoba las fuerzas de Lonardi resistían el agónico acorralamiento pero corrían los minutos y las fuerzas leales no terminaban de avanzar del todo sobre el asediado foco rebelde que aguantaba hidalgamente a pesar de su comprometidísima situación. ¿Qué ocurrió en el medio?. Relata Isidoro Ruíz Moreno que en Córdoba "El levantamiento revolucionario estaba derrotado, pues ya era cuestión de tiempo y un último empeño de las fuerzas defensoras del Gobierno para aplastarlo, cuando sorpresivamente se suspendió el asalto de los infantes leales. Los rebeldes cuerpo a tierra notaron que paulatinamente se hacía un gran silencio, y a su vez comenzaron a retener el fuego"[779]. A las filas avanzadas se presentó un jeep con bandera blanca (perteneciente a la Escuela de Infantería con la cual se habían batido durante horas) que formalizaba su rendición, alegando habérseles agotado las municiones para mantener el combate, lo cual le dio a Lonardi y sus hombres un milagroso respiro como para dilatar la caída, pero esta buena noticia no era mucho más que un alivio de circunstancia, dado que los revolucionarios seguían rodeados por todos lados. Pero más allá de las cuestión relativa a la logística que habría motivado la rendición de la Escuela de Infantería, era indudablemente que de manera generalizada el factor determinante en el ánimo de los leales (que nunca terminaban de abalanzarse sobre sus enemigos) era no sólo su propia falta de convicción sino fundamentalmente padecer a un Perón dubitativo, enmudecido y aterrado, quien en medio del momento más decisivo del combate no tuvo mejor idea que aparecer al fin en escena, pero no para dirigir

e impulsar el golpe de gracia contra sus enemigos sino para enviarle otra de sus imprecisas cartas de renuncia al Gral. Lucero, su Ministro de Guerra, quien a su vez la leyó por radio y cuyo contenido desconcertó y paralizó por completo a los leales al régimen.

Eran las 12.50 del lunes 19 de septiembre (es decir 10 minutos antes de que el crucero 17 de Octubre al mando de Rojas iniciara el bombardeo en la refinería de La Plata), cuando Lucero difundió por radio la impactante carta del dictador cuyos confusos términos contenía párrafos como este: “Hemos llegado a los actuales acontecimientos guiados sólo por el cumplimiento del deber. Hemos tratado por todos los medios de respetar y hacer respetar la constitución y la ley. Hemos servido y obedecido sólo los intereses del Pueblo y su voluntad.

Sin embargo, ni la Constitución ni la Ley pueden ser superiores a la Nación misma y sus sagrados intereses (…) Hace pocos días intenté alejarme del gobierno si ello era una solución para los actuales problemas políticos. Las circunstancias públicamente conocidas me lo impidieron, aunque sigo pensando e insisto en mi actitud de ofrecer esta solución. La decisión del vicepresidente y legisladores de seguir mi decisión con las suyas impide en cierta manera la solución constitucional directa. Por otra parte, pienso que es menester una intervención un tanto desapasionada y ecuánime para encarar el problema y resolverlo.

No existe un hombre en el país con suficiente predicamento para lograrlo, lo que me impulsa a pensar en que lo realice una institución que ha sido, es y será una garantía de honradez y patriotismo: el ejército. El ejército puede hacerse cargo de la situación, el orden y el gobierno, para construir una pacificación entre los argentinos, empleando para ello la forma más adecuada y más ecuánime (…) Ante la amenaza de bombardeos a los bienes inestimables de la Nación y sus pobladores inocentes, creo que nadie puede dejar de deponer otros intereses o pasiones (…) Creo firmemente que ésta debe ser mi conducta y no trepido en seguir ese camino. La historia dirá si había razón de hacerlo. Juan Perón”[780]. Seguidamente, el Gral. Lucero emitió un comunicado complementario: “El general Franklin Lucero, comandante en jefe de las Fuerzas de Represión, en nombre del Presidente de la Nación y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, ante el ultimátum de bombardeo de la ciudad de Buenos Aires y de la destilería de petróleo de Eva Perón (La Plata) y para evitar mayor derramamiento de sangre, invita a

los comandos revolucionarios actuantes a concurrir a la sede del Comando en el Ministerio del Ejército, a iniciar de inmediato tratativas tendientes a solucionar el conflicto, e invita, asimismo, a los mismos comandos a que cesen de inmediato las hostilidades en la situación alcanzada. Esta misma invitación será formulada desde el Ministerio del Ejército por el general Lucero personalmente, para evitar confusiones, en cuanto estén instaladas las líneas". Según Joseph Page esta de aparente renuncia no era más que "una jugada típica de Perón, un gesto ambiguo que le permitía preservar el mayor margen de maniobrabilidad posible"[781]. Sin embargo, lo que tendría que haber hecho Perón era justamente apurar el ataque sobre las tropas de Lonardi, algo que no se animó a hacer. De manera que pretender dilatar los tiempos con otro de sus trucos renunciantes era algo que sólo beneficiaba a sus enemigos: "Mientras Lonardi arriesgaba su vida y probaba que estaba dispuesto a vencer o morir, Perón titubeaba una y otra vez, y cada vez que vacilaba, la resolución del insurrecto contrastaba con la dubitativa actitud del presidente. Hasta que la duda se contagió a todo el sistema y Perón no pudo vacilar más: dudar era marcharse"[782] describe con acierto Alejandro Horowicz en su referenciado ensayo.

El general Arnaldo Sosa Molina, leal a Perón y a su vez comandante de represión en Córdoba, no daba crédito a la noticia que acababa de recibir: "Córdoba estaba completamente rodeada y solo faltaba la orden para el asalto final (…) Y de pronto se me vino el mundo abajo: con la batalla casi ganada me informaban mis comandantes que habían escuchado por radio la orden de cesar el fuego. No lo podía creer. Teníamos todo en nuestras manos y había que detenerse en las posiciones ganadas"[783].

En el crucero donde estaba el Almirante Rojas dispuesto a iniciar el bombardeo, se produjo una explosión de irrefrenable algarabía al conocerse la novedad. El capitán de fragata Recaredo Vázquez, segundo comandante de la nave, rememora: "Los oficiales se pusieron a cantar el Himno Nacional en la cámara. En el buque teníamos presos a un oficial porque había tomado las armas contra la Marina, y como lo tratamos mal, yo fui a pedirle disculpas. Era un capitán de corbeta, lo encontré llorando; me dijo:

-¡Qué suerte que ganaron!"[784].

Seguidamente Lucero, tras emitir radialmente el mensaje de la imprecisa renuncia de Perón, le propuso a Lonardi reunirse en el Ministerio

de Guerra para pactar un acuerdo. Lonardi no aceptó puesto que sospechaba que la carta podía ser otra de las recurrentes trapisondas del dictador, entonces le respondió a Lucero con un comunicado terminante exigiendo lo siguiente: “En nombre de los jefes de las Fuerzas Armadas de la revolución triunfante comunico al Señor Ministro que es condición previa para aceptar tregua, la inmediata renuncia de su cargo por el Señor Presidente de la Nación. General Lonardi. Jefe de la Revolución Libertadora”.

Lucero ratificó haber aceptado la renuncia de Perón y con el resto de los Generales leales crearon una comisión gubernamental que obraría como una suerte de junta de gobierno provisional[785] que funcionaría como órgano de transición. Pero la Marina le impuso a la improvisada Junta de facto la imperativa tajante de reunirse con los rebeldes, no donde ellos habían sugerido sino en el buque insignia de la Marina de Guerra, fondeado en la boca del Río de la Plata. Lucero aceptó sumisamente las condiciones impuestas por el Almirante Rojas, quien además le exigió un comunicado claro y sin dobleces que reconociera la renuncia del dictador. La tambaleante Junta Militar[786] obedeció y comunicó el siguiente mensaje: “Al pueblo de la República. Ante la renuncia del excelentísimo señor presidente de la Nación y la decisión de acompañarlo en tal gesto de los demás poderes constituidos, el Ejército se ha hecho cargo de la situación e invita a mantener la calma en las actuales circunstancias. Una Junta de generales de la más alta graduación delibera en estos momentos para designar una comisión y las bases para iniciar las tratativas de entendimiento y pacificación”[787].

Si bien las autoridades del gobierno peronista, en principio, se mantenían todavía en sus puestos y ni siquiera habían comenzado las tratativas entre los sectores en pugna para un eventual traspaso de mando, la ciudad de Buenos Aires fue inundada de explosiones callejeras de irrefrenable algarabía popular que salía a celebrar la libertad y a maldecir al abatido dictador.

Mientras las tratativas entre los jefes revolucionarios y la junta provisional empezaban a desenvolverse, Perón proseguía vacilando e intentó hacer unos amagues de último momento para retener el poder alegando que en verdad se había malinterpretado su carta, y entonces le comunicó a la Junta que “él no había renunciado” y que lo suyo fue apenas un generoso gesto de “ofrecimiento de renuncia” puesto que en puridad tal cosa debería hacerse ante el Congreso de la Nación para tener validez y que además la

situación militar era favorable. Entonces, Perón sugirió “abrir las puertas de los arsenales para armar a los obreros que querían luchar”[788]. Si bien en la junta militar provisoria hubo quienes aconsejaron revisar la carta de renuncia de Perón y volver a evaluar la situación, la mayoría de ellos, hartos y saturados ya de las insensateces de su irresoluto jefe se impusieron en un clima de altísimo voltaje y quince minutos después se emitió un comunicado por LRA (Radio del Estado) alegando que “En conocimiento de que se ha iniciado una campaña de confusionismo, en gran parte originada en propalaciones radiofónicas extranjeras, la Junta Militar reitera que el señor Presidente de la Nación ha renunciado (…) y que dicha renuncia ha sido aceptada por la Junta Militar”[789].

Esa misma noche del lunes 19 Perón convocó de urgencia a una reunión con los generales de la junta provisional en el afán de jugarse su última chance y allí les disparó: “Ustedes están equivocados. Vuestra interpretación sólo pudo haber sido el fruto del nerviosismo o de la preocupación: esa carta no ponía en tela de juicio mi calidad de Presidente. Continúo siendo el Jefe del Estado; porque si mi voluntad hubiera sido la de abandonar el Poder, no me hubiera dirigido a la Junta Militar, sino al Parlamento, que representa la voluntad popular que me ha investido”[790]. Ya era el colmo. Quien en los últimos 90 días había amagado con renunciar tres veces y que en pleno combate no se había animado a tomar la decisión de jugarse el todo por el todo en Córdoba cuando la situación le era muy favorable, ahora pretendía dar otra de sus piruetas consistentes en sostener que su renuncia no era una renuncia siendo que encima los revolucionarios se hallaban totalmente fortalecidos y en las calles una exultante multitud estaba anticipando la celebración de su caída. Hasta los leales de la junta se hartaron de Perón y tras acaloradas discusiones, le quitaron el apoyo esa misma noche.

Ahora sí, Perón estaba terminado.

La fiesta de los “enemigos”

Al día siguiente, martes 20 por la mañana, una delegación de la junta provisoria se trasladó al Crucero Argentina para dialogar con Roja, quien les impuso de manera concluyente que para terminar el conflicto, tanto el Presidente, como su Vice y todos los Ministros debían renunciar, y que el Gral. Lonardi se convertiría en el nuevo titular de un gobierno provisional a

partir del día 22 y además, que las unidades militares que lucharon a favor de la dictadura volverían a sus puestos a la espera de directivas de las nuevas autoridades. Con similar determinación, el Gral. Lonardi había manifestado desde Córdoba que no quería que ninguna "junta provisional" negociara nada con ellos, ni que se dialogara sobre ninguna pretendida transición, y con terminante carácter dispuso cinco condiciones rotundas que la endeble junta no se animó a contradecir ni cuestionar:

1. "Hacer saber que el Jefe de la Revolución desconoce toda autoridad a la Junta Militar constituida.
2. Que exige la inmediata rendición de las fuerzas militares adversas, y la entrega del Gobierno, sin otra condición que su promesa de que no se impondrán condiciones reñidas con la caballerosidad y el honor militar.
3. El retiro de la Provincia de Córdoba de todos los efectivos militares que han sido introducidos en la misma, y en zonas próximas a Bahía Blanca, durante la tregua.
4. Retiro y regreso a sus guarniciones de todas las unidades introducidas en la Provincia antes de la tregua.
5. No se admite la intervención de ningún gestor que no esté expresamente autorizado por el Jefe de la Revolución y subordinado a su autoridad"[791].

El 20 de septiembre, una espontánea multitud ya sintiéndose liberada de la represión gubernamental comenzó a destrozar y/o arrancar bustos, estatuas, carteles, afiches y retratos del dictador y su extinta esposa, los cuales poblaban absolutamente todos los lugares públicos del país tras diez años de personalismo agotador. El Padre Hernán Benítez, el legendario confesor de Eva, definió este escenario con singular originalidad: "Cuando todo suena a Perón, es que suena Perón"[792]

Para el día 23 de septiembre, entre banderas argentinas, pañuelos blancos e incontenibles lágrimas de emoción millones de argentinos se hallaban en las calles a la espera de que los jefes de la revolución triunfante arribaran por fin a Buenos Aires para asumir el nuevo gobierno. El Almirante Rojas fue uno de los primeros en llegar con el crucero General Belgrano: "La multitud vivaba a la Marina y a mi nombre. En el muelle, al pie de la planchada, aguardaban mi mujer y mis dos hijas, María Teresita y María Lía. Beba tenía un gran ramo de flores en los brazos y lloraba"[793] recuerda.

En ese ínterin, en el aeropuerto de Buenos Aires se habían dado cita entre un numerosísimo público los generales Aramburu, Uranga, Bengoa, Forcher y Bergallo para aguardar el arribo del Gral. Lonardi que se dio a las 12.30hs. El Almirante Rojas también se había apersonado hasta allí y lo esperaba al pie de la escalerilla del avión, por donde descendió el flamante jefe de la revolución y Presidente de la República en medio de una ensordecedora ovación: "Era la primera vez que lo veía, sólo nos conocíamos por fotos. Nos abrazamos, nos felicitamos. Nos rodearon Generales que venían a saludar a Lonardi; él les retribuyó, pero con sobriedad. El Aeroparque estaba lleno de gente, pero había que ir a la Casa de Gobierno para la jura. Tomamos el auto con nuestros dos edecanes y salimos por la Costanera" recuerda Rojas, agregando que en el trayecto "Íbamos conversando sobre los acontecimientos, aunque no quedaba mucho tiempo porque eran muchos los saludos que debíamos contestar a derecha e izquierda. Cuando llegamos a la plaza de Retiro toda la barranca parecía un hormiguero, y todas las calles que bajan hacia Leandro Alem estaban llenas de gente con banderitas. Marchábamos por esta avenida cuando Lonardi me dijo:

-Almirante: ¿Usted me acompañaría en el Gobierno de la República, como Vicepresidente?"[794]

El gran escape

"!Hijo de puta, cobarde de mierda, nos deja solos!"[795] vociferaba un indignado Arturo Jauretche. En efecto, un despavorido Juan Perón huía en auto a la Embajada del Paraguay (representada por el Embajador Juan Chávez) a pedirle refugio a su colega, el dictador Stroessner. El fiel Ignacio Cialcetta acompañó al fugitivo en el coche durante el trayecto hacia la Embajada y recuerda aquella vivencia con estas palabras: "Perón totalmente callado"[796]. El Embajador paraguayo los recibió amigablemente pero temió que trascendiera la noticia de que Perón estaba allí y la gente agrediera la residencia: "fallaron los comandos civiles, porque debieron haber entrado en la Embajada del Paraguay y haber hecho la justicia que correspondía"[797] lamentará luego el Almirante Rojas.

Pero ante el amenazante clima, el previsor diplomático Chávez obró con celeridad: "Fui informado de que a pocas cuadras de la Embajada, grupos

de gente gritaban contra el General Perón. Ante esta circunstancia le expresé al General que no era prudente permanecer en la Embajada, y le pedí trasladarse conmigo a mi residencia particular, sita en el barrio Belgrano. Aceptó el General Perón y juntos nos fuimos a mi casa en mi auto por la avenida Gaona, a donde llegamos a las ocho de la mañana" detalló el Embajador, añadiendo que "Durante la permanencia en mi casa particular el general Juan Domingo Perón se condujo con la mayor serenidad, sin emitir juicios contra nadie ni sobre la situación revolucionaria de la Argentina" y desde la casa del diplomático se decidió nuevamente trasladar a Perón a la cañonera Paraguay, que era precisamente una embarcación del Estado paraguayo que estaba amarrada en reparación en el puerto de Buenos Aires y al ser ésta un buque extranjero, se pretendía darle asilo y refugio oficial al polémico huésped: "Nuevamente fui informado de disturbios callejeros cerca de mi domicilio particular. Ante la gravedad del momento resolví llevar al general Perón a la cañonera"[798] detalló Chávez.

Fue entonces cuando con un maletín que llevaba algunas pertenencias, 2 millones de pesos y 70 mil dólares, el dictador caído en desgracia fue rápidamente trasladado en automóvil y al fin cobijado en la citada cañonera extranjera, la cual se hallaba tripulada por unos 80 militares del Paraguay que recibieron con total sorpresa y asombro al disputado visitante.

El flamante Canciller del gobierno de la Revolución Libertadora, Mario Amadeo, recuerda que en esas horas "había intensa curiosidad por conocer la actitud que adoptaría el gobierno y no faltaban voces, dentro y fuera de él, que propugnaban el desconocimiento del asilo y aun –en el caso de algunos exaltados- el apoderamiento del refugiado mediante un acto de fuerza"[799] y es el propio Almirante Rojas quien reconoce haber sostenido esa sensata postura de acabar con el problema sin mayores trámites: "Como yo sabía que Perón estaba refugiado en la cañonera paraguaya y que podía escaparse por ahí, dispuse una formación de torpederas para que impidiesen la huida de la cañonera y, si no se entregaba, la hundiesen"[800].

A pesar de estas presiones fue el Presidente Eduardo Lonardi quien en desmesurado gesto misericordioso decidió garantizarle a Perón un escape sin sobresaltos y por fin el 24 de septiembre el gobierno provisional brindó el siguiente comunicado: "en forma terminante, el gobierno provisional ofrece toda clase de garantías al ex presidente de la nación, general Perón,

embarcado en una nave militar perteneciente a un país amigo y en donde ha buscado asilo voluntario"[801].

Por estar en reparación, la cañonera no podía zarpar y obraba para Perón de mero refugio transitorio, motivo por el cual él permanecería nueve días allí para luego abordar (salvoconducto mediante) un avión Catalina paraguayo y al fin abandonar el país volando rumbo a Asunción, la capital del país anfitrión. Fue durante esos días de espera en la cañonera cuando un poco más recuperado del susto, Perón se hizo de un espacio de tiempo para escribirle una epístola a la menor Nelly Rivas (carta que fuera entregada en mano por Perón al Embajador del Paraguay para hacérsela llegar a la niña) en cuyos pasajes decía:

"Querida Nenita:

Lo que más extraño es a la Nena y a los perritos les decía hoy a los muchachos paraguayos (...) Nenita: quedate tranquila, con lo que te dejé podrás vivir un tiempo. En cuanto llegue te mandaré buscar y así los dos solos haremos una vida tranquila donde sea. Estoy muy cansado y necesito un tiempo tranquilo. Sé que lo lograré...[S]os lo único que tengo y lo único querido que me queda. Te imaginarás que te recuerdo todo el día (…)

Un gran beso de tu Papi. Juan Perón"

Por fin, el 3 de octubre y habiéndose ultimado los detalles del acuerdo del traslado de Perón entre ambos gobiernos, cerca del mediodía acuatizó un avión Catalina en un mal clima signado por las aguas agitadas. Luego, desde la cañonera se desprendió una barquichuela tripulada por Perón (con rostro visiblemente cansado y temeroso), el canciller Mario Amadeo (en representación del flamante gobierno argentino), el embajador Chávez, el general Cardozo, el mayor Cialceta y el capitán de navío Barbita. La misma se aproximó al hidroavión y cuando llegó el momento del arribo un vacilante movimiento de Perón lo hizo tropezar y si no cayó al agua fue gracias al auxilio inmediato que le brindó el Canciller Amadeo: "gracias Señor Ministro" dijo cortésmente Perón reponiéndose, y sin más se subió a la aeronave que, escoltada por dos aviones argentinos de la Fuerza Aérea, partió rumbo a las tierras dominadas por Stroessner.

Capítulo 15: Revolución y después

¿Un gigante de cartón?

Una semana antes de que se consumara la Revolución Libertadora, el General Eduardo Lonardi, oficial retirado, sin mando de tropa, sin un programa previamente acordado con sus camaradas de armas (ni siquiera conocía en persona al Almirante Rojas) y sin coordinación alguna con los partidos políticos opositores osó viajar sin custodia en un micro de línea (acompañado de su mujer y su hijo) desde Buenos Aires a Córdoba con su uniforme militar doblado en un bolso de mano y una semana después, regresó a Buenos Aires como Presidente de la Nación. Indudablemente, lo suyo fue una hazaña digna de quedar en los anales de la historia: en ese lapso Lonardi tomó personalmente la Escuela de Artillería de Córdoba, tras ocho horas de desigual combate logró la rendición de la Escuela de Infantería, luego se plantó quijotescamente frente al Ejército leal (que lo quintuplicaba en efectivos) hasta hacerlo hocicar, paralizó al hegemónico Congreso de la Nación, neutralizó al movimiento sindical que días atrás había recibido la orden de matar “5 por 1” y se mantuvo imperturbable ante el bombardeo informativo de los medios de comunicación, todos en manos del régimen.

O lo de Lonardi fue una verdadera epopeya o el desmoronamiento de Perón y de todas sus estructuras dependientes fueron al margen del arrojo de Lonardi. Dicho de otro modo: ¿fue Lonardi un súper-héroe o fue Perón un gigante de cartón? Los súper-héroes no existen y en todo caso Lonardi obró inequívocamente como un héroe pero a su vez, Perón demostró que lo que verdaderamente tenía de gigante era su verba: “¡Compañeros!: los jefes de esta asonada, hombres deshonestos y sin honor, han hecho como hacen todos los cobardes: en el momento abandonaron sus fuerzas y las dejaron libradas a su propia suerte. Ninguno de ellos fue capaz de pelear y hacerse matar en su puesto. Compañeros: nosotros, los soldados, sabemos que nuestro oficio es uno solo: morir por nuestro honor; y un militar que no sabe morir por su honor no es digno de ser militar, ¡ni de ser ciudadano argentino!” arengó el bocón el 29 de septiembre de 1951 tras la frustrada rebelión de Menéndez. Pero cuatro años después él mismo escapaba sin morir, sin pelear,

abandonando a los suyos y sin el menor gesto de honor. “Si el pueblo no me necesita, como argentino me sentiré más seguro en la cárcel que en ninguna Embajada extranjera. Digo esto no para no atribuirme méritos, sino para hacer resaltar la diferencia que hay entre nosotros y estos opositores a la violeta, que cuando se resfrían se van a una Embajada como exiliados” disparó en 1952. Pero en 1955 buscó desesperadamente escondite en la primera Embajada que le diera cabida. Sin embargo, lo más curioso de todo este desenlace no son las mentiras y contradicciones en las que con insistencia y habitualidad recurría Perón, sino el hecho de que en septiembre de 1955 él le sobraba estructura política y militar como para haber podido aplastar a la revolución si acaso hubiese tenido verdaderos dones de mando militar y hubiese contado con las suficientes agallas como para asumir la responsabilidad de liquidar a los rebeldes en Córdoba. Vale decir: sin quitarle el menor mérito a los jefes revolucionarios y a sus heroicos hombres, si la misma prepotencia discursiva con la que Perón se pavoneaba desde los balcones la hubiese portado y aplicado como militar y jefe de Estado, muy probablemente el dictador no hubiese terminado escapando tan deshonrosa y miserablemente: “La frustración de quienes confiaron en él debe haber sido tremenda. Entre nosotros su fuga vergonzosa no dio lugar a manifestaciones de alegría”[802] anotó asombrado en su libro el contralmirante Jorge E. Perren, jefe del comando revolucionario de la base naval de Puerto Belgrano.

“Mejor que decir es hacer” decía siempre Perón, aunque paradojalmente si analizamos sus dichos y sus hechos notamos que durante los momentos cruciales o decisivos de su trajinada vida política y militar su gallardía acabara siendo oral y en su actuar concreto no hiciera más que desdecirse y/o autodestruirse, obrando como un verdadero gigante con pies de barro o una suerte de Goliat[803] de las pampas.

Es too much!

Perón no sólo obró sin honor ni dignidad durante la Revolución Libertadora sino que tampoco contó con dichos atributos con posterioridad, es decir, a la hora de reflexionar sobre lo sucedido. En efecto, tras fugarse intentó ensayar de inmediato explicaciones acerca del porqué de su caída, y una de sus primeras ficciones, sostenida el 5 de octubre de 1955 (semana posterior a la Revolución) se la concedió a la agencia norteamericana *United*

Press en donde manifestó que su destitución obedeció a la conspiración desatada por determinados nacionalistas locales que se opusieron a su política "entreguista" para con la petrolera norteamericana *Standard Oil:* "Las causas son solamente políticas. El móvil, la reacción oligarco-clerical para entronizar el conservadorismo caduco; el medio, la fuerza medida por la ambición y el dinero. El contrato petrolífero, un pretexto de los que trabajaban de ultranacionalistas sui generis"[804]. Es decir, el fugitivo alegaba haber caído por culpa de los chauvinistas que no entendieron su acuerdo bilateral con el capitalismo estadounidense. Argumento raro el de Perón, teniendo en cuenta que posteriormente él mismo inventó que la causa de su caída fue paradojalmente consecuencia de una conspiración del capitalismo estadounidense: "A nosotros no nos volteó el pueblo argentino: nos voltearon los yanquis; y quién sabe si hubiéramos tomado otras medidas: tal vez hubiese venido una invasión como la de Santo Domingo (…) Todo fue orquestado por los Estados Unidos"[805]. Incluso, uno de sus delirios explicativos más intensos sobre esta última "tesis" la brindó Perón en el mes de noviembre de 1955 en Panamá, cuando se justificó ante la prensa diciendo que se fue de la Argentina para evitar una invasión norteamericana y de la "sinarquía internacional": "P- General, si las fuerzas leales eran superiores a los insurgentes y además el pueblo estaba con Ud. y la CGT pidió armas para defender al gobierno ¿por qué no resistió? – JDP: ¿qué resolvíamos con eso? La sinarquía internacional se nos iba a echar encima más ruidosamente, quizás nos iban a mandar marines (marinos norteamericanos), pudieron haber muerto un millón de argentinos. ¿Qué favor le haríamos al país?"[806]. ¿En qué quedamos?. ¿Lo voltearon los nacionalistas por "cipayo" o lo voltearon los norteamericanos por "anti-imperialista"? Las recurrentes ficciones de Perón no pasan la prueba de la risa, no sólo por sus insalvables contradicciones sino porque en esta última fantasía suya (la de pretender evitar una "invasión norteamericana"), es el propio dictador el que semanas antes de huir le acababa de entregar la explotación del petróleo en bandeja a los Estados Unidos, y luego alegaba haber desistido la lucha para evitar una inminente invasión estadounidense, la cual acudiría en apoyo de la Revolución Libertadora que fue justamente la que días después anuló los contratos petroleros con la Standard Oil norteamericana que solícitamente había firmado Perón!

Sin embargo, meses después, Perón intentó reformular sus risueñas e inconsistentes excusas y para tal fin elaboró un libro auto-justificativo

titulado “La fuerza es el derecho de las bestias”, en el cual sostuvo entre otras cosas que él renunció a la presidencia para salvar la refinería de petróleo que amenazaba bombardear la Marina, puesto que para él esa fábrica le despertaba una especial ternura: “yo la consideraba como un hijo mío. Yo había puesto el primer ladrillo” anotó sentimentalmente, siendo que además el bombardeo implicaría “la destrucción de 10 años de trabajo y la pérdida de 400 millones de dólares”[807]. ¿O sea que el jefe militar de una revolución “anti-oligárquica” abandona a sus “descamisados” a merced de los “explotadores” para salvar la integridad de una simple refinería que al cederla iba a ser luego usufructuada no por “su pueblo” sino por los “explotadores oligarcas”? Es decir, por un posterior gobierno “gorila” que por supuesto obraría al servicio del “imperialismo y las clases dominantes”.

Pero como estas estulticias justificativas no encajaban en ningún razonamiento que pretenda tomarse por serio, en ese mismo libro Perón tomó la precaución de completar su frágil explicación con un argumento un poco más elegante al sostener que en verdad se fue para “no derramar sangre” puesto que además él mismo se negó a armar a los obreros para defender su gobierno: “Influenciaba también mi espíritu la idea de una posible guerra civil de amplia destrucción, y recordaba el panorama de una pobre España devastada que presencié en 1939. Muchos me aconsejaban abrir los arsenales y entregar las armas y municiones a los obreros, que estaban ansiosos de empuñarlas, pero hubiera representado una masacre, y probablemente la destrucción de medio Buenos Aires”[808]. ¿O sea que el “macho”, el Primer Trabajador, el “Gran Conductor”, el General de la Nación y el Libertador de la Nueva Argentina tras haberle ordenado a su pueblo “dar la vida en su puesto de combate” y exhortarles “que caigan cinco de ellos por cada uno nuestro” ahora cedía ante la “oligarquía” bajo el argumento postrero de que no querer “derramar sangre” tras negarse otorgarles armar a los obreros que según él estaban “ansiosos de empuñarlas”? Resulta muy curioso este último silogismo pacifista de Perón, puesto que en carta escrita y remitida en 1956 a John William Cooke, el propio Perón escribió exactamente todo lo contrario y encima culpó a sus colaboradores militares de no haberse animado a armar a los obreros: “Tanto Lucero como Sosa Molina se opusieron terminantemente a que se le entregaran armas a los obreros, sus generales y sus jefes defeccionaron miserablemente, sino en la misma medida que la marina y la aviación, por lo menos en forma de darme la sensación que ellos preferían que vencieran los revolucionarios (sus camaradas) antes que el

pueblo impusiera el orden que ellos eran incapaces de guardar e impotentes de establecer”[809]. Luego, en su citado libro, Perón argumenta lo mismo que anotó en la carta a Cooke, pero en esta ocasión no culpó a sus militares sino a sus Ministros: “En los primeros días de septiembre (…) Como un reaseguro, propuse a los Ministros movilizar parte del pueblo, de acuerdo con la ley, para la defensa de las instituciones; pero no encontré acogida favorable por consideraciones secundarias, referidas al efecto que una medida semejante podría ocasionar en los Comandos que, siendo leales, se sentirían objeto de una desconfianza injusta”[810] y en reportaje concedido el 12 de junio de 1956 se despacha contra ministros y militares por igual agregando: “Yo no acuso de traidores a mis Ministros, que fueron fieles, pero sí los acuso de haberme impedido usar al pueblo para la defensa, con el tonto concepto de que lo harían las fuerzas militares, que en la prueba demostraron que no valían nada o que no querían defender al pueblo. Ésa es la verdad, dura pero la verdad. Yo debía haberlos destituido, pero desgraciadamente ya era tarde”[811].

Es decir, siempre echándole la culpa a los demás y sin la menor autocrítica, Perón primero anotó que no quiso “derramar sangre” ni “armar a los obreros” y en declaraciones separadas culpó a sus generales y Ministros de no haber tenido éstos la voluntad de aplastar la rebelión ni de haberse animados a armar a los obreros. Pero hay más chivos expiatorios usados por Perón para justificar su derrumbe. En el colmo de la ingratitud, el “Primer Trabajador” en sus memorias grabadas, culpó a su “pueblo trabajador” no sólo de cobardía sino de haber facilitado su derrocamiento: “nuestro pueblo, que había recibido enormes ventajas y reivindicaciones contra la explotación de que había sido víctima desde hacía un siglo, debía haber tenido un mayor entusiasmo por defender lo que se le había dado. Pero no lo defendió porque todos eran ´pancistas´…! Pensaban con la panza y no con la cabeza y el corazón!...Esta ingratitud me llevó a pensar que darles conquistas y reivindicaciones a un pueblo que no es capaz de defenderlas, es perder el tiempo…Si no hubieran existido todas esas cosas que le dan asco a uno, yo hubiera defendido el asunto y…salgo con un regimiento, decido la situación y termina el problema…También me desilusionaron los gremios. La huelga general estaba preparada y no salieron…Entonces llegué a la conclusión de que el pueblo argentino merecía un castigo terrible por lo que había hecho”[812].

En otra ocasión, en una de las fantasías más ocurrentes que Perón haya esbozado para explicar su derrocamiento, se animó a sostener que él defeccionó porque sus propios militares de confianza pretendían matarlo: “Si yo no me hubiera dado cuenta de la traición y hubiera permanecido en Buenos Aires, ellos mismos me habrían asesinado, aunque solo fuera para hacer méritos con los vencedores (…) de muchos ya tengo opinión formada como traidores, como cobardes y como felones”[813]. Pero curiosamente años después (en 1970) expuso todo lo contrario: “A mí las Fuerzas Armadas no me defeccionaron: sólo un pequeño sector de ellas. Si yo hubiese resuelto resistir no tenía problemas”[814].

No contento con todo este cúmulo de insensateces, más adelante en el tiempo Perón le expuso a su biógrafo Pavón Pereyra que él se fue por culpa de una conspiración pergeñada por el Primer Ministro de Inglaterra Winston Churchill en un contubernio conformado por el judaísmo, la masonería y el Papa: “Aquí es lícito hablar de factores supranacionales. Ya se sabe que el vaticanismo, la masonería y el sionismo aparecen simultáneamente unidos cada vez que se les disputan en las áreas nacionales el predominio del poder del espíritu, del poder político o del poder del dinero” agregando que “Nuestro error básico quizás haya consistido en no considerar a la lucha entablada contra el peronismo como un fragmento de la lucha secular con Inglaterra” resumiendo la componenda como una “vulgar estratagema churchilliana”[815]

De todas sus bromas explicativas, dejamos para el final la que consideramos más ficcionaria y es la que le brindó a Esteban Peicovich en reportaje concedido en Madrid en 1965, en donde la misma persona que se cansó de perseguir, torturar y encarcelar comunistas sostuvo que en 1955 cayó por falta de apoyo del comunismo internacional: “Si en 1954 Rusia hubiere estado tan fuerte como después, yo hubiera sido el primer Fidel Castro de América Latina”[816].

¿Sintetizamos tamaño abarrotamiento de incongruentes mentiras para no marearnos tanto? Tras excusarse de haber huido por culpa de los nacionalistas que lo voltearon como consecuencia de su acuerdo petrolero con el capitalismo estadounidense, Perón acusó luego a los Estados Unidos de haberlo derrocado (inminente invasión que iría en apoyo de los revolucionarios que derogaron el contrato petrolero que precisamente beneficiaba a los norteamericanos). Posteriormente sostuvo que escapó en

salvaguarda de su coqueta refinería, la cual al abandonarla dejaba en pleno usufructo a la "oligarquía". Seguidamente explicó su fuga inventando su pacífica pretensión de evitar derramar sangre al no querer armar a los obreros, pero luego culpó a sus generales de no haberlos armado, responsabilizó del mismo pecado a sus ministros y por último calificó de cobardía y pancismo a los mismísimos obreros por no haberse estos animados a empuñar armas en su defensa.

Pero todos estos divagues no le impidieron sostener a Perón en otra ocasión que a él lo volteó una conjura encabezada por el Primer Ministro inglés al encabezar una sórdida conspiración antiperonista conformada por el Vaticano, la masonería y el judaísmo. Y en el medio de todo este grotesco galimatías también supo perorar conque en verdad ocurrió que sus militares de confianza pretendían matarlo, aunque posteriormente sostuvo que no, que los militares locales jamás lo traicionaron y finalmente, quien fuera un confesado militar mussolinista y perseguidor de comunistas nos ilustró sosteniendo que en puridad él cayó por no contar con el anhelado apoyo soviético, lamentable ausencia que le impidió convertirse en el primer presidente comunista del hemisferio. ¡Es "too much"!

La verdadera causa del derrumbe

No haremos comentarios al respecto de esta catarata de mentiras informes a las que desordenadamente incurrió el dictador depuesto: creemos que no hacen falta y dejamos las mismas a la libre interpretación del paciente amigo lector. Pero lo concreto es que el hombre de armas que en 1951 se había burlado de sus camaradas por no pelear hasta la muerte huía sin pelear en 1955 para salvar su vida. El líder que se mofaba de los que se exiliaban en Embajadas no trepidó en refugiarse en la primera Embajada que lo escondiera. Quien se hacía llamar el "Primer Conductor" no se animó a conducir la represión militar, no supo conducir a sus Ministros para que lo apoyaran con las milicias populares, ni supo conducir tampoco a los obreros para que se movilizaran en su favor; y a la postre, como no supo justificar tamañas contradicciones insalvables, elucubraba a cada rato una renovada mentira para tratar de salvar su insalvable honor.

¿Cuál fue finalmente la verdadera causa por la cual cayó Perón entonces?. O formulando la pregunta de otro modo: ¿por qué Perón, contando

con una notable superioridad militar respecto de sus enemigos no confió en su triunfo. Que esto obedeció a falta de coraje personal creemos que está fuera de toda duda, pero probablemente esta carencia se agigantó cuando Perón advirtió que sus enemigos tenían una convicción inquebrantable y que iban a luchar hasta el final. Lonardi no se rendiría en Córdoba por mayor debilidad militar que tuviera, en Cuyo los rebeldes se habían consolidado, la Marina de guerra tenía una disposición militar irrevocable y miles de civiles antiperonistas estaban lanzados a luchar aunque más no sea con medios artesanales cueste lo que cueste en defensa de la libertad. En cambio, el burocratizado aparato peronista, aunque mayoritario, estaba plagado de corruptos, adulones, beneficiarios y arribistas que sólo tenían voluntad para aplaudir automáticamente a su líder a cambio de gozar de las ventajas de pertenecer a un oficialismo prebendario y clientelar. Por otra parte, su Ejército que también era mayoritario, estaba prostituido por militares oportunistas y obsecuentes que lucraban con automóviles y otros privilegios a lo que cabe sumar que muchos de sus cuadros oficiales se hallaban tironeados y conflictuados entre su Fe religiosa y su adhesión partidaria. Esta notable diferencia moral entre los sectores en pugna alimentarían las dudas y temores de Perón cuya única decisión por él tomada en esas jornadas fue remitirle a Lucero aquella carta de renuncia justo en el momento clave en el que él tenía que tomar la decisión final de abalanzarse sobre las tropas de Lonardi en Córdoba.

A Perón la idea de escapar del país desde el principio del conflicto no le fue ajena y su propensión consciente o inconsciente a huir lo confirman no sólo sus insistentes amagues de renuncias durante las últimas semanas de gobierno, sino el hecho de que Perón antes de mandarle la carta a Lucero envió a “su” empresario Jorge Antonio a la Embajada de Alemania, para negociar eventual asilo político[817], el cual le fue denegado.

Cierta vez, Perón se refirió nuevamente al tema aquí tratado y en un excepcionalísimo intervalo de relativa sinceridad dejó a un lado sus invenciones y reconoció indirectamente lo que estamos sosteniendo: “Nuestros enemigos no nos han derrotado; sino que hemos caído víctimas de nuestras propias debilidades internas. O, con mayor rigor, de nuestras defecciones, de nuestro aburguesamiento. Un movimiento político cuyos dirigentes no estén dotados de una profunda moral, que no estén persuadidos de que ésta es una función de sacrificio y no una ganga; que no estén armados de probada abnegación; que no sean hombres humildes y trabajadores; ese

movimiento está destinado a morir, a corto o largo plazo, tan pronto trascienda que los hombres que lo conducen y dirigen no tienen condiciones suficientes para hacerlo. Muchas veces he dicho que los pescados y las instituciones se descomponen por la cabeza (…) En los equipos dirigentes, amén del desgaste propio del ejercicio del poder, defeccionó el espíritu de lucha, en tanto la corrupción burocrática, el descreimiento, la desidia, ganaban terreno hasta pudrir nuestros mejores elementos y volver aleatorias las intenciones mejor inspiradas”[818]. Como vemos, en esta reflexión más o menos acertada, Perón cuestionó el abatimiento de su sistema montado y a sus “equipos dirigentes”, aunque en ningún momento se reprochó nada a sí mismo y le faltó aclarar en su reflexión que el primero en “defeccionarse”, “aburguesarse”, “carecer de profunda moral” y “perder el espíritu de lucha” fue él mismo.

Queda claro que la autocrítica nunca fue uno de los puntos fuertes de Juan Perón y siempre las esquivó abrevando en falsedades o contradicciones luego desmentidas por el propio interesado: “No pienso seguir en la política porque nunca me interesó hacer el filibustero o el malabarista… Yo ya tengo bastante con estos diez años de duro trabajo, sinsabores, ingratitudes y sacrificios de todo orden…No deseo andar dando lástima como les sucede a algunos políticos octogenarios”[819] exclamó semanas después de escapar del país. Y como él nunca fue muy riguroso con la palabra empeñada, 17 años después regresó al poder secundado por el terrorismo montonero, el gangster José López Rega y la bataclana Isabelita. Pero todo este último grotesco forma parte de otra historia muy posterior en el tiempo y en la biografía de Juan Domingo Perón que quizás en otro momento tengamos la iniciativa de contar y continuar.

Por lo pronto, si bien sus detractores siempre acusaron a Perón de haber sido un cobarde y él nunca hizo méritos para contradecirlos, al fin y al cabo dice un viejo refrán que “soldado que huye sirve para otra guerra”.

Capítulo 16: Tres reflexiones finales

¿Puede Perón encuadrarse ideológicamente?

Perón siempre resultó un espécimen muy difícil de encasillar. Tan desfachatado como encantador y tan original en sus modos para transmitir ideas como ladrón de su contenido, el polémico caudillo siempre manejó un bagaje ideológico asistemático, ambiguo y superficial al que echó mano para redondear la nada: "El peronismo no es sectario. Algunos dicen que es un partido centrista; grave error. El partido centrista, como el izquierdista y el derechista, es sectario y nosotros somos totalmente antisectarios. Para nosotros no hay nada de cierto ni nada que se pueda negar, previo a una aprobación que nosotros hacemos y en el método que aplicamos. Nuestra tercera posición no es una posición centrista. Es una colocación ideológica que está en el centro, a la izquierda o a la derecha según los hechos. Obedecemos a los hechos. Nosotros creemos que no somos causa, sino apenas una consecuencia de estos hechos"[820], rebuscado paralogismo sólo superado por este otro elástico aforismo suyo: "Nosotros no somos ni intervencionistas ni anti-intervencionistas; somos realistas. El que dice 'intervencionista' no sabe lo que dice; hay que ubicarse de acuerdo a lo que exigen las circunstancias. Las circunstancias imponen la solución. No hay sistemas ni métodos, ni reglas de economía en los tiempos actuales. Hay soluciones concretas frente a un problema también concreto. Resuelto ese problema se va a presentar otro quizás también diametralmente opuesto al anterior. A éste le daremos una solución contraria al anterior, pero no por sistema, sino por inteligente apreciación y reflexión del caso concreto"[821].

Esta desconcertante imprecisión discursiva no sólo lo habilitaba a Perón para tomar cualquier medida política sin que esta contradiga jamás su "doctrina" sino que fundamentalmente era esa indefinición la que le permitía además capturar sufragios y voluntades a todo propósito: "Yo mando en conjunto, pero no en detalle…¡no estoy con nadie; estoy con todos¡"[822] y en el aire añadía "yo no soy juez…Yo estoy para llevarlos a todos, buenos y malos... Porque si quiero llevar sólo a los buenos me voy a quedar con muy poquitos. Y en política con muy poquito no se puede hacer mucho"[823].

Signado por su formación castrense, influido por el fascismo, salpicado por lecturas dispersas y aferrado a un ingenioso autodidactismo, Perón tenía la cultura política de un diletante promedio de su tiempo, pero contaba con el valor agregado de sus irrefrenables ambiciones personales y de la grandilocuencia de sus formas: su cautivante oratoria en público y sus notables dotes de seductor en el trato personalizado disfrazaban o compensaban las limitaciones intelectuales y conceptuales de su mensaje.

Pero a pesar de lo rudimentario y disperso de su formación en la ciencia política, Perón se dio el gusto de publicar numerosos libros de bajo vuelo académico y lo único realmente elaborado y bien logrado que a él se le conoce haber firmado fue el discurso que se le ordenó escribir al Padre Juan Sepich[824], el cual fue encargado para ser leído en un importante Congreso de Filosofía llevado a cabo en Mendoza en abril 1949, en el cual Perón debía brindar una ponencia de clausura del simposio. Se supone que allí buscó impresionar a los prestigiosos asistentes y es por ello que Perón encomendó que le hicieran una puntillosa disertación que intentara explicar su "doctrina" de manera facultativa y en consecuencia, le armaron un texto abarrotado de referencias a célebres pensadores clásicos y contemporáneos. Este solemne discurso se publicó luego en un folletín titulado "*La Comunidad Organizada*"[825] y fue considerado desde entonces por Perón como "la base doctrinaria" del justicialismo.

Perón se consideraba a sí mismo un pensador de fuste y con nulo criterio llegó a jactarse de lo siguiente: "La doctrina peronista es la solución integral de los problemas políticos, sociales y económicos del mundo contemporáneo"[826], ofreciendo entonces su salvífico catecismo personal de manera generosa como patrimonio común de la humanidad: "El justicialismo es una doctrina argentina para los argentinos pero sus principios generales de contenido profundamente cristiano y humanista pueden ser aplicados en cualquier país del mundo. Como tercera posición ideológica, distinta del capitalismo y el comunismo, yo la ofrecí al mundo como solución en 1947"[827].

Más allá de sus desopilantes jactancias, va de suyo que Perón no sólo no fue un intelectual sino que como pretendido "pensador" nunca alcanzó a ser más que un asainetado "filósofo" de copetín que buscaba conmover el costado emocional de sus interlocutores (quienes tampoco solían ser del mundo académico precisamente): "El peronismo es humanismo en acción

(…) una concepción en lo social, que iguala un poco a los hombres…en lo económico, procura que todo lo argentino sea para todos los argentinos…Y el peronismo se aprende, no se dice: se siente o no se siente. El peronismo es una cuestión del corazón más que de la cabeza”[828] sentenciaba Perón y tenía razón: jamás apuntó a despertar el recto criterio sino el irreflexivo fervor de sus oyentes y aplaudidores.

Asimismo, cabe precisar que lo mucho que Perón puede haber dicho o escrito en su vida, ello siempre debe ser relativizado o tomado con cautela, puesto que era tan mentiroso que solía adaptar sus rudimentarios adagios conforme su conveniencia personal o según la ideología del interlocutor al que él pretendía dirigirse o seducir, y así fue como para congraciarse con el periodista conservador Roberto Aizcorbe (entrevista realizada en Madrid en 1967) ocurrió lo siguiente: “Encendedor en mano, Perón brinca hacia mí y mientras prende mi cigarrillo, con gesto familiar me palmea, y acercando su rostro al mío y guiñando el ojo con gesto de complicidad me dice: -¡Pero mi amigo…! ¡Si yo también soy ´vacuno´…! Mi padre se comió tres estancias haciendo política conservadora. Pero como ya le advertía yo, tenemos que darle algo a los de abajo, para que no nos corten las orejas”[829] sin que esta sobreactuación suya le impidiera luego decirle a su biógrafo Pavón Pereyra “Yo no puedo pactar con los conservadores por una razón muy sencilla: me propongo destruirlos”[830]. De manera similar, quien para su propio endiosamiento se hizo fabricar una marcha partidaria cuyo bullicioso estribillo enfatizaba “combatir el capital”, no tuvo reparos en confesarle al Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos Henry Holland su devoción por el capital: “en los primeros años de mi vida política debí adoptar un punto de vista fuertemente marxista para capturar el apoyo de las masas, que estaban predispuestas en esa dirección. Gradualmente fui variando esa posición hacia la derecha, conservando el pueblo a mi lado. Ahora me seguirán, apoyando una abierta posición anticomunista y a favor de la libre empresa”[831]. Vaivenes discursivos estos desprovistos de toda honorabilidad, que Perón supo repotenciar al escribirle en 1963 a Rafael García Serrano, el legendario escritor devoto de José Antonio Primo de Rivera (el fundador de la Falange franquista) el siguiente parangón: “El justicialismo y el falangismo son la misma cosa separadas sólo por el espacio (…) me halagan sus palabras de falangista que, para nosotros, suenan a camaradería”[832], anotación “josé-antoniana” que tampoco le impidió al inconsecuente dicente cuatro años después lamentar el deceso del guerrillero

comunista Che Guevara de esta manera: “ha muerto el mejor de los nuestros”[833]. Va de suyo que quien pasa del franquismo al castrismo en un santiamén tampoco tiene mayores inconvenientes morales en jugar con fuego en este indecoroso malabarismo dialéctico al alentar el homicidio generalizado que llevó adelante la organización terrorista de izquierda Montoneros cuando tras sindicarla como “mi juventud maravillosa” y arengarla con un “Si yo tuviera 50 años menos, no sería incomprensible que anduviera ahora, colocando bombas o tomando la justicia por mi propia mano”[834] terminara meses después tildando a los mismísimos Montoneros como “mercenarios e infiltrados” y masacrándolos con el auxilio del chamán José López Rega y su Alianza Anticomunista Argentina: “El aniquilar cuanto antes este terrorismo criminal es una tarea que compete a todos los que anhelamos una Patria justa, libre y soberana”[835] le arrojó Perón a sus ex “mis muchachos”.

En suma, Perón fue un adherente aprovechador del orden conservador de los años ´30, filo-fascista en los ´40, privatista resignado en 1955, sedicente falangista en 1963, socialista revolucionario 1967, pro-montonero en 1970 y “lopez-reguista” contrarrevolucionario a partir de junio de 1973. Todas estas impudorosas piruetas aquí mencionadas sólo son relativas a las manifestaciones ideológicas de Perón, puesto que si nos atenemos a sus jugarretas estrictamente políticas, nuestro biografiado acróbata votó por Yrigoyen en 1916, a quien luego contribuyó a derrocar en 1930. Se benefició profesionalmente como funcionario del orden conservador cuya hegemonía terminó con el golpe que él promovió en 1943 (golpe dado con el fin de respaldar mundialmente al Eje al cual paradojalmente Perón le declaró la guerra dos años después). De ese golpe contra el orden conservador del cual él se benefició surgió la presidencia de facto del Gral. Rawson, a quien a su vez se derrocó dos días después para que fuera Presidente el Gral. Ramírez a quien Perón procuró derrocar en 1944, para que luego ocupara el Sillón de Rivadavia su testaferro Edelmiro Farrell y por último, después de su prolongado exilio, en 1973 Perón puso como Presidente a Héctor Cámpora a quien también derrocó tras los criminales sucesos peronistas conocidos como “La Matanza de Ezeiza”.

¿Dónde colocar a Perón ideológica o políticamente entonces? Justamente ante tamaño oportunismo político y/o verbal ha resultado más que difícil encontrar en la trajinada e informe trayectoria del popular dictador un

denominador común en su derrotero, aunque Vicente Massot en su obra "*Las Ideas de esos Hombres*" se aproximaría al resumir tres puntos clave que Perón (relativamente y no exento de zigzagueos) supo desprolijamente conservar en el tiempo. Ellos son: la noción de la "conciliación de clases", el "intervencionismo estatal" y la denominada "justicia social"[836]. Efectivamente, estos tres errores conceptuales de Perón[837] parecieran haber convivido -no sin vaivenes- en su vida política, y una de las pocas veces en que él expuso con relativa claridad aspectos de su impreciso discurso, lo hizo el 25 de agosto de 1944 en la ya transcripta exposición que brindó en Bolsa de Comercio de Buenos Aires: "si yo fuera dueño de una fábrica, no me costaría ganarme el afecto de mis obreros con una obra solidaria realizada con inteligencia (…) Para que los obreros sean más eficaces, han de ser manejados con el corazón. El hombre es más sensible al comando cuando el comando va hacia el corazón, que cuando va hacia la cabeza. También los obreros pueden ser dirigidos así, sólo es necesario que los hombres que tienen obreros a sus órdenes lleguen hasta ellos por esas vías, para dominarlos, para hacerlos verdaderos colaboradores"[838]. Con el tiempo, muchos sectores marxistas[839] sostuvieron que discursos como los de este último tenor confirmarían la "mentalidad fascista" de Perón, doctrina que (según estos simplificaban) consistiría en darle algún entretenimiento o concesión a los obreros a fin de que se mantengan anestesiados y de esta manera evitar que estalle una rebelión o lucha de clases. Luego, desde ideólogos de izquierda como Pablo Giussiani hasta los mismos guerrilleros del ERP[840] apoyaron con ahínco esta tesis, reforzada tras recordar la confesión del propio Perón: "es preferible saber dar un treinta por ciento que perderlo todo"[841]. Desde una perspectiva fundada en los dogmas de la superstición marxista, advertimos que la descripción tendría cierta consistencia dado que Perón en líneas generales no promovía la "lucha" sino la "alianza" entre las clases sociales mediante una fórmula constructivista y dirigista que él definió de esta manera: "Buscamos suprimir la lucha de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patronos al amparo de la justicia que emana del Estado"[842] y para despejar dudas respecto de la principal influencia ideológica que Perón tuvo en este asunto, tal como ya hemos visto él mismo confesó: "Reconozco que me deslumbré con la personalidad de Mussolini"[843] añadiendo que al volver de Italia, "Llegué a Buenos Aires con una terrible ansiedad por compartir con mis camaradas las nuevas ideas y teorías que en el campo social se estaban poniendo en marcha

en Italia, bajo la dirección de la portentosa figura de Mussolini"[844].

Al respecto, consideramos necesario efectuar dos aclaraciones: primero, que la pretendida "alianza de clases" promovida por Perón podría ser contemplada en materia económica pero no en materia gestual ni discursiva, puesto que en sus agresivas arengas y provocativas medidas demagógicas él supo fomentar el resentimiento exacerbando las divisiones sociales en vez de armonizarlas. Y en segundo término, vale precisar que el hecho de que nosotros aceptemos que Perón haya estado influido por el fascismo no implica que su gobierno haya sido estrictamente fascista (aunque haya contado con varios de sus aderezos). Más aún, un fascista de fuste que haya sido atento lector de pensadores del nivel de Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Carlo Sforza, Charles Maurras o Ezra Pound con legítimo derecho debería sentirse ofendidísimo toda vez que se le pretenda encajar a un personaje tan grotesco como Juan Perón dentro de su profuso acervo intelectual, político e ideológico.

Finalmente, ¿cómo encuadramos a Perón entonces? No le cabe una sola palabra definitoria, sino una distinta para cada uno de los aspectos de su compleja personalidad: sofista en lo discursivo, seductor en lo gestual, improvisado en lo académico, autoritario en lo institucional, estatista en lo económico, macartista en lo emocional, oportunista en lo político, fascista en lo estético y ausente en lo moral.

¿Fue Perón una valla contra el comunismo?

Por los argumentos expuestos más arriba, desde siempre quedó en el imaginario colectivo el mito (aceptado hasta por detractores de prestigio como Álvaro Alsogaray) de que el gran legado concreto y palpable de Perón en Argentina ha sido por sobre todas las cosas "frenar la penetración comunista". Y en lo aparente esto sería así, puesto que Perón vivía obsesionado en combatir el comunismo y para tal fin él sostendría que este tipo de sistemas intervencionistas consistentes en una compulsiva transferencia de recursos en favor de los asalariados y a expensas de las clases superiores serían su "antídoto" y así lo explicitaba: "yo no soy comunista ni mucho menos" agregando que "la solución de este problema hay que llevarla adelante haciendo justicia social a las masas. Ese es el remedio que al suprimir la causa suprime también el efecto" y refiriéndose a

las clase altas también decía “Es indudable que eso levantará la reacción y la resistencia de esos señores que son los peores enemigos de su propia felicidad, porque por no dar un 30 por ciento van a perder dentro de varios años o de varios meses todo lo que tienen, y además las orejas”[845].

Otra necesaria aclaración: cuando aquí subrayamos el carácter anticomunista de Perón no lo hacemos buscando la crítica, puesto que aunque pequemos de reiterativos, insistimos en decir que no nos parece desafortunado en absoluto el anticomunismo sino todo lo contrario, es un muy sano y noble sentimiento. Pero el problema radica en que Perón era un anticomunista en un país donde objetivamente no había un peligro comunista, o mejor dicho, en donde los comunistas de los años ´40 eran apenas un puñado de militantes política y electoralmente insignificantes. Consideramos entonces que Perón no salvó a la Argentina del comunismo, entre otras cosas porque el comunismo no era una amenaza para el país en ese entonces y además, ha sido confirmado por la historia que los dirigismos estatistas no han sido los antídotos más eficaces contra el marxismo sino su caldo de cultivo.

Ocurre que al fantasma del comunismo Perón lo había visto en otro contexto y a destiempo, no sólo en Italia sino también en España en los tiempos de la guerra civil, pero cuyas realidades no tenían absolutamente nada que ver con el de la Argentina de los avanzados años ´40, país que desde hacía décadas exhibía una evidente movilidad social ascendente que seducía a gran parte de la inmigración mundial y el comunismo era un mal ajeno y lejano a nuestra cotidianidad. En efecto, durante los años ´30 y ´40 los sectores populares gozaban de un estándar de vida por lejos superior al del grueso del concierto de las naciones y de los tres grandes partidos políticos existentes: uno era el conservadorismo, el otro la UCR y el tercero, el Partido Socialista. El primero era un partido de derecha con sesgo liberal, el segundo un partido de centro imprecisamente progresista y el tercero una fuerza reformista que promovía leyes sociales pero sin menoscabar en absoluto la propiedad privada ni la moneda sana. En cambio, el Partido Comunista Argentino desde su creación en 1918 jamás había logrado efectuar una marcha multitudinaria ni mucho menos colocar un mísero Diputado Nacional, ni Provincial y su deletérea influencia ideológica sólo infectaba círculos sociales políticamente discretos.

Con notable agudeza, en 1970, la organización católica *Tradición*

Familia y Propiedad (a la sazón dirigido por Cosme Beccar Varela) publicó un estupendo y controvertido libro en el cual, respecto del tema aquí abordado expresaba lo siguiente: “El carácter igualitario era mucho más ostensible en el peronismo que en el nazismo y el fascismo, de modo que lo que en éstos era más una realidad que un ´leit motiv´ de propaganda, en cambio en el peronismo era el ´leit motiv´. Porque un movimiento como el nazi o el fascista o el peronista no puede desarrollarse sin un tema fundamental de propaganda. En Alemania ese tema era el combate al comunismo, la cancelación de los efectos de la humillación de Versailles y la dominación mundial del Reich. En Italia era el combate al comunismo y la restauración del dominio italiano sobre el ´Mare Nostrum´ Mediterráneo.

En la Argentina esa problemática internacional no existía. Por otro lado, el peligro comunista de ningún modo se había tornado tan evidente para las masas como en Alemania e Italia. Perón entonces tuvo que escoger otro ´leit motiv´, que fue exactamente la ascensión del proletariado y el rebajamiento de las clases altas bajo la égida del principio revolucionario de la igualdad (…) la posición del peronismo frente al comunismo no fue tanto la de un adversario que quiere entablar una lucha a ultranza, sino más bien de un contemporizador que procura, por medio de concesiones al instinto nivelador, tomar el liderazgo de la revolución igualitaria”[846].

En efecto, el desmesurado temor e importancia que Perón le adjudicaba al peligro comunista lo impulsó a llevar adelante un sinfín de concesiones políticas y económicas a un enemigo imaginario arrastrando a la postre al país a una situación semi-revolucionaria que paradojalmente él decía querer evitar. Justamente, entre los años 40 y 50, con su demagogia obrerista, su estatismo económico y su verborrea igualitaria Perón pretendió generar respuesta a un mal virtualmente quimérico para la Argentina, sin advertir que a la postre su sistema de gobierno compartiría con sus enemigos marxistas la misma idolatría hacia el Estado y la misma desconfianza hacia el mercado y las libertades individuales, principios estos que en definitiva demostraron ser las herramientas más eficaces de freno al comunismo y que tan exitosamente había llevado adelante la Argentina hasta principios de los años ´40.

Por otra parte, el confusionismo ideológico promovido por Perón tanto en sus discursos como en sus acciones, abrió las puertas para que posteriormente dentro de su propio partido numerosos activistas y terroristas de izquierda intentaran llevar adelante una revolución comunista

aprovechando el ascendiente que este mantenía sobre las masas. Lo expuesto no significa en absoluto que peronismo y comunismo fuesen lo mismo ni mucho menos, pero sí cuestionamos que la receta pretendidamente superadora al comunismo que Perón ofreció, no sólo no lograba ser cabalmente antagónica al comunismo sino apenas un insuficiente mal menor que, sin advertirlo, le concedió gratuita e infantilmente al marxismo vernáculo un montón de pretensiones que este no estaba en condiciones de exigirle ni por la fuerza ni por los votos a absolutamente nadie en la pujante Argentina de primera mitad de siglo XX.

Finalmente, a quienes desde una perspectiva histórica han querido ver en Perón una suerte de “antídoto contra el comunismo”, vale recordarles que la única vez que la Argentina estuvo en peligro real de caer bajo las garras de este sistema fue en los años ´70, pero justamente por culpa de Perón, quien alentó con tanta irresponsabilidad como inmoralidad a las guerrillas castristas de la época, a las cuales tardíamente él combatió de una manera irregular inaugurando lo que luego se conoció como “la represión ilegal” en el marco de la denominada guerra sucia, de la cual ni los peronistas ni los terroristas nunca rindieron cuentas por sus crímenes y siempre se cargó la culpa de manera exclusiva y selectivamente sobre los militares, es decir sobre quienes fueron llamados por el propio gobierno peronista en 1975 para atacar las consecuencias de una guerra revolucionaria que Perón no vaciló en fomentar cuando le fue funcional a sus mezquinos intereses personales de coyuntura.

¿Cuál fue el legado de Perón entonces?

Si bien es imposible soslayar todo lo mucho que Perón siempre dijo, es mucho más útil a la hora de estudiarlo indagar sobre sus hechos concretos, puesto que como hemos visto en distintos pasajes del presente libro, la palabra empeñada nunca fue su fuerte y mucho menos lo fue su coherencia ideológica, siempre signada por su consabida falta de escrúpulos a la hora de armar y desarmar discursos según su desenfadado oportunismo personal. Por ende, no nos detendremos en estas anotaciones finales en el enredo académico tendiente a analizar un supuesto legado ideológico de Perón, siendo que además fue él mismo quien decía con insistencia que “mejor que decir es hacer” y entonces, desde el punto de vista del “hacer” concreto, no tenemos más que decir excepto que, su legado político, como todo legado,

queda expuesto al morir el causante, que en este caso fue el 1 de julio 1974 en pleno ejercicio de su caótica tercera presidencia, cuando se fue dejándole al país una guerra civil que él alentó, impulsada por terroristas de izquierda que él primero respaldó y luego ilegalmente combatió, en un clima institucional tambaleante con inflación galopante (que luego derivó en el estallido económico conocido como "Rodrigazo"[847]), con el futuro prófugo de la justicia José López Rega como hombre fuerte del gobierno y en un verdadero clima de anarquía que obró de antesala para el golpe cívico-militar de marzo de 1976 que hasta los mismos peronistas pidieron a gritos. En suma, si juzgamos el legado de Perón por sus hechos, esto y no otra cosa es en definitiva lo que él le dejó al país al morir, pero con un agravante más: él no murió repentinamente como consecuencia de un accidente automovilístico o de una imponderable fatalidad. Perón tuvo una muerte previsible y él era plenamente consciente de su edad avanzada y del delicado estado de salud que padecía, y nada del desastre que le legó al país le fue ajeno a su leal saber y entender, empezando por haber obrado con manifiesta mala fe al dejar como heredera dinástica de su trono a su tercera esposa, Isabelita. Una desdibujada bataclana que él había conocido frecuentando un sórdido cabaret en Panamá[848], con plena conciencia de que la susodicha no estaba a la altura de las circunstancias y a sabiendas de lo pernicioso y peligroso que todo este irresponsable acto hereditario le representaba a la Argentina.

Finalmente, Perón nos dejó también como legado un gigantesco partido político organizado, clientelar y mayoritario, el cual nunca se cansó de ganar elecciones, y el país a su vez, nunca se cansó de retroceder. Es decir, desde entonces la ex República Argentina paradojalmente se la ha pasado celebrando derrotas.

---

[1] Lobos es una pequeña ciudad de Argentina, cabecera del partido homónimo de la Provincia de Buenos Aires. Traza su origen a la fundación realizada el 2 de junio de 1802 por José Salgado. Cuenta con 29.868 habitantes (INDEC, 2010) y está ubicada a 100 KM de la ciudad de Buenos Aires.

[2] AIZCORBE, ROBERTO: "El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años", Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 205.

[3] Sin especificar que Juana Sosa fuese empleada del médico Perón, otras biografías como la de Norberto Galasso afirman que el vínculo de los padres de Juan Domingo Perón comienza en 1890 y en 1891 nace el primogénito Mario Avelino y efectivamente, en 1893 nace Juan Domingo. Ver GALASSO NORBERTO: “Perón, formación, ascenso y caída, 1893-1955”, Ed. Colihue, Bs.As., 2005, pág. 23.

[4] GAMBINI, HUGO: “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 17.

[5] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón...”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 17 y 18.

[6] AIZCORBE, ROBERTO: “El Mito Peronista. Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 205.

[7] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón...”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 21.

[8] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO: “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As. 2009, pág. 22.

[9] PAGE, JOSEPH A., “Perón: una Biografía”, Sudamericana, De Bolsillo, 1era edición, 2005, pág. 36.

[10] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón...”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 23.

[11] PEICOVICH, ESTEBAN: “Hola Perón”, Granica Editor, Segunda Edición, Bs.As., 1973, págs. 37, 38.

[12] Primero se inscribió en una escuela de la Capital Federal y luego en otras dos ubicadas en Olivos.

[13] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO: “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 26, 27.

[14] LUNA, FÉLIX: “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”. Ed. Sudamericana, 1984, pág. 418.

[15] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Ed. Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 38

[16] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 23.

[17] PAGE, JOSEPH A., “Perón una Biografía”, Ed. Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 39.

[18] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”. Editorial M.I.L.S.A**.** Argentina, 1993, pág. 29.

[19] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO: “Juan Domingo”, Ed. Sudamericana, BsAs. 2009, pág. 35.

[20] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 39.

[21] Íd., pág. 41.

[22] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO: “Juan Domingo”, Ed. Sudamericana, Bs.As., 2009, pág 38.

[23] Sólo hemos recogido un comentario provisto por el historiador peronista Claudio Chaves, quien señala que tras enviudar de su primer matrimonio, Perón viajó a visitar a su madre. Ver CHAVES, CLAUDIO: El Perón Liberal, lo que quiso ser y no pudo, Biblioteca Jorge Abelardo Ramos, 1999, 127 páginas.
También puede verse la versión online en el siguiente enlace: http://www.lapatriagrande.com.ar/LPGV2/biblioPeronLiberal.html

[24] PEICOVICH, ESTEBAN: “Hola Perón”, Granica Editor, Segunda Edición, Bs.As., 1973, pág. 62.

[25] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 19.

[26] PEICOVICH, ESTEBAN: “Hola Perón”, Granica Editor, Segunda Edición, Bs.As., 1973, pág. 62.

[27] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 40.

[28] Íd., pág. 19.

[29] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO: “Juan Domingo”, Ed. Sudamericana, Bs.As., 2009, pág 36.

[30] La Ley Sáenz Peña o Ley 8.871, fue sancionada por el Congreso de la Nación Argentina el 10 de febrero de 1912 durante el gobierno conservador, el cual estableció el voto universal, secreto y obligatorio para los ciudadanos argentinos varones, nativos o naturalizados, mayores de 18 años de edad, habitantes de la nación y que estuvieran inscriptos en el padrón electoral.

[31] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO: “Juan Domingo”, Ed. Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 47.

[32] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 48.

[33] Llegó a ser Gobernador de la Provincia de Buenos Aires durante parte de la prolongada presidencia de Perón.

[34] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Ed. Sudamericana de Bolsillo, 1era edición, año 2005, pág. 41

[35] AIZCORBE, ROBERTO: “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 206.

[36] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 65.

[37] En verdad era la traducción de un libro gráfico con anotaciones en idioma alemán.

[38] PEICOVICH, ESTEBAN: “Hola Perón”, Granica Editor, Segunda Edición, Bs.As., 1973, pág. 63.

[39] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO: “Juan Domingo”, Ed. Sudamericana,

Bs.As., 2009, pág. 56.

[40] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 65.

[41] Íd., pág. 75.

[42] La Gran depresión, también conocida como crisis del veintinueve, fue una crisis económica mundial que se prolongó durante la década de 1930, en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Su duración depende de los países que se analicen, pero en la mayoría comenzó alrededor de 1929 y se extendió hasta finales de la década de los años treinta o principios de los cuarenta. La misma se originó en los Estados Unidos, a partir de la caída de la bolsa del 29 de octubre de1929 (conocido como Martes Negro, aunque cinco días antes, el 24 de octubre, ya se había producido el Jueves Negro), y rápidamente se extendió a casi todos los países del mundo.

[43] Fue Presidente entre 1916-1922 y volvió a consagrarse como tal en 1928.

[44] CHAVES, CLAUDIO, “El Perón Liberal, lo que quiso ser y no pudo”, Biblioteca Jorge Abelardo Ramos, 1999, 127 páginas. También puede verse la versión online en el siguiente enlace: http://www.lapatriagrande.com.ar/LPGV2/biblioPeronLiberal.html

[45] Lunfardo (Argentina). (pop.) Rebelión o conspiración militar.

[46] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 86.

[47] PAGE, JOSEPH A., Perón, una Biografía, Ed. Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005. Pág 46

[48] Los Errores de los Militares en el Siglo XX-M.H. Laprida. Ed. De autor, Bs.As., 1994.

[49] Nuestro Tiempo – Félix Luna – citado en Los Errores de los Militares en el Siglo XX-M.H. Laprida.

[50] MASSOT, VICENTE: Matar y Morir, la violencia política en la Argentina (1806-1980), Ed. Emecé, 2003, pág. 167.

[51] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Ed. Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 47.

[52] PERÓN, JUAN DOMINGO: Reflexiones sobre Yrigoyen y el Golpe de 1930. Reportaje concedido en 1970 a Tomás Eloy Martínez. Escuchar audio completo en el siguiente enlace:
https://www.youtube.com/watch?v=GnWktZeXrZ0

[53] “Peludo” era el apodo popular con el que se conocía al Presidente Hipólito Yrigoyen, dado su personalidad hermética y su aversión a mostrarse en público.

[54] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 89.

[55] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Ed. Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 48

[56] Como en verdad Perón simpatizaba con una línea golpista que estaba promoviendo el

Gral. Agustín P. Justo (y que hasta el golpe rivalizaba con Uriburu), en señal de desconfianza este último después lo removió de ese cargo y lo nombró Profesor de historia militar en la Escuela Superior de Guerra.

[57] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, “El ciclo de la ilusión y el desencanto”, Ed. Ariel, pág. 118.

[58] AGUINAGA, CARLOS y AZARETTO, ROBERTO, “Ni década ni infame, del 30 al 43”, Jorge Baudino Ediciones, 1991, págs. 109, 110, 111.

[59] MASSOT, VICENTE: “La excepcionalidad argentina. Auge y ocaso de una Nación”, Emecé, 2005, pág. 177.

[60] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, “El ciclo de la ilusión y el desencanto”, Ed. Ariel, pág. 142.

[61] SEBRELI, JUAN JOSÉ: “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 150.

[62] AGUINAGA, Carlos y AZARETTO, Roberto, “Ni década ni infame, del 30 al 43”, Jorge Baudino Ediciones, 1991.

[63] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 96.

[64] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, “El ciclo de la ilusión y el desencanto”, Ed. Ariel, págs. 159 y 165.

[65] Íd., págs. 142, 143, 148.

[66] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo. Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Ed. Planeta, 2013, pág. 44.

[67] Domingo Di Núbila (Pergamino, 30 de enero de 1924 - 7 de febrero de 2000) fue un periodista, historiador y crítico de cine argentino.

[68] AGUINAGA, Carlos y AZARETTO, Roberto, “Ni década ni infame, del 30 al 43”, Jorge Baudino Ediciones, 1991.

[69] MASSOT, VICENTE, “La excepcionalidad argentina. Auge y ocaso de una Nación”, Emecé, 2005, pág. 170.

[70] El solo enunciado de la Ley N 4.235 sobre pensiones a las clases y agentes de Policía y Bomberos de la Capital Federal y territorios nacionales hasta la N 12.821 sobre pensiones graciables, da una idea de esa legislación hasta el golpe del 4 de junio.

[71] Bajo la denominación de Generación del 80 se conoce a la tradición gobernante de la República Argentina durante el período de la República Conservadora (1880–1916). Procedente de familias aristocráticas de las provincias y de la capital, se nucleó primero en la denominada Liga de Gobernadores y luego en el Partido Autonomista Nacional, fusión de las fuerzas dominantes en el período precedente: el Partido Autonomista y el Partido Nacional. En 1880, lanzó la candidatura a la presidencia del general Julio Argentino Roca, que había dirigido la denominada Conquista al Desierto un año antes, y que fue el artífice de la generación y del modelo de país que ésta representó pegando un brinco al desarrollo económico y cultural que por entonces maravilló al mundo y pobló al país de inmigrantes

de todas las procedencias.

[72] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Crítica a las Ideas Políticas Argentinas”, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pág. 52.

[73] CHÁVEZ, CLAUDIO, “El Perón Liberal, lo que quiso ser y no pudo”, Biblioteca Jorge Abelardo Ramos, 1999, 127 páginas. También puede verse la versión online en el siguiente enlace: http://www.lapatriagrande.com.ar/LPGV2/biblioPeronLiberal.html

[74] Su primera aventura literaria apareció en un periódico militar en 1928 y se la dedicaba a la campaña de José de San Martín en el Perú. Luego como profesor publicó tres trabajos: “El frente oriental de la guerra mundial en 1914” (1932). “Apuntes de historia militar” (1933) y luego un estudio de dos tomos sobre la guerra ruso-japonesa (1934-35). En 1936 tras efectuar viajes por la Patagonia escribió una compilación de apuntes en forma de libro titulado “Toponimia patagónica de etimología araucana”.

[75] PAGE, JOSEPH A.: “Perón una Biografía”. Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 50.

[76] Íd, pág. 50.

[77] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)” Ediciones B Argentina S.A., 2007, pág. 455.

[78] Julián Cáceres Freyre nació en Buenos Aires el 3 de junio de 1916. Dirigió el Instituto Nacional de Antropología y fue autor de inacabables obras de investigación. Murió a los 82 años en mayo de 1999.

[79] Rodolfo Casamiquela (Nacido el 11 de diciembre de 1932 y fallecido el, 5 de diciembre de 2008), fue un paleontólogo, arqueólogo, historiador, escritor y docente argentino, ganador del premio Konex Platino y conocido por haber descubierto el dinosaurio Pisanosaurus mertii en 1967.

[80] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina S.A., 2007, pág. 455.

[81] Las disputas entre Argentina y Chile por entonces estaban focalizadas en torno a las pretensiones de soberanía sobre el Canal de Beagle.

[82] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana; Bs.As., 2009, pág. 81.

[83] Sobre esta etapa en Chile hay versiones confusas y contradictorias. Para quien quiera explorar al respecto, vale señalar que se publicó recientemente un libro del periodista Adrián Pignatelli, la obra se llama El espía Juan Domingo Perón, la operación de espionaje de Perón y Lonardi en Chile, Ed. Vergara, 2014.

[84] informe audiovisual “El Secreto de Perón espía”, emitido por canal TN, programa “Otro Tema” conducido por el periodista Santo Biasati. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Xzgt3d9GdTs

[85] Se trataba de los espías Alejandro Guido Arseno y Carlos Leopoldo Jañez, este último era un oficial chileno que le vendía información a Perón a cambio de dinero.

[86] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993,

pág. 100.

[87] GAMBINI, HUGI, “Historia del Peronismo”, Tomo II, (La obsecuencia-1952-1955), Ediciones B Argentina S.A., 2007, pág. 454.

[88]PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 105.

[89] Íd., pág. 106.

[90] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Sudamericana de Bolsillo; 1ª edición, 2005, pág. 53.

[91] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 110.

[92] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 54.

[93] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 114.

[94] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Sudamericana de Bolsillo; 1ª edición, 2005, pág. 54.

[95] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 110.

[96] Íd, pág. 117.

[97] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 97.

[98] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Perón tal como es”, Editorial Macacha Güemes; 1973, 2ª ed, pág. 38.

[99] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 99.

[100] Hernán M. Capizzano. “Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y crónica” (1935-1953). Ed. Memoria y Archivo, Bs.As., 2013, pág. 52, 53.

[101] Difunden fotos nunca vistas del enorme festejo nazi en el Luna Park. Trascendieron imágenes de un inédito encuentro en 1938, Diario Perfil, Link: http://www.perfil.com/sociedad/Difunden-fotos-nunca-vistas-del-enorme-festejo-nazi-en-el-Luna-Park-20130520-0024.html

[102] Ramón Ortíz como estudiante de la Universidad de Buenos Aires, participó de la fallida Revolución de 1905, realizada por la Unión Cívica Radical, partido al que perteneció hasta 1925. En 1920 fue electo diputado nacional. Formó parte del sector de la Unión Cívica Radical que cuestionó a Hipólito Yrigoyen por sus actitudes autoritarias. En 1925 se separó de la UCR para fundar junto a otros radicales la Unión Cívica Radical Antipersonalista. Entre 1925 y 1928, se desempeñó como Ministro de Obras Públicas del residente Marcelo T. de Alvear. Ortíz y apoyó activamente el golpe de estado militar que derrocó al Presidente Hipólito Yrigoyen en 1930.

[103] Esta exigencia se hizo efectiva en una reunión de ministros de Relaciones exteriores

del continente realizada en Río de Janeiro en enero de 1942, dónde Chile y Argentina resistieron las presiones conservando sus vínculos con Alemania, Italia y Japón.

[104] Encabezados por la URSS, los Estados Unidos e Inglaterra.

[105] Difunden fotos nunca vistas del enorme festejo nazi en el Luna Park. Trascendieron imágenes de un inédito encuentro en 1938. Diario Perfil. Link: http://www.perfil.com/sociedad/Difunden-fotos-nunca-vistas-del-enorme-festejo-nazi-en-el-Luna-Park-20130520-0024.html

[106] Esta Comisión fue de triste memoria porque también se prestó para llevar adelante una caza de brujas. Fue presidía Silvano Santander, de origen radical.

[107] A Stalin la cifra de asesinatos cometidos por Rusia bajo su responsabilidad ascenderían a 25 millones. En el caso de Adolf Hitler, los libros más críticos escritos por los Aliados le atribuyen 6 millones, cifra considerada exagerada por sus partidarios y revisionistas.

[108] Según otros autores la sigla significaba Grupo Obra de Unificación.

[109] Jordán Bruno Genta (1909-1974) fue un escritor y filósofo nacionalista católico argentino muy influyente en numerosos ambientes, por cuyo incesante predicamento fue asesinado el 27 de octubre de 1974 por una facción de la organización terrorista e izquierdista ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

[110] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, pág. 267.

[111] En su primera fase, la logia estaba integrada por 19 oficiales que se ajustaron a un juramento y a un reglamento. Al respecto Perón detalla que “Los diecinueve primeros conjurados éramos: Mercante, Severo Eizaguirre, Pizales, Bengoa, Filippi, Montes, Lagos, Villagrán, González, Arias Duval, De la Vega, Saavedra, Gillenteguy, Ladvocat, Menéndez, Urbano de la Vega, E. González, Ramírez y yo. Todos teníamos la obligación de incorporar por lo menos a cuatro oficiales en actividad, obligándolos a realizar el juramento de rigor”.

[112] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, pág. 272.

[113] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 126.

[114] Gontrán de Güemes: “Así se gestó la dictadura”, Bs.As., 1956, pág. 9. Citado en: Enrique Díaz Araujo “La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina”, Ediciones La Bastilla, Bs.As., año 1969, pág. 36.

[115] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Perón tal como es”, Editorial Macacha Güemes, 1973, 2ª edición, pág. 128.

[116] Citado en: “Los Errores Militares en el S. XX”, M.H. Laprida, Ed. de autor, Bs.As., pág. 43.

[117] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 126.

[118] LUNA, FÉLIX: “El 45, Crónica de un año decisivo”, Bs.As., 1969, pág. 31.

[119] Ramírez contaba con el antecedente de haber participado del golpe de 1930.

[120] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, págs. 149 y 150.

[121] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, págs. 281, 282.

[122] Arturo Franklin Rawson (Santiago del Estero, 4 de junio de 1884 - Buenos Aires, 8 de octubre de 1952) fue un militar del Ejército Argentino que ostentó el grado de Teniente General. Fue el segundo presidente de facto, de la Argentina desde el 4 al 7 de junio de 1943 cuando llegó al poder tras el golpe de Estado y posterior dictadura autodenominada Revolución del 43.

[123] Ver: “Documenta”, 17 de Octubre - Crónica de un mito. Ciclo del periodista Román Lejtman en América 2. Disponible en internet en el siguiente link: http://www.youtube.com/watch?v=sKc33bqo2vM

[124] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, págs. 149 y 150.

[125] Íd, págs. 137, 138.

[126] DÍAZ ARAUJO, ENRIQUE, “La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina”. Ediciones La Bastilla, Bs.As., 1969, pág. 341.

[127] Íd, pág. 17.

[128] Citado en: “Los Increíbles Radicales” de M. H. Laprida, Ed. De autor, Bs.As., 1994, pág. 234.

[129] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 137.

[130] Citado en: Enrique Díaz Araujo “La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina”, Ediciones La Bastilla, Bs.As., año 1969, pág. 195.

[131] Perón, Juan: “Tres Revoluciones Militares”, Bs.As., 1968, pág. 94.

[132] PAGE, JOSEPH A: “Perón, una Biografía”. Sudamericana de Bolsillo; 1ª edición, 2005, pág. 70.

[133] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 150.

[134] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, pág. 296.

[135] Íd., pág. 298.

[136] Íd.,, pág. 300.

[137] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Ed. Planeta, 2013, pág. 54.

[138] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, pág. 310.

[139] “La logia que derrocó a Castillo”, Tomo III. Citado en: Juan V. Orona: “La dictadura de Perón”, Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 63.

[140] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 349.

[141] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Sudamericana de Bolsillo; 1ª edición, 2005, pág. 74.

[142] Remitido por J. Edgard Hoover al Departamento de Estado el 28 de diciembre de 1943. Citado en: PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Sudamericana de Bolsillo; 1ª edición, 2005, pág. 74.

[143] De Hoover a Berle, 835.00/2289, diciembre 28, 1943.

[144] Braden al secretario de Estado, 835.00/7-1745, julio 17, 1945. Citado en: PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 72.

[145] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 114.

[146] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, págs. 323-324.

[147] Entre sus obras más destacadas se encuentran El camino de las llamas (1930), El Kahal (1935), Oro (1935), El sexto sello (1941), Juana Tabor (1942) y 666 (1942) entre otras.

[148] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Ed. Planeta, 2013, pág. 68.

[149] La Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, más conocida por sus siglas: FORJA, fue una agrupación política argentina, fundada el 29 de junio de 1935, que actuó dentro de la esfera de influencia de la Unión Cívica Radical, y disuelta en 1945. Bajo la dirección inicial de Juan B. Fleitas y de Manuel Ortíz Pereyra, entre los socios fundadores estaban Arturo Jauretche, Homero Manzi, Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo, Atilio García Mellid, Jorge del Río y Darío Alessandro (padre). Raúl Scalabrini Ortíz, afín e inspirador del ideario del grupo, no formaba orgánica parte del mismo, pues se requería la membresía de la UCR para participar.

[150] El GOU formalmente quedó disuelto el 23 de febrero de 1944.

[151] Primera Plana. La caída del presidente Ramírez, P. 33. Enrique Díaz Araujo “La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina”, Ediciones La Bastilla, Bs.As., año 1969, pág. 261.

[152] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, págs. 344 y 345.

[153] POTASH, ROBERT, “The Army and politics in Argentina, 1928-1948. Yrigoyen to Perón”. USA, California, Stanford University Press, 1969, p. 239.

[154] GALASSO, NORBERTO, “Perón, formación, ascenso y caída, 1893-1955”, Ed. Colihue, Bs.As., año 2005, pág. 219.

[155] Informe semanal de John W. Long, general, agregado militar de los estados Unidos. Buenos Aires, abril 11, 1944. Joseph A. Page, “Perón una Biografía”, Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 83.

[156] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 152.

[157] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 114.

[158] Gontrán de Güemes: “Así se gestó la dictadura: el GOU”, Bs.As., Rex, 1956. Págs. 77-78, Citado en: Juan José Sebreli: “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 63.

[159] Citado en: “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951) de Hugo Gambini, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 114.

[160] PEICOVICH, ESTEBAN, “Hola Perón”. Granica Editor, 2ª edición, Bs.As., 1973, pág. 39.

[161] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Crítica de las ideas políticas Argentinas”, Sudamericana, 2002, pág. 268.

[162] Conferencia de Perón sobre conducción política, citado en Juan V. Orona, La dictadura de Perón, Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, págs. 33, 34.

[163] PEICOVICH, ESTEBAN, “Hola Perón”, Granica Editor, 2ª edición, Bs.As., 1973, pág. 41.

[164] “El PRT-ERP y el peronismo, documentos”, Daniel de Santis, Nuestra América, Bs.As., 2004, pág. 22.

[165] Citado en: GAMBINI, HUGO: “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 25.

[166] PERÓN, JUAN DOMINGO: “Conducción Política” (con un apéndice de actualización docrinaria). Secretaría de Trabajo y Previsión de la Presidencia de la Nación, Bs.As., 1974., págs. 93, 223, 224, 225 y 234.

[167] Eduardo Galeano: “Reportajes”. Montevideo, Tauro, 1967. Citado en: Juan José Sebreli, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1984, pág. 54.

[168] Ver: “Documenta”, 17 de Octubre - Crónica de un mito. Ciclo del periodista Román Lejtman en América 2. Disponible en internet en el siguiente link: http://www.youtube.com/watch?v=sKc33bqo2vM

[169] Cifra citada en GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951). Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 29.

[170] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 156.

[171] “Los países sin salario mínimo tienen sueldos medios más altos y menor tasa de paro”. Puede leerse ilustrativo informe de la Unión Europea publicado el 12/11/2014, disponible en internet en el siguiente link: http://www.eleconomista.es/indicadores-

europa/noticias/6238133/11/14/Los-paises-sin-salario-minimo-tienen-sueldos-mas-altos-y-menor-tasa-de-paro.html#Kku8UaWgnUWibbXJ

[172] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 64.

[173] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Comediantes y Mártires, ensayo contra los mitos”, Debate, 2008, pág. 74.

[174] Según el acta n.º728 del Registro Civil de Junín (provincia de Buenos Aires), allí nació el 7 de mayo de 1922 una niña con el nombre de María Eva Duarte. Sin embargo existe unanimidad en los investigadores para sostener que esa acta es falsa y que fue realizada a instancias de la propia Eva Perón en 1945, cuando estuvo en Junín para contraer matrimonio con el entonces coronel Juan D. Perón.

[175] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Comediantes y Mártires, ensayo contra los mitos”, Debate, 2008, pág. 75.

[176] Íd., pág. 76.

[177] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, págs. 106, 108

[178] Gloria Alcorta Mansilla nació en Bayona el 30 de septiembre de 1915 y murió el 25 de febrero de 2012. Fue una escritora franco-argentina, de origen francés, hija de padres argentinos.

[179] Citado en: SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Comediantes y Mártires, ensayo contra los mitos”, Debate, 2008, pág. 79.

[180] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951). Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 244.

[181] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo", Tomo 1, “La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 435.

[182] “sospechada por Joan Benavente de ser lesbiana” según anota Juan José Sebreli, Comediantes y Mártires, ensayo contra los mitos. Debate, 2008, pág. 86.

[183] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 86.

[184] AIZCORBE, ROBERTO, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 209.

[185] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Comediantes y Mártires, ensayo contra los mitos”, Debate, 2008, pág. 87.

[186] Aunque sin muchas precisiones, también se la vinculó a Eva Duarte con el coronel Aníbal Imbert, que fue quien justamente la persona que se la habría entregado a Perón en el Luna Park

[187] Basado en una novela de Pedro Antonio Alarcón.

[188] Se le llama así a las mujeres que buscan enamorar futbolistas exitosos para vivir de ellos y conseguir ascenso económico.

[189] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición,

2005, pág. 108.

[190] AIZCORBE, ROBERTO, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 206.

[191] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 81.

[192] HOROWICZ, ALEJANDRO: “Los cuatro peronismos”, Edhasa, 2005, Bs.As., pág. 129.

[193] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, págs. 109, 110.

[194] POTASH, ROBERT A., “El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón”, Hyspamérica, Bs.As., 1985, pág. 373.

[195] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 81.

[196] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 114.

[197] Los Juicios de Núremberg , fueron un conjunto de procesos jurisdiccionales emprendidos por iniciativa de las naciones aliadas vencedoras al final de la Segunda Guerra Mundial, en los que se determinaron las responsabilidades de dirigentes, funcionarios y colaboradores del régimen nacionalsocialista de Adolf Hitler en los diferentes crímenes de los que sus enemigos los acusaban de haber cometido durante el III Reich alemán a partir del 1 de septiembre de 1939 hasta la caída del régimen en mayo de 1945.

[198] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, págs 52, 53.

[199] AIZCORBE, ROBERTO, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 317.

[200] Organización judía creada bajo el amparo de Perón para competir con la AMIA que era de perfil antiperonista.

[201] Citado en: Gambini, Hugo, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina S.A., pág. 170.

[202] Golda Meir, nacida en Ucrania el 3 de mayo de 1898 y muerta en Jerusalén el 8 de diciembre de 1978), fue la cuarta primer ministro de Israel.

[203] Al respecto puede leerse “La Autentica Odessa, la fuga Nazi a la Argentina de Perón” de Uki Goñi, Editorial: Paidós, Bs.As., año 2002.

[204] REZNISKY, NEHEMÍAS, “Perón y el Pueblo Judío”. Editor Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA), Buenos Aires, 1974.

[205] Citado en: Juan José Sebreli, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As; 1983, pág. 12.

[206] Perón, Juan: “Tres Revoluciones Militares”, Bs.As., 1968, pág. 94. Citado en: Enrique Díaz Araujo, “La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la

Argentina", Ediciones La Bastilla, Bs.As., 1969, pág. 251.

[207] Hernán M. Capizzano. "Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y crónica" (1935-1953), Ed. Memoria y Archivo, Bs.As., 2013, pág. 44.

[208] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía", Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 124.

[209] Íd., pág. 122

[210] Íd., pág. 120.

[211] LUNA, FÉLIX, "El 45, Crónica de un año decisivo", Bs.As., 1969, págs. 303-331. Citado en: Enrique Díaz Araujo, "La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina", Ediciones La Bastilla, Bs.As., 1969, pág. 299.

[212] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía", Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 140.

[213] Conforme Hugo Gambini, en "Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)", Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 32.

[214] Eduardo Jorge Ávalos (nacido en Buenos Aires 22 de abril de 1892 y murió en Buenos Aires el 17 de mayo de 1971.) fue un militar argentino que desempeñó un papel importante en la Revolución del 43 (1943-1946). Teniendo grado de coronel se sumó como uno de los líderes del Grupo Obra Unificación o Grupo de Oficiales Unidos (GOU) reclutado por el entonces Coronel Juan D. Perón en julio de 1943. Se desempeñó como jefe de la guarnición de Campo de Mayo durante el gobierno del General Pedro Pablo Ramírez (1943-1944) y luego Ministro de Guerra hasta los hechos del 16 y 17 de octubre de 1945.

[215] GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total" (1943-1951). Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 34.

[216] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía", Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 147.

[217] POTASH, ROBERT A., "El Ejército y la Política en la Argentina (I) 1928 – 1945. De Yrigoyen a Perón", Hyspamérica, Bs.As., 1985, pág. 387.

[218] Expresión deportiva propia del mundo boxístico que simboliza abandonar la pelea.

[219] SEBRELI, JUAN JOSÉ, "Los deseos imaginarios del peronismo", Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 29.

[220] Sólo apoyaban a Perón los dirigentes del comité confederal de la CGT que habían colaborado con él, los cuales a su vez contaban con la colaboración de la Federación de Empleados de Comercio que respondía a Angel Borlenghi, de la Unión Tranviarios dirigida por Valentín Rubio y del Sindicato de la Carne de Berisso que tenía en Cipriano Reyes a uno de sus "activistas".

[221] A la sazón no apoyaban a Perón un sinfín de gremios tales como la Unión de Empleados de Comercio e Industria, el gremio ferroviario La Fraternidad, la federación Obrera de la Carne, Federación Gráfica Bonaerense, la Unión Obrera local, la Unión Obrera Textil, Sindicato autónomo de Luz y Fuerza, Federación Obrera Nacional de la Construcción, Unión Obrera textil, Obreros de las Barracas de la Capital federal, Lavaderos

de Lanas y Anexos, sindicato de Choferes de Camiones y Afines y muchísimas otras entidades más de similar envergadura. Esta incompletísima nómina confirma que la disidencia a Perón no estaba conformada por un sector marginal del sindicalismo sino por numerosos gremios representativos.

[222] ORONA, JUAN V, "La dictadura de Perón, Colección Ensayos Políticos Militares". Tomo IV. Talleres Gráficos Zlotopioro, Bs.As., 1970, pág. 20.

[223] GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total" (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 69.

[224] Años después fue el propio Perón quién le agradecerá a la mismísima Policía Federal (creada en diciembre de 1943 por el gobierno del GOU) por los servicios prestados ese histórico 17 de octubre: "Que sea esta hora histórica cara a la República y cree un vínculo de unión que haga indestructible la hermandad entre el Pueblo, el Ejército y la Policía" dijo Perón desde los balcones del 17 de octubre. Juan José Sebreli, los deseos imaginarios del peronismo", Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 31.

[225] Hugo Gambini, "Historia del peronismo, el poder total" (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 66.

[226] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, "Yo Perón", Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 180

[227] Citado en: Hugo Gambini, "Historia del peronismo, el poder total" (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 90.

[228] "Mercante se había portado como un león" recordará Perón sobre esas jornadas. Citado en:. Enrique Pavón Pereyra, "Yo Perón", Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 181.

[229] GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total" (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 72.

[230] Entre los abogados visitados por Eva Duarte se encontró Juan Bramuglia (futuro Canciller de Perón), quien por razones políticas y de prudencia se negó a interponer un hábeas corpus, gesto que Eva jamás le perdonó.

[231] Ver: MERCADO, SILVIA, "El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina", Planeta, 2013, pág. 140.

[232] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía", Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 164.

[233] Al culminar el evento con el discurso triunfal de Perón, tras la dispersión de la concurrencia se produjo una gresca en las proximidades del diario Crítica, en donde un grupo peronista pretendió destrozar a piedrazos sus instalaciones. Se produjo entonces un tiroteo del cual resultaron varios heridos y hubo un muerto de 17 años llamado Darwin Pasaponti, que era un activista de la Alianza Libertadora Nacionalista.

[234] Bill de Caledonia, ¿Dónde estuvo?, Buenos Aires, S/E S/F, pág. 11 y 12. Juan José Sebreli, "Los deseos imaginarios del peronismo", Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 77.

[235] MERCADO, SILVIA, "El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina", Planeta, 2013, pág. 139.

[236] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, págs. 80 y 81.

[237] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 164.

[238] CAPIZZANO, HERNÁN M., “Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y crónica” (1935-1953), Ed. Memoria y Archivo, Bs.As., 2013, pág. 230.

[239] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta”, 1946-1949, Sudamericana, 1984, pág. 40.

[240] Vale aclarar que la animadversión era recíproca y el grueso de los radicales tampoco querían que la Unión Democrática sea integrada por los conservadores.

[241] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 26.

[242] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Crítica de las ideas políticas Argentinas”, Sudamericana, 2002, pág. 254.

[243] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 111.

[244] Entre los muertos figuraba Javier M. Astrada, maestro y estudiante universitario afiliado a la UCR. Juan V. Orona, La dictadura de Perón, Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, Págs.

[245] DÍAZ ARAUJO, ENRIQUE, “La Conspiración del 43´. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina”, Ediciones La Bastilla, Bs.As., año 1969, pág. 85.

[246] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 182.

[247] Íb, pág. 178.

[248] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As; Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 64.

[249] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 530.

[250] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”, Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 70.

[251] Farrell lo ascendió a tal rango el 31 de diciembre de 1945, ascenso que Perón aceptó gustoso tras haber dicho el 17 de octubre anterior que él renunciaba de manera terminante a todos los honores y ascensos militares.

[252] Conforme la ley entonces vigente sólo podían ser ascendidos los militares en actividades o post mortem en aquellos de los que murieron en acto de servicio, pero no los que solicitaron el retiro.

[253] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 169.

[254] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 191.

[255] Perón en su incipiente hegemonía también intervino Provincias díscolas como Catamarca, Córdoba, La Rioja, Santiago del Estero, Corrientes y Santa Fé.

[256] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 120.

[257] Declaración de Perón ante miembros de la Confederación General de Empleados de Comercio, el 5, 9, 1945. ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 41.

[258] Además de ser promotor del 17 de octubre Cipriano Reyes cargaba en su haber con dos hermanos muertos en defensa de Perón en un tiroteo en septiembre de 1945.

[259] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 119.

[260] Cipriano Reyes vivió varios años de encierro y tortura y recién recuperó la libertad en 1955, tras la caía de Perón.

[261] Ver: Roberto Aizcorbe, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 91.

[262] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A., Argentina, 1993, pág. 206.

[263] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 53.

[264] Declaración de Perón ante periodistas, emitida en su despacho de trabajo el 16, 1, 1947. Citado en: ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón, Colección Ensayos Políticos Militares”, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970.

[265] De autor anónimo, la idolátrica marcha partidaria fue interpretada por diversos artistas en versiones cantadas e instrumentales, siendo la más popular la grabada por el cantor Hugo del Carril en1949.

[266] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 112.

[267] Citado en: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”. Sudamericana, 1984, pág. 58.

[268] Íd., pág. 375.

[269] Declaración de Delia Parodi expte. 22.43 N56, comisión 43, fs, 12. Juan José Sebreli, los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 70.

[270] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Claridad, Bs.As., 2013, pág. 27.

[271] Íd., pág. 25.

[272] Citado en: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 60.

[273] Concretamente se disponía de una partida presupuestaria para financiar a la Rama Femenina del partido de gobierno.

[274] Filme documental “Permiso para pensar”. Disponible en el Archivo General de la

Nación y también en la web en el siguiente link: http://www.youtube.com/watch?v=CrOQS1KBmt8

[275] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 373.

[276] Íd., pág. 389.

[277] Íd., pág. 389.

[278] Citado en: SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 69.

[279] Citado en: Íd., pág. 68.

[280] Pronunciado en la Tercera Conferencia de Gobernadores. Citado en: Juan José Sebreli, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 68.

[281] MÉNDEZ SAN MARTÍN, ARMANDO, “Directivas al personal”. Editado por el Ministerio de Educación de la nación, Bs.As., mayo de 1952. Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 466.

[282] Citado en: RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires; Claridad, 2013, pág. 26.

[283] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 121.

[284] Íd., pág. 122.

[285] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 199.

[286] Citado en: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”. Sudamericana, 1984, Pág 61.

[287] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 124.

[288] Íd., pág. 405.

[289] Íd., pág. 122.

[290] Íd., pág. 407.

[291] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 416.

[292] Íd., pág. 127.

[293] Citado en: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 103.

[294] Id., pág. 104.

[295] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 311.

[296] La personería facultaba al gremio representar a los trabajadores ante conflictos, suscribir convenios colectivos de trabajo, etc. En cambio, los gremios a los que se les

negaba la personería quedaban reducidos a una asociación de voluntades sin la menor prerrogativa, y por ende tendían a desaparecer.

[297] Desde 1946 a 1950 fueron intervenidos la Unión Ferroviaria, La Fraternidad, Unión Obrera Metalúrgica, Federación de Telefónicos, Sindicatos de Correos, Federación Bancaria, Federación Gráfica Bonaerense, Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera entre muchos otros.

[298] La Revolución del 55 - Isidoro J. Ruiz Moreno. Buenos Aires: Claridad, 2013, pág. 25.

[299] Doctrina Peronista, Buenos Aires, 1940, pág. 297. Citado en: Juan José Sebreli, "Los deseos imaginarios del peronismo", Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 91.

[300] Citado en: GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)", Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 312.

[301] VACCA DE UZAL, YOLANDA J., "Juan Domingo Perón, dictador profesional". Ed. Dunken, Bs.As., 2005.

[302] Durante la Junta Nacional de Granos no había restricción alguna al libre mercado. Puesto que un productor podía vender y colocar con entera libertad sus productos en el mercado internacional y si no encontraba comprador, tenía la opción de acudir a la citada JNG y esta se la compraba a un precio por debajo del valor de mercado. Vale decir, el Estado facilitaba con entera libertad al productor la colocación de sus productos si es que no había podido colocarlos en otro lugar.

[303] Citado en: Julio Irazusta, "Perón y la crisis Argentina". Editorial Independencia SRL, Bs.As., 3ª edición, 1983, pág. 157, 158.

[304] Citado en: GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)", Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 203.

[305] Miranda fue nombrado como presidente del Banco Central, del IAPI y del Consejo Económico Social al unísono.

[306] Citado en: GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)", Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007.

[307] ITT y River Plate Telephone Company.

[308] Este traspaso se dio durante el gobierno de facto de Perón en 1944 y la intervención se acentuó a partir de 1946.

[309] La Flota Aérea Mercante (FAMA), La Sociedad Mixta Zonas Oeste y Norte de Aerolíneas (ZONDA) y la Sociedad Mixta de Aviación del litoral Fluvial Argentino (ALFA).

[310] LUNA, FÉLIX, "Perón y su Tiempo", Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949", Sudamericana, 1984, pág. 163.

[311] Citado en: LUNA, FÉLIX, "Perón y su Tiempo", Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949, Sudamericana, 1984, pág. 164.

[312] SEBRELI, JUAN JOSÉ, "Los deseos imaginarios del peronismo", Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 133.

[313] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 469.

[314] Íd., pág. 30.

[315] Íd., pág. 119.

[316] Se edificaron la Ciudad Evita, los barrios Primero de Marzo, 17 de octubre, Manuel Belgrano y Los Perales.

[317] PEICOVICH, ESTEBAN, “Hola Perón”, Granica Editor, 2ª edición, Bs.As., 1973, págs. 32, 33.

[318] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 224.

[319] El viaje se dio tras estatizar los tres primeros ferrocarriles, que fueron franceses.

[320] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”. Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 185.

[321] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 457.

[322] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”. Editorial M.I.L.S.A; Argentina, 1993, pág. 210.

[323] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 245.

[324] Íd., pág. 255.

[325] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 227.

[326] Íd., pág. 241.

[327] Fragmento de discurso pronunciado el 25 de julio de 1949, citado en Joseph A. Page, Perón una Biografía, Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 283.

[328] Citado en: SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Crítica de las ideas políticas Argentinas”, Sudamericana, 2002, pág. 263.

[329] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Comediantes y Mártires, ensayo contra los mitos”, Debate, 2008, pág. 79.

[330] Citado en: de Santis, Daniel, “El PRT-E.R.P y el Peronismo”.

[331] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”. Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 186.

[332] Íbidem.

[333] HOROWICZ, ALEJANDRO, “Los cuatro peronismos”, Edhasa, 2005, Bs.As., pág. 136.

[334] Íd., pág. 128.

[335] Citado en: Gambini, Hugo, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 232.

[336] Gambini, Hugo, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones

B Argentina, 2007, pág. 238.

[337] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 233.

[338] Evita Perón, amante del naviero Onassis. Madrid, (EFE).- Evita Perón fue amante del multimillonario naviero Aristóteles Onassis con quien mantuvo una efímera relación que sólo duró una noche, según publica en un reportaje en su suplemento dominical el diario español "El País". nota completa en:
http://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/109539.evita-peron-amante-del-naviero-onassis.html

[339] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”. Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 185.

[340] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 244.

[341] Íd., págs. 40, 461.

[342] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 185.

[343] Cien millones de pesos se le impuso a la sucesión del empresario Otto Bemberg por ejemplo.

[344] DiFilm - Especial "El mito de Perón y Evita" (2007). Transmitido por canal 9 y disponible en la web en el siguiente enlace: https://www.youtube.com/watch?v=lmAbMoM0YfQ

[345] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 250.

[346] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 207.

[347] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Bs.As., 1983, pág. 79.

[348] PERÓN, JUAN DOMINGO, “La Fuerza es el derecho de las Bestias”. 1958, Montevideo, pág. 31.

[349] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”. Editorial M.I.L.S.A, Argentina, 1993, pág. 200.

[350] PERÓN, JUAN DOMINGO, “La Fuerza es el derecho de las Bestias”. 1958, Montevideo, págs. 26, 28 y 29.

[351] Ver: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 195.

[352] PERÓN, JUAN DOMINGO, “La Fuerza es el derecho de las Bestias”. 1958, Montevideo, pág. 31.

[353] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón, Colección Ensayos Políticos Militares”, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 78.

[354] Citado en: IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”, Editorial

Independencia SRL, Bs.As., 3ª edición, 1983, pág. 146.

[355] PERÓN, JUAN DOMINGO, “La Fuerza es el derecho de las Bestias”. 1958, Montevideo, pág. 32.

[356] El Acta de Chapultepec impuso la posición estadounidense de la Doctrina Monroe, con el fin de utilizarla en la Guerra Fría, impulsado por los sectores conservadores de Estados Unidos y fue completada con la creación de Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en 1947 y de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948.

[357] Citado en: CAPIZZANO, HERNÁN M., “Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y crónica (1935-1953)”, Ed. Memoria y Archivo, Bs.As., 2013, pág. 268.

[358] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 320.

[359] Actualmente la publicación sale manteniendo un similar espíritu ideológico del nacionalismo católico pero en formato de revista mensual, dirigida por el Profesor Antonio Caponnetto.

[360] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 322.

[361] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A, Argentina, 1993, pág. 226.

[362] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 328.

[363] MASSOT, VICENTE, “El Poder de lo Fáctico”, Editorial Ciudad Argentina, Bs.As., Año 2001, pág. 89.

[364] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Crítica de las ideas políticas Argentinas”, Sudamericana, 2002, pág. 233.

[365] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 191.

[366] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 242.

[367] Los radicales sostenían que la mayoría de dos terceras partes, debían calcularse sobre todos los miembros del congreso. Los peronistas sostenían que los dos tercios debían calcularse como en las demás votaciones, sobre los miembros presentes. Los radicales argumentaron que la frase “dos terceras partes, al menos de sus miembros” debían interpretarse literalmente, sin agregar “presentes” y que cuando la Constitución autorizaba el cálculo sobre los “miembros presentes”, aclaraba en el texto esa circunstancia.

[368] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 110.

[369] El artículo 30 de la Constitución Nacional reza: “La Constitución puede reformarse en el todo o en cualquiera de sus partes. La necesidad de reforma debe ser declarada por el Congreso con el voto de dos terceras partes, al menos, de sus miembros; pero no se efectuará sino por una Convención convocada al efecto”.

[370] 20 Diputados de la UCR renunciaron a sus bloques y sólo quedaron 18.

[371] Juan Domingo Perón: “La Comunidad Organizada”. Instituto Nacional “Juan Domingo Perón” de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas. Buenos Aires. 2006. Página 29. También puede leerse el online en el siguiente enlace: http://www.jdperon.gov.ar/institucional/cuadernos/Cuadernillo6.pdf

[372] PERÓN, JUAN DOMINGO, “Conducción Política” (con un apéndice de actualización doctrinaria). Secretaría de Trabajo y Previsión de la Presidencia de la Nación, Bs.As., 1974, pág. 55, 56.

[373] El extenso artículo 40 de la constitución de Perón relativizaba y menospreciaba tanto el derecho de propiedad que invertir en la Argentina era poco menos que una aventura. Parte de su contenido dice lo siguiente: “La organización de la riqueza y su explotación tienen por fin el bienestar del pueblo, dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social. El Estado, mediante una ley, podrá intervenir en la economía y monopolizar determinada actividad, en salvaguardia de los intereses generales y dentro de los límites fijados por los derechos fundamentales asegurados en esta Constitución (…) Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedad imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto que se convendrá con las provincias. Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se hallaran en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine”.

[374] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Crítica de las ideas políticas Argentinas”, Sudamericana, 2002, pág. 277.

[375] Citado en: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 350.

[376] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 527.

[377] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 254.

[378] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 354.

[379] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 254.

[380] Por decreto N 20.868/46.

[381] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 387.

[382] Citado en: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 380.

[383] Entre los muchos casos registrados de comunistas torturados, se recuerda a los

militantes de Dock Sud detenidos y torturados en 1948. Veinte obreros de la empresa mixta telefónica (julio 1949) el estudiante Luis Vila Ayres (julio 1949), el sindicalista Carlos Aguirre (torturado y asesinado en noviembre de 1949).

[384] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 150.

[385] Macedonio Fernández (Buenos Aires, 1 de junio de 1874 - Buenos Aires, 10 de febrero de 1952) fue un escritor argentino, autor de novelas, cuentos, poemas, artículos periodísticos, ensayos filosóficos y textos de naturaleza.

[386] Citado en: LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 122.

[387] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 422.

[388] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Claridad, Bs.As., 2013, pág. 56.

[389] Citado en: Silvia Mercado, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 172.

[390] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 229.

[391] Citado en: RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires; Claridad, 2013, pág. 36.

[392] PEICOVICH, ESTEBAN, “Hola Perón”, Granica Editor, 2ª edición, Bs.As., 1973, pág. 64.

[393] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 22.

[394] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Bs.As., 2009, pág. 188.

[395] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 272.

[396] Citado en: RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 60.

[397] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 413, 414.

[398] Citado en: RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 36.

[399] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 133.

[400] Esta era la situación de Fanny Navarro, Mirtha Legrand, Olga Zubarry, Zully Moreno, Blanca Podestá o Hugo del Carril entre otras estrellas de entonces, que tenían un inequívoco compromiso con el régimen.

[401] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-

1949”, Sudamericana, 1984, pág. 482.

[402] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Crítica de las ideas políticas Argentinas”, Sudamericana, 2002, pág. 249.

[403] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Perón tal como es”, Editorial Macacha Güemes, 1973, 2ª edición, pág. 59.

[404] Ver: GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B Argentina, 2007, pág. 200.

[405] La sanción de la extravagante ley se dio el 19 de julio de 1951.

[406] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 144, 145.

[407] Roberto Aizcorbe, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 87.

[408] En julio de 1954.

[409] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág345.

[410] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. Tomo II La Comunidad Organizada”, Sudamericana, BsAs, 1985, pág. 265.

[411] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 353.

[412] Citado en: Roberto Aizcorbe, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 85.

[413] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)” Ediciones B Argentina, 2007, pág. 200.

[414] Íb., pág. 201.

[415] Eva y su fanatismo peronista. filme completo en el siguiente link: https://www.youtube.com/watch?v=L_CIo6LXkpo

[416] Volveré y seré Millones, Mensajes de Eva Perón, Cuadernos Doctrinarios 2, Ed. Convocatoria Peronista, 1983, Bs.As., pág. 43.

[417] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A, Argentina, 1993, pág. 269.

[418] Paul Joseph Goebbels (29 de octubre de 1897 -1 de mayo de 1945) fue un político alemán, famoso por haber sido el ministro de propaganda de la Alemania nacionalsocialista y figura clave en el régimen capitaneado por Adolf Hitler.

[419] En 1947 se hizo cargo de la Dirección General de Difusión y recién en 1949 asumió como Subsecretario de Informaciones y Prensa, que en 1954 logró convertir en Secretaría.

[420] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 356.

[421] Íd., pág. 24.

[422] Íd., pág. 30.

[423] Periodista que trabajó en el diario El Pueblo que trató y conoció bien de cerca a Raúl Apold.

[424] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 49.

[425] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 569.

[426] Íb., pág. 262.

[427] ARENA, LUIS: “Alelí”. Editorial Ángel Estrada, Bs.As., 1953. (Colección Jorge Irazu).

[428] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B, Argentina, 2007, págs. 190, 191.

[429] Íb., pág. 195.

[430] Filme “Permiso para pensar”. Disponible en el Archivo General de la Nación o en internet a través del siguiente link: http://www.youtube.com/watch?v=CrOQS1KBmt8

[431] Íbidem.

[432] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, Tomo 1, 2007, pág. 193.

[433] Íb., pág. 195.

[434] Íb., pág. 254.

[435] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 253.

[436] “En el nivel político lo teníamos a Mercante muy bien proyectado, con muy buena imagen nacional, podía haber tenido un sólido futuro político a nivel individual, pero jamás se hubiera proyectado sin mi consentimiento, él sabía que su ubicación política estaba ligada al partido, que la gente no admiraba a los hombres individualmente sino en función del compromiso social. El político inteligente sabía de sobra que la historia jamás pasaría por él sino que se escribiría a pesar de él y con el título de peronista” sentenció Perón. Yo Perón. Enrique Pavón Pereyra, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 206.

[437] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 249, 250.

[438] Citado en: RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”, Claridad, Bs.As., 2013, pág. 57.

[439] Íb., pág. 73.

[440] Íb., pág. 72.

[441] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B Argentina, 2007, pág. 254.

[442] PERÓN, JUAN DOMINGO, “La Fuerza es el derecho de las Bestias”. Ed. 1958, Montevideo, pág. 23.

[443] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, “El ciclo de la ilusión y el desencanto”, Ed. Ariel, pág. 181.

[444] Íb., pág. 179.

[445] Íb., pág. 198.

[446] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 218.

[447] Discurso pronunciado el sábado 17 de diciembre de 1949 ante la Confederación Argentina de deportes y el Comité Olímpico Argentino. Hugo Gambini, Historia del peronismo, el poder total (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 484.

[448] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 485.

[449] PERON, JUAN DOMINGO, “Discurso del Presidente de la Nación ante los corredores que participaron del Gran Premio América del Sud", 13 de noviembre 1948. 'Por Perón y por la Patria'. Un análisis
del discurso peronista y deporte (1946-1955). Disponible en:
http://www.efdeportes.com/efd46/peron.htm

[450] PERON, JUAN DOMINGO, “Discurso del general Perón al recibir a los hermanos Gálvez en el Salón Blanco", 2 de agosto1951. 'Por Perón y por la Patria'. Un análisis del discurso peronista y deporte (1946-1955). Disponible en: http://www.efdeportes.com/efd46/peron.htm

[451] Filme documental “Permiso para pensar”. Disponible en el Archivo General de la Nación y también en la web en el siguiente link: http://www.youtube.com/watch?v=CrOQS1KBmt8

[452] Citado en: Roberto Aizcorbe, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 86.

[453] El Plan Marshall (denominado oficialmente European Recovery Program o ERP) fue el plan más importante de Estados Unidos para la reconstrucción de los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial, que a la vez estaba destinado a contener un posible avance del comunismo. El Plan también incluyó en menor medida a algunos países de América Latina como Brasil, quien colaboró con las fuerzas Aliadas durante la contienda. La iniciativa recibió el nombre del Secretario de Estado de los Estados Unidos, George Marshall, y fue diseñada principalmente por el Departamento de Estado, en especial por William L. Clayton y George F. Kennan.

[454] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 206.

[455] Íb., pág. 206.

[456] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 277.

[457] MASSOT, VICENTE, “La Excepcionalidad Argentina. Auge y ocaso de una nación”. Emecé, año 2005, pág. 206.

[458] Harry S. Truman fue el trigésimo tercer presidente de los Estados Unidos desde 1945 hasta 1953. Al ser el tercer vicepresidente de la administración de Franklin D. Roosevelt y el trigésimo cuarto vicepresidente de los Estados Unidos, llegó a la presidencia el 12 de abril de 1945, cuando el presidente Roosevelt murió menos de tres meses después de comenzar su cuarto mandato.

[459] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”. Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 70.

[460] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 75.

[461] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 338.

[462] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 119.

[463] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, “El ciclo de la ilusión y el desencanto”, Ed. Ariel, pág. 219.

[464] Un dólar para importar combustibles, uno para productos considerados “necesarios” y un tercer tipo de cambio libre.

[465] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 116.

[466] Íb., pág. 17.

[467] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 451.

[468] Declaraciones de Perón, Juan Domingo, en revista Gente, 24, 12, 1969.

[469] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 286.

[470] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 260.

[471] Diario La Nación. Domingo 23 de diciembre de 2007. Investigación. Un nuevo libro del periodista Nelson Castro. "A Evita la engañaron con el cáncer". Revela la trama política en torno a la enfermedad mortal de la esposa de Perón. http://www.lanacion.com.ar/973502-a-evita-la-enganaron-con-el-cancer

[472] Perón adujo que el objetivo era alimentar la industria pesada con esta nueva invención.

[473] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 164.

[474] Íb., pág. 165.

[475] Hugo Gambini, Historia del peronismo, el poder total (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 551.

[476] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 165.

[477] Proyecto Huemul: El Cuarto Reich en Argentina. History Chanel. http://www.youtube.com/watch?v=AOq6UaKnlfw

[478] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 550.

[479] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 168.

[480] Íb., pág. 123.

[481] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo”, el poder total (1943-1951), Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 302.

[482] El texto completo de tan desopilante discurso puede leerse en el siguiente site de difusión peronista: http://www.historiadelperonismo.com/historia_del_peronismo_por_eva_peron.php

[483] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 292.

[484] Íb., pág. 294.

[485] Íb., pág. 295.

[486] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”, Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 129.

[487] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 24.

[488] Íb., pág. 540.

[489] Declaraciones al diario La Prensa, publicadas el 28 de septiembre de 1962, citado en ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”, Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, Pág. 102.

[490] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 195.

[491] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 544.

[492] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 299

[493] Los subordinados de Menéndez, entre los que se encontraba el joven capitán y futuro Presidente Alejando Lanusse, fueron condenados a penas menores.

[494] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón, Colección Ensayos Políticos Militares”, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, Pág. 112.

[495] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 380.

[496] Íb., pág. 300.

[497] Balbín, a escondidas se presentaba sólo en el interior y huía antes de que cayera la represión policial, que siempre terminaba con militantes presos.

[498] Citado en: GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 365.

[499] Diario La Nación, 2, 4, 1952, citado en Juan V. Orona, La dictadura de Perón, Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970.

[500] GAMBINI, HUGI, Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955) Ediciones B Argentina, 2007, pág. 19.

[501] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, pág. 170.

[502] Declaración radial pronunciada por Perón el 3 de noviembre de 1951. GAMBINI, HUGI, Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955) Ediciones B Argentina, 2007, pág. 31.

[503] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 302.

[504] ORONA,JUAN V.: “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 131

[505] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 303.

[506] “El 6 de noviembre de 1951, cuando despertó de la anestesia en un policlínico de Avellaneda, Eva Perón creía que el médico que la había operado del cáncer de útero era el doctor Ricardo Finochietto. Y ese convencimiento la acompañó hasta la tumba. Nunca nadie se atrevió a decirle a ella, y mucho menos a sus "descamisados", que había sido un norteamericano, el eminente George Pack, del Memorial Sloan-Kettering Cancer Center de Nueva York, el que en realidad le había practicado esa intervención”. Los últimos días de Eva Perón. Por Ana D´Onofrio De la Redacción de La Nación. El informe completo puede leerse en el siguiente enlace: http://www.lanacion.com.ar/211100-los-ultimos-dias-de-eva-peron

[507] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Perón tal como es”, Editorial Macacha Güemes, 1973, 2ª edición, pág. 96.

[508] Íbidem.

[509] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 196.

[510] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 305.

[511] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 33.

[512] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 34.

[513] GAMBINI, HUGO, “Historias del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 270.

[514] Roberto Aizcorbe, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Bs.As., 1976, pág. 45.

[515] Una crónica detallada de este episodio la escribió el historiador platense Gustavo Walter Rodríguez en su libro “Estudiantes y La Razón de mi Vida”, fútbol y política en La Plata, Bibliográfika, año 2009, 125 páginas.

[516] Durante el mandato del interventor Sbuscio desmantelaron el equipo y decidieron afrontar el torneo con juveniles. Los nombres hasta el año anterior indiscutibles para la hinchada pincha fueron vendidos a precio de remate. Huracán, por ejemplo, compro por un millón de pesos a 5 jugadores, 3 de ellos parte del inventario estudiantil como Ricardo Infante, Gabriel Ogando y Manuel Pelegrina a quienes se agregaron Giosa y Rodriguez (hay que tener en cuenta que el presidente de Huracán era Ducó, reconocido peronista, quien la presidencia le había facilitado hacer la cancha también). Además, Pirone fue a ferro, Barreiro a Chacarita y Lorenzo a Banfield.

[517] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 75.

[518] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 309.

[519] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 57.

[520] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Bs.As., Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 135.

[521] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Bs.As., 1985, págs. 264, 265.

[522] Entre los primeros aportes para financiar el monumento figuran retenciones de sueldos hechas compulsivamente a los trabajadores y aportes del Club Boca Juniors.

[523] GAMBINI, HUGO, “Historia del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 83.

[524] Íb., pág. 85.

[525] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Sudamericana de Bolsillo, 1ª edición, 2005, pág. 315.

[526] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 201.

[527] GAMBINI, HUGO, “Historia del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 68.

[528] Íb., pág. 71.

[529] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 215.

[530] Juan Duarte tenía, además de su departamento de Callao, una estancia, un campo de

Santa Marta (dos mil hectáreas y un muelle de doscientos metros sobre la laguna de Monte), departamentos varios, acciones, studs, autos, aviones y los célebres permisos de importación de coches extranjeros.

[531] Alvaro Abós. Historias de Corrupción. Juan Duarte, un antihéroe argentino. Diario La Nación, Domingo 30 de noviembre de 1997.
http://www.lanacion.com.ar/211196-juan-duarte-un-antiheroe-argentino

[532] MERCADO, SILVIA, "El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina", Planeta, 2013, pág. 221.

[533] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, "Yo Perón", Editorial M.I.L.S.A, Argentina, 1993, pág. 255.

[534] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)". Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 244.

[535] Finalmente Juana Ibarguren ganó el pleito en el año 1972.

[536] GAMBINI, HUGO, La historia del testamento apócrifo de Eva Perón, Diario La Nación, Bs.As., 24/7/2002.
http://www.lanacion.com.ar/416363-la-historia-del-testamento-apocrifo

[537] GAMBINI, HUGO, "Historia del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)". Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 80.

[538] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55". Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 25.

[539] Íb., pág. 40.

[540] LUNA, FÉLIX, "Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada", Tomo II, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pág. 225.

[541] SEBRELI, JUAN JOSÉ, "Los deseos imaginarios del peronismo", Buenos Aires, 1984, Ed. Legasa, pág. 100.

[542] Citado en: IRAZUSTA, JULIO, "Perón y la crisis Argentina". Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 149.

[543] Félix Luna, Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada. Tomo II, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pág. 281.

[544] SEBRELI, JUAN JOSÉ, "Los deseos imaginarios del peronismo", Ed. Legasa, Buenos Aires, 1983, pág. 100.

[545] MERCADO, SILVIA, "El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina", Planeta, 2013, pág. 205.

[546] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)". Ediciones B, Argentina, 2007, pág.101 al 109.

[547] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, "Perón tal como es", Editorial Macacha Güemes, 1973, 2ª edición, pág. 250.

[548] LUNA, FÉLIX, "Perón y su Tiempo", Tomo 1, "La Argentina era una fiesta, 1946-1949", Sudamericana, 1984, pág. 180.

[549] Roberto Aizcorbe, "El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural

ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años", Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 66.

[550] SEBRELI, JUAN JOSÉ, "Los deseos imaginarios del peronismo", Ed. Legasa, Buenos Aires, 1983, pág. 154.

[551] Desde un índice 143, 5 hasta un índice 150 en siete años.

[552] Roberto Aizcorbe, "El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años", Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 66.

[553] MASSOT, VICENTE, "La excepcionalidad argentina. Auge y ocaso de una Nación", Emecé, 2005, pág. 207.

[554] LUNA, FÉLIZ: "Perón y su tiempo, Tomo II, La comunidad organizada. 1950-1952", Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pág. 340.

[555] Íb., pág. 175.

[556] LUNA, FÉLIX, "Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada", Tomo II, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pág. 114.

[557] Íb., pág. 123.

[558] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, "El ciclo de la ilusión y el desencanto", Ed. Ariel, pág. 219.

[559] LUNA, FÉLIX, "Perón y su Tiempo", Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949", Sudamericana, 1984, pág. 469.

[560] ITT y River Plate Telephone Company.

[561] GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)", Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 179.

[562] Este traspaso se dio durante el gobierno de facto de Perón en 1944 y la intervención se acentuó a partir de 1946.

[563] GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)", Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 182.

[564] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, "Juan Domingo", Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pág. 171.

[565] IRAZUSTA, JULIO: "Perón y la crisis Argentina". Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 65.

[566] GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total" (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 168.

[567] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, "El ciclo de la ilusión y el desencanto", Ed. Ariel, 176.

[568] La Prensa de Buenos Aires, 18 de julio de 1946. Julio Irazusta, Perón y la crisis Argentina, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 50.

[569] IRAZUSTA, JULIO, "Perón y la crisis Argentina". Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág.

[570] ORONA, JUAN V., "La dictadura de Perón". Colección Ensayos Políticos

Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 76

[571] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 170.

[572] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo”, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 155.

[573] Diario La Vanguardia de Buenos Aires, 24 de septiembre de 1946. Julio Irazusta, Perón y la crisis Argentina, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 65.

[574] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total” (1943-1951), Ediciones B Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 171.

[575] La Razón de Buenos Aires, 13 de febrero de 1947. IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 72.

[576] La Nación de Buenos Aires, 18 de septiembre de 1946. IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 56.

[577] La Prensa de Buenos Aires, 17 de septiembre de 1946. IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 58, 59.

[578] La Prensa de Buenos Aires, 19 de septiembre de 1946. IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 60.

[579] La Nación de Buenos Aires, 21 de septiembre de 1946. IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 61.

[580] IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”. Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, 243 páginas.

[581] Íb., pág. 139.

[582] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 172.

[583] Íb., pág. 172.

[584] IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”. Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 76.

[585] La Prensa de Buenos Aires, 2 de mayo de 1949. IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”. Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983.

[586] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 207.

[587] IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”, Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 88.

[588] La Prensa, de Buenos Aires, 7 de julio de 1950. IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la

crisis Argentina". Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 96.

[589] IRAZUSTA, JULIO, "Perón y la crisis Argentina". Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 104.

[590] Íb., pág. 222.

[591] Diario Democracia, 25, 1, 51, citado en GAMBINI, HUGO, "Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)", Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 174.

[592] LUNA, FÉLIX, "Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto". T III, Sudamericana, 1986, pág. 100.

[593] ORONA, JUAN V., "La dictadura de Perón". Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 150.

[594] Jorge Antonio (Buenos Aires, 14 de octubre de 1917 - 11 de febrero de 2007) fue un empresario argentino enriquecido al calor de su amistad con Juan Duarte y Juan Domingo Perón.

[595] LUNA, FÉLIX, "Perón y su Tiempo, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949", Sudamericana, 1984, pág. 304.

[596] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía". Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 340.

[597] LUNA, FÉLIX, "Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto". T III, Sudamericana, 1986, pág. 71.

[598] Dwight David "Ike" Eisenhower (Denison, Estados Unidos, 14 de octubre de 1890 – Washington D.C., Estados Unidos, 28 de marzo de 1969) fue un militar y político estadounidense, que llegó a ser el trigésimo cuarto presidente del país.

[599] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía". Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 334.

[600] UES: Unión de Estudiantes Secundarios.

[601] LUNA, FÉLIX, "Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto". T III, Sudamericana, 1986, pág. 63.

[602] El PRT-E.R.P y el peronismo, Daniel de Santis, Ed. Nuestra América, 2004, pág. 33.

[603] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía". Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 334.

[604] LUNA, FÉLIX, "Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto". T III, Sudamericana, 1986, pág. 66.

[605] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 151.

[606] Íb., pág. 152.

[607] Íb., pág. 152.

[608] Anastasio Somoza gobernó Nicaragua entre los períodos 1933-1947 y 1950-1956.

[609] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 186.

[610] En reunión llevada a cabo en diciembre de 1954.

[611] LUNA, FELIX: “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 75.

[612] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 110.

[613] El Acta de Chapultepec impuso la posición estadounidense de la Doctrina Monroe, con el fin de utilizarla en la Guerra Fría, impulsado por los sectores conservadores de Estados Unidos y fue completada con la creación de Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en 1947 y de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948.

[614] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 235.

[615] PERÓN, JUAN DOMINGO, “Conducción Política” (con un apéndice de actualización docrinaria). Secretaría de Trabajo y Previsión de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1974.

[616] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 248.

[617] General Carlos Ibáñez del Campo (Linares, 3 de noviembre de 1877 – Santiago, 28 de abril de 1960) fue un militar y político chileno, presidente de la República en dos ocasiones: en los periodos 1927-1931 y 1952-1958.

[618] LUNA, FELIX: “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 16.

[619] Alfredo Stroessner Matiauda, (Encarnación, 3 de noviembre de 1912 – Brasilia, 16 de agosto de 2006) fue un militar, político y dictador paraguayo que ejerció el poder de la República de Paraguay durante 35 años (desde 1954 hasta 1989).

[620] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 159.

[621] En la primera visita que efectuó a Madrid Héctor Cámpora como presidente argentino en 1973, por única y última vez, Franco se avino a darle la mano a Perón en la ceremonia de recepción. Fue un encuentro frío, sin ninguna efusividad o palabras de explicación, guardando el riguroso proceder del Generalísimo de cuidar la costumbre del “metro de distancia".

[622] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 163.

[623] Así describe el escenario Joseph A. Page, en “Perón una Biografía”, Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 324.

[624] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 324.

[625] Íb., pág. 325

[626] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 297.

[627] Filme documental “Permiso para pensar”. Disponible en el Archivo General de la Nación y también en la web en el siguiente link: http://www.youtube.com/watch?v=CrOQS1KBmt8

[628] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 284-285.

[629] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 326.

[630] Por entonces el Círculo Militar funcionaba en la señorial residencia del fundador del diario la Prensa, Avenida Santa Fe 750, Buenos Aires.

[631] IRAZUSTA, JULIO, “Perón y la crisis Argentina”. Editorial Independencia SRL, Buenos Aires, tercera edición, 1983, pág. 34.

[632] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 175.

[633] Discurso de J. D. Perón en el Día del Trabajador - Plaza de Mayo (1953). *1º de Mayo de 1953 - Discurso de Juan Domingo Perón.* http://www.elhistoriador.com.ar/documentos/ascenso_y_auge_del_peronismo/discurso_1ro.

[634] CAPIZZANO, HERNÁN M., “Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y crónica (1935-1953), Ed. Memoria y Archivo, Buenos Aires, 2013, pág. 257.

[635] LUNA, FELIX, “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 180.

[636] Íb., págs. 148, 149.

[637] Íb., pág. 158.

[638] SEBRELI, JUAN JOSÉ, “Los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Buenos Aires, 1983, pág. 76.

[639] LUNA, FELIX, “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 169.

[640] Invitamos al lector que quiero profundizar sobre el asunto a leer justamente el libro titulado “Ni década ni infame, del 30 al 43”, escrito por Carlos Aguinaga y Roberto Azaretto. Jorge Baudino Ediciones. 1991. Páginas 303.

[641] LUNA, FÉLIX, “Perón y su Tiempo, Tomo 1, La Argentina era una fiesta, 1946-1949”, Sudamericana, 1984, pág. 184, 185.

[642] Íb., pág. 184.

[643] Roberto Aizcorbe, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 52.

[644] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, “El ciclo de la ilusión y el desencanto”, Ed. Ariel, pág. 220.

[645] Roberto Aizcorbe, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural

ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años", Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 44.

[646] MASSOT, VICENTE, "La excepcionalidad argentina. Auge y ocaso de una Nación". Emecé. 2005, pág. 178 y 179.

[647] GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, "El ciclo de la ilusión y el desencanto", Ed. Ariel, pág. 219.

[648] AIZCORBE, ROBERTO, "El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años", Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 52.

[649] Fuente: Solimano (2002b); Ferenczi and Willcox (1929) and Maddison (2001).

[650] Fuente: Resumen Estadístico del Movimiento Migratorio en la República Argentina (1857-1924)", Ministerio de Agricultura de la Nación, sección Propaganda e Informes, Buenos Aires.,1925. Posteriores (Dirección Estadística de la Dirección Nacional de Migraciones).

[651] ROJAS, MAURICIO "Historia de la Crisis Argentina", citado en "La Excepcionalidad Argentina"- Vicente Massot, pág. 235.

[652] Felipe de la Balze, en Retos y desafíos de la Argentina que viene, citado en "La Excepcionalidad Argentina", Vicente Massot, pág. 235.

[653] LUNA, FÉLIX, "Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada", Tomo II, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pág. 123.

[654] AIZCORBE, ROBERTO, "El Mito Peronista", Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años, Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 70.

[655] Íb., pág. 53.

[656] Íb., pág. 64.

[657] La inflación en Argentina. Por Ricardo Arriazu. Clarín, 07, 05, 2006. El artículo citado es un extracto del libro Dos siglos de economía argentina (1810-2004)-Historia Argentina en Cifras, Orlando J. Ferreres (director), editado por Fundación Norte y Sur. Disponible online en el siguiente enlace:
http://edant.clarin.com/suplementos/economico/2006/05/07/n-00201.htm

[658] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 109.

[659] RUIZ MORENO, ISIDORO J, "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 88.

[660] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 180.

[661] GAMBINI, HUGO, "Historia del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 184.

[662] Ella tenía 14, él 60: el testimonio de la joven que fue amante de Perón. Después de Evita, Perón convivió con una adolescente. Un libro cuenta que la chica se fue a vivir con

Perón. Dormía en el cuarto de Evita. El la llamaba "nenita". 2, 11, 2014, Diario Clarín.

http://www.clarin.com/cultura/Evita-Peron-Nelly-amante-adolescente_0_1240676363.html

[663] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires: Claridad, 2013, pág. 88.

[664] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pág. 213

[665] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 188 y 189.

[666] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55” . Buenos Aires: Claridad, 2013, pág. 89.

[667] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 186.

[668] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005. 350.

[669] RUIZ MORENO, I SIDORO J., “La Revolución del 55”, Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 89.

[670] Ella tenía 14, él 60: el testimonio de la joven que fue amante de Perón. Después de Evita, Perón convivió con una adolescente. Un libro cuenta que la chica se fue a vivir con Perón. Dormía en el cuarto de Evita. El la llamaba "nenita". 2, 11, 2014, Diario Clarín. http://www.clarin.com/cultura/Evita-Peron-Nelly-amante-adolescente_0_1240676363.html

[671] Íbidem.

[672] Joseph A. Page, “Perón una Biografía”, Sudamericana, De Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 398.

[673] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 186.

[674] LUNA, FELIX, “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 196.

[675] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 334.

[676] “Descartes, Perón y sus sagradas escrituras”, por Hugo Gambini, Diario La Nación, Miércoles 03 de noviembre de 2004, http://www.lanacion.com.ar/650567-descartes-peron-y-sus-sagradas-escrituras

[677] Íbidem.

[678] Íbidem.

[679] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 187.

[680] Íb., pág. 197.

[681] LUNA, FELIX, “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 208.

[682] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos

Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 201.

[683] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 358.

[684] GAMBINI, HUGI, Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955) Ediciones B Argentina, 2007, pág. 353.

[685] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 205.

[686] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 341

[687] LUNA, FELIX, “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 219.

[688] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 208.

[689] AIZCORBE, ROBERTO, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 70.

[690] Íbidem.

[691] El convenio que se firmó el 25 de abril de 1955 pero quedó sin efecto tras la Revolución Libertadora.

[692] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007. 127

[693] Entre ellos al Párroco de la Sagrada Eucaristía y al de la Iglesia de Villa Ballester en la Capital Federal, al al Lincoln, al Cañuelas, al de Tortugas, al de Ciudad Evita y muchos varios curas más.

[694] Félix Luna. “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 259.

[695] LUNA, FELIX, “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 263.

[696] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 356.

[697] Citado en: RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires: Claridad, 2013, pág. 115 y 116.

[698] Íb., pág. 119 y 120.

[699] LUNA, FELIX, “Perón y su tiempo. 1953-1955. El régimen exhausto”. T III, Sudamericana, 1986, pág. 267.

[700] MERCADO, SILVIA, “El Inventor del Peronismo: Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina”, Planeta, 2013, pág. 266.

[701] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 124.

[702] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos

Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 214.

[703] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013. Pág. 142, 143.

[704] Todos los detalles y testimonios pueden leerse transcriptos ad literam en el Libro Negro de la Segunda Tiranía, Buenos Aires, 1958, págs. 188, 189.

[705] Íbidem.

[706] Los 9 policías detallaron que “la tarea fue encomendada por el comisario Nardelli al agente Lapeyre. Quemó éste secretamente una bandera y algunos trapos en el baño de la comisaría, y una vez obtenidas las cenizas las condujo al lugar indicado” El Año en que quemaron las Iglesias. Florencio J. Arnaudo. Editorial: Libreria Historica. Año 2005. 217 páginas.

[707] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 363.

[708] Íb., págs. 364 y 365.

[709] El ominoso 16 de junio de 1955 – Por Cosme Beccar Varela. Puede leerse en: http://www.laprensapopular.com.ar/13969/el-ominoso-16-de-junio-de-1955-por-cosme-beccar-varela

[710] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 139.

[711] Íb., pág. 129-138.

[712] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires: Claridad, 2013, pág. 115.

[713] Participarían los Grupos 2 y 2 de Caza que integraban la Vll Brigada Aérea, de Morón, dotados de los inigualados aviones de combate Gloster Meteor.

[714] Alejandro Horowicz, “Los cuatro peronismos”. Edhasa, 2005, Buenos Aires, pág. 156.

[715] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 140.

[716] Íb., pág. 185.

[717] Íb., pág. 185.

[718] Íb., pág. 187.

[719] Íb., pág. 190.

[720] El Beechcraft King Air es una familia de aviones de doble turbohélice diseñados y producidos por el fabricante aeronáutico estadounidense Beechcraft.

[721] El Consolidated PBY Catalina fue un hidroavión diseñado en los años 1930 por la compañía estadounidense Consolidated Aircraft. Este avión transformó la capacidad de patrulla de la Armada de los Estados Unidos y fue uno de los aviones polivalentes más ampliamente utilizados durante la Segunda Guerra Mundial.

[722] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 257.

[723] El segundo ataque se dio a las 14:30hs y un tercer y último ataque llegó a las 17:40hs.

[724] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 216.

[725] Íb., pág. 258.

[726] Íb., pág. 281.

[727] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 221.

[728] Íb., pág. 223.

[729] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 371.

[730] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 284.

[731] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 371.

[732] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 302.

[733] Íb., pág. 302.

[734] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”. Ed Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005., pág. 374

[735] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 405.

[736] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 232.

[737] Íb., pág. 135.

[738] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 407.

[739] Íb., pág. 406.

[740] ZALDÍVAR, MARÍA, “Peronismo Demoliciones, sociedad de responsabilidad ilimitada”. Edivern, 2010, Buenos Aires, pág. 213.

[741] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 316.

[742] Íb., págs. 318 y 319.

[743] Si bien con el tiempo los peronistas relativizaron o incluso negaron que Perón hubiera estado efectivamente excomulgado, fue el mismísimo caudillo el que contradice a sus partidarios al confesar en 1973 que “El 13 de febrero de 1963 fui absuelto definitivamente por el obispo de Madrid– Alcalá y patriarca de la India, Monseñor Eijo y Garay, quien en piadosa ceremonia me dio la absolución de rodillas”. Va de suyo que no habría absolución de no haber existido excomunión previa. Yo Perón. Enrique Pavón Pereyra, Editorial M.I.L.S.A. Argentina, 1993, pág. 271.

[744] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”. Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 320.

[745] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 246.

[746] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 423.

[747] Íb. págs. 427 y 428.

[748] Dick Morris es un prominente consultor político Americano, responsable de haber conducido a Bill Clinton a una victoria sorpresiva en la reelección del 1996.

[749] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 259.

[750] ORONA, JUAN V., “La dictadura de Perón”. Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, págs. 263, 264, 265.

[751] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 447.

[752] Filme documental “Permiso para pensar”. Disponible en el Archivo General de la Nación y también en la web en el siguiente link: http://www.youtube.com/watch?v=CrOQS1KBmt8

[753] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Ed, Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 380.

[754] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”, Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 323.

[755] Íb., pág. 349.

[756] Íb., pág. 392.

[757] Íb., pág. 94.

[758] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 468.

[759] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”, Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 400.

[760] Íb., pág. 401.

[761] Íb., pág. 450.

[762] Íb., págs. 427 y 428.

[763] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, págs. 291, 492.

[764] Íb., pág. 476.

[765] Íb., págs. 485, 486, 487.

[766] Íb., pág. 503.

[767] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”, Buenos Aires, Claridad,

2013, pág. 406.

[768] “ART. 29.- El Congreso no puede conceder al Ejecutivo nacional, ni las Legislaturas provinciales a los gobernadores de provincia, facultades extraordinarias, ni la suma del poder público, ni otorgarles sumisiones o supremacías por las que la vida, el honor o las fortunas de los argentinos queden a merced de gobiernos o persona alguna. Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable, y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen, a la responsabilidad y pena de los infames traidores a la patria. ART. 21.-Todo ciudadano argentino está obligado a armarse en defensa de la patria y de esta Constitución, conforme a las leyes que al efecto dicte el Congreso y a los decretos del Ejecutivo nacional. Los ciudadanos por naturalización son libres de prestar o no este servicio por el término de diez años contados desde el día en que obtengan su carta de ciudadanía”.

[769] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 527.

[770] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”, Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 666.

[771] HOROWICZ, ALEJANDRO, “Los cuatro peronismos”, Edhasa, 2005, Buenos Aires, pág. 168.

[772] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, págs. 530 y 531.

[773] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”, Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 590.

[774] Íb., pág. 641.

[775] Íb., pág. 652.

[776] Íb., pág. 663.

[777] Íb., pág. 664.

[778] Íb., pág. 664.

[779] Íb., pág. 497.

[780] El texto completo de la histórica misiva se encuentra en numerosos libros y ensayos, pero puede leerse por internet en el siguiente sitio: CARTA DE JUAN D. PERÓN: 19 de septiembre de 1955
http://glasypereira.blogspot.com.ar/2014/01/carta-de-juan-d-peron-19-de-septiembre.html

[781] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Ed, Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 384.

[782] HOROWICZ, ALEJANDRO, “Los cuatro peronismos”, Edhasa, 2005, Buenos Aires, pág. 169.

[783] GAMBINI, HUGO, “Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”, Ediciones B Argentina, 2007, pág. 531.

[784] RUIZ MORENO, ISIDORO J., “La Revolución del 55”, Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 681/682.

[785] La carta fue asumida por Lucero como una renuncia, tras lo cual procedió a formar una junta militar integrada entre otros por los generales José Domingo Molina, Raúl D. Tanco, Juan José Valle, Angel J. Manni, Emilio Forcher y Oscar A. Uriondo, que declaró haber asumido el Poder Ejecutivo.

[786] Constituida ya bajo la presidencia del Gral. José Domingo Molina.

[787] ORONA, JUAN V., "La dictadura de Perón". Colección Ensayos Políticos Militares, Tomo IV, Buenos Aires, Talleres Gráficos Zlotopioro, 1970, pág. 296.

[788] Íb., pág. 299.

[789] Íb., pág. 299.

[790] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 692.

[791] Íb., pág. 732.

[792] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 543.

[793] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 756.

[794] Íb., pág. 757.

[795] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 543.

[796] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 748.

[797] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 551.

[798] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 750, 751.

[799] GAMBINI, HUGO, "Historias del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)", Ediciones B Argentina, 2007, pág. 550.

[800] Íb., pág. 550.

[801] Íb., pág. 552.

[802] Puerto Belgrano y la Revolución Libertadora, Jorge E. Perren, Editorial: Solaris S.A. Buenos Aires, 1997, pág, 271.

[803] De acuerdo con la narración bíblica (1ª de Samuel 17:4-23; 21:9), Goliat fue un soldado gigante de la ciudad de Gat y paladín del ejército filisteo, que durante cuarenta días asedió a los ejércitos de Israel. En dicha historia fue derrotado y herido porel pequeño David con una honda y una piedra y murió decapitado por su propia espada.

[804] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 759.

[805] Íb., pág. 760.

[806] Grabación de audio citada reproducida en el documental audiovisual "Perón,

Sinfonía del Sentimiento", dirigido por Leonardo Favio. Puede escucharse en internet en el siguiente enlace:
https://www.youtube.com/watch?v=NveyOgTWGmg

[807] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía", Ed, Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 384.

[808] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013. Págs. 759 y 760.

[809] Íb., pág. 761.

[810] Los libros del exilio, 1955-1973, Volumen 1, Juan Domingo Perón, Corregidor, 1996 , pág. 72.

[811] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 761.

[812] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía", Ed, Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 387.

[813] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013.Pág. 761.

[814] Entrevista publicada en la revista Triunfo N. 414, 9 de mayo de 1970, en Madrid. La Revolución del 55 - Isidoro J. Ruiz Moreno. Buenos Aires: Claridad, 2013, pág. 760.

[815] Perón tal como es. Enrique Pavón Pereyra. Editorial Macacha Guemes. 1973, Segunda Edición, pág. 125, 126.

[816] PEICOVICH, ESTEBAN, "Hola Perón", Granica Editor, 2ª edición, Buenos Aires, 1973, pág. 46.

[817] PAGE, JOSEPH A., "Perón, una Biografía", Ed, Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 386.

[818] GALASSO, NORBERTO, "Perón, formación, ascenso y caída, 1893-1955", Ed. Colihue, Buenos Aires, año 2005, pág. 725.

[819] RUIZ MORENO, ISIDORO J., "La Revolución del 55", Buenos Aires, Claridad, 2013, pág. 763.

[820] Reproducido por diario La Nación, 6 de septiembre de 1950.

[821] Citado por GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, JUAN JOSÉ, "El ciclo de la ilusión y el desencanto", Ed. Ariel, pág. 171.

[822] MASSOT, VICENTE, "Matar y Morir, la violencia política en la Argentina (1806-1980)". Ed. Emecé 2003.

[823] PIGNA, FELIPE, "Lo Pasado Pensado, entrevistas con la historia argentina (1955-1983)", Planeta, año 2005, pág. 197.

[824] Juan Ramón Sepich Lange 1906-1979. Profesor de filosofía argentino y presbítero católico, nacido en Buenos Aires en 1906. Estudiante de Filosofía en el Seminario Pontificio de Buenos Aires, entre sus compañeros de generación deben citarse Octavio Nicolás Derisi y Julio Meinvielle. El Padre Sepich estuvo colaborando en 1948 en el Congreso de Filosofía organizado la Universidad Nacional de Cuyo, cuyo Rector a la sazón

era el Dr. Irineo Fernando Cruz, y según se especula, este último le encargó a Sepich el borrador del texto para ser leído por Perón en el simposio, cuya denominación original del escrito fue titulado por el Padre como “No Nato Rojo”, y que luego se conocería como La Comunidad Organizada.
Esta es la versión más fuerte que se ha podido recoger en torno a la verdadera autoría de la obra en cuestión.

[825] El texto intentaba congeniar la vida del individuo con el conjunto, es decir con la comunidad, siendo que probablemente la frase más representativa de esa florida ponencia compuesta por unas 45 páginas sería esta: “Nosotros somos colectivistas, pero la base de ese colectivismo es de signo individualista”. Juan Domingo Perón. La Comunidad Organizada. Instituto Nacional “Juan Domingo Perón” de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas. Buenos Aires. 2006.

[826] GAMBINI, HUGO, “Historia del Peronismo (La obsecuencia-1952-1955)”. Ediciones B, Argentina, 2007, pág. 41.

[827] Íb., pág. 198.

[828] PAGE, JOSEPH A., “Perón, una Biografía”, Ed, Sudamericana de Bolsillo, 1 edición, año 2005, pág. 264.

[829] AIZCORBE, ROBERTO, “El Mito Peronista, Un ensayo sobre la reversión cultural ocurrida en la Argentina en los últimos 30 años”, Ediciones 1853, Buenos Aires, 1976, pág. 204.

[830] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A, Argentina, 1993, pág. 25

[831] LUNA, FÉLIX, “Perón y su tiempo. 1950-1952. La Comunidad Organizada”, Tomo II, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pág. 75.

[832] Carta de Perón a Rafael García Serrano publicada por el Círculo Cultural Hispánico, Madrid, julio 1987. Vicente Massot, Las Ideas de Esos Hombres, de Moreno a Perón, Sudamericana, 2005, pág. 260.

[833] Carta que dirigió Juan Perón al Movimiento peronista al confirmarse la muerte de Ernesto Guevara de la Serna Madrid, 24 de octubre de 1967.

[834] Carta del 30 de diciembre de 1972.

[835] Carlos Manuel Acuña. “Por amor al Odio. Crónicas de guerra de Cámpora a la muerte de Perón”, Tomo II, Ed. del Pórtico, 2003. Página 463.

[836] MASSOT, VICENTE, “Las Ideas de Esos Hombres, de Moreno a Perón”, Sudamericana, 2005, pág. 280.

[837] Las clases sociales nunca han convivido mejor que en la espontaneidad de la economía libre y el intervencionismo económico con finalidad distributiva (es decir lo que Perón llamaba “justicia social”) son formas simuladas de socialismo económico que el tiempo confirmó mundialmente que van en menoscabo del desarrollo económico.

[838] GAMBINI, HUGO, “Historia del peronismo, el poder total (1943-1951)”, Ediciones B, Argentina, Tomo 1, año 2007, pág. 25.

[839] Entre ellos el intelectual Pablo Giussani en su libro “Montoneros, la Soberbia Armada”, Ed. Sudamericana. Puede verse una renovada edición publicada en el año 2011.

[840] Al respecto el libro “El Vietnám Argentino, la guerrilla marxista en Tucumán”, de Nicolás Márquez, prologado por Rosendo Fraga, Ed. Edivern, 2008, Buenos Aires.

[841] GARCÍA HAMILTON, JOSÉ IGNACIO, “Juan Domingo”, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, pág. 114.

[842] Palabras pronunciadas el 28 de junio de 1944, citado en Juan José Sebreli, los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Buenos Aires, 1983, pág. 35.

[843] PAVÓN PEREYRA, ENRIQUE, “Yo Perón”, Editorial M.I.L.S.A, Argentina, 1993, pág. 110.

[844] Íb, pág. 117.

[845] Discurso del 25 de agosto de 1944 en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, citado en Juan José Sebreli, los deseos imaginarios del peronismo”, Ed. Legasa, Buenos Aires, 1983, pág. 37.

[846] El Nacionalismo una incógnita en constante evolución. Comisión de estudios de la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad. Colección TFP, Cosme Beccar Varela Presidente, Carlos Ibarguren, Jorge Storni, Miguel Beccar Varela, Ernesto Burini. Segunda edición, agosto de 1970, Buenos Aires, pág. 78.

[847] La tasa de inflación llegó hasta 777% anual y los precios nominales subieron en 183% al finalizar 1975. Se produjo desabastecimiento de gran cantidad de productos de necesidad primaria (alimentos), combustibles y otros insumos para transportes.

[848] La borrachería nocturna se llamaba Happy Land Bar, estaba situada en Panamá y fue allí en 1956 cuando el dictador exiliado conoció a la casquivana Isabelita (su verdadero nombre era María Estela Martínez), la cual luego se convertiría en su esposa en 1961 y Presidente de la Nación Argentina en 1974.